



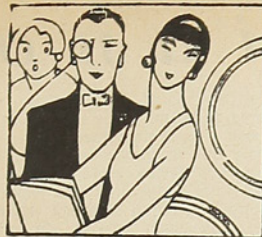
Para todos

BIBLIOTECA NACIONAL
HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
DIARIOS, PERIÓDICOS Y
REVISTAS CHILENAS

Su tez se mantuvo encantadora
durante el baile gracias al



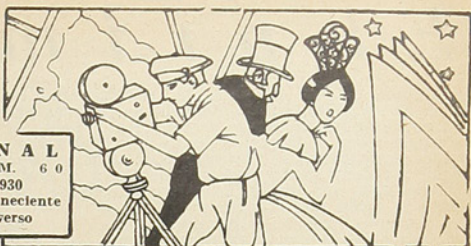
*Compacto de
Polvos del Harem*



BIBLIOTECA NACIONAL PARA TODOS MR

REVISTA QUINCENAL
AÑO III N.º 60

Santiago de Chile, 21 de enero de 1930
Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo



EL TRIUNFO DEL AMOR

—¡Oh, Nunú Fatima! ¡Me siento morir de tedio!... El cielo de París es sombrío, gris, tiene tonalidades de ceniza... La vida es fatigante y sin atractivos, y después, ¡tanto ruido!

La vieja nodriza de tez color de hoja muerta, se aproxima a la bellísima Aicha:
—Mi pajarillo amado, no debes aburrirte... París, hermosa ciudad... ¡Lindas damas, música, dulces! ¡Tú bailar esta noche y divertirte muchísimo!

Y las manos largas y enflaquecidas de la vieja nodriza de ébano, acarician la cabellera oro mate de Aicha, que, sentada sobre un diván, languideciente y mimada, simula un niño implorando arrulllos maternales. Sus lindos ojos castaños, levantados hacia Fatima, se ensombrecen ligeramente bajo el velo de las pupilas pardas y tienen la suavidad de la seda. Sus largas pestañas negro azuladas, se agitan dulcemente como el ala de una mariposa oscura que fuera a reposar sobre el cáliz de una rosa.

Su mejilla de terciopelo, es, en efecto una rosa delicada, y la conjunción de sus labios rojos, otra rosa en capullo; el óvalo fino de su oreja semeja un fresco pétalo suspendido entre la áurea cabellera rizada.

Los bellos brazos desnudos cubiertos de brazaletes, se anudan en torno del talle de Fatima, y repite aun en medio de un suspiro que hace perceptible el movimiento de sus senos marmóreos, que se acusan bajo la transparencia del riquísimo tul.

—¡Nunú! ¡Debemos regresar allá!... ¡Tú sabes que he de morir en medio de estas sombras, lejos de nuestra tierra amada, del lejano Marruecos!

—¡No, mi tierno pajarillo!... No enfermarse... sólo poco de pena... pronto esto pasará, espera...

La mirada de la pequeña Aicha se ensombrece más aún, su frente apoyada en el talle de la negra advierte su estado de profundo abatimiento. De pronto, murmura algunas palabras árabes que parecen formar una frase desolada. La fiel nodriza coge entre sus manos la dorada cabeza de su "Querido Pajarillo", y al fijar su mirada en sus pupilas amadas llenas de infinito, alcanza a ver dos lágrimas furtivas que lenta y dolorosamente tienden a resbalar por la nivea pendiente del rostro.

—¡Oh, Aicha! ¡Dulce pajarillo mío, no llorar!... El viejo métrico dirá tal vez: "¡Idos a Marruecos, y amargura pasará!"

Haciendo derroche de ingenio, la pobre Nunú trata de despertar una sonrisa en los grandes ojos adolorados... Pero los grandes y bellos ojos permanecen insensibles al deseo de la buena nodriza. La atormentada cabecita nuevamente va a apoyarse sobre la robusta negra, mientras los piecitos descalzos buscan nerviosamente sobre el tapiz las babuchas de pluma color de rosa, en las que se cobijan semeando dos palomas doradas.

—¡Frio, mi pajarillo! Debes abrigarte, reposar un poco. Diciendo esto, obliga con la diestra, tierna de las dulzuras a la hermosa Aicha a recostarse sobre el diván, mientras ella la cubre con el tenue cobertor de armiño y raso.

Duerme, reposa un momento, dulce pajarillo, continúa, besando la alabastrina manecita abandonada entre sus dedos oscuros y angulosos; luego corre las cortinas, a fin de impedir el acceso de los rayos solares, que acusan la esplendor de un hermoso día.

Aicha, dócil entorna sus párpados, pero tras de las dulces pupilas se suceden millares de imágenes y evocaciones más tristes, más desoladas que los pálidos fantasmas de la noche...

Habían transcurrido seis meses de permanencia en París, y aun no era posible aclimatarse. Le faltaba el azul violado de su cielo del Mediodía, y sufría de profunda nostalgia; además, la agitada vida de París la aturdira desagradablemente y la consumía de fatiga.

—¡Oh, dulce reposo del país de Islam! ¿en donde estás? ¡Hacia ti convergen todos mis pensamientos y te muestras sordo a mi clamor!...

Sin embargo, ella no era árabe; aun cuando su nombre acusara la procedencia de ese país, y ella hubiera adquirido todos sus hábitos, era francesa de padre y madre. Pero en aquella tierra lejana se había deslizado su infancia y los más bellos años de su adolescencia desde que, huérfana a la edad de tres años, fué adoptada por un Gran Visir, amigo íntimo de su padre.

Debido a esta circunstancia, su existencia se desarrolló semejante a la de las mujeres musulmanas: toda reposo, contemplación y ensueño. Acaso también su naturaleza misma la inclinaba a éste género de vida más que a cualquier otro.

Desoyendo la voz de las fatigas y vigiliadas, se dedicó a estudiar, a profundizar muchas cosas, pues su inteligencia era viva, su memoria profunda y su sensibilidad exquisita. Era además, una virtuosa de la música, hablaba varios idiomas, y su mayor deleite era la lectura, artes decorativas y la pintura. En cambio, detestaba los sports y bailes modernos, y en general todo el ajetreo tan caro a la juventud europea.

El Gran Visir había muerto ¡ay!... y sus hijos habían escrito a la tía de Aicha, rogándole acoger a la joven en París, ya que en adelante debería vivir entre sus verdadera familia.

—¡Pobre Aicha, a pesar de la inmensa fortuna que le dejó su padre y de los generosos legados del buen Visir, no se sentía feliz!...

Su arribo a París no alteró en lo más mínimo la vida de su prima Huguette, que vivía fuera de su casa de la mañana a la noche, corriendo de aquí a allá en pos de cambiantes y alegres distracciones: el tennis, la danza, el auto; sin inquietarse en lo más mínimo por los deseos y preferencias de la silenciosa y dulce Aicha, que hubiera podido ser para ella una hermana deliciosamente tierna y buena.

No había el menor punto de contacto entre ambas primas; el egoísmo creciente de Huguette le impedía hacer los honores de la bella capital a la doliente Aicha.

Es verdad, que había sido recibida con toda la generosidad material que se la podía ofrecer. Pero nadie en la casa, ni entre el círculo de invitados, se había impuesto la tarea de alegrar al "pajarillo" aislado, ¡venido de tan lejos!... ¡Pobre Aicha! Nadie la había comprendido, ni tratado de aclimatlarla, de devolverle una mija de la cultura de la patria perdida...

Y poco a poco se debilitaba, enflaquecía, y se sentía acongojada y moralmente herida. Así, cobijada con su tristeza infinita, permanecía días enteros en su alcoba, junto al hogar, con un libro sobre las rodillas. A veces se acercaba al piano e improvisaba una lenta melodía, y suplicaba a Fatima de entonarle una de aquellas canciones árabes, melopeas tristes con arrullos de cuna, que adormecían su alma, transportándola en alas del ensueño al país de su delirio, junto a los jardines del Visir, de mosaicos azules y dorados, donde se oye noche y día la canción de los surtidores entre el verde follaje... ¡Oh, la nostalgia del lejano terruño! ¡Oh, el dulce paraíso!...

El anciano facultativo, la encontró tan dolorosamente triste, que su única prescripción fué el inmediato regreso al lejano y exótico país.

—¡Oh, Nunú Fatima! — exclamó tan pronto estuvo sola. ¡Ahora

(Continúa en la página 78).

El primo Luciano

Tenia aquella aldea donde transcurrieron los primeros días de mi niñez, apenas doscientas viviendas agrupadas en torno de la iglesia, donde se veneraba a Santa María Egipciaca, a pesar de lo cual — según supe más tarde — era una aldea muy casta. En la iglesia, la santa, envuelta en un manto violentamente azul, miraba hacia el ábside algo que yo no pude ver jamás. Bajo las bóvedas de esta iglesia y ante la santa que entregó su cuerpo a la concupiscencia de los marineros, sentí oscilar las llamas de mis pensamientos por primera vez. ¡Oh, si aquel reloj que en las noches tenebrosas de invierno mentía un ojo, y si aquella veleta de quien los más huracanados vientos no lograron que dejase de amenazar el sudoeste, pudieran narrar las fantasías que acerca de ellos construí! Tenía yo entonces cinco años, pero ya la Naturaleza me había dotado con prematura crueldad, de esa si-

miente de advertencias llamadas reflexión. Todas las mañanas, mi madre, después de vestirme, me hablaba del porvenir con palabras confusas, dichas entre sollozos, exhortándome a seguir el ejemplo de mi padre, que muy serio en un retrato de colores casi desvanecido, me perseguía con su mirada torva aún cuando yo cambiaba de sitio para esquivarla. Quiero decir algo de mi madre, pues de ella y del que fue su esposo, sólo conservo estos recuerdos tan esfumados, que a veces me parecen irreales. Mi madre era alta, muy alta; entre las figuras zafias de las mujeres de la aldea, su distinción — que ella por una casta coquetería realzaba con ropajes amplios — obligaba a tratarla con un respeto no entibiado con la familiaridad cotidiana; los hombres, al encontrarla en la calle, se descubrían y jamás, mientras ella hablaba, pudo ninguno de los habitantes de la aldea estar sereno. Y cuando en una mañana de Otoño murió y las gentes caritativas, sin considerar que yo tenía ya la desgracia de comprender las cosas, repetiánme compasivamente: "Tienes que ser bueno como fueron tus padres", yo sacaba de la estrechez del marco aquella figura gallarda que me miraba con insistencia, y la enlazaba con la visión de mi madre. Pero como en el retrato sólo veíase el busto, yo contemplaba aquel hombre cercenado, cogido del brazo de mi madre; y mi madre, como por la vida, andaba por mí alucinación, majestuosamente, con su andar despacioso, recogida con gracia la opulencia negra del pelo, y bajo aquellos ojos melancólicos que ardían en su rostro como dos cirios próximos a consumirse en un altar.

Pero... ¿Por qué salto siempre los hechos? Esto es lo único que no he logrado corregir en mi narración. Supónganse que no les he contado la muerte de mi madre. El primo Luciano regresó algún tiempo antes de ella morir; si, bastante tiempo antes. De su regreso tengo una visión precisa: Fue en una mañana soleada. Cuando la diligencia se detuvo con un regocijado cascabeleo, nos gritó el mayoral: "Le traigo aquí. ¡Y qué Luciano tan famoso!" El descendió, y largo rato, mientras saludaba y era asediado por una multitud de preguntas, estuvo sin fijarse en mí. Después, al mirar a mi madre de alto abajo, me vió sujeto a su falda: "¡Oh! ¿Es tu hijo, prima?" y me alzó en sus brazos diciendo: — "Tienes cara de inteligente. ¿Cuántos años?" — "Cinco." Bien. Hemos de ser buenos camaradas". Al besarme, su barba me produjo un inolvidable escozor; le miré a los ojos, unos ojos azules, también melancólicos. Ya le quería. Con sólo aquellas sencillas palabras se había el primo Luciano adueñado de mi cariño. Lo que sucedió después, fué una consecuencia; no hubiese

podido pasar sin aquellas frases, sin aquel beso ruidoso y cálido, y sin que yo viera, tan cerca de los míos, sus ojos azules.

El primo Luciano no venía rico a pesar de regresar de esas Indias fabulosas imaginadas por los españoles sedentarios como una inagotable quimera de oro. Había tenido en ocasiones mucho dinero; pero, osado y espléndido, lo había vuelto a perder en infelices especulaciones, y cuando la suerte volvió a tomarle de su diestra, siendo muy joven todavía, sin que nadie supiese la causa, retiróse a vivir en la paz aldeana de la renta de un capital exiguo. Con sólo verlo, advertíanse su juventud y su bondad. El desencanto que había en sus facciones, casi tan finas como las de mi madre, me lo hicieron

querido. Aún hoy, si viera en cualquier hombre o en cualquier animal una mirada tan somnolenta, tan conturbadora como la suya, protestaría: "¡Le ha robado la mirada al primo Luciano!" Una vez creí reconocerla en una oveja y estuve todo el día con fiebre. ¿Se rien? Ustedes no han visto jamás una

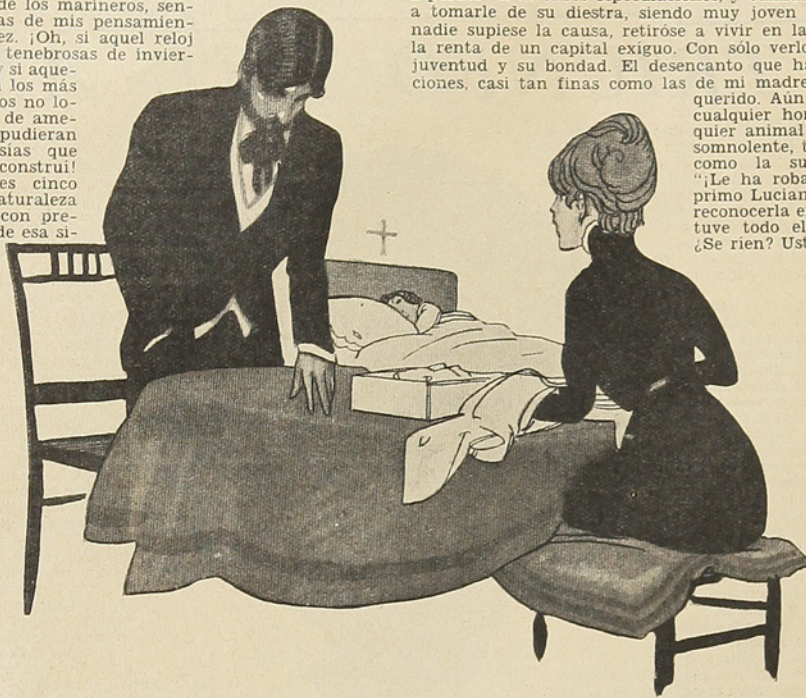
mirada tan plena de insinuaciones misteriosas. Su voz era grata, siempre grata y triste. Rica en matices, ponía una vibración emotiva en todos sus cuentos. ¡Ah, el recuerdo de las largas veladas en la cocina solariega, oyéndole sus historias, sus luchas, sus frascas, y curiosas particularidades de las gentes que en su vida nómada conoció! Tal vez vosotros, literatos, censuraréis este exceso de admiraciones...

Esta es una narración infantil, y entonces, por fortuna, todo todo excitaba mi admiración. Presumo que el primo Luciano había estudiado mucho; pero no eran sus frases obscuras por nombres extraños; no eran sus explicaciones de inventos, de proyectos; no era la viveza de detalles con que desarrollaba ante los cándidos aldeanos los parajes de fastuosidad, las capitales majestuosas, foco de todos los lujos, de todas las miserias y de todas las complicaciones; no era nada de esto lo que obligaba a seguir sus frases con gozo, mejor aún, con el temor de que se concluyeran: era un magnetismo, una electricidad emanada de todo él. Hay quien nace para ser admirado y para ser querido.

Ya había yo comenzado a sufrir. Las vacunas se me enconaron; una vecina curandera me aplicó unas hierbas que me cauterizaron la piel; tuve fiebres pertinaces, y en el delirio, las grietas de las paredes dibujaban figuras horripilantes, vestiglos, minotauros, dragones, hipogrifos, seres ignominados, pero crueles, que unas veces desfilaban haciéndome grotescas reverencias, y otras, las más, se complacían en mostrarme llagas humeantes o abiertas bocas en cuyos fondos palpaban los estómagos como una ebullición de llamas. Sufrí mucho de niño. Era mi salud delicada y sólo pude comer dulces pocas veces: las suficientes para padecer la tortura de no comerlos a menudo.

Todas las mañanas venía el primo Luciano a verme: "¿Estás mejor?" — decíame —. "Te traigo libros con estampas para que te distraigas". Eran libros franceses avalorados por láminas de Lorrain Callot. Aquellas escenas humorísticas cautivaban ya mi espíritu con su aticismo, con la suprema gracia de sus contornos y con la pompa policroma de sus tintas. Los hojeaba placenteramente, y: "Tráeme esta tarde otros nuevos, primo Luciano" le pedía —. "Pero esta tarde: ¡Te quiero mucho!" Y él me traía otros.

Algunas noches, en tanto mi madre, iluminada de azul por la lámpara, cuya luz coloraba una pantalla de papel ténue, tejía labor de crochet, el primo Luciano sentado en uno de los bordes de mi cama, me contaba cuentos. ¿Los había leído todos o los inventaba? No lo sé. Le oí el de Delgadina, el de Pulgarcito, el de la madre Oca, el de la Caperucita devorada



por el ladino lobo, el de Barba Azul. (“¿Ves algo, hermana Ana? — Nada veo. Y poco después: — ¿Ves algo, hermana Ana? — A lo lejos, en el camino, una nube de polvo”) Le oí también el de Arminda la hechicera, el del hada Merluga, el de la Cenicenta, el de las Princesas Encantadas, el de las hileras y otros maravillosos que no he vuelto a oír. Gustábale, sobre todos, narrar algunos de aventuras, en los que de tiempo en tiempo un héroe infortunado y triste se me antojaba semejante a él. Ahora pienso que entre las peripecias de Simbad y las zozobras de diez naufragos japoneses, nuevos Robinsones en la esterilidad de una isla desierta, deslizaba algunos acontecimientos de su vida. Mi madre se interesaba por los cuentos, y muchas veces, su risa cromática, nunca alegre, me despertaba.

— ¡Oh! ¿Por qué has dejado de contar?

— ¿Para qué? Se ha dormido ya el niño.

— Eramos dos los niños interesados en la fábula. Y él reanudaba la narración, y cuando yo, en seguida, tengo la seguridad de que en seguida, abría los ojos, ya el primo Luciano no estaba allí, y en el rayo de luz penetrante por la ventana, el polvo mentía un cortejo innumerable, brillante e inquieto. Un día, el primo Luciano, me dijo:

Tengo muchos libros que contienen historias semejantes a cuantas me has escuchado. Si quieres, te enseñaré a leerlas.

Aprendí a leer muy pronto. Con su voz persuasiva, para mi ignorancia igual que una llama para las sombras, me enseñó muchas cosas: supe todas las barbaries humanas, avancé, curioso, por Europa, sujeta mi atención a las crímenes del corcel de Atila, y en una esfera, adquirí de la magnitud de la Tierra una idea indeterminada que no he logrado precisar aún. De tiempo en tiempo, él detenía su índice en la mancha de cualquier nación y decía: “Yo he estado aquí. Para venir hasta aquí es preciso cruzar el mar: una infinita extensión bella y terrible de agua”. “¿Mas gran de que el río?” — le preguntaba yo. — Y él sonriendo: — “Oh, el mar!” Luego he comprendido cuánto quería expresarme con esta exclamación.

Hay sucesos que la memoria guarda, sin que el tiempo, al amontonar sobre ellos otros, logre cubrirlos ni aún hurtarles intensidad. Recuerdo en una noche de lección, mientras yo resolvía un sencillo problema algebraico, este coloquio entre el primo Luciano y mi madre:

— Yo no quería que él aprendiese nada; deseaba sustraerle al mal de la ambición, hijo del bien de la sabiduría. Le quería hacer labrador y verle zafio y tener, al morirle, la seguridad de que él había de morir sólo conociendo del mundo esta aldea. ¿Por qué viniste, Luciano?

Tienes razón. Yo mismo me interrogo: “¿Por qué he venido?”

Algo dijeron que no pude oír. El se alzó, y cogiendo con sus manos las de mi madre, estuvo así algún tiempo; luego se fué sin darme el beso faltando a su costumbre. Aquella noche no me dormí en las vicisitudes de Simbad, mi madre apoyó su cabeza en mi almohada, y durante largo rato la escuché jadear, como si hubiese hecho algo muy fatigoso. Hasta tengo una idea, una vaga idea, de que estando casi dormido, al apretarme ella contra sí, toqué humedecidos sus ojos.

Al día siguiente no fué a verme el primo Luciano, y por la tarde, mamá me puso un trajeito nuevo para que me llevarán a su casa por si estaba mal de salud. El primo me recibió alborozado. “¡Oh, has venido a verme, mi discípulo!” Recuerdo que me hizo muchas preguntas y luego me dio sus mas preciosos libros, entre ellos, varios escritos para niños por Perrault, Desnoyers, Luis Ratisbone y Dickens, que he conservado hasta hace poco tiempo. Yo le hallé aquella tarde singularmente triste; pareceme que un nuevo y definitivo dolor había acentuado la predisposición a la tristeza latente en sus facciones, en su voz, en su mirada, en todo él. Pero esto lo colijo ahora; aquella tarde lo encontré muy triste, y nada más.

Me entretuve jugando y, de pronto, interrumpió mis jue-

gos un sollozo, pero no un sollozo humano: era un suspiro largo, modulado y rítmico, que llegaba de afuera. Me alcé y muy quedo, sigilosamente. — ¿Por qué me dictaba el instinto tantas precauciones? — Acerquéme a mirar por la puerta de la contigua habitación. Era él, si, él, que apoyada la barba en el violín, cuyo mástil oprimía convulsivamente con la diestra, tocaba un vals lánguido, de una languidez angustiosa. Aquel vals vulgar no lo olvidaré nunca, porque removió todos los instintos adormidos en mí. Escuchándolo, di al olvido las historias alegres y, de pronto, cuántas aventuras bellas y tristes había oído, — la de Delgadina, la Caperucita, las de las

esposas decapitadas por Barba Azul — resurgieron en mi memoria en la plenitud de su exquisito dolor. Suspenso en la melodía del vals, tuve la revelación del prestigio del sufrimiento; sufrí por todos y gusté, por primera vez, la voluptuosidad de la melancolía. Oyendo aquel vals, tuve ansias

de empolvar mis pies con el polvo de remotas sendas y supe de las atracciones de lo desconocido, y senti impulsos para surcar, aunque fuera en una carabela, como Vasco de Gama, la vastedad de ese mar calificado

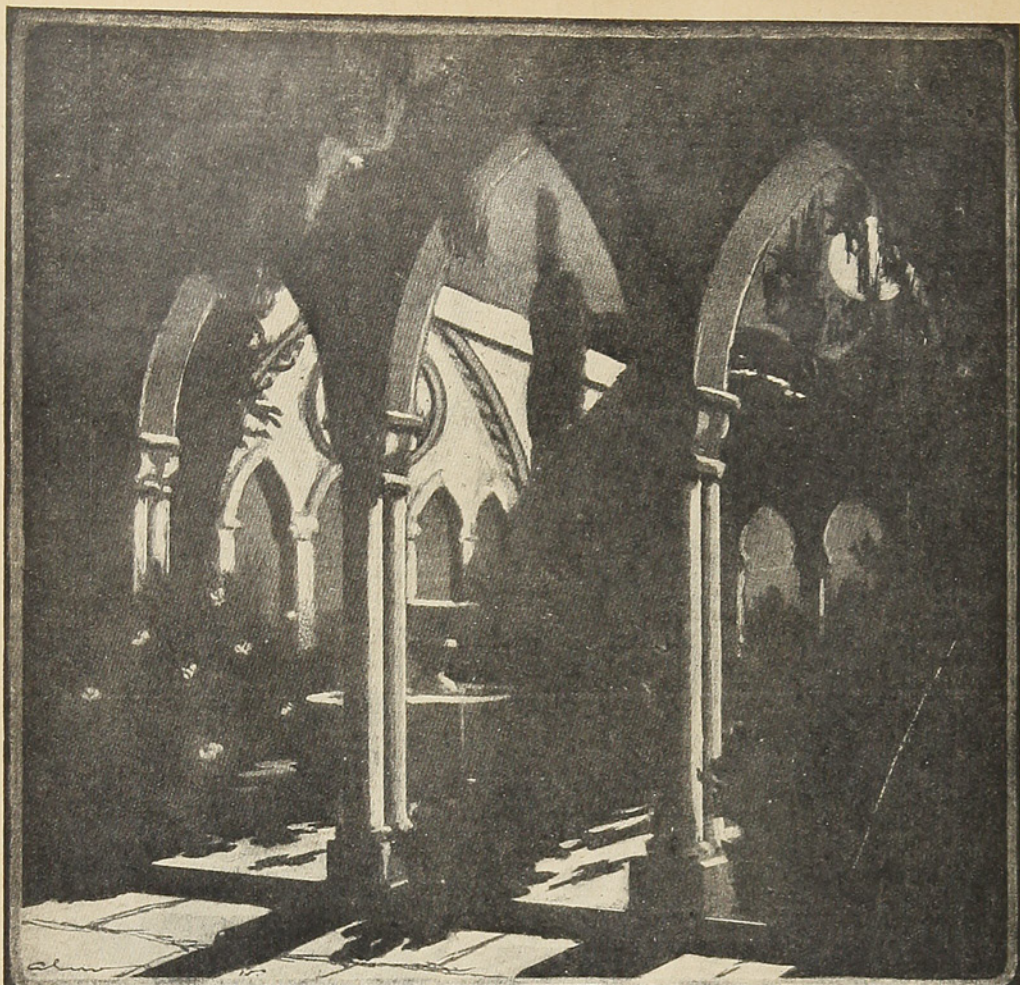


por el primo Luciano de bello y de terrible. Fué aquel vals y aquella emoción del primo Luciano y aquella tarde nebulosa, los que infiltraron en mi ser la ponzoña de los ensueños que habían de malograr mi vida.

Quiza haya otras músicas más sugeridoras; quizá oídos mejor organizados perciban mayores encantos en otros tiempos musicales, y quizá sea hasta una prueba de rudimentarismo este arrobamiento que el vals produce. Pero el vals posee el nigromántico poder de herir todas las sensibilidades; las cadencias pausadas o vivas de un vals, marcan los linderos de un camino por donde el espíritu se aleja de la realidad hacia quimeras dolorosas; oyendo un vals, los más vulgares se han tornado un instante poetas, los más razonables han temido el desequilibrio de su razón. ¿Quién no ha rememorado en una tarde gris, a los compases de una orquesta lejana? ¿Quién, escuchando la dulzura de un vals no ha sentido la necesidad de mentir, añorando cosas que no han existido?

Nada he vuelto a saber de ti, primo Luciano. Aquella tarde, enfermo de emoción, me refugié en tus brazos y lloramos juntos. Luego — no sé por qué — fuiste a vivir a nuestra casa; las gentes dejaron de visitarnos y nos hubimos de marchar del pueblo. Mi madre murió y yo, reclamado por unas tías, viajé solo en ferrocarril hasta una ciudad en cuya estación sólo un sirviente estaba para recibirme. Pregunté

(Continúa en la pág. 78)



ELEGIAS

I

Santa y fragante paz... ¡Ay,
[cómo siente,
solitario jardín de la abadía,
mi corazón la mística poesía
del ciprés, del rosal y de la fuente!

Perderme en tu reposo, indiferente
al humano dolor y a la alegría
humana!... ¡Paz!... ¡Como descansaría
sobre tu mármol mi abatida frente!

Fundirme en tu silencio, en tu fra-
[gante
serenidad, en el tranquilo olvido
de tu renunciamento... ¡Oh, dulce
[amante

del corazón que todo lo ha olvidado,
por que todo su bien miró perdido
y funda el porvenir en su pasado!

II

El trágico dolor de un bien per-
[dido
que coronó mi corazón sin espinas,
lloraba sobre las marmóreas rui-
[nas:
de antiquísimo templo derruido...

Las montañas, el valle adormecido;
el acueducto sobre las colinas,
las columnas, los arcos, las encinas,
todo resucitaba del olvido

una tragedia antigua... ¡Parecía
la voz del viento apóstrofes del coro;
y, alzado sobre el alto ventisquero,

el disco de la luna relucía,
como un escudo bárbaro de oro
sobre el casco de plata de un gue-
[rrero!

F. VILLAESPEA.

El Amor Muere

Por PAUL MORAND

El amor muere... Esto es una gran tragedia, pero debemos someternos, no tenemos tiempo para ocuparnos y faltan los lugares propicios para los esparcimientos sentimentales. El deleite de cortejar asiduamente nos está vedado.

Verdad es que el amor, emoción fundamental de la humanidad, no dejará realmente de perdurar. Los hombres y las mujeres continuarán cayendo enamorados para luego abandonarse. Pero, es verdaderamente lamentable, que el amor, esa



lugares propicios, y nosotros carecemos de esos factores esenciales.

Antaño se necesitaba el medio, el ambiente: una glorieta florida; un salón tenuemente iluminado o un hermoso jardín; el rincón apartado de una sala de baile, o la mesa con lámpara rosada en un restaurant o en un café.

En el presente debemos racionalizar el espacio, en las grandes ciudades, sobre todo y no disponemos del cuadro ideal para ese pasatiempo encantador. Las glorietas, los grandes salones son cosas desusadas. Vivimos la mayoría en pequeñas alcobas, en las que no se nos permite cocinar o comer nuestra comida. ¡Ah! ¡Aquellas delicadas cenas bajo la lámpara! ¡Cómo ayudaban en las lides amorosas!

¿Cómo hablar de amor en los ascensores? Los bancos de los jardines son duros, y los parques, muy escasos. Queda el recurso del taxi, indudablemente, pero es rápido, anhelante y, además, cuesta... ¿Dónde bordar sobre el eterno tema? ¿Dónde conducir a la adorada para hacerle dulces juramentos lejos de los curiosos y burlones? Esta es la cuestión...

Ahora los hombres y las mujeres están demasiados ocupados en ganar dinero, para perder el tiempo en tales bagatelas; cuando el trabajo ha concluido, se encierran en casa. Sólo se respira en el teatro. El amor es sintético; se toma de segunda mano: nos contentamos con ver las escenas de amor sobre la pantalla.

Pero esto también pasará; si el amor muere en la vida real, deberá desaparecer de los libros y del teatro. Cuando menos, será modernizado y adaptado al ritmo y las tendencias de los tiempos que vivimos.

Esa suerte de incapacidad para expresar los sentimientos amorosos en términos elocuentes es un signo de los tiempos. Las muchachas, antaño enclaustradas y vigiladas, no tenían más que pensar que en el amor. No vivían sino para esto, y exigían que se les hiciera un cortejo asiduo y bien llevado.

En nuestros días, las muchachas trabajan con el propósito de hacer una carrera, y, naturalmente, resultan menos sensibles al amor. Deciden, por lo regular, de acuerdo con sus gustos e inclinaciones.

Supongo que el estímulo de la guerra y la reacción psicológica que le siguió, provocaron, en cierto aspecto, este estado de cosas.

cosa divina; que el cortejo sentimental, tan delicioso, sólo alcanzan, en la vida moderna, a cantidades despreciables.

Amar, antaño, era todo un arte, un gran arte, que exigía talento, habilidad, sutileza. El amor comportaba una técnica particular. Un hombre le consagraba tanto tiempo e ingenio como el ejercicio de su profesión. Consideraba al amar cual un interés primordial de la vida, como una cosa incidental. Más el arte de amar exigía tiempo y

Las "estrellas" eiaje de placer

ro, embajador de sus compañeros, diciendo "que todos los hombres la ofrecen espléndidos brillantes que ella no puede aceptar, y a ninguno se le había ocurrido hacer algo para ella con sus propias manos".

Este rasgo, tan sencillo y espontáneo, que seguramente aumentó su prestigio entre el elemento popular, fué severamente criticado

por muchas de sus compañeras y hecho público por los agentes de publicidad, convenientemente adornado con alusiones a la ideal democracia americana, a la fraternidad incomparable que reina en los estudios y otros efectistas clichés por el estilo. En el fondo, sin embargo, los directores de Lupe no aprobaban su conducta, y al proyectar la joven "estrella" un viaje a Nueva York, tomaron sus medidas para hacerle un recibimiento triunfal, no sin encarecerle previamente la necesidad de conservar constantemente una actitud reservada y digna. Lupe Vélez prometió obedecer como una colegiala obediente. Prometió... pero, ¿cómo mantener una actitud fría al verse aclamada como una reina, rodeada de una multitud frenética que lucha por alcanzar un puesto en primera fila? Imposible. La joven ex bailarina saltaba en su vagón como un alegre pajarillo enjaulado, tiraba besos por la ventanilla a los entusiastas aficionados agolpados en las estaciones intermedias, y los graves personajes que aguardaban su llegada al final del viaje vieron, con estrema

dos, descender del tren a una mujercita — menuda y viva como un grano de pimienta — vestida con un extravagante traje de abigarrados colores, que abrazaba a todos gritando frases incoherentes en un inglés incompresible, salpicado de modismos mejicanos. Un verdadero desastre.

Fuó preciso adherir a la "estrella", para el resto de la triunfal excursión, una secretaria — con ordenes estrictas—, encargada de vigilar sus *toilettes* y reprimir sus entusiasmos.

LA IMPREVISORA

Mary Duncan, la bellísima vampíresa que causa fieros males en *Los cuatro diablos*, es un caso típico de vocación irresistible. Una auténtica "vampíresa", nacida para vivir una vida fácil, sin preocupaciones materiales de ninguna clase.

Hija de una familia bien acomodada, su padre había elegido para ella la carrera de leyes y la envió a una famosa Universidad para realizar los estudios correspondientes. Mary Duncan estaba lejos de compartir el entusiasmo paterno por las indigestas y fastidiosas asignaturas de Derecho; ella se reconocía un solo derecho indiscutible: el derecho de disponer de su vida como mejor le pareciera y con esta convicción inquebrantable, vendió sus libros, reunió sus escasos ahorros y se trasladó a Nueva York, decidida a triunfar en el Teatro.

No le fué difícil conseguirlo. Admitida en la famosa escuela de Ivette Gilbert, sorprendió a todos por sus naturales condiciones hístricas, especialmente para la interpretación de mujeres fatales, muy apropiadas — según la teoría americana — a su espléndida belleza morena.

Poco tiempo después de su debut en el Broadway neoyorquino, debía Mary Duncan trasladarse a Londres para continuar ante el público británico su éxito en un drama titulado *The Nervous Wreck*. Generosa y satisfecha de sus triunfos, la joven actriz invitó a su hermanita — relegada en la lejana provincia natal — a acompañarla en aquel su primer viaje profesional. "No te preocupes por los gastos — decía en su carta — y encárgate los trajes que creas necesarios. Soy rica; mi sueldo es considerable y aun aumentará en mi próximo contrato. Voy a dar orden a la sucursal en esa de mi banco X para que te abran un crédito ilimitado".

(Continúa en la página 80).

LA IMPULSIVA

Para una bailarina de tercera fila, llegar a Hollywood, con muy pocos dólares en el bolsillo, y encontrarse de la noche a la mañana convertida en "estrella" de primera magnitud, es una aventura tan extraordinaria que es disculpable en ella cierta exaltación. Si, además, dicha bailarina es excesivamente joven y lleva en sus venas sangre ardiente de la raza latina, tiene derecho incluso a perder la cabeza por completo, sin que pensemos en reprochárselo, porque encontrarse de repente con "auto", vestidos, joyas y un nombre universalmente conocido es más, mucho más, de lo que puede resistir un frágil cerebro femenino.

Este es el caso de Lupe Vélez, la linda mejicana descubierta por Douglas Fairbanks en *El Gaucho*. Su triunfo ha sido tan rápido que, a pesar de las lecciones repetidas de su *manager*, de su agente de publicidad y de su secretaria, no ha logrado todavía asimilar la pose correspondiente a su recién adquirida categoría. Saluda a todo el mundo, sonríe al operador, le dedica un guiño al electricista, un papirotazo a su doncella, una mueca a su rival: el *self-control*, tan estimado por ingleses y yanquis, es un suplicio demasiado intolerable para una muchachita de las tierras calientes que vive un verdadero cuento de hadas, y la inquieta Lupita a duras penas domina sus impulsos bajo las miradas severas de sus mentores. ¡Pero cómo se desquita en cuanto se ve libre de la ominosa tutela! El servicio de publicidad de la casa procura, naturalmente, atenuar estas chiquilladas de la "estrella", convirtiéndolas en otros tantos motivos elogiosos de su carácter encantador. Un día, por ejemplo, el personal subalterno del estudio que adora a esta actriz tan poco activa con las gentes humildes, tiene la delicada idea de regalarle una preciosa caja de maquillaje en finas maderas labradas a mano y construida enteramente por ellos mismos. En lugar de agradecer este rasgo con un pequeño y bien estudiado discurso, como exigía el protocolo cinematográfico, la sincera mejicana abrazó conmovidísima al viejo obre-

Pueden reconocerse en estas expresiones, las de: la Nilzen, Greta Garbo, Gloria Swanson, Oda Nebel (reinas, estrellas)

Un bello cuento Chileno

La señora

Por FEDERICO GANA

Hacia ya tres horas que galopaba sin descansar, seguido de mi mozo, por aquel camino que se me hacía interminable. El polvo, un sol de las tres de la tarde en todo el rigor de enero, el mismo sudor que inundaba a mi fatigado caballo, me producían una ansia devoradora de llegar, de llegar pronto.

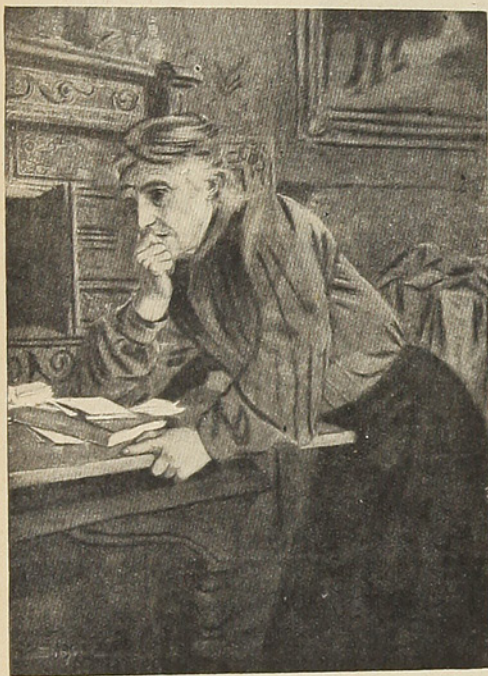
Me volví impaciente hacia el muchacho que me acompañaba, diciéndole:

—Pero, al fin, ¿dónde está ese tal don Daniel Rubio?

—Es allí cerquita, a la vuelta de aquella alameda, me contestó, haciendo un lento signo con la mano y sin dejar de galopar.

A ambos lados del camino se extendían grandes potreros sin agua, cubiertos de un pastillo blanco que hería la vista, y donde los rayos del sol reverberaban con fuerza. A lo lejos, la enorme mole violácea de los Andes, despojada de sus nieves, emergía con violenta claridad sobre un cielo sin nubes, pálido y brillante.

Y yo, inclinado sobre mi caballo, pensaba con desaliento en que ese viaje se convertía en un verdadero sacrificio.



Acodada en la mesa, hizo un esfuerzo de memoria...

En aquella época, mi padre, aprovechando mis ociosos vacaciones, ocupábame, de cuando en cuando, en contratarle buyes para el trabajo de la próxima siembra. Y yo cumplía tales comisiones con placer, porque ellas me permitían emprender largas correrías a caballo por los alrededores. Muchos de estos viajes me proporcionaron la oportunidad de hacer más de una visita bien agradable para mis ilusiones de veinte años; varias veces regresé de estas peregrinaciones sintiendo no sé qué dulce nostalgia en el corazón, a la que tal vez no era extraña cierta cabellera negra o rubia que divisara, a la despedida, en el corredor, a través de la reja y los naranjos de una casa de campo. Según las informaciones que había tomado la víspera, don Daniel Rubio, a cuyo fondo me dirigía, era soltero; y en su casa nada había que pudiera halagar mis expectativas sentimentales.

De esta certidumbre provenían tal vez mi cansancio y mi mal humor.

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácarras, pastales de trébol, animales vacunos, aguas

corrientes... De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel—me dijo el mozo. Yo me interesaba contemplando el buen cultivo de la tierra, la excelencia de los cierras, mil pequeños detalles que revelaban la vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuerdas tiene el fundo?—pregunté al mozo. —Trescientas cuerdas regadas. Principio arrendando, y ahora, con su trabajo ha comprado estas tierras—me contestó.

Llegábamos ya al fin de la alameda, y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaba una huerta de hortalizas y un edificio, con esa arquitectura sencilla y primitiva, peculiar en nuestras antiguas construcciones campesinas: enorme techo de tejas, bajas murallas, anchos y sombríos corredores.

—Aquí es—me dijo el mozo, y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que daba a un caminito bordeado de acacias.

En el fondo de ese camino, bajo la sombra de una ramada, al lado de un caballo ensillado, veíase un hombre con la cabeza inclinada, ocupado, al parecer, en arreglar una correa de la brida.

A pesar de los furiosos ladridos de un perro que salió a recibirnos y que mi mozo se esforzaba en espantar, el hombre continuaba afeitado en su trabajo.

—¿Don Daniel Rubio está en casa?—pregunté con voz fuerte.

El hombre alzó la cabeza, fijó en nosotros una mirada tranquila y me contestó sosegadamente, con cierta reticencia: —Con él habla...

Quien así me respondía era un individuo alto, obeso, poderosamente constituido. Representaba de cuarenta y cinco a cincuenta años, y vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos de diablo fuerte, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas que parecía cristalizada, mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraña. Contemplando esta fisonomía, involuntariamente me pasó por la cabeza esta frase vulgar: "No me gustaría encontrarme con este sujeto por un camino solitario".

—Nos han dado noticias que tenía buyes—le dije. —Sí, hay algunos—me contestó con indiferencia, volviendo el rostro a un lado.

—¿Podríamos verlos?—agregué. Por toda respuesta tomó las riendas del caballo, que a su lado estaba, subió rápidamente y, seguido de nosotros, se dirigió al interior del fundo.

Durante nuestra excursión por los potreros, tuve ocasión de observar que mi acompañante era persona inteligente, en todo lo que a campo se refería; y esto lo demostró más de una vez en el curso de la conversación que sostuve con motivo del negocio de los buyes. Sus modales eran rudos, como de hombre de pocas letras; sus palabras breves y terminantes; pero, a través de toda esta exterioridad poco agradable, había en su persona no sé qué aire de honradez y de seriedad que, insensiblemente inspiraba respeto, ya que no simpatía.

Por fin el negocio se arregló satisfactoriamente, y la noche caía ya en el horizonte, cuando regresamos a la casa.

—Todo lo que usted ha visto lo he formado yo con estas manos—dijo don Daniel, respondiendo a mis felicitaciones por el buen pie en que veía su hacienda.

—Usted se quedará a alojar—agregó; e interrumpiendo mis excusas, llamó a un trabajador que por ahí andaba, ordenándole que desensillara los caballos.

Y, después, me dijo: —No se apure, que hay donde tender los huesos. Pero, antes que todo, vamos a mascar algo, que ya es hora; y nos dirigimos a la casa.

Después de atravesar el obscuro corredor, entramos a una pieza que daba al pasadizo y que servía de comedor.

La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza. No parecía aquel un comedor de soltero. Aquí y allá, sobre el mantel immaculado, había grandes maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar: el vino brillaba en las garrafas de vidrio, y en las paredes vi diferentes estampas de santos que no dejaron de llamarme la atención.

A una indicación de don Daniel, me senté sin cumplimiento a la mesa; pero luego tuve que ponerme de pie precipitadamente, porque frente a mí se abrió una puerta y entró una persona. Era una anciana de cabellos blancos y elevada estatura, vestida de negro.

Me hizo una ceremoniosa reverencia, mientras don Daniel nos presentaba:

—La señora Carmen Mancilla, el señor... En seguida ella se sentó a la cabecera de la mesa. Yo observaba con interés a la recién venida.

En su rostro extenuada y pálido, con esa palidez luminosa (Continúa en la pág. 80)

LENGUA LA RGA

Natalia Michalowna, una joven señora que había llegado aquella misma mañana de Yalta, mientras estaba comiendo y charlando hasta por los codos, ponderaba las bellezas de Crimea a su marido, quien dichoso y emocionado; no le quitaba los ojos de encima, gozando del entusiasmo que brotaba de su cara.

El la escuchaba y de vez en cuando le dirigía unas preguntas... Pero dicen que la vida allá es muy cara, ¿no es verdad? — le dijo entre otras cosas:

—¿Qué te diré?... En mi concepto, pequeño padre mío, la gente exagera mucho al hablar de la vida de allá. En efecto, no es tan fiero el león como lo pintan. Yo y Julia Petrowna, por ejemplo, tenemos una habitación muy cómoda y verdaderamente decente por veinte rublos diarios. Todo estriba en saber vivir, mi pequeño amigo. Claro que si tú hubieses querido hacer una excursión montañesa... Ir por ejemplo al Al-Perli... y hubieses tomado un caballo y un guía... entonces se comprende que te hubiera salido caro... ¡Caramba! Y qué caro! Pero qué demonios de montañas hay allá, Vassica! Tienes que figurarte unas montañas altas, altas, mil veces más que una iglesia... Arriba se ven nubes, nubes y más nubes... Abajo hay unas piedras colosales... Piedras y más piedras... y unos pinos... ¡Ah, no puedo recordarlos!

—A propósito, mientras estabas ausente, leí en no sé qué periódico o revista, algo acerca de los guías tártaros de allá... ¿Qué quería! ¡Es verdad que bajo ciertos aspectos son gente distinta de lo corriente!...

Natalia Michalowna hizo un ademán desdefioso y sacudió la cabeza. — ¡Qué! No son tártaros como los de costumbre, y nada tienen de particular... — contestó ella. — Por lo demás yo no los he visto más que desde lejos y casi a hurtadillas... Me los han enseñado, pero no le he prestado ninguna atención. He tenido siempre, mi pequeño padre, como una prevención contra todos esos circasianos, griegos, mauros!...

—Dicen que son unos donjuanes terribles, mujeriegos empedernidos.

—Puede que sean así! ¡Hay mujeres execrables! las cuales... Natalia Michalowna brinco subitamente, poniéndose de pie como si hubiese recordado algo terrible. Sus ojos parecían llenos de espanto. Clavándolos sobre su marido, dijo lentamente:

—Vassica, si tú supieras hasta qué punto son desvergonzadas ciertas mujeres! ¡Ah, cuánta desvergüenza! Y no se trata de mujeres humildes o de la clase media, sino de verdaderamente asustados, no podía creer en mis propios ojos... Podré morirme, pero no olvidaré nunca aquello... Es posible que pueda una llegar a tamaño olvido?... ¡Ah, Vassica! no quiero tampoco hablar de ello!... Tomemos como ejemplo a mi compañera de viaje, Julia Petrowna... Tiene un marido tan bueno... dos hijos... Está siempre en compañía de gente bien, parece una santa, y sin embargo... puedes figurarte... de repente... Pero, mi pequeño padre, como se comprende, estas cosas han de quedar entre nosotros... ¿Me das tu palabra de no hablar con nadie?

—Mira lo que te pasa por la cabeza!... ¡Qué rarezas se te ocurren! ¡Claro está, que no hablaré con nadie!

—Palabra de honor? ¡Palabrita?... Pues bien, te creo... La joven señora adquirió una expresión misteriosa y empezó a decir en voz baja:

—¡Figúrate lo que me tocó ver! Julia Petrowna se fué de excursión a la montaña... ¡El tiempo era tan espléndido! Ella cabalgaba delante, junto con su guía y yo seguía un poco atrás. Después de haber recorrido tres o cuatro veredas, piensa, Vassica, Julia lanzó un grito y al mismo tiempo llevose bruscamente las manos al pecho. Su tártaro la agarró por la cintura, por que de otro modo ella se hubiera caído al suelo...

Yo y mi guía nos acercamos... ¿Qué hay? ¿De qué se trata? —Oh, me muero — gritó — ¡voy a desmayarme! ¡No puedo seguir adelante! — ¡Figúrate mi miedo! Pues, ¡volvamos atrás! — dijo.

—No, Natalia, no puedo volver atrás, "me contestó". Si doy un solo paso, me muero de dolor! ¡Me han asaltado los espasmos! Y empezé a rogarte y a suplicarles en el nombre de Dios, a mí y a mi Sulcman, que volvieran a la ciudad y me trajeran unas gotas de valeriana que la hubieran aliviado...

—Espera, no comprendo bien... — refunfuñó el esposo, rascándose la frente. — Antes me has dicho que habías visto a aquellos tártaros tan sólo desde lejos, y ahora me cuentas de no sé qué Sulcman...

—Tú quieres cogerme nuevamente en contradicción! — contestó la joven mujer alterándose un poco en el rostro, pero sin confundirse para nada. ¡No puedo soportar las sospechas! ¡No las puedo soportar! ¡Eso es tanto, es tanto!...

—Yo no te pido en contradicción. Pero, ¿por qué decir mentiras? Si has hecho excursiones con los tártaros, está bien: allá tú! Pero... ¿por qué tantos rodeos?...

—¡Hum! ¡Qué hombre más extraño! — exclamó la joven mujer, indignada. ¡Te has vuelto celoso de Sulcman! ¡Cómo te hubieras alegrado tú, para ir de excursión a la montaña sin un guía? ¡Me lo figuré!... Si no conoces la vida de aquellos países, si no entiendes esas cosas, más vale que te calles... ¡Si, cállate, cállate! ¡Sin un guía allá no es posible dar ni un paso!

—Ya lo creo! — Te lo suplico: ¡no te rías tan tontamente!... Yo no soy una Julia cualquiera... Yo no la justifico para nada, pero yo... ¡psst! Aunque no pretenda pasar por santa, no he olvidado mis deberes hasta tal punto... Conmigo Sulcman no se ha propasado nunca... ¡Ah, no! Mametcul solía estar siempre con Julia, mientras yo, tan

pronto como acababan de dar las once, decía en seguida: "Sulcman, ¡adelante! ¡Fuera! ¡Márchese!" y mi tontin de tártaro se iba. No, pequeño padre mío, yo le tenía como en un guante erizado de agujeros... Cada vez que se quejaba del dinero o de alguna otra cosa, le decía seguidamente:

—¿CÓMO? ¿Qué co-osa? ¿Qué co-osa? y se le ponía el alma en los calcañares...

—¡Ah, ah, ah!... Tenía los ojos, te lo figuras, Vassica, tan negros como dos carbones, y su hocico tártaro era tan bobo, tan ridículo...

—No, no, yo le trataba con severidad: ¡esto es todo!... — Me lo figuro... Me lo figuro... — refunfuñó el esposo, en tanto que se entretenía arrollando bolitas con la miga del pan.

—¡Es sencillamente tonto lo que dices, Vassica! ¡Harto sé cuáles son tus pensamientos en este instante. Ya lo sé que es lo que te figuras... Pero yo te aseguro que ni siquiera durante las excursiones, Sulcman se propasaba. Por ejemplo, si subíamos a un monte, o si

íbamos hacia la cascada de agua llamada U-clan-su, yo acostumbra-bra decirle:

—Sulcman, ¿qué-desea detrás de mí. ¡Ea!

Y el pobre cabalgaba siempre detrás de mí...

Hasta cuando en los momentos más patéticos yo le decía:

—Y sin embargo no has de olvidar que eres un simple tártaro a la vez que yo soy la esposa de un Consejero de Estado!

¡Ja, ja, ja!... La joven mujer estalló en una ruidosa carcajada.

Luego, rápidamente, giró la mirada en derredor suyo y dando a su rostro una expresión de miedo, reanudó su plática en voz baja:

—Pero Julia, ¡ah, esta Julia! Yo lo comprendo, Vassica! Comprendo que podamos distraernos un poco para descansar después de la vida vacía del gran mundo...

Si, todo eso puede muy bien hacerse: diviértete, si te place, y nadie te condenará; pero eso de tomar semejantes cosas en tu queiras, yo no

serio y armar unos escándalos... ¡Ah, sea como te acuerdes a comprender estas cosas...

Figúrate que ella se dejaba arrastrar por los celos! ¿No es tonto eso? Un día Mametcul, su ídolo, vino estando ella ausente...

Pues bien, le llamé... y empezamos a platicar de cosas instantáneas... Ellos, en efecto, resultan muy divertidos... Así, departiendo fuertemente los dos transcurrió la velada sin que nos diéramos cuenta; pero de golpe y porrazo, como un bólido, entró en el cuarto Julia Petrowna... y se abalanzó sin más encima de los dos, arremetiendo furiosamente contra mí y contra Mametcul...

Vaya, nos armó la escandalera del siglo... ¡Puff! No, yo no acierto a explicarme estas cosas, Vassica...

Vassica frunció el ceño y se puso a medir la habitación a trancos.

—Ya está visto... Habéis llevado allá una vida alegre, ¡huelga decirlo! — refunfuñó el marido, al paso que una sonrisa forzada asomaba a sus labios.

—¡Oh! ¡Qué tonterías vas diciendo! — contestó airada Natalia Michalowna.

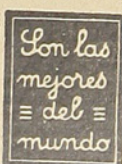
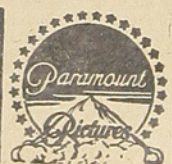
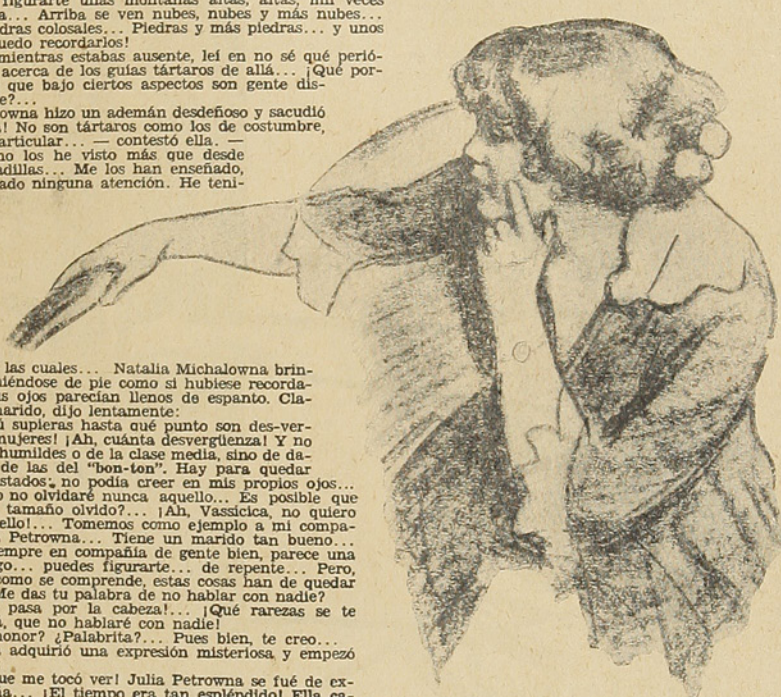
—¡No hago sino considerar lo que tú misma me vas contando! — dijo el marido, sin dejar de pasear por el cuarto.

—Pero no dices todo lo que piensas... ¡Yo sé lo que te piensas! Siempre tienes pensamientos malos ¡Ya no te contaré nada!

¡Nada, nada! ¡Basta!

La joven mujer alargó los labios en una mueca desdeñosa, y calló.

ANTON CHEKOF



La Calamidad de los

YA SEA QUE la mujer se ha dormido sobre sus laureles, es decir, sobre sus quehaceres domésticos, o que considere que esos no deberían nunca ser menesteres suyos, o que los hombres estén comenzando a gozar de un absoluto poder de expresión, es cuestión de conjetura, pero lo cierto es que en la actualidad más hombres que mujeres se dedican a la cocina.

En una convención reciente de los administradores de tiendas de viveres de los Estados Unidos se hizo la afirmación rotunda de que un número creciente de hombres no sólo hacían las compras cotidianas sino también desempeñan el papel de cocineros de la familia.

"Oigo discutir más recetas de platos por hombres y tomarse más interés en la preparación de la comida que jamás demostraron las mujeres", declaró uno de los asistentes.

Otro eco de esta ola doméstica en las filas masculinas viene de una escuela de California que ofrece un curso de economía doméstica a los jóvenes del sexo masculino al igual que a las muchachas y cuyos anales prueban que la aptitud del varón en tal actividad es igual a la de la hembra.

En San Luis se acaba de inaugurar el Club de Almuerzos de Hombres. El marido se levanta al amanecer y hace su aparición en tal club, para competir en habilidades culinarias contra otros en la preparación de platos exquisitos para el almuerzo o desayuno. Y no es que este club parezca ser una asociación de escuálidos y mal alimentados maridos de mujeres amantes del bridge, sino un medio de la auto-expresión de hombres que en sus oficinas hacen obra rutinaria y en modo alguno creadora.

Los hombres son los creadores naturales del mundo, según hace mucho tiempo que se nos viene diciendo. Hace medio siglo que el filósofo alemán Nietzsche explicó semejante aserto con el hecho de que, en tanto el genio creador de la mujer se dedicó a la crianza de los hijos, el del hombre consagró a las artes. Rafael y Murillo inmortalizaron el pincel; Miguel Ángel y Donatello el cinkel; Beethoven y Chopin el pentágrama, Worth la aguja, pero Brillat-Savarin immortalizó la sartén y la cazuela. Y una larga lista de distinguidos imitadores suyos en el pasado y el presente han creado sinfonías gastronómicas.

AHI ESTA el Príncipe de Gales. Sus habilidades ecuestres y terpsicóreas hace tiempo que son conocidas de sus admiradores, pero su habilidad culinaria hasta el otro día no se hizo del dominio público. En sus suntuosos departamentos de Londres el heredero del trono británico se deleita en crear platos exquisitos y en preparar otros ya conocidos y predilectos de los gastrónomos, para un círculo reducido de amigos. Uno de sus platos favoritos es la "Tortilla Victoria", creación de su ilustre bisabuela.

Uno de los cocineros amateurs más famosos de América era Jack London, el célebre novelista. Sus creaciones culinarias apenas eran sobrepajadas por sus realizaciones literarias, al menos a los ojos de los epicúreos. William Febersham, el conocido actor, es un experto con el batidor y algunos de sus platos post-función han encontrado puesto en los manuales de cocina. De Wolf Hopper ha abandonado ya muchas de sus actividades juveniles, pero todavía supera en la cocina a cualquiera de sus amigos.

Raymond Hitchcock se transforma en un abrir y cerrar de ojos de comediante en maitre d'hotel cuando prepara su famosa obra maestra con sabroso queso. Arnold Daly sabe preparar un conejo y otros platos de su invención para paladares delicados que hace a cualquier gastrónomo chuparse los dedos de gusto.

El exageradamente elegante Conde Boni de Castellane es cocinero de fama mundial. Es un epicúreo de la nueva escuela francesa, que comprende nombres tan distinguidos como los de Marcel Fouquier, el Duque de Morny, Santos Dumont y el norteamericano James Hazen Hyde, immortalizado de nada menos que por unos "melocotones escalfados a la Hazen Hyde", inventados en Durand, el conocido restaurant parisense. Escálfase fuera un huevo y luego rocíasele con kirsch.

Este termina de cocerlo y el kirsch constituye la salsa. Hace poco que el Marqués de Massa inventó y dio al mundo su caput; codornices cocidas lentamente junto con uvas moscateles.

Distinguese también en este campo David Velasco, el celebrado empresario. Difícilmente se lo imagina uno inclinado sobre libros de cocina, pero tal es la realidad. Su "salmi" de ganso es una de sus obras maestras de gastronomía y se dice que demora tres horas en perfeccionarse. Entre el mundo teatral y el mundo culinario Velasco ha dejado caer unas cuantas gotas de filosofía de la cocina.

"Hay muchos platos con excelentes ingredientes — afirma — que fracasan por falta de habilidad para combinarlos, así como muchas buenas obras teatrales fracasan por falta de dirección. Debe mantenerse una proporción artística entre los ingredientes, como entre los distintos tipos de la obra".

Y si dejamos el mundo teatral desde hace tiempo célebre como campo fértil para el arte culinario, y nos dirigimos a la capital de Norteamérica, pongamos por caso, en busca de culinaria creadora entre elementos masculinos distinguidos, podríamos encontrar en su cocinilla al Director General de Correos de los Estados Unidos, cocinero amateur de primera.

Mientras todos estos cocineros distinguidos emplean su habilidad pura y simplemente como un capricho o descanso mental, la afirmación del referido administrador de almacén de viveres nos induce a creer que hay un ejército de héroes desconocidos de la cocina, que nadie celebra ni canta sus glorias y quienes acaso más de una vez se vean obligados a blandir en defensa propia la sartén o la espumadora.

Aunque en los últimos siglos de la cocina ha sido relegada a la mujer y una parte de la humanidad gusta todavía de pensar que la mano que mece la cuna es la misma que revuelve los frejoles, el arte delicado de cocinar hizo su aparición bajo la égida del hombre y ha obtenido sus triunfos más notorios bajo su diestra mano.

En su "Disertación sobre el Puerco Asado", Charles Lamb nos dice que no fue una obediente esposa, ávida de deleites al paladar de su marido, la que primero aplicó el fuego a los alimentos.

Según Lamb, Bo-Bo, un chiquillo chino, pegó fuego accidentalmente a la casa paterna y quemó varios cochinitos que en ella había. Al examinar a uno de los carbonizados cuerpos para ver si aún estaba con vida, se quemó los dedos y, claro está, se los llevó inste-

tivamente a la boca. Para sorpresa suya, descubrió que el jugoso pedazo de carne que se le quedara pegado a los dedos era el alimento más sabroso que había gustado en su vida, y, como resultado de su aventura, el puerco asado y los primeros conocimientos del arte culinario hicieron su aparición en China.

Aunque este cuento no es más que una simple leyenda, es hecho aceptado que el origen de la cocina tuvo lugar en Oriente. Los griegos aprendieron por su contacto con Asia a aumentar la suntuosidad de sus banquetes y a preparar platos de varios ingredientes. En los tiempos antiguos el cocinero, siempre hombre, ocupaba una elevada posición. Los antiguos eran grandes gastrónomos.

Hase dicho que el destino de las naciones depende de su manera de comer y que la historia del alimento es la historia de la civilización. Así, cuando la civilización oriental comenzó a introducirse en Occidente, entraron con ella métodos más refinados de preparar la comida y recetas más variadas.

HASTA el Renacimiento la cocina moderna no recibió un ímpetu considerable. Catalina de Médicis revivió en Francia el arte de cocinar y condecorar a los grandes maestros de la cocina. Luis XIV mismo

era un notable cocinero y fué bajo su reino que Bechamel inventó la salsa que todavía se cocina en el mundo entero y que lleva su nombre.

La mujer cocinera recibió su primer reconocimiento a manos de Madame du Barry. El rey había declarado que no había mujer que supiera cocinar bien. Madame du Barry, conociendo la habilidad culinaria de cierta mujer, invitó al rey a una comida preparada por ella. Asistió el monarca, probó la comida e inmediatamente preguntó el nombre de aquel mago de la cocina. Cuando se dijo que era una mujer, pronuncióla "cordon bleu" en recuerdo de la ocasión.

Después de la Revolución Francesa surgieron los restaurantes parisenses y los nombres de quienes han sido llamados Miguel Angeles y Rafael de la cocina: Robert, Merillon y el más grande de todos en el arte culinario del siglo pasado, Brillat-Savarin, que dejó un libro de divertidos epigramas para testimoniar el hecho de que era un hombre culto al par que un excelente cocinero. Más tarde comenzaron a aparecer los grandes cocineros norteamericanos que crearon obras maestras gastronómicas: Minico Finelli, de Filadelfia; Bully Soule; Philippe de Sherry, Oscar, del viejo Waldorf, en New York; Antoine, en New Orleans, y Madame Begues, el único nombre de mujer que brilló en el firma-

mento culinario. En su obscuro saloncito del barrio francés de New Orleans mantuvo durante cincuenta años una verdadera corte gastronómica. Dicese que Mark Twain, después de degustar uno de sus almuerzos, se acercó a ella con las palabras:

"Madame, siempre había oído decir que todos los famosos maestros de la cocina eran hombres, hay una excepción".

A lo cual la aguda criolla replicó:

"Y si tal es el caso, es que los hombres se ocupan más de su estómago".

"El temple desempeña una parte muy importante en la creación de un buen cocinero, sea hombre o mujer", escribió el doctor King, bardo inglés. "Para crear se necesita temple y para cocinar bien, un buen creador".

SEA COMO ELLO fuese, ya que en la actualidad la fantasía de los jóvenes del sexo masculino parece complacerse en la cocina, no está demás ofrecer algunas recetas famosas de creadores famosos.

Tenemos, por ejemplo, la pomme Castellane, que toma su nombre de su inventor, el Conde de Castellane. Es una patata glorificada.

Se escogen unas cuantas papas grandes, se las asa con la cáscara y cuando estén bien asadas se les saca el centro, dejando un borde espeso de la masa en el interior. Esta cavidad se rellena con langostino, yema y clara de huevos bien sanchochados y bastante crema y condimento. Ciérrase la abertura con un pedazo de la misma patata y se meten en el horno, de donde sale convertida en un bocadito exquisito...

De Wolf Hopper tiene también un plato de patatas creado por él, que se llama kartoffel-kloesse. Se hace de esta manera:

Cuéccese tres tazas de papa machada y una de pan majado también y se majan juntos con dos huevos bien batidos; añádesele pimienta, sal, nuez moscada y móldesele en pequeñas bolas. Arroza estas bolas rápidamente en agua salada hirviendo. Cuando se hinchen hasta alcanzar el doble de su tamaño y se oscurecen están listas. Y aquí va, por último, la creación a base de queso del Príncipe de Gales:

Rállese muy fino una libra de queso. Añádesele tres cucharadas de cerveza y un vasito de champagne. Mézclese bien en una fuente de plata sobre un cazo de agua hirviendo durante diez minutos y sírvase sobre tostadas de pan.

Caruso era también un buen cocinero y casi todas sus recetas contenían ingredientes de bebidas alcohólicas.

Después de todo, parece que a los hombres de hoy compete rescatar del olvido que lo amenaza el arte culinario. Con la esposa a dieta de espinaca y toronja tres veces al día y los niños sólo a vegetales sin grasa, sin pastelería ni condimentos, si el jefe de la familia tiene aficiones epicúreas, se las verá en un aprieto a menos que se dedique a la cocina. Lo hombres hanse levantado y denunciado esta dieta de las damas, porque están seguros que las depauperas y les hace perder la salud o la buena figura o el buen carácter, pero, sobre su obvio resultado para las comidas de él, ha habido un extraño silencio.

Pero, habránse dicho al fin y a la postre, ¿por qué depender de nadie, cuando la cocina creativa es un terreno tan explorado ya por el sexo masculino?

EL MEJOR MODO DE SERVIR EL TÉ

Para servir el té a un núcleo reducido de personas de toda intimidad no es necesario que haya más de una mesa; pero si se trata de servirlo a varias personas más de cumplido, puede haber varias mesitas, cubiertas con pequeñas servilletas de encaje, o bien una mesa un poco mayor, siempre cubierta con pequeñas servilletas, y nunca con mantel.

Lo más elegante, cuando la dueña de casa es poseedora de un bonito servicio de té, es hacer la infusión en el mismo saloncito donde se sirve; pero de no ser así, se traerá, ya hecho, y se servirá con pequeños «sandwiches» de varias clases, pastelillos, almendras saladas, pastas y bombones; pudiendo ser ayudada el ama de la casa por una o dos amigas que le hagan más grata la tarea.

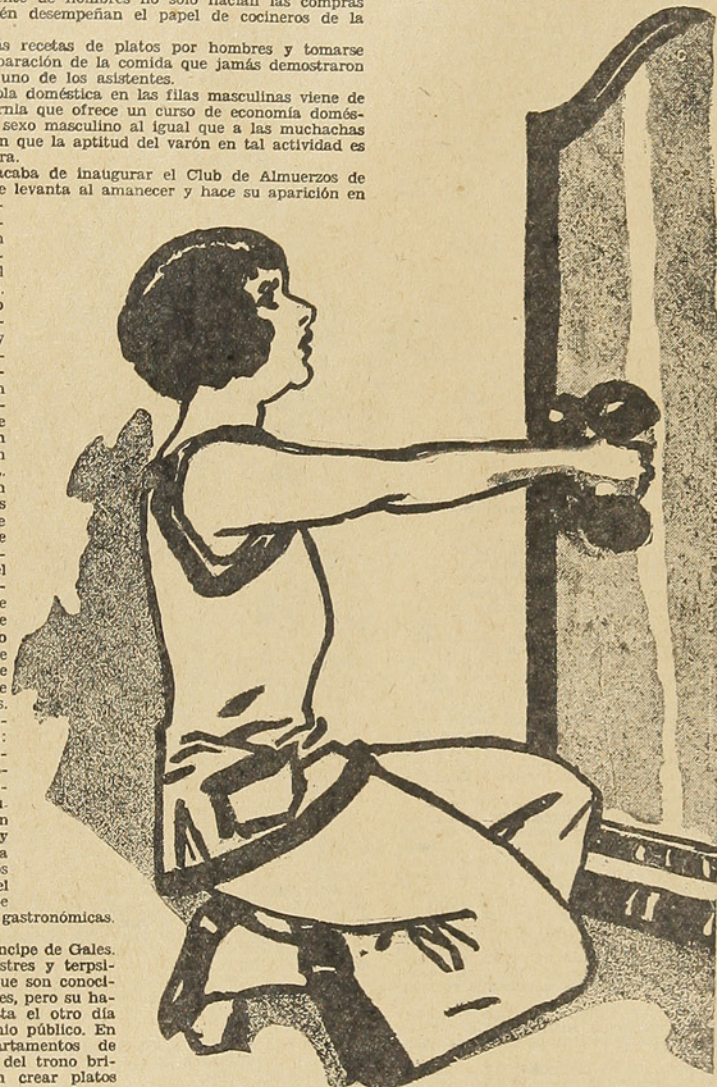
Las tazas deberán ser todas de igual clase, aunque no es indispensable que ostenten el mismo dibujo. El té se servirá con azúcar de cuadrillo, crema o leche fría, rodajitas de limón u hojas de menta, según el gusto de cada uno de los invitados; desde luego, la dueña de casa que se preocupe de su reputación, como mujer de sociedad, deberá perfeccionarse en el arte de hacer un té delicioso, antes de someterse a la prueba definitiva de servirlo a sus huéspedes.

Cuando se trata de té de todo cumplido, después del cual se ha de bailar, escuchar buena música, etc., se deberán enviar las invitaciones con diez días, o una semana por lo menos de anticipación, no siendo necesario acusar recibo si se piensa asistir, pero si, en cambio, es indispensable contestar exponiendo

los motivos que impiden la asistencia si se rehusa.

En estas ocasiones, el té no se sirve en la salita, sino en el comedor, y debe ir acompañado de ensalada de frutas, fresas con crema y helados, además de los consiguientes emparedados o «sandwiches», pastas y dulces.

El ama de casa se colocará en la puerta del salón para recibir a los invitados y presentarlos unos a otros, ayudada en esta tarea por sus hijas, si las tiene, sus hermanas o alguna amiga de toda intimidad. Estará elegante, pero sencillamente vestida, con traje de tarde, evitando, sobre todo, con sumo tacto, aparecer más adornada de lo que puedan estarlo las demás damas invitadas por ella a su reunión.



El empleo más importante del mundo

Por la Señora Edison, esposa del célebre inventor

Publicó, no ha mucho tiempo, en la revista «Woman's Magazine», la esposa del sabio inventor y físico norteamericano Tomás Alba Edison, un mensaje dirigido a las mujeres que tienen — según dice ella — el empleo más importante del mundo, que es el de gobernar con prudencia y cariño sus hogares. Tan interesante, justo y convincente nos pareció, que hemos decidido transcribir algunos de los más salientes párrafos del mismo para las madres de familia, las amas de casa o que aspiren a ser una y otro, pues creemos que hay que difundir las nobles ideas expuestas en el mensaje.

Siempre desearon las mujeres librarse de las faenas caseras y del cuidado del hogar. Hoy pretenden quitar sus empleos a los hombres y se muestran inquietas, descontentas. Desprecian la casa familiar, considerando su trabajo en ella como algo servil. Las mujeres aspiran, desean, quieren tener una carrera.

(A mi entender, la mujer ejerce en su casa una influencia mucho mayor que las que recorren el país y dan conferencias políticas. Aquella cumple la tarea más grande del mundo. No, no la cumple; sólo trata de cumplirla si entiende, como yo, esa tarea y sus mil posibilidades.) Yo no veo nada servil, ni monótono, ni rutinario en la tarea que nos impone el manejo del hogar. Me parece lleno de interés y una fuente de satisfacción y deleite. Comparada con ella, el empleo más importante que una mujer puede tener en una oficina resulta aburrido, maquinal y de estrechos límites.

La mujer que se da cuenta de toda la responsabilidad y de las maravillosas oportunidades que trae consigo el ser esposa, madre y ama de casa, sabe que no tiene a su cargo un sólo empleo, sino muchos. No es una profesión solamente, sino un conjunto de distintas profesiones uni-



das por un lazo común. Sin embargo, a pesar de ser la carrera más importante y de más trascendencia del mundo, no tiene nombre, es decir, ningún título apropiado, pues ninguno de los nombres comúnmente usados es lo suficientemente grande, ni bastante explicativo.

¿Somos las mujeres «amas de casa»? No, esto dice poco. ¿Expertas en ciencias domésticas? ¿Directoras del hogar? Sí, somos todo esto, pero también otras muchas cosas.

Tal vez se podría hacer mucho para reducir el presente estado de inquietud en las mujeres y para devolverles la felicidad y la satisfacción, si pudiéramos hallar un nombre, un título, que fuese lo suficientemente grande, altisonante, para esta nuestra compleja tarea del hogar. Mucho se ganaría si pudiéramos hallar un nombre que describiese la «carrera»; en parte cuando menos. Ninguno de los que se me han ocurrido hasta ahora es apropiado exactamente al caso, por no ser bastante ajustado. Acaso el que más se aproxima a la realidad es el de «poder ejecutivo del hogar».

Sin embargo, no se podría dar este título a los miles y miles de mujeres de hoy, que aparentemente sólo piensan en vestirse e ir buscando en vano la emoción. Para estas mujeres será muy anticuada, pero me alegro de ser así.

Los hombres tienen parte de culpa de la inquietud y desazón de las mujeres. Sobre todo porque no han reconocido la importancia del papel de la mujer en el hogar. Los hombres no lo comprenden.

Por otra parte, el hombre, después de trabajar un mes o una semana, cobra su sueldo y considera suyo este dinero acerca del cual nadie tiene derecho a pedirle explicaciones, y, sin embargo, en muchos casos, repartirá el dinero con su mujer y cuando ésta se ve obligada a pedir más, dirá probablemente: — ¿Qué hiciste con el dinero que te di ayer?

Para la mujer ha llegado a constituir un aliciente muy grande el poder disponer, en las mismas condiciones que los hombres, de una cantidad de dinero que sea absolutamente suya sin tener que dar explicaciones a nadie acerca de su empleo, aunque para conseguirlo se vea precisada a aguantar la rutina de una colocación oficiosas, pues será una esclavitud soportable a cambio de la libertad económica que pueda obtener.

Mucho mejor es el sistema que han adoptado mi hijo y su esposa.

De sus ingresos apartan con regularidad cierta suma destinada al ahorro y que no tocan nunca. Después cada uno toma una parte como asignación particular y el resto se destina a la casa y otras necesidades. Y así se preocupan del dinero, cada uno gasta su asignación como mejor le parece y no hay necesidad de que uno pida dinero al otro. En su casa apenas se menciona el dinero. Desde el momento de la repartición se considera como «gastado» y no se piensa más en él.

Cuando una mujer comprende qué valor tiene su trabajo y sus conocimientos acerca de la correcta alimentación y sus favorables consecuencias sobre su familia, la cocina deja de parecerle un lugar de trabajo penoso. De ella puede depender el éxito de su marido en una labor importante, de ella y de sus conocimientos culinarios. El éxito o el fracaso de sus hijos, su futura felicidad o desgracia pueden depender de los alimentos de salud que ella ponga en la cocina.

La mujer en el hogar gana dinero, pues bien sabido es que «un centímo ahorrado es un centímo ganado». Las mujeres «ganan» dinero por la variedad de trabajos que hacen para la casa y por el

dinero que ahorran y la habilidad que demuestran en las compras. Tanto la mujer como el hombre tendrían que reconocer este hecho. Las mujeres suelen correr de tienda en tienda buscando incansablemente las gangas, para hacer pequeños ahorros, mientras que el hombre entra y compra lo primero que se le presenta.

La mujer debe ser un agente de compras experimentado o por lo menos aspirar a intentar serlo, pues es una de las más importantes obligaciones del ama de casa.

Todas las mujeres deberían saber cómo pueden convertir su propia casa en un lugar de reposo, que es lo que la casa debe ser: un lugar de tranquilidad, de bienestar en que la familia se desenvuelve en un ambiente que convenga a su desarrollo. ¿Por qué una mujer de su casa ha de recurrir a los servicios de un extraño que se encargue de convertir su hogar en un lugar agradable y atractivo? ¿Por qué hay que recurrir a otra persona que decida acerca de lo que se ha de poner en la casa y que además se encargue de distribuirlo convenientemente? Una casa arreglada de este modo ha de tener carácter de monotonía, de cosa adocenada, sin calor ni ambiente. Una casa así no es un hogar.

Algunas mujeres tienen una idea muy vaga de que acaso les convenga saber algo de las cuestiones de artes. Y yo digo que por el bienestar de sus hogares, deberían conocer los principios en que se funda el arte. Así, por ejemplo, es preciso que sepan exactamente qué colores han de emplear para obtener los resultados que se proponen en el arreglo de las diferentes habitaciones de la casa.

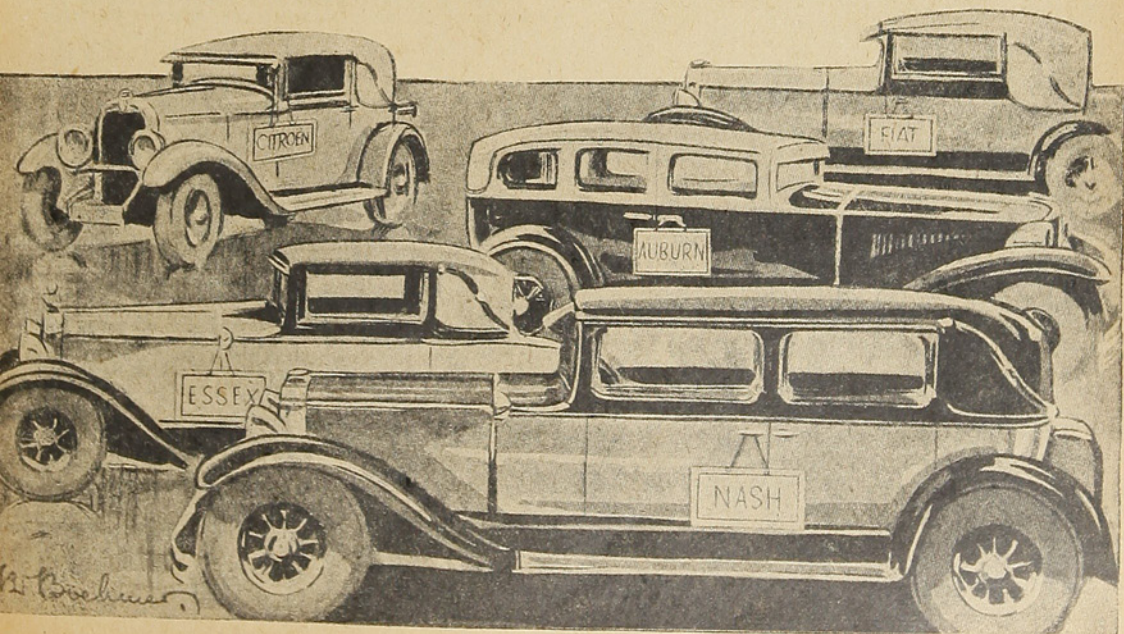
¿Le extraña al lector que yo no encuentre aburrida y monótona la vida del hogar? Pues no me cabe en la cabeza por qué una mujer puede sentir el deseo de «salir» a causa de la distracción que ello le ofrezca o a causa de una «carrera». Yo he hallado muchas emociones en mi empleo de mujer de mi casa y, como carrera, no tiene fin.

Las jóvenes suelen adiestrarse para la carrera de taquigrafía, pero no para la del hogar. ¿Quiéren huir de la «monotonía» del manejo de la casa! ¿Puede haber algo más monótono, más rutinario que la tarea de una taquigrafa? ¿Qué mujer empleada en algún negocio o comercio, por muy elevada que sea su posición, tiene tantas oportunidades para «hacer cosas», para desarrollar sus habilidades, para ejercer su talento de «poder ejecutivo de la casa», como las tiene la mujer inteligente que se dedica por entera a su hogar?

Muchas mujeres acaso serían más felices si tuviesen digamos una especie de segunda profesión, pero en todo caso es necesario que la consideren como una afición nada más y no que la conviertan en la cosa que más les interesa en la vida. Tanto es así que creo que todas las mujeres habrían de buscar alguna tarea interesante a encontrar una tarea que haga por deporte, digámoslo así. Somos demasiado intensos, tanto en el trabajo como en el juego.

Comprende la lectora ahora, qué poco tiempo de vagancia puede haber si se cumple el ideal como yo lo he esbozado? ¿Y qué la mujer que trata de realizar este ideal reúne año tras año nuevos materiales de dicha y felicidad?

Quisiera que este punto de vista, lo mismo que una mejor enseñanza del hogar, pudiese ser enseñado a las muchachas. Todas las jóvenes no pueden ir a la universidad. ¡Qué espléndido sería si en todos los colegios e institutos que ahora se fundan por todas partes hubiese siquiera un año de enseñanza para el Mayor Empleo del Mundo!



Cómo Deberíamos Vestir los Hombres

¿Por qué nosotros los hombres soportamos día tras día la incomodidad de atavíos que no tienen otro propósito útil que el de escudarnos de los comentarios y la crítica que tendrían lugar de apartarnos mínimamente de la forma convencional del indumento masculino?

Con su sensata indumentaria y sus cuerpos saludables, las mujeres son capaces de realizar proezas comparables a las de los hombres en el tenis, el golf y otros deportes saludables. Y durante la práctica de los mismos pueden sentirse mucho más cómodas.

La situación se ha vuelto del revés y el contraste entre su manera de vestir casi ideal y nuestros absurdos trajes no debiera ya soportarse con ecuanimidad.

En los momentos en que escribo estas líneas tengo delante de mí un retrato de piedra, fechado en 1872. El estilo del peinado y de la cara es un tanto diferente pero el traje es esencialmente el mismo de hoy: el mismo saco y el mismo chaleco convencionales; los mismos pantalones, camisa y corbata. El cuello, empero, tiene apariencias de ser más cómodo que cualquiera de los que se usan en la actualidad. La abertura del frente tiene al parecer una separación de unas tres pulgadas dejando un espacio libre debajo de la barba que casi llena del todo la negra corbata.

Si nada hubiéramos adelantado en el conocimiento de la higiene y el bienestar corporal durante los últimos setenta y cinco años, podríamos afirmar que no estábamos sujetos a los caprichos de una moda constantemente voluble y nos enorgulleceríamos de nuestra habilidad en mantener un estilo de traje conservador y sensato. Pero nuestros conocimientos de la higiene han progresado con otros adelantos y sabemos positivamente el error en que incurrimos al continuar sufriendo un indumento innecesario, incómodo y perjudicial a la salud. Como individuos nos revelamos; pero colectivamente, como hombres, inclinamos la cabeza bajo el yugo de la costumbre.

Ya es hora que los hombres hagamos la revolución en materia de indumentaria. No hay duda que el traje masculino ha progresado con todo lo demás, no se mantiene a tono con los grandes adelantos que preconizan la comodidad, la holgura y el goce de vivir.

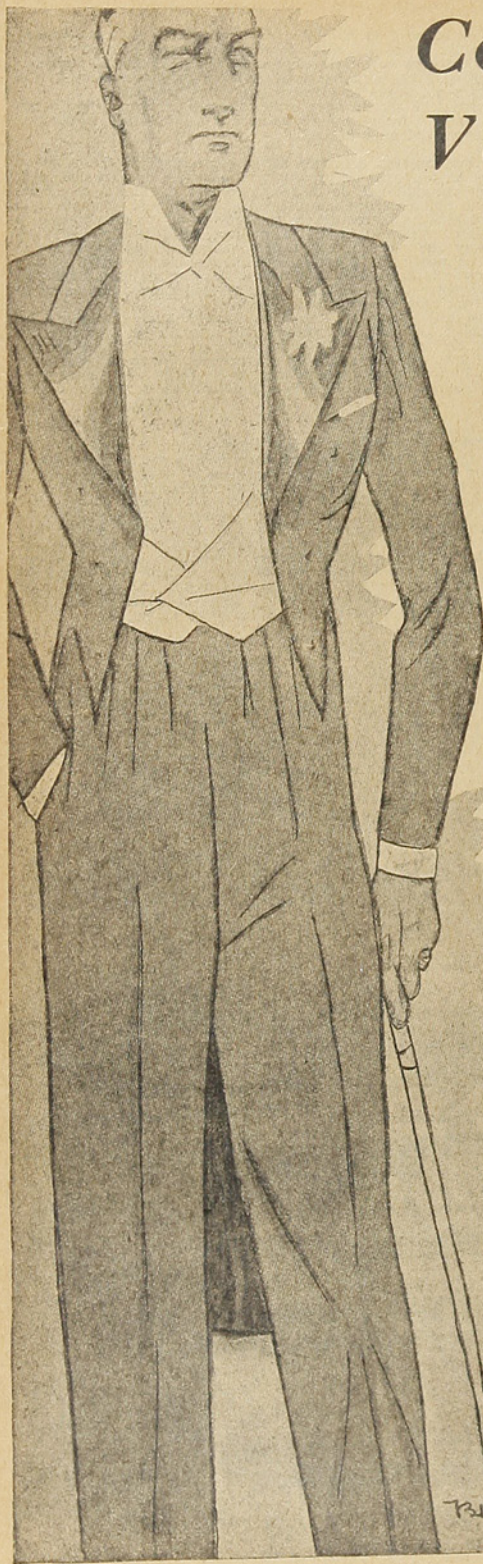
¿Qué es lo que constituiría una forma de vestir sensata y práctica, para el hombre? Lo esencial, lo primordial debiera ser la salud y la comodidad acopladas a una forma de traje elegante.

Todo el mundo reconoce actualmente que la exposición moderada de la superficie del cuerpo a los rayos del

sol y al aire libre es altamente beneficiosa para la salud y que previene y hasta cura ciertas dolencias. Por esta razón los médicos recomiendan mucho que se vista a los niños de tal manera que permita al sol y al aire llegar a una gran parte de la superficie del cuerpo, y en casi todas las tiendas pueden adquirirse trajecitos de niños hechos a ese propósito.

A los adultos también se les recomienda la helioterapia para una gran variedad de dolencias, habiendo dado excelentes resultados. Para que los rayos beneficiosos que contiene la luz solar puedan aplicarse en condiciones que no permitan la exposición directa a los ardores del sol, se han inventado unas lámparas artificiales que producen esos rayos los cuales se aplican a voluntad.

Claro está que todo lo bueno puede exagerarse hasta un extremo que perjudique, y de semejante exageración no está exenta la luz del sol. A menos que se dé a la piel oportunidad de crear cier-





tas sustancias protectoras preparándose de tal suerte a soportar determinado grado de exposición a los referidos rayos, a la que no está acostumbrada, no sólo puede de ello resultar dolor y malestar sino también alguna enfermedad grave.

Una quemadura grave ocasionada por el sol es en sus efectos análoga a una quemadura ocasionada por el agua hirviendo y puede tener análogas consecuencias. Hay también personas de piel tan delicada que no pueden estar al sol largo rato sin efectos perjudiciales y que siempre necesitarán considerable protección contra sus candentes rayos.

El efecto del aire sobre la superficie del cuerpo es también un factor importante en la conservación de la salud y la comodidad corporales por la acción secante y refrescante de la evaporación.

No es maravilla que los hombres se sientan molestos e irritables en tiempo de calor cuando sus cuerpos se hallan estrechamente envueltos en un aire estancado, caliente, húmedo, que puede escapar sólo muy lentamente a través del tejido de tres piezas de ropa.

Cuando nuestra ropa se empapa de sudor como resultado del pobre ejercicio de caminar unas cuantas cuadras en la calle debemos soportar la incomodidad hasta que la evaporación de esas tres piezas de ropa haya tenido lugar, y podemos considerarnos muy afortunados si el vicioso indumento, una vez que cesamos en el citado ejercicio, no nos lanza en un paroxismo de estornudos a causa de la frialdad del sudor.

Este conocimiento de la incomodidad y las otras consecuencias del menor ejercicio en tiempo de calor con frecuencia nos limita a ejercitar los músculos sólo cuando podemos inmediatamente después darnos un baño y cambiarnos de ropa. Prácticamente para muchos hombres tal circunstancia no ocurre cuando y cuantas veces quisieran y de aquí que nunca o casi nunca hacen ejercicio durante el tiempo de calor.

Como resultado de ello nuestros músculos se tornan en-

debles, nuestra cintura se expande y nuestra condición física general desciende hasta un punto que no es por cierto conducente a la longevidad ni a una existencia dichosa.

Ahora que se sabe que la luz del sol y el aire puro son saludables, estimulantes y agentes productores de bienestar cuando se les aplica al cuerpo humano, parece ridículo que el hombre se aferre a una forma de vestir que solo exponga al sol y al aire las manos y la cara.

Aunque hay personas mucho más competentes que un médico para diseñar formas de indumento masculino que se acerquen a la libertad y la comodidad de que con el suyo gozan las mujeres, puedo aventurar unas cuantas sugerencias que indiquen las líneas que a lo largo de las cuales podría progresar el traje del hombre.

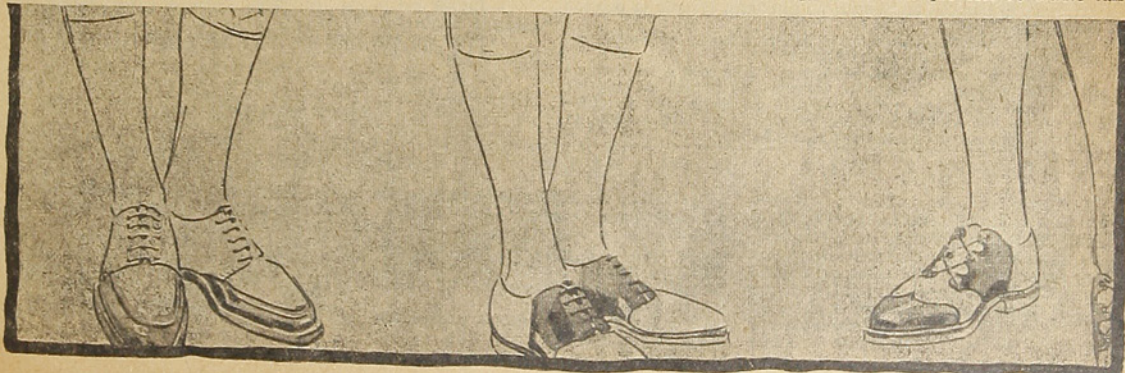
Libertad de tener que usar el saco, excepto cuando en realidad se le necesite por la temperatura, es el primer paso que debe darse. Esto nos libraría de forzar el calor y la humedad del cuerpo a través de tres piezas de ropa.

Como sustituto del saco y la camisa pudiéramos usar una chaquetilla o blusa, parecida a la diseñada por el heroico médico de New York cuya chaqueta rusa de poplin diera lugar a tantos comentarios en la prensa el verano pasado. A mi entender es un traje ideal.

Casi tan odioso, aunque no tanto, como el saco es el cuello, postizo o no, que actualmente se usa con la camisa. Constituye un obstáculo al escape de aire caliente que tienda a subir para salir por el cuello, tomando el camino de menor resistencia, ya que le es mucho más difícil escapar por las tres piezas de ropa.

Impide también los movimientos del cuello y producen una sensación de sofocación. A veces irrita la piel y da lugar a nacidos y hasta a otros males peores.

El cuello es el primer artículo que se arruga y pierde la forma; se mancha con el sudor y cuando tal ocurre suele influir de tal manera en quien lo lleva que este se siente tan



Lo que ignoran los niños

—Dime, querido Totó, ¿tú no has sentido nunca deseos de hacer un viaje a otro planeta?

—¿Qué duda cabe, amigo Fifo. Mi sabiduría ha sentido muchas veces la impaciencia de conocer cosas nuevas. De todo cuanto en la Tierra existe, sabemos, poco o mucho, pero sabemos algo. En cambio, de la vida de otros mundos no conocemos nada. Esta ignorancia hace que muchas veces dejemos viajar a nuestros pensamientos en alas de la fantasía y lleguemos a sentir el vértigo de lo desconocido. ¿Quién no habrá soñado con hacer un viaje a la luna?

—¡Si yo tuviera alas como tú, no podría hacer más de lo que yo hago. Te tendrías que resignar, como me resigno yo, a no poder salir de este planeta.

—No lo creas. Yo hubiese ya remontado el vuelo hace mucho tiempo, y a estas horas puede que me conociesen en todos esos mundos que vemos brillar.

—No digas tonterías. Eso que tú dices ni es posible, ni podrá serlo nunca.

—No sé por qué. — Si lo supieras no hablarías así. — Necesito que me lo expliques para convencerme.

—Sientante y escucha. Son muchas las razones por las que no podemos pensar en serio en la posibilidad de hacer un viaje a un mundo distinto del nuestro. Ni siquiera al más cercano, que es la Luna.

—¿Qué distancia nos separa de ella.

—No llega a quinientos mil kilómetros.

—¿Y a esto le llamas cercano? — Comparando esta distancia con la que nos separa de los demás astros, estamos cerca de la Luna. Es una distancia tan relativamente insignificante, que si pudiéramos situarnos en cualquier otro planeta, veríamos a la Tierra y a la Luna completamente unidas. En cambio, para ir a la Tierra a Mercurio, por ejemplo, necesitarías miles de años corriendo a una velocidad igual a la de luz.

—Lo cual no es posible, ¿verdad, Fifo?

—Desde luego.

—Bueno. Pues renunciemos a ir a esos mundos tan lejanos y vamos a conformarnos con planear un viaje a la Luna.

—Tampoco es posible. Aparte de la distancia, hay otros factores que se oponen a la realización del proyecto.

—¿No podría intentarse ahora que es posible viajar por el aire?

—Para viajar por el aire lo primero que hace falta es aire, ¿no te parece? — Naturalmente. — Pues la capa de aire que envuelve la Tierra alcanza sólo unos miles de kilómetros. Quizá no llegue a diez mil. Pasada esta capa ni el hombre podría respirar, ni las alas de la hélice del aeroplano tendrían en donde apoyarse.

—¿Y no podrían llevarse unos aparatos generadores de aire?

—Suponiendo que ello fuese posible, estos aparatos reventarían como bombas en cuanto no pudieran resistir la presión atmosférica.

—¿Y si nos disparasen en el interior de un proyectil, como planeó el novelista Julio Verne?

Ni habría fuerza capaz de lanzar el proyectil a tal distancia, ni sería posible resistir el choque que habría de sentirse en el interior del proyectil en el acto de ser disparado. Además, en cuanto saliese del radio de acción de la gravedad se quedaría inmóvil en medio del firmamento.

CREENCIA DEL "MAS ALLA" ENTRE LOS EGIPCIO

Los egipcios sólo creían en castigos temporales después de la muerte. Si el alma había incurrido en una condena, era entregada a los demonios vengadores, sumergida en hirvientes estanques, sometida después a nuevas pruebas que le permitían rehabilitarse en el curso de otras existencias, y, si su maldad persistía, sufría una segunda muerte que la aniquilaba.

Las faltas remisibles se expiaban en un purgatorio (Herneter), al salir del cual el alma purificada por un baño de fuego, tomaba puesto en las «Moradas celestes». Isis ha borrado sus manchas, dice el «Ritual fúnebre», ha suprimido sus pecados.

El «Libro de los muertos» expone los incidentes y las fases del viaje que el alma debía cumplir para llegar al país

de la sabiduría, donde participaba en la labranza mística de los campos de Osiris. Pero, después de tres mil años de bienaventuranza, volvía a este mundo para comenzar a vivir de nuevo con su cuerpo modificado o revestir cualquier otra forma que deseara. Al final de ciclos análogos, muchas veces repetidos, se absorbía en la pura esencia divina y llegaba a la perfección absoluta.

—Estás destruyendo una por una todas las ilusiones que yo tenía de que algún día pudiésemos comunicarnos con otros mundos.

—Eso ya es distinto, curioso Totó. Hacer un viaje interplanetario es cosa que está lejos de toda posibilidad; pero establecer una comunicación por medio de señales es empresa perfectamente posible.

Si en los otros planetas hay, como se supone, habitantes y disponen de medios científicos tan poderosos como el telescopio, no es aventurado suponer que llegará un día en que pueda establecerse un cambio de señales entre distintos mundos.

—Pero ¿cómo?

—De modo no imposible. Si en Marte, por ejemplo, hay habitantes, es de suponer que por ser un mundo más viejo que la Tierra, estén en un grado de progreso más u superior al nuestro y posean potentes aparatos de óptica en sus observatorios. Quiere decirse que si hiciésemos desde nuestro planeta señales luminosas de amplísima extensión, las verían perfectamente y obtendríamos de ellos la contestación, también por medio de señales.

—¿Qué bonito sería! ¿Verdad?

—Hay quien supone, y quizá no esté desprovisto de razón, que estas líneas rectas que se ven en Marte no son, como se dice, canales, sino grandes caracteres o signos trazados para llamar nuestra atención.

—Entonces estarán esperando que les contestemos.

—De ser cierta esta hipótesis, esperarán con impaciencia nuestra respuesta.

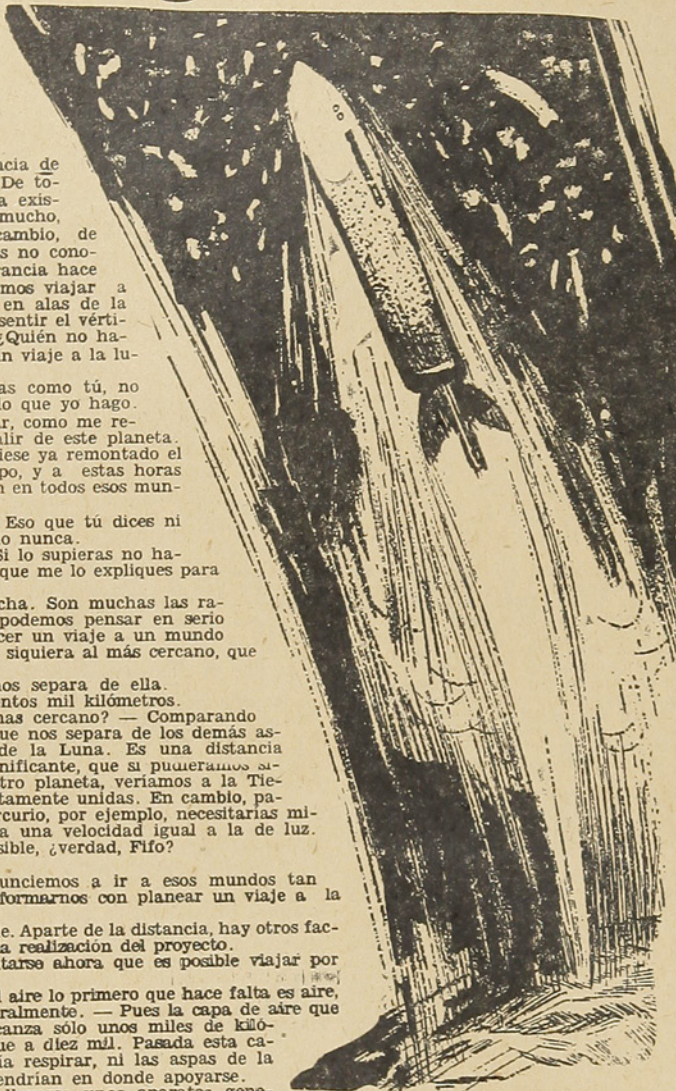
—Pues hay que contestarles. ¿No se te ocurre nada para conseguirlo?

—A mí nada.

—¿Y a tí?

—Tampoco. Vamos a consultar el caso.

—Vamos allá.



El Cuarto de Hora

— DE —

RABELAIG

[Pagar una cuenta! Este hecho, en apariencia tan simple, es a menudo un pequeño problema de difícil ejecución; sobre todo si debe resolverse en un sitio público; en un restaurant, por ejemplo.]

Antiguamente, salvo raras excepciones, era sólo un privilegio acordado a los hombres el hábito de reglar las notas de las comidas tomadas fuera de casa. Una mujer no invitaba a sus amigos o amigas a comer fuera, a menos de tratarse de un hotel en el curso de un viaje. Hoy día es muy frecuente encontrar una señora del mejor mundo y del mejor tono, almorzando o comiendo en un restaurant o reunir sus amistades o íntimos en una mesa por ella pagada. Así, pues, el hecho de reglar una nota se ha convertido en privilegio de ambos sexos.

Ya se trate de un cabaret a la moda o de un modesto restaurant, la dificultad permanece inalterable. Se trata de que el invitado no tenga la impresión de que el huésped lamenta el dinero dispensado y al mismo tiempo evitar que el huésped parezca apercibirse del dinero dispensado.

Desde luego, debe empezarse por ofrecer el menú al invitado, dándole a entender que es él quien debe ordenar y que son sus gustos estrictamente los que deben presidir la comida. La buena educación impone no demostrar la menor impaciencia por el hecho corriente de que el invitado vacile, aún cuando sea durante largo rato en proceder a la elección y aún si cambia de aviso dos o tres veces.

Luego de haber designado al maître d'hotel o al garcón los platos que se desean, se preguntará al invitado el vino de su preferencia; ¿blanco?, ¿tinto?, etc. No debe proponerse el agua mineral sino hasta después de haber comandado el vino, a menos que el invitado la solicite por propia iniciativa. Del mismo modo no debe ofrecerse una infusión sino después de informarse de que no se sirve café. Naturalmente, todos estos detalles están sometidos al grado de fortuna de la persona que invita y, por consiguiente, al lugar donde da la comida. Pero la actitud nada tiene que ver con estos detalles y siempre debe procederse con un refinamiento a toda prueba.

No se debe jamás apurar al invitado, aún cuando se desee terminar pronto el almuerzo o comida. Ciertas personas comen lentamente, por higiene o por costumbre, y sería en este caso restarle mérito al momento de alegría que se ha querido procurarles, tratando de obligarlas a hacer bocados dobles.

Tampoco es conveniente, si se tiene apuro de retirarse, retardar el momento de la partida conversando o insistiendo en prolongar la sobremesa. Terminado el café o infusión, debe ofrecerse un vaso de licor y en este momento se pide la adición. Cuando el garcón la haya traído, precisa ante todo evitar de observarla detenidamente con semblante de decir: "Hemos gastado tanto por la sopa, tanto por los entremés, etc., etc.", tal evaluación sería asaz molesta y chocante para el invitado. Lejos de eso, se dará una hojeada rápida a la nota, de manera de constatar que no contiene errores, y se coloca sobre el papel el dinero que se debe.

Es bastante ridículo pagar sin cerciorarse de que la adición es normal. Hay que mantenerse en el justo medio, de modo de no pasar por espíritu de ostentación ni de avaricia. En igual forma se procederá llegado el momento de la propina. El diez por ciento de la nota es, generalmente, lo que conviene dar por el servicio, agregando algo si está conforme con el servicio recibido.

Si la invitación ha sido más solemne, es decir, si se ha dicho a los amigos: ¿Quiere usted venir a comer conmigo tal día a tal restaurant? El invitado no debe comedrse jamás a pagar la adición: toda intervención sería reprochable. El debe dejar pagar a su invitante sin parecer tomar interés en la nota presentada. Pero si se trata de íntimos, y se ha decidido comer juntos, se puede insistir por pagar, por lo menos alguna parte.

En el caso en que una señora tenga uno o más invita-

(Continúa en la pág. 24)

Para Todos—3



BOURJOIS PARIS

LOS PERFUMES
QUE ASEGURAN
PERSONALIDAD

SOLICITE USTED DE SU
PROVEEDOR
TARJETAS PERFUMADAS



Concesionario para Chile:

AUGUSTO MEYTRE

VALPARAISO

CALLE O'HIGGINS, 72, 74, 76

El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima

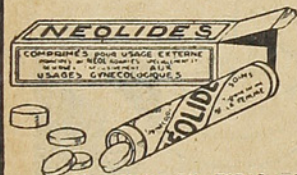


PARA LA HIGIENE ÍNTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Concentración

calma, dominio de su mismo, refle-
xión, decisión, nervios tranquilos y
acierto con el uso de las mágicas

Tabletas de

Adalina

M.R. a base de Bromodietilacetilurea

¡No tiene los efectos
nocivos del Bromuro!



La Novela y la Vida

Por
JOSE BAEZA

—Perdón, señorita.

Y adelantándose un poco a ella, volvió e inclinó la cabeza y examinó su rostro con el suficiente detenimiento para poder exclamar:

—Es exacto, es exacto.

La "señorita", sin darse por aludida, pues la experiencia le había enseñado que tan peligroso era aceptar como rechazar, continuaba su camino con paso y expresión inalterables.

Joaquín—este era el nombre del joven,—sin ofenderse por el glacial recibimiento de la muchacha, continuó con entusiasmo:

—¡Admirable! ¡Maravilloso! No tiene usted idea, señorita. Será que la había visto a usted ya. De todas formas, es una asombrosa coincidencia. Verá usted... Le explicaré... Resulta que soy escritor—y no creo que esto sea una afirmación presuntuosa, porque escritores los hay de todas clases,—y como escritor, tengo concebido desde hace mucho tiempo el siguiente asunto para una novela: Un muchacho se lanza un día a la calle con la esperanza de hacer una conquista; una conquista honesta, desde luego. El cielo amenaza lluvia y el muchacho ha pensado que el momento no puede ser más propicio. Se sale a la calle con paraguas, y a la primera muchacha agradable que pasa sin él se lo ofrece. El procedimiento es clásico, pero los resultados son siempre excelentes. Total, que mi protagonista ve a una linda muchacha cuando ha empezado a llover, se va hacia ella, abre el paraguas y... En fin, lo notable es que aquella muchacha es usted misma.

La joven no pudo menos de hacer un gesto de extrañeza, un gesto levisimo, apenas perceptible, pero que fué suficiente para que Joaquín se animara a continuar:

—Quiero decir que usted es exactamente igual al personaje que yo tengo concebido para mi novela. Este personaje me ha dado tantas vueltas a la imaginación y vive en mi fantasía desde hace tanto tiempo, que para mí es ya como una persona viva. Me basta cerrar los ojos para verlo perfectamente, no sólo con su rostro y con su cuerpo, sino con sus actitudes y sus gestos peculiares. Y este personaje, esta muchacha ideal, es usted, es en todo exacta a usted.

La joven no pronunció la menor palabra, no dirigió la más furtiva mirada a Joaquín, pero dió a su rostro la franca expresión de quien escucha.

—¿Usted cree que es esto todo? Pues no: aún hay más. A mí, como al joven de mi novela, pensando en él, se me ha ocurrido lanzarme a la calle con un paraguas al ver este cielo tan cerrado, más que con la intención de hacer una decorosa conquista, por ver si mi novela tiene la ventaja de la verosimilitud, de la verdad, de la lógica. ¡Y cuál no habrá sido mi asombro al ver que la primera muchacha bonita que me he tropezado ha sido usted! ¿Comprende usted mi entusiasmo? Mi novela es tan real, que la vida copia de ella hasta los tipos.

Habían pasado ya por muchas calles sin que Joaquín se diera completa cuenta de lo que hacía ni por dónde andaba. Pero había comenzado a llover y esto le volvió a la realidad, gracias a lo cual comprendió que debía abrir el paraguas.

—Un momento—dijo la muchacha, deteniéndose y con tono severo y breve.—Veo que con usted es lo mismo adoptar una actitud que otra, callar que hablar, y quiero hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—Cuando el protagonista de su novela se aproxima a la muchacha para ofrecerle el paraguas ¿qué hace ella?

—Lo rechaza—repuso sencillamente Joaquín.

—Entonces le felicito. Su novela es un reflejo fiel de la vida. Haga el favor de retirarse.

Su tono terminante no dejaba lugar a dudas, Joaquín, como el personaje de su novela, dió media vuelta y volvió sobre sus pasos.

...

—Usted me va a volver a perdonar, señorita, pero el personaje de mi novela vuelve al sitio por donde la muchacha acostumbra pasar.

—¿Sabe usted, joven, que es un fastidio que le haya dado a usted por la literatura?

—Perdón... perdón cien veces. ¡Es una satisfacción tan grande la que experimento en estos instantes...!

—¿Por qué?

—Porque veo que todo va sucediendo como debe suceder.

—Esa ciega confianza, ese entusiasmo tan juvenil, casi me atrevería a decir tan infantil, le salva a usted. Por hoy voy a dejarme dominar por la realidad de su novela.

—¿Va usted a acceder?

—Voy a acceder.
—Me hace usted feliz como “otra vez” hizo feliz al personaje de mi obra. Gracias.
—No hay de qué.

...

—Mi protagonista volvió...
—Como usted.
—Mi protagonista estaba ya prendado de la muchacha...
—¿Cómo usted?
—¡Es usted encantadora! Nadie que hable con usted dos días seguidos podrá substraerse al hechizo de sus ojos.
—Merci, monsieur.
—La muchacha de mi obra hablaba también el inglés y el alemán correctamente.
—My word! But she a very studious lady.

—Y muy inteligente...
—Mein Gegenbild.
—En eso y en todo era exacta, completamente exacta a usted.
—Otra vez gracias.
—Crea que la admiro profundamente...

...

—¿Está usted seguro de que su protagonista se parece a mi espiritualmente?
—Mi protagonista es noble e inteligente, pero orgullosa.

—Yo, en vez de orgullo, lo que tengo es dignidad.
—Así la llama ella también.

—Yo la llamo así y así es.
—Verdaderamente... lo que corresponde hacer a una mujer cuando un hombre se retrae es retirarse en absoluto.

—¿Acaso se retrae el protagonista de su obra?

—Sí. Cuando más fascinado está por “usted”, piensa que con una mujer tan linda su felicidad estará siempre en peligro, y un día deja de ir al punto donde la espera y halla todas las tardes.

—¿De modo que rompen?

—Rompen. Mi novela tiene a demostrar que la novia, que la esposa, no debe buscarse, sino encontrarse. No debe decirse “quero enamorarme de esa mujer” sino “esa mujer me ha enamorado”. Concha no hizo el menor movimiento, no dejó traslucir su impresión con gesto alguno. El orgullo es una poderosa garrapata capaz de hacer trizas ciertos sentimientos antes de dejarlos surgir al exterior.

—Siguió conversando con Joaquín como si nada hubiera ocurrido.

Únicamente cuando Joaquín, al despedirse, le dijo “Hasta mañana”, ella se limitó a contestar: “Adiós”.

...

A la tarde siguiente fué inútil que Joaquín la esperase en el lugar acostumbrado. Concha no fué. Volvió Joaquín a la otra tarde y tampoco fué Concha. En los días sucesivos obtuvo el mismo resultado.

En vano trató de hacer averiguaciones en la vecindad. En vano preguntó a sus compañeros de la academia de Idiomas... Pero ¿por qué, Señor, por qué?... Y pensando y haciendo deducciones,

llegó a obtener un pleno y seguro conocimiento de la verdad. Concha le abandonó porque creía que él iba a abandonarla... La novela...

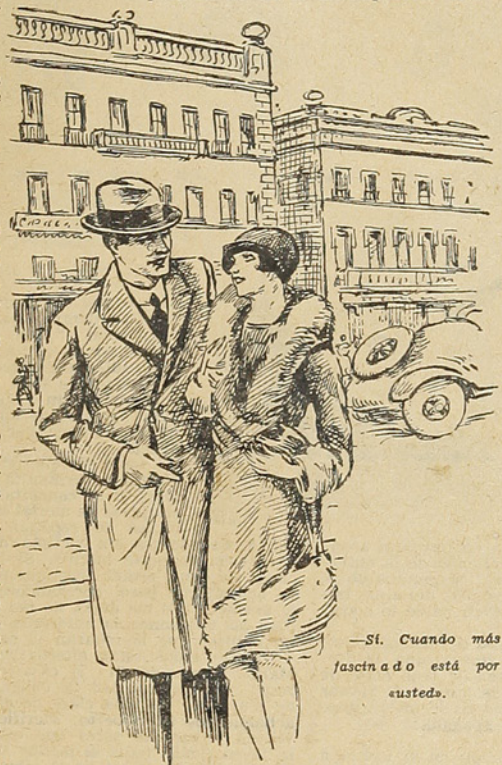
Todo iba sucediendo tal y como él lo había imaginado al planear su obra, y él había dicho a Concha que su protagonista ponía punto final a sus amores cuando consideraba que éstos podían hacerle desgraciado.

Concha, creyendo que Joaquín obraría del mismo modo que el personaje de su novela, había querido adelantarse a él en un arrebatado de orgullo.

Hubo de escribirle una carta.

...

“Concha mía: El asunto que imaginé para mi novela es un disparate. Lo re-



—Sí. Cuando más fascinado está por usted.

conozco lleno de júbilo porque presiento que esto ha de ser motivo de que vuelvas a mí.

“Si me quieres un poco, vuelve, compañera mía, amiga del alma. Entre los dos rectificaremos el final de mi obra, que si esto en un libro es sumamente fácil, en la vida es imposible de todo punto. El rumbo de la acción de una novela puede modificarse, pero el de la realidad, no. Hagamos novelas de la vida, pero no pretendamos vivir novelas.”

“Vuelve, Concha mía, y podré hacer una obra lógica y bella, como la verdad, como la realidad...”

“Te esperará mañana donde siempre tu

Joaquín.”

...

A la tarde siguiente, en el lugar de costumbre, Joaquín vió reaparecer a Concha, sonriendo.

¿Interesan a su marido las demás mujeres?

Toda esposa se siente herida cuando ve que su marido mira a una joven de cutis más bello que el suyo. Esa esposa sabe que ya no es tan fascinadora como lo fuera cuando el amor comenzara a florecer. No obstante, no tendría por qué tener temor alguno si ella tomara la precaución de hacer que a la superficie de su piel viniese a resplandecer el nuevo y encantador cutis que ella posee debajo del viejo. Hay que hacer desaparecer la envejecida cutícula exterior, lo que se consigue mediante la aplicación de cera mercollizada. Esta substancia se halla en toda farmacia y se aplica de noche, antes de acostarse. Procediendo así, se recupera rápidamente el cutis juvenil y con él todo su femenino poder de seducción.

¿POR QUE HAY MUJERES QUE APARENTAN SER VIEJAS?

Generalmente, por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo, que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquier farmacia o perfumería. Toda mujer sabia conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones no son necesarios esos costosos “alimentos de cutis”, sino tan sólo el uso de la cera pura mercollizada.

EL ATRACTIVO DE LOS CABELLOS ABUNDANTES

La belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio no visoso es usar stallax puro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguitas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos granulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

La Enfermita,

Cuento
de JULIO HOYOS



Tú eres la que te empeñas en estar enferma

Era Maria-Teresa el dolor de la casa. Los médicos aconsejaron al padre repetidas veces que la curación de la enfermita se hallaba en el cambio total de vida; necesitaba aquel ser débil un tratamiento distinto al que recibía; del alma había de llegar la salud para el cuerpo... Pero nadie lo consiguió.

En vano fué que intentaran toda clase de distracciones; que la proyectasen alegres planes de vida nueva; que la despertasen la curiosidad con las perspectivas de toda clase de diversiones; que la hablaran de paseos, de modas, de fiestas y de reuniones; la niña, desde las lejanías de su melancólico abatimiento, contestaba con su voccecita apagada:

—No, no; dejadme, no estoy bien.

Se pasaba los días y los meses hundida en el lecho; a veces Marta, la hermana mayor, intentando substraerla de aquel sopor mortal, recurría a fingidos reproches con gesto de madre regañona:

—Esto no puede seguir así, Maria-Teresa. Tú eres la que te empeñas en estar enferma; no tienes compasión del pobrecito papá, que sufre tanto al verte; le vas a matar de pena. Vamos a ver, ¿qué tienes hoy para no levantarte?... ¡Claro, así se te va el apetito y te estás consumiendo en esa bendita cama, y nos consumas a todos!...

Había de suspender el discurso y llenarle la carita de cariñosos besos para que no llorase. Era peor; si la enferma no dejaba salir libremente el llanto, venían a resolver el llanto aquellos ataques cardíacos en los que sudaba la piel, asomaba una espuma amarillenta a los labios, y las manecitas crispadas escarbaban la tela que cubría el pecho y arañaban la carne buscando al vampiro que sorbía el corazón.

D. Roberto la mimaba como si fuese hija única, y casi lo era, porque Marta había substituido a la madre desde el día en que se la llevó el ángel de las alas grises; ella manejaba el timón de la casa, y su carácter, enérgico y alegre, constataba con el de su hermanita. Era poca la diferencia de edades, pero la dolencia moral y física de la pequeña la envolvía en un aspecto más anfiado, en tanto que la exuberante naturaleza de la mayor la presentaba con apariencias más mujeriles.

Era Maria-Teresa el reverso de la medalla de Marta.

Recordando las perfecciones de su hermana, a veces la llamaba para embelesarse en su contemplación: "¡Qué hermosa eres, Marta!"; y pasaba por su carita, delgada y pálida, una suave penumbra de tristeza, porque ella era feíta, delicadamente feíta, y se quejaba con amarga resignación, sin sospechar que de todo la redimían sus ojos, de una dulzura incomparable, en los que el alma había fijado su misteriosa residencia.

Cada vez que un pretendiente se acercaba a Marta, la hermanita caía en una profunda tristeza; si se concertaban las relaciones, la nena era presa de mortal melancolía y los ataques cardíacos se repetían con lamentable frecuencia, y cuando no era víctima de los accidentes, la veían llorar sin aparente motivo. Si la mayor la preguntaba la causa de aquel estado incomprensible, ella no daba respuesta aclaratoria, pero, abrazándose a Marta, repetía siempre lo mismo: "¡No me dejes, no me olvides!", y cuando se rompían las relaciones, la enfermita revivía un poco, como si ya no temiese que le robaran el cariño de su hermana.

Entre todas estas alternativas se deslizaba la vida de Marta. Encerrada en la casa, cuidando de su Maria-Teresa, cuya enfermedad la obligaba a prescindir de paseos, de reuniones, de toda clase de distracción; atendiendo a los achaques de D. Roberto; sacrificando toda su hermosa juventud a los dos seres que constituían su única familia, la joven jamás tenía el menor asomo de protesta. Bien sabía ella en dónde estaba el remedio seguro; no se atrevía a decirselo a nadie, pero a solas lo pensaba: "¡Si Maria-Teresa tuviese novio!" Entonces la enfermita tendría en qué ocupar la imaginación y olvidaría la enfermedad; le invadirían deseos de levantarse, arreglarse, salir de paseos, ir a teatros... ¡vivir, Señor, que bien le hacía falta!

Y mientras ella mantenía esta esperanza, la vida pasaba por aquella casa, lenta, monótona, desfalleciente...

La entrada de Daniel Meseguer en casa de don Roberto ocurrió como las cosas más inesperadas de la vida: por casualidad.

Aunque el joven era de un carácter que rechazaba el bullicio mundano y no se le conocía otra afición que la del estudio, por bondad accedió a acompañar a sus dos hermanas para que fuesen, como de costumbre anual, a felicitar a Marta por ser el día de su santo.

Como las de Meseguer eran alegres y retozadoras, al entrar en casa de D. Roberto conmovieron la melancólica paz de la estancia con el estruendo de sus risas, con la lluvia de sus besos, con el aluvión de sus preguntas. Parecía que la casa había recibido un aire de fuera lleno de salud y de vida, a la que sonreía la carita de Maria-Teresa. Y Marta se lo hizo notar a su hermana:

—¿Los ves, tontina, como eso te conviene?

Y luego, dirigiéndose a Daniel:

—¡Ahí la tiene usted: se ha empeñado en no levantarse de la cama, en no salir a pasear, en que está muy enferma y, al fin, va a conseguirlo.

Entonces él contestaba dulcemente:

—Tiene razón su hermana, María-Teresa: debe usted cambiar de vida; es un egoísmo imperdonable que una muchacha tan inteligente y tan bonita no quiera deberse a los demás, y se encierre de ese modo.

Ella le interrumpía toda confusa:

—¡Por Dios, que voy a ofenderme! Lo de inteligente me parece una galantería exagerada; lo otro... ¡lo otro es una ofensa!

Pero él acabó de turbarla con la sursileria que no quería decir y que, por fin, dijo:

—Ya sabe usted: la hermosura está

Las de Meseguer se quedaron sorprendidas al ver aquel lado desconocido de su hermano.

—¡Chicas, podéis estar orgullosas de haber merecido su conversación! ¡Es la primera vez que le vemos obsequioso!

Y la más picaresca observó:

—¡Ay, ay, ay! Algo saldrá de aquí.

De las dos hermanas, María-Teresa fué la que recibió la alusión; no lo notaron los demás, pero Marta vio el rubor colorear el semblante de la enfermita... Y esta sospecha, deseada como una luz celestial, iluminó el alma de la mayor con un fulgor de esperanzas y de alegrías.

Después de estar toda la tarde riendo y charlando, de acordar que menudearían las visitas para sacar de paseo a María-Teresa, las de Meseguer se marcharon con el loco estruendo de su algazara, y cuando las dos hermanas se quedaron solas, se abrazaron, se besaron... Todavía en la cama por la noche, de alcoba a alcoba, se cruzaban las palabras proyectando los planes de una vida nueva, y toda la casa se encontraba inundada de una insólita alegría. D. Roberto se sorprendía dichoso de aquel cambio tan radical e inesperado. “¿Pero qué era aquello? ¿Qué ocurría?”...

Nada, ¡qué había de ocurrir! ¡Que el Amor había entrado en la casa!

★ ★ ★

Bien pronto las visitas de Daniel fueron diarias. Al principio fué acompañando a sus hermanas; luego iba a ver cómo se hallaba D. Roberto; después, sin pretexto alguno, entraba en la casa, en donde era esperado con impaciencia.

Marta, al notar el cambio operado en la enfermita, sonreía satisfecha de su presentimiento. ¡Ya lo decía ella! Y en efecto, debía de tener razón, porque María-Teresa había sufrido una metamorfosis radical. Se levantaba temprano, salía a pasear, tenía menos inapetencia y... se cuidaba del tocado con marcada coquetería femenina. A D. Roberto tal vez se le escapasen estos detalles, pero había una capital del que se asombraba con cierto temor religioso; los ataques, rebeldes a los tratamientos facultativos, habían cedido ahora a un poder misterioso que el buen anciano no comprendía.

Una tarde, en que Daniel tardó, María-Teresa se puso muy triste y estuvo a punto de llorar. Entonces la hermana mayor, que sabía la bondadosa necesidad de la confianza, lo puso todo en claro. Desde entonces la ayudó abiertamente. Cuando llegaba Daniel, Marta procuraba sagazmente que la conversación recayera en los asuntos amorosos, y así que lo creía oportuno, con los pretextos de ama de casa, ocupadísima y hacendosa, desaparecía, dejando a los dos jóvenes solos.

Al marcharse Meseguer comenzaba la confidencia fraternal y cuando la pequeña notificaba que al desaparecer su hermana Daniel desviaba la conversación, la mayor achacaba el suceso a la falta de táctica de María-Teresa.

Hasta que, al fin, llegó lo deseado. A la hora de la confidencia María-Teresa se lo comunicó a su hermana: Daniel tenía que confiarle un secreto, un secreto que le inquietaba el alma deseoso de salir al viento de la libertad.

—Dice que yo puedo salvarle, que de mí depende su felicidad; que me lo dirá mañana, en la batalla de flores.

★ ★ ★

La carroza en que Daniel y sus hermanas llegaron por María-Teresa para acudir a la batalla de flores representaba un reloj de sobremesa; de todo el florido artificio lo que más admiraba era el Cupido que sobre la esfera amenazaba con el arco armado y vendados los ojos.

Al balcón estaban las dos hermanas y al ver llegar el carruaje batieron palmas alegremente:

—¡Lindísimo, lindísimo!

Antes de bajar María-Teresa a reunirse con los de Meseguer, abrazó a Marta, que se quedaba cuidando a D. Roberto.

Fué un abrazo cariñoso, largo, intenso; ese abrazo que se cruza en el momento de las separaciones peligrosas en que se ignora cómo volverán a encontrarse los que se abrazan.

Marta los vio partir sonrientes, alegres junto al misterio seductor del horario, encantado en un instante de oro para el amor, y la victoria de Cupido dando al aire la carne de sus rosas en lo más alto de la pompa fantástica, arrastrada por los blancos caballos guarnecidos de flores.

Cuando entraron en el paseo las hermanas de Meseguer entablaron el tiroteo de ramilletes y Daniel pudo hablar libremente con María-Teresa. La niña estaba casi bonita; la coquetería de la hermana mayor había derrochado toda su gracia en adornarla. El se lo dijo:

—Está usted monísima.

Y ella, toda temblorosa, presintiendo la revelación anhelada, no supo cómo responder:

—No sé cómo pagarle tanta bondad.

—Correspondiendo a lo mucho que la quiero.

María-Teresa no podía responder con los labios; al pensamiento subían las palabras y desde allí contestaba que ella también le quería con todo aquel corazoncito enfermo. Pero como la respuesta no vibraba en los oídos y los ojos de Daniel estaban lejos, siguió el joven su confesión:

—Si usted me quisiera como yo la quiero, me ayudaría a calmar esta inquietud que me consume, esta inquietud que usted debe de conocer como la conoce su hermana, que evita mi presencia, sin saber el dolor que me produce, porque yo necesito que sepa Marta lo que la adoro, lo que...

No pudo terminar; las manos de María-Teresa soltaron el abanico y acudieron al pecho. Se ahogaba; una palidez de cera velaba la carita dolorida y dentro el vampiro sorbía en el corazón.

Tuvieron que regresar en vista del ataque cardíaco que había acometido a la enfermita. El gentío que se apiñaba en el paseo vio alejarse el carruaje mientras la tarde desfallecía. El ajeteo de la batalla había deshecho el bellissimo artificio: estaba troncado el arco, caídas las rosas del amorcillo, como carne arrancada a tiras, rotas las saetas que marcaban la hora encantada del horario... y entre aquel desastre de Cupido iba enterrado el pobrecito amor de María-Teresa.



El dolor más agudo

cede en pocos minutos a la maravillosa acción de la

Cafiaspirina

No sólo proporciona alivio rápido y completo, sino que levanta las fuerzas y regulariza la circulación de la sangre, debido a lo cual imparte un saludable bienestar.

NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RIÑONES.

Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; cólicos menstruales; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas y los excesos alcohólicos, etc.



CAFIASPIRINA (M.R.) Es el compuesto etílico del ácido orto-oxibenzoico con Cafeína

La pulsera

Por FEDERICO BOUTER

Los señores Boltin, que habían cenado en casa de unos amigos, en los Batignolles, volvían a pie al bulevar Arago, donde habitaban. Un poco lejos era, pero habían decidido economizar el "metro". Sería un buen paseo.

Iban por cerca de la Opera, cuando al borde de la acera, el pie de la señora Boltin tropezó con un objeto que rodó, haciendo un ligero ruido. El señor Boltin se agachó, listo, a recogerlo.

—¡Pues, si es una pulsera!

—¡Oh, cómo brilla. Déjame la ver.

A la escasa luz, la señora Boltin examinó su hallazgo. Era una pulsera de brillantes engarzados en platino.

—¡Es magnífica!—exclamó, un poco emocionada.—¡Debe de valer un dinerito!

—Seguramente; pero no la mires ahora. Algún granuja podría...

Tomó la pulsera: la envolvió, humedecida aún del agua del arroyo, en su pañuelo, y la guardó en el bolsillo interior de la americana, abrochándose cuidadosamente.

—¡No la pierdas!—dijo la señora Boltin, cogiéndose del brazo de su marido, como para defender mejor su tesoro.

Y cuando, sordamente sobreexcitados, volvieron a emprender la marcha, preguntó la mujer:

—¿Qué haremos?

—Estamos a medianoche—respondió el señor Boltin—y es un poco tarde para llevar la pulsera a la comisaría... Iré mañana.

—La persona que la ha perdido debe de estar desesperada—remarcó la señora Boltin.

—¡Toma! ¡Una joya de ese precio!... Yo no entiendo mucho, pero debe de valer lo menos treinta mil francos.

—¡Oh! ¡Tanto?

Llegados a su casa, examinaron y tasaron nuevamente la joya, que les pareció más espléndida aún. Extendido el brazo, la señora Boltin la sostenía con la punta de los dedos, agitando dulcemente para admirar todos sus reflejos. Después se la puso. Nunca había usado pulsera.

—¡Cuánto luce sobre tu muñeca!—observó el señor Boltin.

—¡Cuando pienso...!

Pero no acabó la frase. Dejó la pulsera sobre la mesa.

Muchas mujeres, menos jóvenes y menos hermosas que ella, poseían joyas semejantes y mejores todavía, y lujosos trajes y riquísimos muebles que ella no tendría nunca. Y esto era injusto. Así pensaba la señora Boltin.

El señor Boltin lo comprendió y la miró un momento en silencio. En pie, al lado de la mesa, con sus hermosos cabellos medio desanudados y la boca plegada en una mueca de tristeza, semejaba, contemplando la pulsera, una niña sin juguete, que no se atreve a tocar los de los otros y que a punto de llorar. Entonces el marido se enterneció y le supo mal haberle dicho que le estaba bien la pulsera, ya que no era para ella.

—Querida mía, pobrecita!—le dijo dulcemente.—¡Si supieras la desesperación que me causa que mi mezquina vida de empleado no me permita darte...!

—¡Cállate, hombre, cállate!—dijo ella, volviendo del desvarío de un momento y riendo, animadora.—Esas son chiquilladas. ¡Si somos tan felices!...

Al otro día, por la mañana, el señor Boltin decidió llevar la pulsera a la comisaría cuando regresara de su despacho. Volvería a casa para recoger la joya y haría aquella importante diligencia en compañía de su mujer.

A las cinco de la tarde, la señora Boltin, ya dispuesta, esperaba a su marido. Había colocado la pulsera en una caja, cuidadosamente atada, y pensaba: "Si por casualidad no la reclama nadie en el término de un año..." Pero en seguida encogió los hombros.

Era estúpido esperar semejante cosa.

El señor Boltin llegó muy animado.

—¡Hay novedades!... Si, con respecto a la pulsera. Ya han anunciado la pérdida. ¡Se han dado prisa! Y se comprenden. ¡Un objeto de este valor...! Además, parece que se trata de un recuerdo... En una palabra: dos mil francos de gratificación. Si: se ofrecen dos mil francos a quien la presente. Es algo ¿eh? Pues, adivina ahora quién la ha perdido... La señora Vanesse. Ya sabes quiénes son los señores de Vanesse, colosalmente ricos... Son amigos de mi director. Los vimos una vez en casa de éste, en la *sotée* a que fuimos invitados... ¿No recuerdas? Vanesse es un hombre delgado, canoso...

—Y su mujer una ballena pintada de rojo, que hace pres-



tamos con fiador personal y que habla de honradez y de desprecio a la riqueza, con trescientos mil francos de perlas alrededor del cuello y un marido que ha robado a todo el mundo... ¿Es de ella la pulsera?

—¡Vaya, Magdalena! — dijo el Sr. Boltin como en broma. — Exageras algo.

—Absolutamente nada. Siendo de ella, esta joya no será una pulsera, sino una sortija. Tiene los dedos como morcillas. ¿Y ahora?

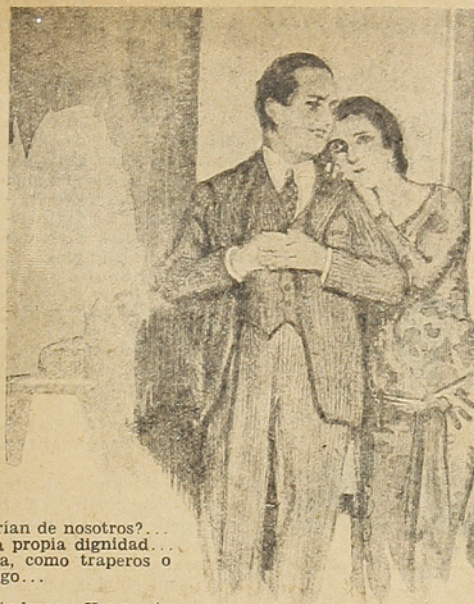
—Ahora, naturalmente, voy a ir yo mismo a llevar la pulsera a casa de los Vanesse, bulevard Maeshherbes. Desde luego, pediré verles y entablaremos conversación. Quizá sea el principio de una amistad ventajosa... De todos modos me gano su agradecimiento y su influencia con mi director... Y aquel adelante que yo había pedido...

—¿Y los dos mil francos? La gratificación, si, ¿Se los vas a regalar?

—Pero, Magdalena, piensa que mi dignidad..., nuestra situación... Con personas que hemos conocido en casa de mi director y que quizá volvamos a encontrar... ¿Qué dirían de nosotros?... Y por nosotros mismos, por nuestra propia dignidad... ¿Comprendes? Aceptar una propina, como traperos o barrenderos que han encontrado algo...

Ella se encovió de hombros. —Tienes comparaciones encantadoras. Yo no te he dicho ni por un momento que aceptes tú mismo.

—¡Ah! ¿Quieres ir tú, disfrazada...? —Estás completamente loco. Lo que no quiero es que los Vanesse se salgan del asunto con unos francos de un ramo de flores que me enviarían. Yo no quiero regalar dos mil francos, que han ofrecido ellos mismos, a gente archimillonaria



y que, además, se burlarían de ti. Esta pulsera, que vale veinte veces más, sin nosotros, hubiera sido pisoteada, empujada a las cloacas o robada; es decir, perdida sin remedio... Y dos mil francos son mucho dinero para nosotros... No sabemos siquiera dónde ir a pasar tu mes de vacaciones, por no tener para pagarnos el verano, y perderíamos ahora... ¡No faltaba más!... ¡Ah, ya está! Sencillamente, voy a enviar a Herminia a llevar la pulsera.

—¿Herminia? ¡Pero si es tan burra!... Charlará y...

—No lo es tanto. No hablará más de lo necesario. Llevará la pulsera, diciendo que la ha encontrado en la plaza de la Opera; dará, si es preciso, su nombre y su dirección; tomará la gratificación y no dirá una sola palabra de nosotros. No será posible descubrir otra cosa. Ahora verás. Voy a enseñarle la lección. ¡Herminia! ¡Herminia!

—Esas son chiquilladas. ¡Si somos tan felices!...

—Reflexiona, Magdalena. Te lo ruego... Pero la señora Boltin no le escuchaba ya. Herminia se presentó con su delantal azul. Redonda, de tan gruesa; recia y calmosa. Llegada de una región central, de donde la había sacado la señora Boltin el año anterior, adolescente e ignorante de todo lo que no fuese cuidar ga-

ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE

NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO

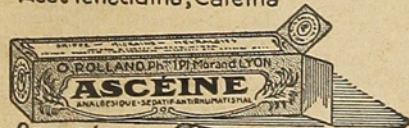
Resfriados, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:

sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE M.R.

Comprimidos de Acido acetil-salicílico
Acet fenetidino, Cafeína



De venta
en todas las
farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas



la
Siroline
“**ROCHE**” M.R.

es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

Catarros
Resfriados
Bronquitis

Tos
Asma

Precaute la **Tuberculosis**.



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thiocol-Codéine.



Recuerde

que las CANAS le quitan hermosura. Que a ellas debe esa fría expresión de vejez prematura que se nota en su rostro

RECUERDE y NO OLVIDE

que para devolver a las CANAS su primitivo color — rubio, castaño o negro — no hay nada mejor que el Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA".

- Que "LA CARMELA" es de uso muy agradable y completamente inofensiva.
 - Que se aplica por las mañanas, al peinarse, como una loción.
 - Que a los pocos días de usarla Ud. verá cómo sus CANAS recobran su original color.
 - Que no engrasa ni mancha la piel ni la ropa.
- El Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA" está en venta en todas las buenas tiendas, farmacias y perfumerías.

De venta en todas las farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: \$ 18.— m/l.

Agentes Exclusivos para Chile:

Droguería del Pacífico S. A.

Suc. de DAUBE y Cia.

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION - ANTOFAGASTA

Agua de Colonia Higiénica

"La Carmela"

M. R.



nado, conservaba en su cara y en sus ojos redondos un plácido asombro de encontrarse en París y de no conocer más que su cuarto estrecho y su horizonte de tejas y chimeneas, y unas cuantas calles.

Porque la señora Boltin, cuidadosa de su candor, la vigilaba de cerca y la hacía dormir junto a su cuarto.

Escuchó con calma las explicaciones y recomendaciones múltiples y repetidas al entregarle una indicación escrita de los "metros" que había de tomar.

—¿Lo ha comprendido usted bien?—terminó diciendo la señora Boltin.—Usted ha encontrado esa pulsera. Usted va a devolverla. Le darán la gratificación prometida, que son dos mil francos, a los que usted tiene derecho. Pero no ha de nombrar, bajo ningún pretexto, al señor ni a mí. Se trata de personas con las cuales el señor ha sido demasiado bueno y no quiere hacer ver que les hace un favor. Así es que ni una palabra de esto. Y puede usted contar, Herminia, que yo la recomendaré bien. ¿Lo ha comprendido bien todo?

—Sí, señora. Allá voy.

Esperaron: El señor Boltin, preocupado; la señora Boltin, serena y discutiendo consigo misma el empleo que darian a los dos mil francos...

Muy pasada la hora de cenar, reapareció Herminia.

—¿Qué?—preguntó la señora Boltin.—¿Los dos mil francos...?

—No los tengo—dijo Herminia.

—¿Cómo que no? ¿Ha hecho usted la burrada de dejarles la pulsera, sin que le dieran los dos mil francos?

—Aquella señora ha dicho que yo era demasiado joven y que me los robarían. Entonces me ha firmado un papel, que tengo aquí, en el que dice que ha puesto el dinero a mi nombre en la Caja de Ahorros. Tendré una libreta... Por cierto que el señor ha dicho que estaba muy bien pagada la casualidad de encontrar una cosa..., y la señora ha dicho: "Es muy raro, en los tiempos que corremos, encontrar una honradez como ésta".

—Pero, granujilla, ¡si no es Ud. quien la ha encontrado...!

—No, pero yo no podía decir nada, porque usted me había prohibido que les nombrase... Y, además, hay otra cosa: que me voy a servir allí. Aquella señora me ofrece doble sueldo que aquí, una habitación independiente para mí sola y me paga el cine un día por semana, todo por la honradez que he demostrado...

Y dejando a la señora Boltin loca de cólera impotente, se fué, tranquila, a recoger su ropa.

(Continuación de la pág. 17)

EL CUARTO DE HORA DE RABELAIG

dos del sexo opuesto, necesita un tacto refinado para no herir su amor propio, al tratar de cancelar a su vista la nota, pues, naturalmente, ellos se verían obligados a tirar sus carteras y tomar para sí el gasto que ella se atribuye en su calidad de invitante.

Lo más conveniente, para evitar que tales circunstancias se produzcan, es que la señora prevenga anticipadamente al maître d'hotel o al garcón de no pasarle el molesto papel en presencia de sus amigos, sino hasta después que éstos hayan partido, o bien, puede dirigirse ella misma a la caja, con un pretexto cualquiera.

En esta forma se habrá salvaguardado el orgullo masculino, y se evitará ella misma un momento de desagrado.

Por otra parte, cuando una señora desea dar una comida, en un restaurant, lo que seguramente le conviene más es resolver el problema del menú con anticipación, teniendo en cuenta tanto, como le sea posible, los gustos de sus invitados, a fin de que la comida se desarrolle sin lentitud ni confusión, y que el precio de los platos no intervenga en la elección que se efectúe. La discreción y el savoir vivre, exige que las viandas más costosas, sean las que voluntariamente se desista de pedir y que no se deben aceptar, a menos de intervenir las reiteradas insistencias del invitante. Esto permite precisar que la modestia de las demandas deben disminuirse, observando una sabia discreción; para ello puede recurrirse a una amable mentira y decir que son platos preferidos.

¡Son mentiras piadosas que no deben dejarnos el menor rastro de remordimiento!

BEATRIZ EGNIA.

EL GORILA

Por Arnaud de Laporte

Solos, en su elegante compartimiento, los novios volvían de regreso de su viaje de bodas.

Ella era deliciosamente linda; sus ojos entristecidos parecían reflejar la nostalgia de los tonos cálidos del bello cielo de Italia, evocados junto a este brumoso paisaje de invierno.

Susana de Kerlor, acababa, en efecto, de consumir un enorme sacrificio; abandonar las dulzuras de un amor inmenso inspirado por un joven abogado de brillante porvenir, para condenarse a la más atroz de las existencias.

Aruinados, sus padres no le habían ocultado su ruina. Sólo ella podía salvarlos, aceptando por esposo a uno de los más ricos campesinos de la localidad, de los más desgraciados desde el punto de vista físico.

El choque había sido rudo, pero ella se había resignado ante lo inevitable, pues el abogado al saber la derrota de la familia de su prometida, había dado pruebas de una extrema reserva, de un prudencial y calculado distanciamiento.

En esta hora de soledad, la imagen de la ceremonia se le representaba en su más fría y espantosa realidad; la sentía más viva, más cruel, más atroz.

Ella, rozagante, esplendente de hermosura, oía los murmullos aduladores junto a las crueles realidades.

—¡Qué monstruo! — cuchucaban las buenas lenguas. — ¡Es un verdadero Gorila!

El no respondía a los ultrajes anónimos, sino que simplemente había palidecido, murmurando en voz baja al salir:

—¡Qué sacrilegio!

Desde esta hora terrible entre todas, él sólo se atrevía a aproximarse a ella sus manos temblorosas.

Hemos llegado, mi querida amiga, dijo él repentinamente, colocando el equipaje sobre la banqueta.

—Gracias Pablo, — suspiró ella, mientras contemplaba largamente este rostro que semejaba una mueca dolorosa tratando de sonreír.

—Un gorila", no cabe duda, pensó.

El tren entraba en la estación y precisaba descender. Galantemente él le tendió la mano y la ayudó a tomar co-locación en el auto que les esperaba. Llegados al soberbio Castillo, el marido condujo a su joven mujer a su alcoba.

—He aquí vuestra prisión, mi pobre niña, le dijo. Una jaula, aunque dorada, no es menos rodeada de barrotes; ¡pero vo-cuento sobre la belleza y bondad de vuestra alma para habi-tuarlos!

Al hallarse sola, Susana lloró desesperadamente revolviéndose sobre el canapé.

Un viejo criado vino a buscarla para ir a comer.

Durante la comida trató de sonreír a su "Gorila" quien estuvo brillante, amable, dando pruebas de una erudición insospechada.

—Idos a reposar, querida mía, le dijo después de los pos-tres, en cuanto a mí, tengo un exceso de trabajo.

Desde la mañana siguiente, la vida adquirió en el viejo castillo el carácter de sus costumbres habituales. Pablo se encerraba todas las mañanas en su gabinete de trabajo, herméticamente cerrado, donde nadie podía penetrar.

Como derivativo, dejó a su mujer la más amplia libertad. Susana pudo darse el lujo de ofrecer a sus antiguas amistades reglas soñadas y garden-party. Llegó su locura hasta el extremo de invitar a Dautrec, el abogado.

Su aparición en los salones señoriales, hizo irrupción. Las murmuraciones lanzaron su veneno sablamente des-tilado, pero la hermosa mujer no se guardó de ello. Toda de to-dos, hacia los honores con la gracia exquisita de antes; sus ve-cinos se sorprendieron y concluyeron por conceder que jugaba su papel a las mil maravillas.

A la mañana subsiguiente, en circunstancia que Pablo se había ausentado a una de sus rondas habituales, se le anunció la visita del abogado.

La noticia fué para Susana como una mordedura en pleno corazón. ¿Porqué venía él a aumentar su martirio? ¿Tendría valor de resistir?

El se comportó insinuante y encantador, pero ella quedó estoica y luchó hasta el fin.

Pablo que volvía en esos momentos, tuvo para ella una sonrisa sincera y una mirada de tierna piedad.

—¡Oh, gritó ella, no os ofendáis, os lo suplico! — No, mi querida amiga, tanto menos, porque pronto se sabrá la noticia del matrimonio de Mr. Dautrec.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de amara-gura, y en la noche no comió con su mujer.

A la mañana siguiente, cuando ella bajó para dar órdenes, el viejo criado le alargó una carta.

Nerviosa, rompió el sobre y leyó las siguientes líneas:

"Mi esposa adorada:

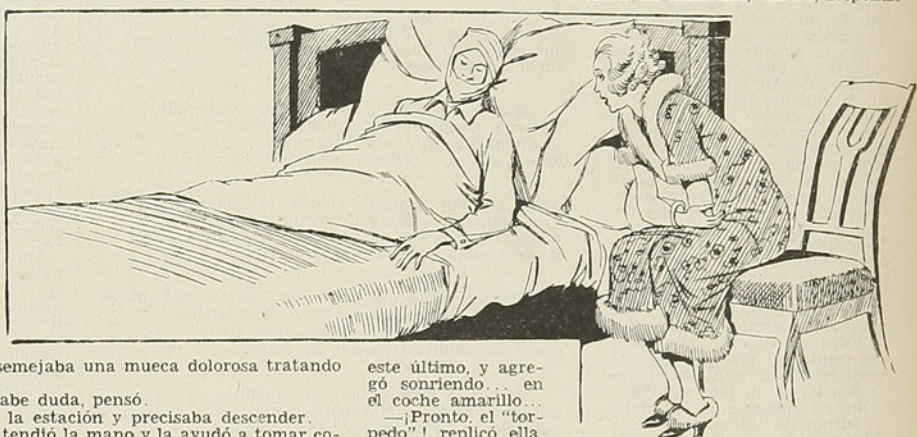
Vuestro martirio toca a su fin. Habéis consentido en im-po-neros a mi favor un enorme sacrificio. He sentido una intensa amargura ayer tarde viéndoos despediros de Dautrec. Hay lla-gas que sólo cicatriza la sangre. Cuando concluyáis de leer es-tas líneas, habré hecho justicia con un sacrificio análogo al vuestro, puesto que os ofendo mi vida. Os amaba demasiado para veros sufrir. ¡Adios, sed feliz! Sois mi única heredera. Encontraré en mi gabinete de trabajo algunas notas que os ruego publicar después del accidente". —EL POBRE GORILA.

Fuera de sí ante esta revelación, Susana tembló. ¡Qué! Este monstruo la adoraba a tal extremo, en tanto el otro la había abandonado al percibir los reveses de su fortuna?

Anhelante llamó al chauffeur.

—¡Mauricio! ¿A qué hora ha salido el señor?

—A las cinco, como todas las mañanas, señora, respondió



este último, y agre-gó sonriendo... en el coche amarillo...

—¡Pronto, el "tor-pedo"! replicó ella, corriendo hacia su busca.

En su atóndramiento no había reflexionado en la di-rección que el desesperado habría podido tomar. En el camino interrogó a los transeúntes, nadie lo había visto, salvo un cantonero, que declaró:

—Un autito amarillo, sí, ¡conducido por una especie de mono!, e indicó el camino, burlándose.

El corazón de Susana estuvo a punto de estallar a causa de la sospecha que asaltó su mente. ¡El había corrido derecho hacia el precipicio más cercano!

Guiando ella misma al chauffeur, hizo hacer alto luego de recorrer algunos kilómetros.

Al fondo del barranco, una masa informe se movía al bor-de de un torrente.

—¡Pronto, Mauricio ayúdeme, suplico la infeliz: Descendieron, y encontraron a Pablo inanimado bajo los destrozos de su coche. — Atención, aún respira, gimio su mu-jer.

Con infinitas precauciones irguieron hacia la explanada aquella especie de despojos humanos.

Antes de recuperar el conocimiento, permaneció una lar-ga y penosa semana sin abrir los ojos.

A la vista de Susana experimentó un ligero sobresalto:

—¿Vos? — murmuró débilmente. — ¡Ah, recomenzará, pues el martirio de ambos!

—¡No, mi querido Pablo! — respondió ella, cubriéndolo de caricias. — Viviréis para mí y para vos. Yo era incapaz de reconocer la intensidad y nobleza de vuestro amor... ¡Aho-ra, lo reconozco y os amo tanto!

—¡Oh, no podéis amar... un Gorila!... — gimio él.

La convalecencia fué bastante larga. Sin embargo, una tarde, mientras tomaban el té, Susana lanzó un grito al desple-gar los periódicos, y leyó en alta voz:

—La ciencia ha estado a punto de sufrir una irreparable pérdida. El doctor Pablo Libert, víctima de un accidente auto-movilístico, ha estado largo tiempo luchando entre la vida y la muerte, en los precisos momentos en que sus estudios sobre la curación del cáncer están próximos a obtener el éxito más

(Continúa en la página 61).

La Novela de Amor de dos Príncipes

HUMBERTO DE SABOYA Y MARIA JOSE DE BELGICA

En Bruselas no se habla más que del buen tipo del príncipe heredero de Italia.

—¡Qué guapo es! ¡Qué buen mozo!—exclaman todas las mujeres.

Se advierte en muchas de ellas un principio de enamoramiento. Los ojos negros del descendiente de los Saboya deben ser una obsesión para no pocas tímidas doncellas.

Y la verdad es que, cuando en su reciente viaje a Bruselas, aparece en la portezuela del vagón el rostro juvenil y sonriente de Humberto, se oye un murmullo de femenina admiración.

Los andenes están llenos de gente, mujeres sobre todo. Ellas forman el coro como en las tragedias antiguas. Entre los hombres se ve desde lejos la alta silueta del Rey Alberto, la de su hijo el príncipe Carlos y la del heredero, el duque de Brabante.

El Príncipe viene con traje azul oscuro, pantalón de rayas, zapatos de charol con botines blancos. Es el tipo del príncipe encantador con el que han soñado por lo menos una noche en su vida todas las mujeres. Alto, casi tan alto como el Rey de los belgas; es esbelto, con una sonrisa candida, unos ojos juguetones y un porte verdaderamente regio. Tiene veinticinco años y ya es coronel del 92 regimiento de Infantería; ha ido ganando poco a poco, todos los grados en la milicia, y al mismo tiempo ha aprendido su oficio de rey en numerosos y largos viajes a la América meridional, a Palestina y a los países del Norte.

El hijo de Víctor Manuel es todo un príncipe, y muchas serán entre las princesitas de Europa las que en el fondo de su alma se habrán sentido algo envidiosas al ver el feliz remate de una novela de amor.

LA NOVELA DE UN AMOR

La princesa María José, nacida en Ostende el 4 de agosto de 1906, tiene dos años menos que su novio.

Ambos se conocieron de niños; ella tenía doce años; él, trece. El «príncipino», seguido de su ayo, el buen almirante Bonaldi, fue alguna vez a pasar sus vacaciones a Florencia, donde la princesa María José estuvo, durante dos años y medio, como pensionista en el Poggio Imperiale. Desde aquella época feliz, los que iban a ser novios oficialmente doce años más tarde — como suele ocurrir en nuestro país —, se veían de tarde en tarde; pero en ambos perduraban los sentimientos de gran simpatía que experimentaron la primera vez que se vieron. El príncipe Humberto vino a Bélgica alguna vez que otra; La princesa, gran amiga de las bellas artes, fue a Italia con más frecuencia, y las dos familias reales empezaron a acariciar así una esperanza que los dos príncipes eran los pri-

meros en compartir, sobre todo desde el verano de 1925, cuando la Familia Real belga fue convidada por el Rey de Italia a pasar unos días en Viareggio.

Y ahora, aun cuando todo estaba dispuesto para la fiesta, el pueblo de Bruselas no debía saber nada hasta la víspera de la llegada del novio, mientras que, por voluntad expresa del Rey de Italia, los periódicos no debían tampoco anunciar el compromiso oficial hasta el día de la ceremonia de Laeken.

SE CONCERTA EL MATRIMONIO

La ceremonia no pudo ser más sencilla. El príncipe de Plamonte, apenas llegado a Bruselas, se presentó en el Palacio Real de Laeken, en las afueras de la capital, y pidió a los padres de la princesa María José la mano de su prometida.

Pocas horas después el diario oficial del Reino, «Le Moniteur», traía en unas formulas sencillas el anuncio del compromiso de la princesa María José, hija del Rey Alberto I y de la Reina Isabel, con el Príncipe heredero de Italia.

Y eso ha sido todo.

El príncipe Humberto ha hecho algunas visitas oficiales a la tumba del Soldado Desconocido, al Ayuntamiento de Bruselas, al Palacio Real de la ciudad. Y luego la corte ha dado en su honor una gran recepción, en la que el Rey ha brindado por la felicidad de los futuros esposos; costumbres sencillas que el pueblo bruselés aprecia altamente.

Cuando el Príncipe iba a depositar una corona en el monumento del Soldado Desconocido belga, se produjo el incidente lamentable que todos nuestros lectores conocen ya seguramente. Un joven estudiante italiano, de veintinueve años, llegado la víspera de París, Fernando Derosa, disparó contra él. El Príncipe no se estremeció siquiera; pero en la ciudad hospitalaria el incidente ha producido pésimo efecto.

Sobre todo las mujeres piensan en el mal rato que ha debido pasar su «princesita».

—No es que sea cobarde—dicen—, es muy valiente, y ya lo ha demostrado. Pero es una mujer, al fin y al cabo. La pobre. ¡Qué infamia! ¡Querer destrozarle el corazón! Porque esos dos niños se quieren, no lo dude usted—añaden con ingenuidad—: están como hechos el uno para el otro.

—¿No ha visto Ud.? —me dice una vendedora de periódicos que dirige el coro de las indignadas—, no ha visto usted cómo el cabello de oro y los ojos azules de nuestra Princesita se aparean divinamente con los ojos negros y el pelo moreno de su gentil novio? Son tan altos el uno como el otro; tienen los mismos gustos y serán felices... ¡Pensar que unos malditos quisieron turbar su dicha!

Todo el día se oye un (Continúa en la página 61)



Curiosa fotografía de la Princesa belga cuando tenía quince años.



Otra curiosa pose de la bellísima Princesa, de la misma época que la anterior.

Barry habíase retirado la pipa de la boca; recostado muellemente en su hamaca de mimbre, contemplaba las estrellas que titilaban en el profundo cielo africano, como opalos de fuego. Las selvas extendíanse hacia el norte, comenzando sólo a unos cien metros del lugar donde tenía establecido su campamento; hacia el sur se hallaba el terreno que había atravesado. Otro día más de marcha y llegaría a Lobogo, poniendo fin de esa manera a su odisea de seis meses.

Mil millas por ferrocarril, luego el océano y después estaría de regreso en su patria. Sentíase triste y contento al mismo tiempo; triste de tener que decir adiós a ese continente de limitados recursos, de sol ardiente y de frondosas selvas; triste también porque la vuelta a la civilización implicaba la pérdida de todas sus libertades.

En cambio, estaba contento porque había tenido pleno éxito, y regresaba a su país para contraer enlace.

Los hombres del "safari" cansados de la labor del día, estaban echados alrededor del fuego, ajenos a la romántica belleza del firmamento y produciendo ruidos extraños, semejantes a ronquidos, en su sueño.

Barry sonreía oyéndolos, pues recordaba la leyenda de la encantadora Circe rodeada de los hombres transformados en cerdos. Sus ronquidos descompasados disipaban el mágico encanto de la hora. De pronto otro ruido, más mágico y extraño que el encanto del firmamento, llegó a los oídos de Barry, que se dio vuelta apoyándose sobre el codo, con la mirada fija en la selva, mientras una arruga, delatora de su sorpresa, surcaba la frente encima de las cejas.

Alguien cantaba en la selva. El cántico rebosaba de tristeza, de una tristeza que no parecía surgir tanto de su melodía como de la voz misma, como si una alma poseída de alguna inmensa melancolía tratara de buscar consuelo emitiendo esas notas cuajadas de dolor para que se perdieran en la noche selvática. Era una estrofa de *La africana*, de Meyerbeer. Barry la había oído cantar una vez en el Covent Garden, y pronto se sonrió irónicamente, preguntándose si sería posible que esas agencias de turismo, omni-presentes, pudieran haber también llegado al corazón de las selvas africanas en su afán de lucro.

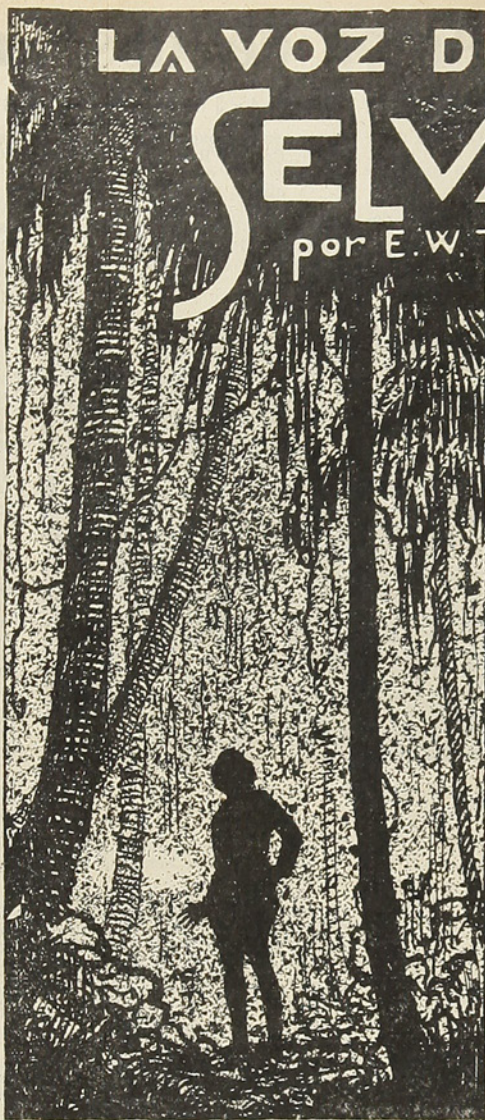
Sería algún notable cantor que había venido en busca de la soledad, hastiado de los hechizos del Nilo, de las grotescas semanas pasadas en los oasis de Argelia, acompañado de otros turistas adinerados, sedientos de novedad.

La deducción no dejaba de estar justificada puesto que la técnica del cantor era de las más perfectas, y su voz de tenor, soberbia.

Algunos de los peones se sentaron a escuchar, hablando entre ellos en voz baja y asustada. La belleza del cántico los

LA VOZ DE LA SELVA

por E. W. Townsend



amedrentaba. Para ellos era la voz de un espíritu malo... porque la noche cobija cosas siniestras. Otros se sentaron también; era el temor, el pánico de las multitudes pasando de uno a otro con escalofríos, como una onda del lago cuando se agitan sus aguas.

—¡Silencio!

Barry, disgustado, dió la orden. Quienquiera que fuera el cantor, su canto era el de un

maestro. La tristeza que emanaba de sus estrofas, pareció llegar a lo más recóndito del corazón de Barry. Le parecía haber oído el eco de alguna tragedia personal, el grito lastimero de algún corazón que encontraba la vida demasiado amarga. Era una emoción profunda como la misma vida la que cantaba en la selva, pero más amarga que la muerte. Era imposible creer que ello fuera un simple efecto de arte consumado, en el que no interviniera para nada el sentimiento.

Los murmullos excitados y temerosos de sus peones asustados lo llenaron de una súbita cólera. —¡Callense, imbéciles!— exclamó, furioso. —¿Qué hay de extraordinario en el canto de un hombre para que se asusten?

El capataz de los peones se arrastró hasta él y con las facciones descompuestas murmuró:

—Bwana, no es un hombre, sino un espíritu maligno que encanta a los que viajan de noche por la selva.

Barry se encogió de hombros.

—Son ustedes todos como los chicos; no hay entre ustedes uno que pueda llamarse hombre. Yo voy a ver quién es.

—¡No vaya, Bwana, no vaya! ¡Vea, ya ha dejado de cantar! Espera a que Ud. llegue al lugar donde se encuentra a fin de poderlo devorar.

Barry movió el brazo con impaciencia.

—Cuentos de hadas y de viejas. Quédense aquí y permanezcan tranquilos hasta que yo regrese.

Cuando el capataz iba a comenzar de nuevo sus protestas y sus ruegos, la voz de la selva dejó oír otra vez sus notas planíferas. Esta vez era una estrofa de *Otelo*, y Barry se palpó la cintura para asegurarse de que tenía el revólver, lo puso en el bolsillo y se alejó unos pasos del fuego.

Nuevamente volvió a reinar el silencio. No oía otra cosa que el ruido producido por sus pies al pisar la hojarasca o de alguna rama seca al quebrarse bajo la presión de su peso. Había ya marchado trescientos metros cuando un destello como de una inmensa luciérnaga se dejó ver más adelante, haciéndole sentir un momento de pánico; retiró su revólver del bolsillo sólo para volver a colocarlo en su lugar nuevamente, encolerizado contra su propio temor, al ver que el destello estaba fijo, siendo tal vez el reflejo de una lámpara que se divisara a través del velo de la selva.

Avanzó otros cincuenta metros y divisó una casa; su temor momentáneo desapareció y en su lugar una irresistible curiosidad apoderóse de él. ¿A quién iba a encontrar en esa casita baja y oscura, cuya silueta se destacaba delante de él? Claro está que sería otro blanco; pero, ¿quién, y por qué habría de haber llegado hasta esas selvas ecuatoriales? El sentimiento de algo misterioso hizo que se apresurara a avanzar en dirección a la cabaña.

A medida que se acercaba la casa fué destacándose con más claridad hasta dejar ver un bungalow de tamaño moderado, con una amplia terraza. Una lámpara de petróleo se mecía, colgada del techo de una habitación interior que carecía de puerta, y en ella, en silueta oscura, vio la forma de un hombre que estaba recostado contra el marco y los brazos cruzados sobre el pecho.

Avanzar sin dar aviso, en los países salvajes, equivale a lanzar un desafío; por lo tanto, Barry se detuvo y elevó la voz.

—¡Hola! Es gente amiga. ¿Puedo acercarme?

El hombre que estaba en la puerta no se movió, y su risa era tan sardónica, que Barry, involuntariamente, se estremeció. Pero no se le había negado el paso, y por eso siguió avanzando, con la esperanza de que cuando llegara más a la luz sería mejor recibido.

—¿Gente amiga?— exclamó de pronto el hombre del bungalow.

Barry le contestó cortésmente.
—Lo oí cantar en forma tan magnífica que me ha sido imposible dejar de venir a ver quién era.

El hombre no contestó, limitándose a hacer un gesto, y luego, girando sobre sus talones, penetró en el interior de la habitación, donde Barry lo siguió después de un rato, y dióse vuelta, dejando que la luz de la lámpara iluminara de lleno su figura. Barry se detuvo como si repentinamente se hubiera transformado en una estatua de piedra.

La persona que se hallaba parada frente a él era negra. Usaba traje europeo, pantalones negros gastados y raídos, chaleco sobre su pecho desnudo, y un saco que parecía más bien los restos de un traje de etiqueta, con las vistas de seda manchadas de grasa y sucias.

El negro vió la repulsión involuntaria que brillaba en los ojos del blanco, y los suyos se llenaron de un súbito fulgor.

—¿A qué viene usted aquí, blanco maldito? — le preguntó en buen inglés. — Usted se rie... ¡maldición!... ¡usted se rie!

Barry le miró con fijeza.
—No — repuso; — cometí un error eso es todo. Yo creí que era usted el que cantaba.

—¡Usted miente! — contestó el otro. — ¡Los gorilas no pueden cantar! ¡Usted cree que yo soy como un gorila? ¡Lo veo reflejado en sus ojos!

—Es que me he sorprendido nada más; pero creo que alguien cantaba.

El negro hizo un gesto, y de no haber sido por el arma que guardaba en su bolsillo, Barry se hubiera sentido intranquilo.

—Era yo — dijo con violencia. — ¡Niéguelo si se atreve!

Barry creyó que estaba loco, pues sus ojos se revolvián furiosamente en las órbitas y su aspecto parecía el de un hombre que estuviera fuera de sí.

No tengo el menor deseo — observó, haciendo frente a su hombre y hablándole con tono tan reposado como le fué posible. — Me ha agradado y deseaba escuchar más. El hombre de pronto se calmó, pero su pecho subía y bajaba agitadamente pajo los harapos absurdos de lo que en un tiempo fuera frac.

—Le agrada el canto, entonces?

Oír a un negro en el corazón de África hablar en correcto inglés, preguntándole si le agradaba la música, era algo más de lo que Barry había esperado, y su sorpresa no tuvo límites.

Sin embargo, comprendió que en el estado mental en que se hallaba su interlocutor debía alegrarlo, y su curiosidad era, por otra parte, lo bastante aguda como para hacerle desear conocer más detalles.

—Me causa un gran placer — le dijo.
Y tomando asiento en un banco que estaba cerca, añadió:
—Veo que usted ha estudiado el canto.

El negro hizo una mueca.

—Operas, declamación, canciones. Si, he estudiado la música, francés, italiano y alemán. He cantado ópera.

Fijó su mirada en Barry como desafiándolo a negarlo, y extendió su enorme mano hacia él, amenazadora.

Barry hizo un movimiento de cabeza. El hombre era sumamente feo y estaba poseído de un inexplicable enojo, pero no había duda que era inteligente.

—He oído pocas voces mejores que la suya — le dijo. — Pero usted no puede pertenecer a este lugar. Debe de haber aprendido en Europa.

—Entre los cerdos, en Europa y América — repuso el negro con una mueca que se profundizaba cada vez. Pero yo soy de aquí. Todos mis parientes vivieron aquí.

—¿Y no fué usted feliz en América? — le preguntó Barry gentilmente.

—Sí, mientras fui un niño sentí la felicidad allí... ¿Por

qué los blancos no me habrán dejado en paz, eh?... No; pero esa no es su costumbre. Cuando ven algo, tienen que echarlo a perder, derribarlo, y pisarlo, ¿eh? Yo era joven cuando comencé a cantar, y una estúpida mujer blanca me recogió y me dió escuela.

Barry comenzaba a interesarse.
—Bueno, y eso ha sido un acto bondadoso. Si el aprendizaje produjo la soberbia voz que usted posee, bien valía la pena.

Los ojos del negro demostraron, por un instante, un dejo de orgullo, de inocente agradecimiento, pero no tardaron en desaparecer esas expresiones, retornando nuevamente la mirada amenazadora.

—¿Y para qué me hizo aprender, eh? Para halagar su vanidad, señor. Si, eso es lo que hizo. Me descubrió, y esto le ha dado el título de patrocinadora de las bellas artes. ¡Y esa mujer me hizo exhibir!

Barry se encogió de hombros y le contestó:
—¿Que importa eso? Cualquiera cosa que le haya hecho no impedirá que usted siga en posesión de su magnífica voz.

El negro volvió a extender la mano.
—¿La conoce usted? Viene usted de parte de ella para volverme a llevar?... Pero cuando yo regrese será para matar a esa mujer blanca. ¡Sálgase usted de aquí antes de que le parta la cabeza en dos! Le aconsejo que se retire! Barry movió la cabeza.

—Usted se equivoca. No he venido a molestarlo ni a causarle dolor. Le he oído cantar y vine para escuchar mejor. Yo conozco las voces buenas cuando las oigo.

Por un momento creyó que el hombre se iba a abalanzar sobre él para golpearlo, y maquinalmente, se llevó la mano al bolsillo donde guardaba el revolver. Luego, la mano del negro cayó inerte a un costado, estudiando al desconocido con una especie de expresión lastimera y de ansiedad. —¿De veras me asegura que sólo ha venido para oírme cantar? Pues bien, señor: le garantizo que tengo un entrenamiento de los mejores. Todos los blancos me daban palmadas en la espalda, diciendo que causaría gran sensación en Europa. Soy feo como un gorila, pero canto a la par de un ángel, ¿eso sí! A medida que su excitación aumentaba iba perdiendo también su expresión correcta. Luego prosiguió:
—Sí, señor: esos caballeros me dijeron que yo nada tenía que envidiar al ruiseñor, y fué entonces que me dediqué de lleno al estudio, progresando en los idiomas.

Su ansiedad se tornaba penosa para Barry al contemplar ése las facciones del negro, descompuestas por la emoción, sus manos temblorosas y sus ojos color marrón, que parecían como dos estrellas en su cara deformada.

—Me agradaría oírle cantar — le interrumpió con rapidez. — Usted me hizo nacer deseos de oír más, y por lo tanto le quedaré muy agradecido si quisiera cantar algo mientras yo escucho.

La esperanza, la sospecha, el temor y de nuevo la esperanza se reflejaron sucesivamente en las facciones del negro, que permaneció inmóvil por un instante, con los ojos fijos en sus pies; un rato después expandía el pecho y echaba atrás su grotesca cabeza.

—He practicado poco estos últimos tiempos, señor. Estaba estirando un poco la laringe esta noche, eso es todo. Sin embargo, creo que puedo vocalizar cualquier cosa si lo deseo.

Barry respiró con más libertad. El hombre habíase olvidado momentáneamente de sus penas por el placer de cantar otra vez delante de un auditorio, aunque no estuviera compuesto más que por una sola persona.

—Entonces, hágame el favor de cantar.

—Sí, señor, cantaré. Quiero hacerle ver quién soy. ¿Qué le agrada? Sé muy bien *Rigoletto*. *La donna è móvile* es un poco vieja, pero todavía se acepta. ¿O prefiere usted alguna otra canción?



...y Barry hubiera podido continuar escuchando en silencio toda la noche.

—Lo que usted guste; usted sabrá mejor lo que le conviene a su voz — le contestó Barry.

De pronto las facciones del negro perdieron toda expresión, permaneciendo aburrido como si su memoria estuviera buscando algún recuerdo del pasado. Después se irguió con el brazo derecho extendido, los ojos llenos de animación, y comenzó a cantar, pero como si dedicara la canción a algún auditorio invisible situado encima de la cabeza de Barry.

Al escuchar las primeras notas comprendió que el hombre no se vanagloriaba inútilmente de poseer una hermosa voz, dulce, clara e incisiva. Las notas salían como perlas de sus labios, pero perlas perfectas, redondas, hermosas y raras. Cantando ante un auditorio parecía darle más poder, y Barry hubiera podido continuar escuchando en silencio toda la noche, de no haber levantado la vista hacia el cantor, que, hipnotizado por su propia música, encantado, parecía poseído de un profundo fervor emotivo. Pero esa mirada hizo horrorizar a Barry, apartando la cabeza.

El negro antes era feo hasta para los ojos dispuestos a contemplarlo con benevolencia, pero en ese momento su aspecto era sorprendente. De ordinario se asemejaba a un gorila, pero cuando cantaba, transportado de emoción, su fealdad llegaba a lo grotesco.

Hacia horribles muecas, contraía los labios y revolvía los ojos, presentando un aspecto cómico irresistible. Barry se sintió atacado por un impulso incontenible de reír, de recostarse en la silla y de dar rienda suelta a las carcajadas que subían hasta su garganta, a esos espasmos de alegría que llegan al borde de la histeria y de las lágrimas. Con gran dificultad pudo dominar este impulso brutal, casi incontrolable. Trató de recordar que ese hombre era un ser humano como él, herido por la ironía, poseedor de la sensibilidad de un artista. Pero era imposible mirar esa cara gesticulante sin sentirse tentado de reír. La concentración del cantor y la inconsciencia con que obraba hacíanle parecer como si quisiera, de intento, provocar la risa en su auditorio.

—¡Tengo que reírme o morir!

Barry se repitió la frase varias veces.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos para encontrar los del negro fijos en los suyos. Se movió en su silla, apretó las manos y trató de concentrar su pensamiento en alguna otra cosa, pero sin resultado.

Tenía que mirar y ver esa figura gesticulante; sus labios enormes, de los que brotaba esa música preciosa, torcidos en un esfuerzo para expresar emoción; sus cejas, que subían y bajaban como si fuesen movidas por cuerdas ocultas, y lo absurdo de sus gestos, que lo acercaban al mono cuando trataba de acompañar su bella voz con contorsiones faciales.

Entonces fué cuando la tragedia de su vida quedó revelada al hombre que le escuchaba. Era la belleza encerrada dentro de la fealdad, que, a su vez, ocasionaba la risa cuando pretendía dar expresión a la primera. Podía ver en mente al auditorio en la primera representación en público del negro, y los esfuerzos que debiera hacer para no prorrumpir en carcajadas incontenibles, hasta que alguno de los presentes diera comienzo a la algarazca, que se extendía por todo el local, de la misma manera que el temor habíase extendido esa noche entre los peones de su campamento. Luego vino la comprensión del artista que, a pesar de cantar como un ángel, ningún auditorio podía reprimir la risa, y Barry lo veía en el momento en que se detenía en medio de su canción, y lanzando una mirada fulminante a la concurrencia, acompañada tal vez de una maldición, se retiraba apresuradamente.

¡Ah, la humanidad! ¿Cómo podría ser tan cruel? Y como el pobre bruto que se encontraba frente a sí había sentido los latigazos de la risa herirle las carnes, hasta obligarlo a escapar de la civilización, apresurándose a esconderse en el corazón de la selva, entre los que en un tiempo fueron sus

camaradas, pero que ahora ni lo apreciaban ni reconocían sus dotes, de la misma manera que lo hacían aquellos de quienes huiera. Un instinto de piedad y de lástima hizo que Barry elevara nuevamente los ojos, y al mirarlo se sintió ahogar. La risa era una emoción incontinente, como una fiera salvaje que debiera ser puesta en libertad, y con lágrimas en los ojos prorrumpió en una carcajada estridente que hizo estremecer el bungalow hasta en sus cimientos, para finalizar en una expresión de temor.

La risa había sido involuntaria. Hizo todo lo posible por dominarla. Era como esos ataques de risa que nos asaltan de vez en cuando en lugares donde no hay ningún motivo para reír, pero, no obstante, es ocasionada por una causa pequeña o una palabra mal pronunciada que cambia el sentido de la frase.

Pero no fué su propia conciencia de la crueldad hacia el negro lo que hiciera a Barry sentirse atemorizado, sino el reflejo de odio concentrado que brillaba en las facciones del negro y la intensidad de cuya pasión lo retuvo como alelado, como paralizado durante ese instante que debía haber aprovechado para llevar la mano a su revólver.

En ese momento el negro se abalanzó sobre él, rugiendo como una fiera. Ya no había oportunidad de demostrar lástima: estaba loco, y Barry lo había insultado mortalmente. Viviendo allí en el aislamiento, recordando los daños del pasado y la crueldad de la gente, tan involuntaria, habíase vuelto loco, como los elefantes que de pronto se sienten invadidos de inmensos deseos de destruir todo lo que les rodea.

Por suerte para Barry, su atacante no consiguió materializar el abrazo que debía haber mantenido sus brazos sujetos a los costados, tornándose indefenso, sino que el musculoso negro lo apretó hasta el momento en que creyó que sus costillas se romperían, a pesar de sus golpes desesperados y el apretón con que sostenía la garganta del negro.

El asiento se derribó y ambos cayeron al suelo. Barry era

fuerte y ágil, encontrándose en lo mejor de su desarrollo físico, y oponía su temor desesperado a la fuerza alocada del contrario. Luchando, a veces encima, otras debajo del peso aplastador del negro, creyó que el término de su odisea tendría lugar en aquel sitio, a la luz desfalleciente de



...y se puso a contemplar el cadáver del negro con una inmensa lástima...

la lámpara que alumbraba el bungalow y el cielo africano tachonado de estrellas. Sus viajes también tocarían a su fin, pero lo peor de todo sería que nadie habría de saber dónde habían terminado. Elena esperaba en vano. Corrieron rumores de haber sido encontrado, de que regresaba, luego serían desmentidos, y después el silencio y el olvido.

No lanzó ningún grito. No tenía aliento para malgastar, pues aun cuando sus gritos llegaran hasta los oídos de los hombres, ellos los atribuirían al espíritu maledico de las selvas. Ambos hombres peleaban en silencio, sin que ningún ruido lo turbara, a no ser los golpes secos de sus cuerpos al dar contra el suelo y la agitada respiración de ambos.

Barry se sorprendió de descubrir en él la posibilidad de una prolongada resistencia, asombrado íntimamente de poder aguantar tanto. Si sólo pudiera librar una mano por un momento para alcanzar el revólver...

La fatiga engendró de pronto una profunda depresión. Se sentía como el ahogado que veía llegado el momento en que sus fuerzas le abandonan y amargamente lamenta no haberse abandonado a su destino sin resistir la agonía de una eterna lucha con las olas. Sus costillas crujían y sentía que el pecho se le contraía como una esponja; un velo parecía extenderse delante de su vista. Si dejaba de luchar, pronto todo acabaría; sólo cuestión de segundos. Su cerebro le fallaba; continuaba. ¿Para qué?

Desde larga distancia llegó hasta ellos un rugido a través de la arboleda, inequívoco, del majestuoso rey de la selva, donde él tendría que morir. Había sido juguete del destino, como lo fuera el negro. El loco no tenía la culpa: su encuentro fué fortuito, y la lucha entre ellos era el resultado de un odio largo tiempo concentrado.

Sin embargo, fué el recuerdo de que se hallaba en la selva el que mató al espíritu pesimista que había comenzado a apoderarse de él. Pensó en Inglaterra, en Elena. ¿Estaría él también loco para abandonar esas cosas, su patria y su amor?

Una furia vital e inmensa se apoderó de su alma. Incorporó con un esfuerzo tremendo, deshizo el abrazo con que el negro lo tenía asido, descargó un golpe en la cara del negro que lo hizo dar vuelta, y al levantarse echó mano de su

EL BESO DE LA MUERTA

POR JOSE A. LUENGO



El manicomio de X estaba al lado de la vía férrea. Era una casaca de aspecto triste. Desde afuera no se veían sino sus altas paredes y en la parte más elevada de ellas se abrían unas ventanas entreveradas de recios barrotes y semejantes por lo estrechas a las aspilleras de una fortaleza. En medio del silencio de los vecinos campos, la voz de un loco, la canción desgarrada de una pobre loca restallaba en el aire. En tanto caía el sol en haces de oro sobre las musgosas tejas de la techumbre, y la chirriante veleta, con los besos de la brisa, apuntaba tan pronto hacia una como hacia otra dirección.

Una tarde se me ocurrió visitar el manicomio. Varios locos chocarreros, más bien tontos que alienados, se refocilaban, cada cual con su idea fija, en un patinejo de terrosas tapias, donde crecían unas acacias de verdor polvoriento y susurrante. Tras de estar un rato con ellos y dar tabaco a los unos y promesas y palabras baldías a los otros, como me turbaba su locura asomada espantosamente a sus pupilas llenas de vacuidad y extravío, supliqué a la hermana de la caridad, que me acompañaba, que fuera servida de sacarme de allí. Al salir por un pasillo de desnudas paredes llenas de puertas pintadas de ocre, alguien nos chistó reiteradamente. Miré hacia donde nos llamaban y vi asomado al ventanillo de una de las puertas un rostro pálido, casi exangüe, con una barba rala y rubia, tan larga como descuidada, y con unos ojos en los que fosforescía la fiebre. Junto al rostro, sus huesosas manos se agarraban fuertemente a los barrotes.

—Hola, Agustín, ¿qué quieres?—exclamó la hermana con una voz llena de dulzura.—¿Qué deseas?

—Hermana, dijo el loco, advierto que a ese señor han de interesarle mis desventuras. A su ojo derecho se asoma la inteligencia y al izquierdo la bondad de su corazón.

La hermana se volvió hacia mí para decirme en voz baja: —Pensé que este pobrecito dormía y por eso lo traje a usted por aquí. Ahora es cuestión de caridad que lo escuche usted; si no, se pondría muy furioso.

El loco me miraba ansiosamente. Yo me acerqué a él. Entonces apartó su rostro del ventanillo y por éste pude ver el

interior de la celda. Eran cuatro paredes blancas y desnudas; en una de ellas había empotrado un misero catre y en otra se habría una estrecha ventana que daba al campo, por la que a la sazón entraba una difusa claridad y se veía un pedacito de cielo azul. El loco hizo ademán de escuchar varias veces, y después de algunas idas y venidas por su encierro, tornó hacia el ventanillo riéndose y exclamó:

—No, nadie nos oye; ni las aves del cielo, ni las bestias de la tierra, ni los hombres, que son más bestias que las mismas bestias. Las aves del cielo cantan; oiga usted las alondras, escuche las pardas cogujadas. El aire se hace milagro en sus gargantas. Las bestias pacen o trabajan; mire cómo las cabras y las ovejas ramonean las frescas hierbas y los jugosos cespedes; atienda de qué modo las mulas labran los campos. En cuanto a los hombres..., más vale dejarlos. Los hombres, los hombres me han hecho mucho daño; pero la vida me venga de ellos. La vida tiene dos puños gigantes, monstruosos. El vello los cubre de una capa espesa y negra, de la que sólo emergen lucientes las uñas afiladas. En el primer puño—el izquierdo—la vida aprieta el cuello de un odre muy grande que nunca se vacía. Este odre está lleno de un dulce licor, licor que sabe a lo que cada uno apetece más. Este quiere gloria y a gloria le sabe; aquél quiere riquezas y a cada tragantada ensima en su vientre un Pactolo; quiere el otro honores, y con gustarlo, los honores le caen como llovidos. Los hombres beben y beben, y la vida no para hasta embriagarlos. Entonces se rie de ellos y, cuando el placer los duerme, levanta en alto su otro puño—el derecho—tan grande, que extiende sobre ellos una amplia sombra. De pronto entona una canturía triste y fúnebre y lleva el compás con el puño majando sobre los durmientes y los saciados. ¡Ah! ¡La vida!... Canta así: la... la... la... li... loo... y machaca... y machaca... Y su canto es el grito de mi venganza.

El pobre loco se excitaba. Sobre todo al cantar, su acento me causó un escalofrío.

—¡Bueno, bueno!..., interrumpió la hermana para calmarle. Agustín, mientras la vida te venga de los hombres,

refiérenos tu historia. El señor la espera con impaciencia.

—¡An! Es verdad... Me olvidaba de la historia y juraba que ni siquiera veía al señor. Pero a ti sí, hermana. Oye... ¿Por qué te cortaste el pelo?... Pero ya caigo. Dijo alguien que las mujeres tenían ideas cortas y cabellos largos. Tu, en cambio, al tener los cabellos cortos, tienes las ideas largas, honcas y generosas, y esas ideas visten tus ojos de una gran hermosura. Porque has de saber que hay pupilas vestidas y pupilas desnudas y otras pupilas...

La hermana me hizo seña de que le hablara alguna cosa. Yo exclame:

—Lo que no hay, amigo Agustín, es historia. Tengo prisa y, como no te apureses, me iré sin oírte.

—¡Prisa!... Por tenería una vez, conocí a Elvira. Iba ésta a la iglesia, vestida de luto, con un velo transparente que le caía hasta las rodillas, con un negro devocionario preso en las manos pequeñas y enguantadas y con un andar sosegado y rítmico. Su linda boca de labios groseruelos y rojos apenas se entreabría; sus ojos, huyendo tristemente del mundo, se ocultaban tras los caídos y rosados párpados, y la sombra de sus pestañas se ensanchaba con el morado círculo de sus ojeras. Entre su frente blanquísima y su pelo negro se escapaban unos ricitos rubios, y la brisa y el sol caían sobre ellos y los crispaba a besos. He dicho que tenía prisa. Había de tomar un tren que momentos después salía para un pueblo cercano. ¡Ay, señor! Si aquel día y en aquella hora no hubiese tenido que emprender tal viaje, ¡cuán otra hubiera sido mi existencia!... La necesidad exigía mi presencia en aquel pueblo durante cuatro días; pero me las apañé de manera que solamente en dos resolví todos los asuntos que me llevaron a él. He de confesar que si no los resolví en ese tiempo, regresé el mismo día sin resolverlos. Yo no podía vivir sin Elvira. Se me había clavado en la imaginación, y puesta en ella como una planta vivaz, sentía, si, señor, yo sentía el avance de sus raíces primero por mi cerebro sobriéndome el seso, luego por mis ojos que cegaron para todas las cosas de la vida, si no era para ella; más tarde por mi garganta, que no acertaba a formar más sonido que el de su nombre, y después por mi corazón que le daba toda su sangre para que fuese lozana. Le hablé de mi amor con timidez de colegial. Si llega a rechazar mis pretensiones, me mato; pero las aceptó. Por ella hice mil locuras y, al fin, hice la locura máxima: me casé. Señor mío, no se case usted. El matrimonio es el asesino del amor. El matrimonio únicamente es ventajoso para los confiteros por las golosinas que se consumen el día de la boda, para los fabricantes de vajillas por las que se consumen más tarde y para los hoticarios, porque ambos contrayentes se consumen y necesitan de sus auxilios...

—Agustín, Agustín, interrumpió la hermana, que el matrimonio es un Sacramento de la Iglesia.

—Hablabas, hermana, de los malos matrimonios, de los que forja el interés, de los que fragua la conveniencia, de los que impone la fuerza, de los que no están razonados por el amor. Pero cuando el amor entra en ellos como parte esencial—y éste fue el caso mío—¡ah!, entonces... entonces, señor, tampoco se case usted.

—Como, amigo mío!, le dije yo. ¿No fué usted feliz?...

—¡Feliz! Tanto lo fui, que mi felicidad, aun vista desde tan lejos, me desvanecía. Elvira vivía en mí, yo vivía en ella y los dos vivíamos en el séptimo cielo. Las exigencias de la vida apenas nos despertaban de nuestro vago ensueño. Días hubo, tan perfectos de ventura, que pasábamos entre las personas y las cosas como entre espectros, como entre sombras de las que no valía la pena de preocuparse. Un día, sentados los dos en un sofá, le decía yo: «Elvira mía, el mundo es como un desierto que tengo que atravesar. Heme aquí caminando por él sin más compañía que la de mi fiel camello. Cuando me canso de su aridez, cuando su monotonía ensombrece mis ojos, una sedosa tienda me espera. Yo me sumerjo en ella. Al través de su pabellón no entra la luz cegadora, ni se transparenta la visión de las arenas eternas; pero entran las brisas y con ellas ricos y suaves perfumes. Esta tienda, Elvira mía, donde mi alma descansa de las fatigas de este mundo, desierto para mí, la forman tus ondulados cabellos de oro». Y diciéndole estas cosas, los anillaba en mis dedos, cuando llamaron a la puerta. «¿Quién será?», pregunté yo. Y ella, riéndose, me contestó: «Será el camello, que roza la tienda con su joroba». Desgraciadamente no era un camello: era un pariente suyo, que venía de América. No tenía más deudos que nosotros y con nosotros se quedó a vivir. A pesar de su

presencia, que él procuraba hacer discreta, nuestra vida apenas sufrió modificación alguna. ¡Que días tan dichosos!... A veces me pregunto: ¿Es verdad, es verdad, Dios mío, que yo he vivido tales días?...

—¿Lloras, Agustín?, preguntó la hermana.

—¿Lloro, hermana, lloro?... ¡Oh! Por caridad, de prisa, tráeme un espejo. Siento húmedos los ojos, siento resacaar algo por mis mejillas y, sin embargo, no lo creo, no lo creo... Anda, tráeme un espejo... ¡Quiero convencerme de que me quedan lágrimas todavía!

—Cálmate, Agustín, cálmate, interrumpí yo. Ya sabes que tengo prisa. Continúa tu historia. Eras muy feliz.

—Señor mío, aunque usted hubiera de ser tan feliz como yo, no se case. Casándose, tal vez oyera usted algún día que se ponía en duda el honor de su mujer. Yo lo oí... ¡Oh, aquel día!... Llegue a casa no sé cómo y mandé a Elvira que en seguida arrojara a su pariente a la calle. «¿Por qué?», dijo ella. Yo le oculté los motivos, ella lo defendió con tenacidad y el pariente siguió en la casa. A partir de entonces los celos, unos celos ciegos y furiosos, se enroscaban a mi corazón. Una noche me preguntó ella: «Agustín, ¿estás triste?». Y sus labios me besaron largamente como si quisieran absorber toda la tristeza que henchía mi alma. En aquel instante sentí, no sé por qué, una rabia salvaje. Para no arrojarme sobre Elvira tuve que hacer un esfuerzo supremo de la voluntad. Pensaba: Acaso estos labios no me besan a mí solo; acaso estos ojos azules me traicionan. Y mientras pensaba estas cosas, ella se separó de mí y se fue al lecho. Poco después acudí a la alcoba. Elvira dormía ya, mal guardado el seno, al aire la blanca garganta y esparcida la cabellera sobre la almohada. Sus labios, aun en sueños, seguían besando... Entonces, señor mío, oí una voz seca, como el roce de una lima, que ganía a mi lado: «¿A quién besan? ¿A él?». Y no pude contenerme. Mis manos se engarfiaron a su garganta. Apreté, apreté convulsivamente... ¡Ah! Cuando la solté, ya podía saltarla tranquilo: Elvira estaba muerta... La justicia, esta feble justicia que permite a veces no ya que doblen su vara, sino hasta que se la doblen sobre las costillas, me encontró al día siguiente tranquilo y satisfecho. Me llevaron a la cárcel. ¿Qué me importaba? El

LA CIGARRA

Hoy que mis bellos años de juventud se alejan y es como un pavoroso problema el porvenir, siento que en lo más hondo de mi interior se quejan las locas esperanzas que no pueden vivir.

El verano es ya lejos y el invierno está encima, ¡oh, mi amiga cigarra, no supimos guardar!
Yo he pasado mis horas componiendo una rima;
tú, en las ramas de un árbol, te pusiste a cantar.

¿Quién pensó en el mañana? Suspiraba la brisa
y el amor en los labios era dulce sonrisa...
y era el sol oro vivo y esmeralda era el mar...

Y por ser como fuimos, sólo dos soñadoras,
por vivir el presente, por no ser previsoras,
tú no tienes abrigo, ¡yo no tengo ni hogar!

ROSARIO SANORES.

mundo no es más que una cárcel, un poco mayor, pero una cárcel. Me interrogó el juez. «Si resucitara, le dije, la volvería a matar». El juez se quedó absorto, la gente patidifusa, el pueblo, según supe luego, pasmado. Y tornó el juez a preguntarme: «¿Por qué la mató usted?». Manifesté por qué la había matado. «¿Es posible?», se dijo todo el mundo. ¿Como si la maldad fuera un prodigio increíble!... Pero el proceso siguió su curso ordinario y hubo un día, triste entre todos los días, en que yo, yo que la había matado, adquirí la convicción de que ella era inocente. Entonces, señor mío, me mesé los cabellos, me arañé el rostro y pedí que me mataran por caridad. De regreso a mi celda llamé a la muerte a gritos, sin cesar, durante horas enteras. La muerte, señor, no vino; pero a cosa de media noche, cuando el cansancio, riéndome, me había obligado a tenderme vestido sobre el catre, vi o, mejor dicho, sentí que algo rondaba a mi alrededor, y de pronto unos labios helados se posaron fuertemente sobre los míos y me besaron hambrientos con un beso inacabable como el de aquella noche fatal. Era ella, señor mío, era ella que, aun después de haber muerto a mis manos, acudía a darme un testimonio de amor; eran sus labios, aunque fríos, eran sus mismos labios. Mi boca se sabía el contorno de la suya. Extenuido de espanto grité: «Elvira, Elvira, mátame...». Ella no me mató. Sus labios eran los mismos, pero sus oídos no, puesto que se resistían a mi súplica. Desde entonces, Elvira comenzó a perseguirme con sus besos. A lo mejor veo que una vagorosa neblina—su espectro—se alza junto a mí y en seguida la boca helada se pega ansiosa a la mía. ¡Qué horror! ¡Sentir que nos aman nuestras propias víctimas!... La gente, en tanto, dió en la flor de que yo estaba loco. ¡Cualquier cosa! ¡Qué sabe nadie de los misterios de las almas? Es que Elvira me ama todavía y yo me siento indigno de este amor y de mí mismo; es que con cada uno de sus besos me incita a arrancarme la imaginación que pudo verla culpable, el corazón que pudo dudar del suyo, los ojos que la miraron de mala fe y las manos, estas horribles manos, que aun conservan el sudor de su garganta palpitante... Y yo no me puedo

CAMPAÑAS DE LA MUJER MODERNA

Por GEORGE BERNARD SHAW

Al fin estoy empezando a creer en serio, que la mujer va a conseguir regenerar el mundo.

El tipo de mujer moderna lo tenemos en varios ejemplos de escritoras, poetisas y dramaturgas que en una u otra forma nos vienen presentando desde hace tiempo el problema de la liberación del Gran Prejuicio de diferenciación de las patrones morales que rigen a la mujer y al hombre.

Hace ya muchos años que Mrs. Charlotte Stetson Perkins, la famosa poetisa americana, en versos incisivos y profundos, nos describió como se había encontrado con un prejuicio, y cómo razonó con él, lo ridiculizó, lo satirizó, le destruyó todos sus argumentos, y, finalmente, convencida de que no podía moverlo ni una línea, pasó por encima de él.

A fin de que nos demos cuenta de lo terrible que es una mujer moderna, debemos recordar lo que Mme. Sarah Grand nos da dicho. Oída:

«Aceptado el hecho de que todas las mujeres debemos ir a los hombres intocadas y sin rúchica. Muy bien. Pero, ¿qué vamos a recibir en cambio de nuestra pureza? Si se nos exige que lleguemos al hombre con una «pureza certificada», ellos también deben venir a nosotros en iguales condiciones. Los maridos intactos y puros son tan necesarios como las esposas vírgenes».

Ante esta admonición, no había más que un camino de defensa: el de declarar audaz y paladinamente que las incontenencias de los hombres no son impurezas, apelando al instinto popular y populachero de la virilidad. Pero esto era un golpe para la hipocresía masculina, y las partidarias de Mme. Grand se convirtieron en legión, y ésta sigue aumentando.

El dilema es bien difícil, pues la posición del macho tiene por frágil base la más frágil falta de lógica.

Yo, por mi parte, y en mi calidad de hombre, propongo que se establezca el sistema de mantener dos clases distintas de mujeres: una de pollandria, donde el «libertinaje» (podrá llamarse así?) y otra, la de las mujeres «honrables» y monógamas.

Con este sistema, todos, yo inclusive, podremos saciar nuestros instintos polígamos (¿quién no los tiene?) y luego, dedicarnos a una vida honorable y monógama. Así las mujeres que tienen la urgencia o la inclinación a la monogamia, dentro o fuera del matrimonio, disfrutarán de una cierta HONORABILIDAD garantizada por su clase, y las

otras también podrán encontrar la satisfacción personal de dedicar su vida a un sólo hombre. Soy el primero, desde luego, en reconocer que mi proyecto adolece del mismo defecto del existente, esto es, que está minado de la misma disparidad deprimente para las mujeres monógamas. Porque si éstas llegan puras al matrimonio, lo justo sería también que los maridos fueran a la unión en igualdad de circunstancias, amén de que continúen a lo largo de toda la vida conyugal, manteniendo el mismo status de pureza.

Pero de la misma manera reconozco que, si se trata de establecer una igualdad a ultranza, ya sea de completa amoralidad o de completa moralidad, será necesario deshacer todo el sistema social existente, desmoronar toda s

(Continúa en la página 35)





La mesa es el supremo orgullo de la mujer refinada. Las porcelanas, la cristalería, los cubiertos, y el damasco prodigado en los manteles, reclaman constantemente una atención especial. De nada vale que nuestra vajilla sea exquisita si desentonan con nuestros cristales. Y es inútil que la lencería, amontonada en los armarios, sea un prodigio, si está en desacuerdo con los cubiertos. Lo indispensable es la armonía, la concordancia, el conjunto acertado.

Casi siempre los desastres decorativos en nuestra mesa dimanaban del regalo de boda. ¡Horror de los regalos impuestos! O también de una sucesión de compras realizadas sin que intervengan en ello la reflexión de una mujer inteligente.

Recordemos lo poco estético que resulta el espectáculo de una señora, admirablemente calzada con un traje de pacotilla, y vice-versa. Y apliquemos la observación a nuestra mesa, destinada a matizar de espiritualidades el acto prosaico del diario yantar.

El bolsillo, es decir, el presupuesto de cada una dará la norma—triste es decirlo—para la calidad de los elementos que van a cooperar en el asunto de arreglar con elegancia una mesa. Pero, lo que no puede improvisar el bolsillo, es el gusto, y de nada servirá disponer de una suma considerable si en el momento de distribuirlo nos falta lo principal.

Ha desaparecido de nuestras mesas aquella blancura de cal, desolada como un lienzo inédito, que ponía en las comidas humildes toda su triste fealdad de artículo barato. Hay cristalería coloreada a infimos precios, y hasta lo loza más modesta, ostenta ahora una florecilla o un borde de color violento que interrumpe con alegría la monótona uniformidad.

Hemos asistido, hace pocas noches, a una comida. Cierta amiguita nuestra, acabada de casar, nos invitó con regocijo. Perdido en una calle, a la sombra de una enredadera, encontramos el nuevo "home". Una lucecita verde señalaba el centro del portal, arreglado con mimbres baratos. Dos butacas, dos sillones y una mesita redonda. Sobre la mesa, en armoniosa vecindad con la lamparilla, dos revistas, un cenicero y un libro a medio leer. Un aroma de flores envolvía el conjunto.

Después de una charla breve en la que la felicidad de los flamantes esposos se deshizo, más de una vez, en so-

Decoración

noras carcajadas, pasamos al comedor. A media luz, el parpadeo de cuatro velas, ponía en el ambiente una evocación. Los candelabros eran de cristal color de ámbar, y constituían, a nuestro juicio, el verdadero lujo del "setting". Pero, no desentonaban las copas, como lirios amarillos irguiéndose arrogantes sobre un tallo de gentileza inaudita. Y, sin embargo, nosotras, que habíamos acompañado a la novia en busca de los cristales, sabíamos bien de la humildad de su precio.

La bajilla también hablaba alto de la distinción de nuestra anfitriona. Era de semiporcelana, de un tono más bajo que el amarillo de las copas, y todo su encanto dimanaba precisamente del color. En mitad del mantel—de rolán amarillito calado en "gills tiré" por su propia dueña, había un plato de cristal, semejante a los dos candeleros. Estaba bordeado de florecitas muy menudas y blancas, que aprisionaban la gracia de una figurilla de cristal esmerilado que fingía una divina desnudez de mujer.

El colorido palidecía la tez morena de la recién casada, enmarcada por la negrura intensa del cabello partido en bandos.

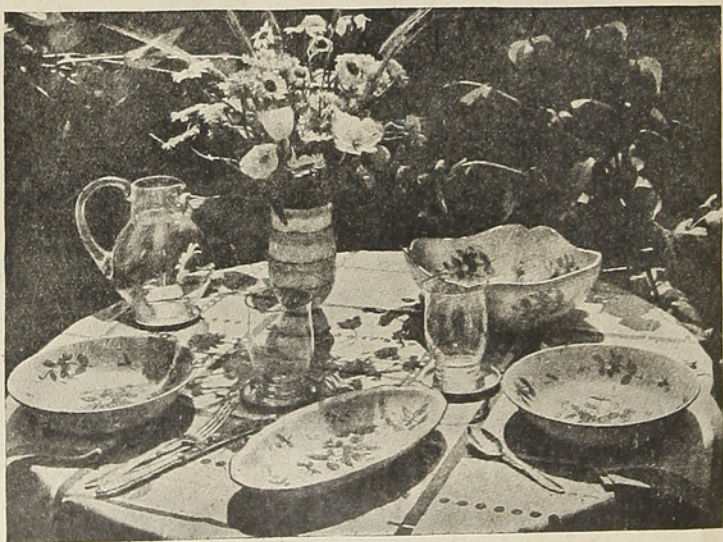
En tanto, nos señalaban los puestos, observábamos complacidos. Nuestra teoría de la concordancia, llevada a la práctica, nos llenaba de dicha. ¡Cómo relucían, plenos de belleza, los más infimos detalles! Y todo por la preocupación de las cosas bonitas.

Durante la comida, el sentido decorativo de nuestra amiga, se nos manifestó de diversas maneras. La fuente del pescado, un pargo grande, parecía un jardín en miniatura. Sobre el césped, verdura de berros, se destacaban como flores de ensueño, los rabanitos, las rodajas de zanahoria, los fragmentos de calabaza, las papitas redondas y las bolillas de un verde más tierno de los "petit pois". Aquello trascendía a algo más que a una cocinera de sueldo escaso.

Sonreímos encantadas, más por el placer de los ojos que por nuestro apetito, que ya presentía el festín.

El mismo espíritu—refinado, discreto, fino—presidió todo aquel ágape afectuoso, casi familiar.

Al dejar aquella casa, las ganas de escribir nuestra impresión, empezaron a hacernos cosquillas.



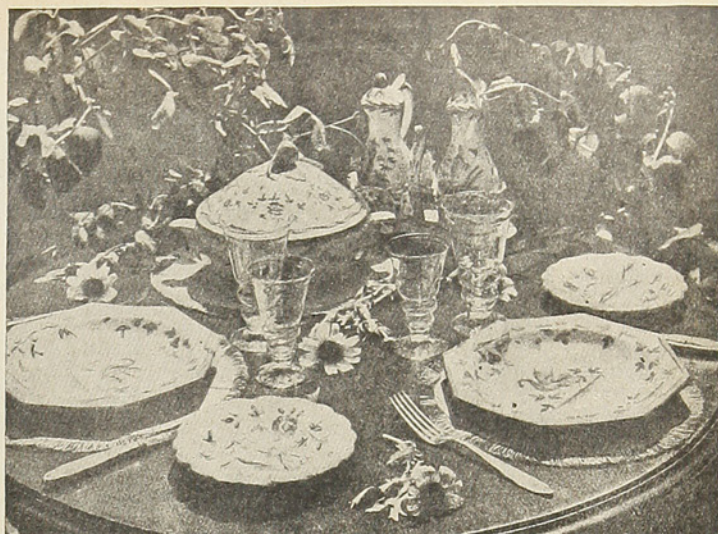
de la mesa

En los límites de este trabajo no cabe toda la verdad. Ni nuestra pluma sabría expresarla. No importa. Hemos dicho algo, y estamos seguras que nuestras lectoras lo agradecerán. Lástima no revelar el nombre de la querida anfitriona, así nos lo exige su modestia. Estamos seguros que dependería de ese nombre el mayor interés del artículo.

(Continuación de la página 35)

AMPARAS DE LA MUJER MODERNA

nuestras costumbres y pasar por encima de todos nuestros prejuicios. Sería necesario destruir nuestra civilización para construir sobre sus ruinas otra nueva. Los rusos tratan de hacer en la actualidad, pero el llo en que se han metido es tal, que casi empezamos a desanimarnos. En estos consideramos debemos cuidarnos de no disgustar a la mujer, pues toda la casta de macho, desde la cuna hasta la muerte, depende. (reconozcámoslo!) de la hembra de la especie, como un niño depende de su nodriza.



Teniendo en cuenta, esto es, que he llegado al convencimiento de que la mujer va a terminar por regenerar al mundo, pues no es verdad que ella sea políandrica por naturaleza. Y como su fuerza es la mayor, el hom-

bre es el que va a dejar de ser polígamo en un futuro inminente cercano. Para entonces, afortunadamente, yo ya habré dejado de transitar por el territorio de nuestro mapamundi.

LA TRISTEZA DE ENVEJECER

Alejandro Vallejo ha escrito una mañana voluptuosa, arrebujo en sus mantas, entre sus libros, con la ventana abierta y el corazón abierto, la alegría de envejecer.

Cálido rumor de juventud debía venirle de fuera y reventarle del espíritu para que a pesar de los saliera extraña, reconditamente nostálgica, esta divagación pensativa hecha en la mañana, con los estimulantes negativos del ensueño y el sol.

Yo elogio y bendigo los años móviles y amo su locura, en cuyos periodos vehementes hemos abierto a la tierra y al cielo nuestra delicia y nuestra ansia como una sola boca voraz.

Canto la intensidad, el movimiento, la tierra abierta, las mujeres y las distancias.

Gusto la delicia de marchar a la ven-

tura, con tiempo bueno y planta firme, abiertos los sentidos y lubricados como un mecanismo nuevo, a lo largo de los senderos llenos de posibilidades, de cuyos imprevistos rincones salen al oído fino y al ojo seguro los cascabeles incitantes de la tentación.

Amo la complicidad sentimental y la tristeza dulce de haber tenido penas cordiales.

Ensueño perenne, siempre vivo y consagrado en olor de juventud, nuestro ensueño divaga entre los matices, los colores y las escalas como en un mundo divino de menudas criaturas sublimes que surgieron de la tierra o bajaron del paraíso para mirarnos y acariciarnos mantener lustroso el metal precario de los años fuertes.

Dios haga llevadera nuestra carga de recuerdos y asista nuestra bancarrota el día aquel en que las tentaciones y los delitos que iluminan y condimentan las horas actuales las abandonan para siempre.

Las cosas frívolas y alucinantes que a los veinte años nos cautivan y luego resultan ya desahridas e inútiles; aquellas otras que más tarde conquistamos para desquitarnos de los veneros perdidos y a su turno parecerán luego intrascendentes y menguadas. Todo eso en que nos encantamos para fastidiarnos después, serán rutas perdidas, caminos sellados por donde ya no habremos de correr más y por donde veremos con desdén a quienes aún lleven desplegados los airones y afanadas las plantas.

Un día vendrán el solecito en la terraza o en el alero; la manta sobre las piernas atáxicas... Acaso disfrutaremos entonces una consoladora transparencia de alma y nos posea una última paz de renunciaciones.

Pero otra vez hablaremos en un corro de mocedad:

—Hace muchos años... Las mujeres

de aquella época usan ya calzado de resorte y medias de lana...

Entonces acaso comprendamos que la presentida alegría de envejecer puede ser la simple emoción intelectual de una vaga hora de juventud.

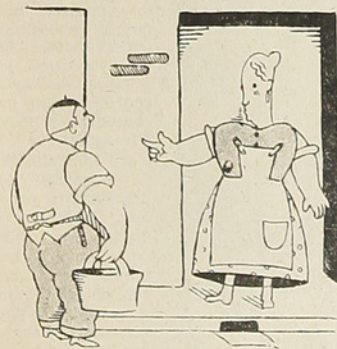
ADEL LOPEZ GOMEZ.

MODERNISMO



—Ya no te veo con aquel chico con quien ibas antes a todas partes.

—Es que me he casado con él



—Oiga, carnícero: ¿han encargado hoy carne los vecinos de al lado? Me falta una gallina.

EL CUIDADO

La mano, órgano del tacto y de la presión, es el infatigable coadjutor de la lengua y el delegado especial del pensamiento humano. Siempre y en todas partes, sea la que quiera la profesión, en plena salud o durante las enfermedades, la mano ejecuta servilmente las impresiones sentidas por el individuo y contribuye a la manifestación de sus sentimientos. En sus múltiples maneras de ser, ella es el incomparable instrumento del trabajo diario y la

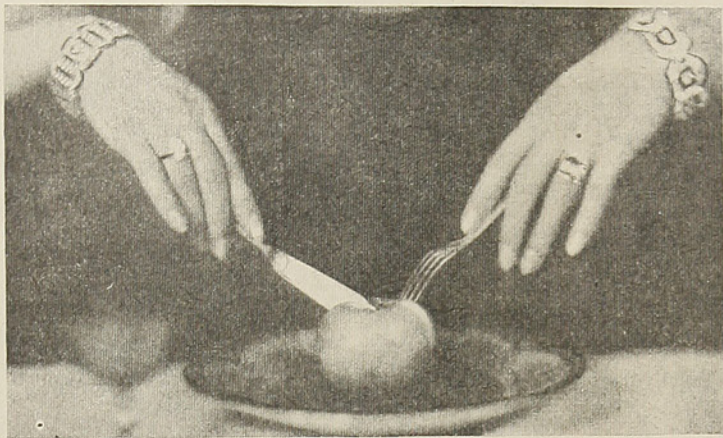
impeccable intérprete de las pasiones. La mano va y viene, tendida o recelosa, amenaza o se levanta bendiciendo, y puede suplicar o contraerse, a medida que exprese la lealtad o la traición, el odio o el olvido de las ofensas, el arrepentimiento o el furor. Abierta, ha servido de paráfrasis para una actitud política y de emblema social para la solidaridad humana. La elocuencia de la mano es por demás significativa, y hasta cuando descansa inerte en un bolsillo, expresa placida indolencia o tranquila despreocupación. También es un auxiliar poderoso de la amistad y del amor, y un furtivo roce de falanges no es menos expresivo que un cordial apretón de manos.

La mano del hombre es la materializada prolongación de su pensamiento. Recuerdo que el catedrático de filosofía del Instituto, todo un sabio fino como el ámbar, nos decía a los alumnos que entre los seres vivos existían dos maravillas: el ojo del águila y la mano del hombre.

En aquel momento, sus pobres ojos, aquejados de crónica miopía, no recordaban en nada a los del águila, pero su fina y expresiva mano de aristócrata, al adelantarse medio abierta y con el índice señalando al cielo, representaba de un modo luminoso una especie de majestad humana.

En el trabajo es sobre todo donde la mano resulta admirable por su flexible habilidad. El antebrazo puede llamarse su mango y está separado de él por esa maravillosa bisagra que se conoce con el nombre de puño. Al calificarlo de bisagra reconozco mi falta de

respeto hacia el arte mecánico que ha presidido a la colocación de todos esos huesillos, que reunidos permiten un admirable juego de movimientos en todas direcciones. El pulgar y los otros cuatro apéndices de desigual tamaño, llamados dedos, constituyen, junto con la delicadeza del tacto, los cuarteles de nobleza de la mano y estos elogios podrían aumentar, si siguiéramos con la vista los ademanes del



llo de las venas de su dorso, al decir de algunos atestiguan los trabajos y penalidades de la vida.

Muchos pensadores de reconocida seriedad se han obstinado en ver en la mano una especie de apéndice del pensamiento, hasta el punto de considerar sus líneas y relieves como reveladores del carácter según la quironomía o como base del arte adivinatorio llamado quiromancia. Si en la primera cabe alguna verdad por apoyarse en estigmas ancestrales o hereditarios, que pueden servir de punto de partida para determinar algunas fases del carácter o temperamento, la segunda, con sus líneas de vida, de cabeza, etc., y los promontorios de Venus, Apolo y la Luna, no puede ser aceptable más que para los espíritus excesivamente cándidos. En nuestros días nadie hace caso de tal arte, apesar de su antiquísimo origen, que se remonta a los oscuros tiempos de la India antigua y de los faraones.

Fijemos por un instante la atención en la palma de la mano derecha. El crimen se multiplica en nuestra época de una manera progresiva. El cine puede considerarse como doctor maestro en tales materias. Numerosos órganos de la prensa dedican su primera plana a celebrar el ingenioso trabajo y los altos hechos de ladrones y asesinos. Todo esto ha obligado a que los magistrados y los sabios que prestan su concurso a la administración de la justicia hayan tenido que perfeccionar los procedimientos para la investigación y la identificación de los criminales. La punta de un dedo se presta

cantante Mazol cuando frasea la romanza "Las manos de las mujeres".

Todos los movimientos de la mano pueden ser tan variados y expresivos, que estirando ligeramente la sutil definición de Bergson se puede decir de ella "que es un pensamiento que no piensa, colgante de un pensamiento que piensa". Está dotada de uñas rosadas y brillantes, pero que arañan como las de los gatos; tiene pliegues y arrugas como el rostro humano, y el desarrollo

de un dedo se presta admirablemente a revelar una identidad, pues, según los cálculos de uno de nuestros más famosos sabios contemporáneos, "sería necesario un número de siglos representado por cuarenta y nueve cifras para que hubiera probabilidad de encontrar dos impresiones iguales". La impresión digital, por medio de la tinta de imprenta, da la imagen de los dibujos y curvas de la piel.

El doctor Locard, cuyo renombre es mundial, ha inven-



DE LAS MANOS

tado recientemente la porocopia, que considera los poros del sudor de la mano, desde el punto de vista de su forma, su situación, sus dimensiones y número. Ni el raspado de la piel, ni aun la quemadura, pueden modificar los poros.

Pero ¡basta!... Ya llevo embozzada cerca de una mano... de papel sin haber hablado de la mano en invierno, tema del presente artículo. El frío es muy perjudicial para la belleza de las manos. Aconsejo a mis lectoras que hagan lo posible por conservar las manos calientes, pero sin recurrir para esto a acercarse al fuego, que ocasiona casi siempre accidentes más lamentables que las del mismo frío.

El gran peligro consiste en la sensación del frío seguida inmediatamente por la del calor. Estos rápidos contrastes perjudican siempre la piel. Para evitarlos conviene ponerse guantes forrados para salir, cuando aprieta el frío, y si en las habitaciones la temperatura es baja, hágase algún ejercicio con las manos que desarrolle el calor en ellas.

Nada fortalece tanto las manos, emblanqueciéndolas al mismo tiempo, como el frotárselas todas las mañanas con vinagre, después de terminado el matinal aseo.

Contra la aspereza de la piel y las grietas causadas por el frío, recomiendo la siguiente mezcla, para friccionárselas mañana y noche:

Agua de rosas	150 gramos
Glicerina	30 "
Tanino	1 "
Bórax	2 "

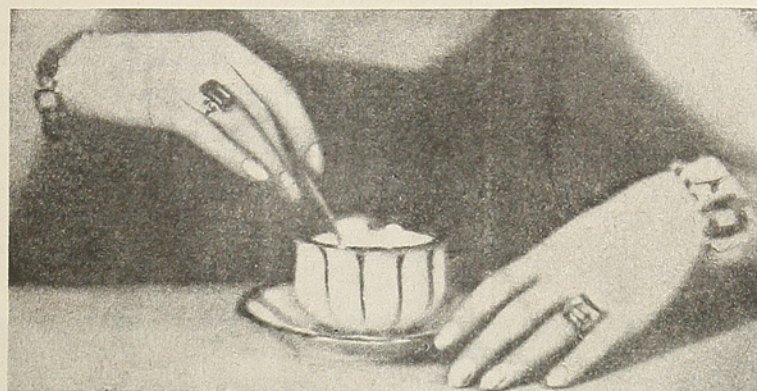
También presta muy buenos servicios la siguiente pasta suavizante:

Almendras dulces y amargas, peladas y molidas, 125 gramos; Zumo de limón, 30 gramos; Leche, 15 gramos; Aceite de almendras dulces, 45 gramos; Alcohol, 90 gramos.

La costumbre de frotarse las manos con polvos de salvado o de talco antes de acostarse preserva a aquellas de los desastrosos efectos del frío.

Los sabañones constituyen una verdadera preocupación para mucha gente.

Esta molestísima afección de-



forma las manos y hasta llega a producir violentos dolores. Los que sean propensos a ella deberán hacer mucho ejercicio en invierno, como largos paseos o practicar algún deporte. Para los linfáticos está muy indicado, además de una alimentación sana y escogida, algún buen reconstituyente, como, por ejemplo, aceite de hígado de bacalao, o los preparados a base de hierro y arsénico. Cuando se inician los sabañones, la experiencia me ha enseñado que el mejor tratamiento para hacerlos abortar es un baño local con cocimiento de hojas de nogal, añadiendo al líquido un cucharada de mostaza en polvo.

Si el sabañón está ya formado; pintese mañana y noche con una mezcla de 30 gramos de tintura de yodo y 10 gramos de extracto de ratania.

También se obtienen buenos resultados contra los sabañones que no estén ulcerados con la siguiente pomada, que se aplicará dos veces al día, cubriendo la parte untada con algodón en rama:

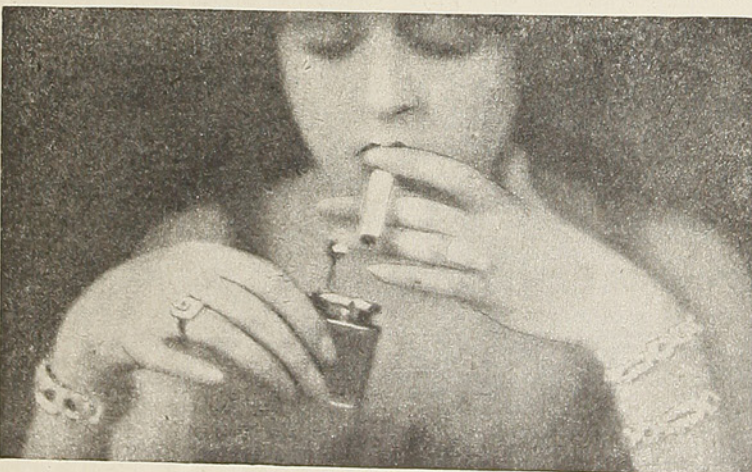
Vaselina alcanforada, 45 gramos; Solución yodotánica, 10 gramos; Tintura de opio, 5 gramos.

Y también he combatido esta afección con un buen éxito mediante el siguiente ungüento:

Almidón glicerolado, 45 gramos; Salicilato de bismuto, 4 gramos; Acefato de plomo, 2 gramos; Mentol, 1 gramo.

Si la piel llega a ulcerarse es indispensable protegerla, revistiéndola de una capa de la mezcla por partes iguales compuesta de glicerina, gelatina, tanino y óxido de cinc, que en seguida hace bajar la inflamación y calma el picor, haciendo que la piel vuelva gradualmente a su nutrición normal.

Innumerables son las fórmulas que existen para combatir los sabañones, lo que indica lo rebelde que éstos son a los distintos procedimientos, pues la misma abundancia de productos deplora su falta de eficacia.



Mi señor el niño

Por RABIDRANATH TAGORE

Raicharan tenía doce años cuando entró a servir en casa de su amo. Pertenecía a la misma casta que él, y le fue confiado el niño para que lo cuidara. Pasando el tiempo, el niño tuvo que abandonar los brazos de Raicharan para ir a la escuela; de la escuela pasó a la Universidad y de la Universidad a la carrera judicial. Pero siempre, hasta que se casó, Raicharan fue su único servidor.

Vino a la casa un ama, y Raicharan se encontró con dos señores en vez de uno. Y toda su influencia de antes sobre su amo pasó ahora a la nueva ama. Lo que halló su compensación con un nuevo llegado. Anukul tuvo un hijo, y Raicharan, con su mimo constante, logró predominio completo sobre la criatura. Lo echaba al aire en sus brazos, le hablaba en el lenguaje absurdo de los pequeños, ponía su cara contra la del niño, y luego, de pronto, la apartaba, con una risa burda.

El niño supo pronto gatear y pasar el umbral. Si Raicharan iba a cogerlo, le entraba un reír travieso y se escapaba de él. Raicharan estaba asombrado de la habilidad suma y la inteligencia extraordinaria que demostraba el niño cuando él lo perseguía. Y solía decir a su señora, con una mirada recogida y misteriosa. "Tu hijo será juez algún día".

Poco a poco las maravillas se iban sucediendo. Los primeros pasos torpes del niño Raicharan una Raicharan una época en la historia humana. Cuando llamó Papá a su padre, Ma-má a su madre y Chian-na a él, su arrobo no tuvo fin y pregónó la noticia a los cuatro vientos.

Más tarde, Raicharan necesitó aguzar su ingenio de mil maneras. Tenía, por ejemplo, que hacer de caballo, y ponerse las riendas entre los dientes, y dar cabriolas con los pies. O bien hacía como que peleaba con el niño, que era su amo; y si no se las arreglaba, con maña de luchador, para caer de espaldas derrotado al final de la lucha, era seguro que se armaba el gran escándalo.

Por entonces, Anukul fué trasladado a un distrito, orillas del Padma. Al pasar por Calcuta, compró a su hijo un andador, un corpiño de raso amarillo, un gorro bordado de oro y brazaletes y ajorcas, de oro también. Y Raicharan le ponía todo esto a su niño cuando quiera que salían de paseo, con un orgullo ceremonioso.

Vino la época de las lluvias, y día tras día cayó el agua a torrentes. El río, como una serpiente gigantesca, se tragaba insaciable terrenos, aldeas y maíces, ahogando las más altas yerbas y las casuarinas de los arenales. De vez en cuando, un ruido profundo y sordo anunciaba que se habían hundido por alguna parte las márgenes del río. El rugir incesante del agua engrosada se oía desde muy lejos, y las masas de espuma que pasaban veloces, decían a los ojos lo impetuoso de la corriente. Una tarde, aclaró un poco. El cielo estaba nublado, pero fresco y alegre. Y el pequeño despota de Raicharan no se resignaba a estar encerrado con una tarde tan hermosa. Se metió su Señoría en las andaderas, y Raicharan, poniéndose entre las lanzas del tiro, lo fué llevando despacito, hasta los arroyales de la orilla del Padma. Por los campos no había nadie, ni barca alguna en el agua. De la otra parte del río, las nubes estaban rajadas en el ocaso, y el silencioso rito del sol poniente se manifestaba en todo su ardoroso esplendor. En medio de aquella inmensa quietud, el niño, de repente, señaló con un dedo y gritó: "¡Chian-na, pesiosa fo!"

Allí junto, en la marisma, había un gran árbol de Kadamba, todo florido. Mi señor el niño lo miraba con ojos codiciosos, que Raicharan sabía bien lo que estaban queriendo decir. Hacía poco tiempo, él le había hecho con estos mismos racimos de flor un carrito, y esto le dió tal felicidad a la criatura, que se estuvo todo un día arrastrándolo con una cuerda, sin obligar a Raicharan a ponerse un solo instante las bridas, ascendido, en un punto, de caballo a lacayo.

Pero Raicharan no tenía aquella tarde ganas de meterse en el fango hasta las rodillas para coger las flores. Conque, de pronto, señaló en dirección contraria, exclamando: "¡Ay, mira qué pajarito va ahí!" Y con todo género de ruidos extraños, arrastró, rápidamente, las andaderas lejos del árbol.

Un niño llamado a ser juez no puede engañarse tan fácilmente. Además, nada había en realidad en aquel momento que lo distrajera; y la mentira de un pájaro imaginario no puede sostenerse por largo tiempo.

El amito era voluntarioso, y Raicharan no sabía ya qué hacer para disuadirlo. "Bueno", le dijo al fin, "estáte quietecito aquí en el andador, que yo voy a cogerle esas flores tan preciosas. Pero ten cuidado ¿eh? no te vayas a acercar al agua".

Y diciendo esto, se desnudó las piernas y se metió por el fangal brillante, camino del árbol.

En el mismo instante en que Raicharan se fué, su amito salió a todo correr hacia el agua prohibida. El niño contempló el río, que corría presuroso, con fragor y espuma. Parecía como si las onditas desobedientes fueran huyendo también de algún Raicharan más grande, con la risa de mil niños; y ante el espectáculo de su travesura, el corazón del niño humano se puso inquieto y ansioso. Se bajó cautelosamente de las andaderas, y se fué con torpe andar hacia el río. Ya en la orilla, se inclinaba, y con un palito que había cogido, jugaba a pescar. Las traviesas hadas del río parecían invitarle con sus voces misteriosas a que entrara en su casa de juguetes.

Raicharan, con un manojo de flores en su delantal, volvía, todo sonriente. Llegó a las andaderas y no vio al niño. Miró a todas partes. Todo estaba desierto. Volvió a mirar a las andaderas. Nada.

En aquel primer momento terrible, la sangre se le heló en las venas. El mundo todo giraba ante sus ojos como una niebla oscura. De lo más hondo de su corazón

partido, llamó lastimero: "¡Amo! ¡Amo! ¡Amo!" Ninguna voz le contestó: "Chian-na". Ningún niño se rió tras él, travieso. Ningún grito de infantil alegría le acogió a su maña. Sólo el río seguía corriendo, ruidoso y dilatado, como antes, como si no supiese nada, ni tuviera tiempo de reparar en un acontecimiento humano tan insignificante como la muerte de un niño.

Anochecía, y el ama de Raicharan estaba desasosegada. Mandó hombres que buscaran por todas partes. Iban con linternas y llegaron a las mismas orillas del Padma. Allí encontraron a Raicharan, corriendo enloquecido por los campos, como un vendaval y gritando desesperadamente: "¡Amo! ¡Amo! ¡Amo!"

Cuando al fin pudieron traerlo a casa, cayó prostornado a los pies de su señora. Lo sacudían, preguntándole ansiosos dónde había dejado al niño, pero lo único que dijo fué que no sabía nada.

Aunque todos pensaban que el Padma se habría llevado al niño, una duda quedaba rondando en los pensamientos. Aquella tarde había sido vista por los alrededores de la aldea una cuadrilla de gitanos, y se sospechó de ellos. La madre llegó, en la locura de su dolor, a creer que el mismo Raicharan hubiese secuestrado al niño. Lo llamó aparte, y con súplica desgarradora le decía: "Raicharan, ¡dame a mi niño! ¡Devuélveme a mi niño! ¡Yo te daré todo el dinero que tú quieras, pero devuélveme a mi niño!"

Raicharan, por toda respuesta, se daba golpes en la frente. Su ama lo echó de la casa.

Anukul intentaba convencerla de que su sospecha era completamente injusta. "¿Qué en el mundo", dijo, "iba a hacerle cometer un crimen semejante?"

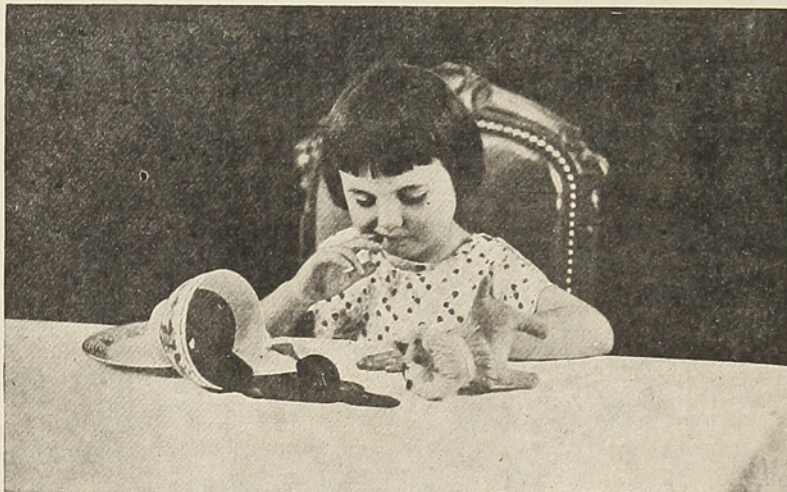
La madre no hacía más que decir: "¿Quién sabe? ¡Como el niño llevaba joyas de oro!"

Y no era posible hacerla razonar.

II

Raicharan volvió a su aldea. Hasta entonces no había tenido hijos, y no le quedaba esperanza de tenerlos. Pero sucedió que antes de un año, su mujer dió a luz un niño, y murió.

Un sentimiento avasallador crecía en el corazón de Raicharan ante el niño nuevo. Allí, en el fondo de su pensamiento, una amar-gada sospecha le decía que este niño había venido a usurpar el lu-



gar del Amto. Pensaba también que sería grave ofensa ser feliz con un hijo propio, después de lo ocurrido con el hijo de su amo. Si no hubiera sido por una hermana suya viuda que acogió como una madre al recién nacido, no hubiera éste vivido mucho tiempo.

Pero poco a poco fue cambiando Raicharan de pensamiento. Ocurrió una cosa maravillosa. El niño nuevo empezó también a gatear de un lado a otro y a pasar el umbral, con cara traviesa. También demostró una inventiva regocijadora escondiéndose en sitios seguros. Su voz, sus dejos de risa y llanto, sus gestos todos eran iguales a los del Amto. A veces, cuando Raicharan lo oía llorar, el corazón le empezaba de pronto a golpear loco contra sus costillas; y le parecía que su Amto antiguo estaba llorando en alguna parte de la tierra ignorada de la muerte, porque se había quedado sin su Chan-na.

Phalina, que este era el nombre que la hermana de Raicharan dio al recién nacido, comenzó pronto a hablar, y aprendió a decir Pa-pá y Ma-má con voz torpe. Cuando Raicharan oyó estas palabras familiares, el misterio se le aclaró repentinamente. Su Amto no había podido librarse del hechizo de su Chan-na y renacía en su propia casa.

Las razones que Raicharan se daba en favor de esta idea eran concluyentes. Primero: el niño nuevo nació poco después de la muerte de su Amto. Segundo: su mujer no era posible que hubiese contraído méritos suficientes para dar a luz un hijo en una edad ya marchita. Tercero: el niño nuevo andaba torpemente y gritaba Pa-pá y Ma-má. ¿Qué otra señal faltaba para indicar que era el futuro juez?

Entonces Raicharan recordó de repente la terrible acusación de la madre: “¡Si, se dijo alomito, “a la madre no le engañaba su corazón. Ella sabía bien que yo había robado al niño”. Al llegar a este extremo, le entró un gran remordimiento por su pasada negligencia, y desde entonces, se entregó en cuerpo y alma al recién nacido, convirtiéndose en su abnegado servidor. Comenzó a criarlo como si fuese hijo de rico; le compró unas andaderas, un corpiño de raso amarillo y un gorro bordado en oro; fundió las alhajas de oro de su mujer muerta y le hizo brazaletes y ajorcas de oro; no dejaba que el niño jugara con los otros chiquillos, y era, día y noche, su único compañero. Cuando el niño fue muchacho, estaba tan echado a perder, tan mimoso, y se vestía con tales primores, que los chicos de la aldea le llamaban “El Señorito” y se burlaban de él. La gente mayor pensaba que Raicharan estaba loco perdido por el niño.

Por fin, llegó el momento de que el niño fuese a la escuela. Raicharan vendió una tierrecilla que tenía, y se fue a Calcuta. Allí, después de mucho buscar, consiguió trabajo y puso a Phalina en la escuela. No perdonaba sacrificio para darle la más esmerada educación, la mejor ropa y la mejor comida. El se conformaba con un poquillo de arroz, y se decía: “Amo, Amto mío, como me quieras tanto, volvíste a mi casa, ¿verdad? ¡Nada te faltará, que yo tenga la culpa!”

Pasaron doce años. El muchacho sabía ya leer y escribir perfectamente. Era alegre, sanote y bien parecido. Se extremaba en su persona y tenía un cuidado especial al hacerse la raya. Le gustaba derrochar y tener trajes caros; y podía gastar el dinero. No se acostumbraba a mirar a Raicharan del todo como padre, pues aunque su cariño era paternal, tenía modales de criado. Raicharan también pecaba con ocultar a todo el mundo que él era el padre del niño.

Los estudiantes de la posada donde Phalina era huésped, se divertían de lo lindo de las maneras rudas de Raicharan; y hay que confesar que Phalina, a espaldas de su padre, se les unía en las bromas. Pero en el fondo, todos querían a aquel viejo cándido y dulce, y Phalina también, aunque, como he dicho antes, él lo quería con cierta condescendencia.

Raicharan envejecía, y cada vez le encontraban más faltas a su trabajo. Se había estado matando de hambre por amor a su niño, y esto lo debilitó tanto, que no podía cumplir con su obligación. Las cosas se le olvidaban. Estaba cada vez más torpe y más lelo. Y en donde ganaba, querían de él trabajo cumplido y no se ablandaban con excusas. El dinero que Raicharan trajo de la venta de la tierra, se le había acabado. Y el muchacho regañaba constantemente por ropa y dinero.

III

Raicharan se determinó. Dejó su empleo, le dio algún dinero a Phalina y le dijo: “Tengo que hacer en mi casa de la aldea. Volveré pronto”.

Y se fue a Baraset, donde Anukul estaba de juez. La mujer de Anukul, seguía aún abatida por el dolor, y no había vuelto a tener hijos.

Anukul descansaba, una tarde, de un largo y fatigoso día de tribunal. Su mujer estaba comprando a un mendigo curandero una yerba carísima, que él aseguraba que tenía la virtud de dar hijos. Alguien saludó en el patio, y Anukul salió a ver quién era. Era Raicharan. El corazón de Anukul se ablandó viendo a su viejo criado; le hizo muchas preguntas y le dijo que se quedara de nuevo a su servicio.

Raicharan sonrió levemente y contestó: “Querría saludar a mi señora”.

Entró Anukul en la casa con Raicharan, a quien la señora no acogió tan cordialmente como su antiguo amo. Pero Raicharan no se molestó por ello, y juntando las manos dijo: “¡No fué el Padma quien robó a tu hijo, sino yo!”

Anukul se ablandó viendo a su viejo, ¿qué estás diciendo? ¿Dónde está el niño?”

Raicharan dijo: “Está conmigo. Lo traeré pasado mañana”.

Era domingo aquel día y no había juzgado. Marido y mujer se pusieron impacientes, en el camino, desde muy de mañana, esperando a Raicharan. A las diez llegó Raicharan con Phalina de la mano.

La mujer de Anukul sentó al niño en la falda, y sin preguntar nada, reía y lloraba tocándolo, llena de emoción; y lo besaba en el pelo y en la frente, comiéndoselo con los ojos. El muchacho era muy guapo y estaba vestido como el hijo de un caballero. Y el corazón de Anukul se desbordó en una explosión súbita de cariño.

Sin embargo, el juez le preguntó a Raicharan: “¿Y qué pruebas tienes para decir lo que dices?”

Dijo Raicharan: “¿Qué más pruebas quieres? ¡Dios sabe que yo robé a tu hijo y sólo Dios!”

Viendo el ansia con que su mujer abrazaba al muchacho, Anukul comprendió la inutilidad de las pruebas. ¡Cuánto más valía creer! Y la verdad era que, ¿de dónde iba a sacar el viejo Raicharan un muchacho como aquel? ¿Y para qué iba su fiel criado a engañarle?

Pero añadió severamente: “Raicharan, tú no puedes quedarte aquí”.

“¿Y a dónde voy yo ya, amo?”, dijo Raicharan ahogándose, suplicando con las manos. “¿Quién me va a querer ya tan viejo?”

La mujer dijo: “Déjalo que se quede. El niño estará contento y yo lo perdono”.

Pero la conciencia profesional de Anukul no lo permitía. “No”, dijo, “no puede ser perdonado”.

Raicharan se echó al suelo y se abrazó a los pies de Anukul. “¡Amo”, gritó, “déjame que me quede, que no fui yo quien lo hizo, sino Dios!”

Esto nubló más el entendimiento de Anukul. ¡Echar la culpa a Dios!

“¡No”, repitió, “no puedo permitirlo! ¡Ya no podría tener confianza en ti! ¡Tú has cometido una traición!”

Raicharan se levantó y dijo: “No fui yo”.

“¿Pues quién fue entonces?”, preguntó Anukul.

Replicó Raicharan: “Mi destino”.

Pero un hombre de carrera no podía aceptar tal excusa, y Anukul no cedía.

Cuando Phalina vio que era hijo de un juez rico y no de Raicharan, se enfadó, al principio, pensando en el tiempo que había estado despojado de su patrimonio; pero viendo la amargura de Raicharan, dijo generosamente a su padre: “Padre, perdónalo. Si no quieres, que no se quede con nosotros; pero pásale alguna cosilla para que viva”.

Oyendo esto, Raicharan no replicó ya. Miró, por última vez, la cara de su hijo, y saludó reverentemente a sus antiguos amos. Luego salió, y se perdió entre la muchedumbre innumerable del mundo.

A fin de mes, Anukul le mandó algún dinero a la aldea. Pero el dinero vino devuelto. No había nadie allí que se llamara Raicharan.



Confianza, o Experiencias de Mujer

Soy hija única y, por lo tanto, criada con un cúmulo de mimos y atenciones que contribuyeron en mi juventud a formarme un carácter voluntarioso y rebelde, que estallaba a la menor contrariedad. Sin embargo, en el fondo siempre fui buena, y quise a mis padres como la hija que más puede quererlos. Estos, como ya he dicho, se afanaban en cuidarme y en buscarme distracciones, y más desde que, a los diecinueve años, padecí una crisis nerviosa que me dejó extenuada y triste. Los médicos recomendaron a mis padres que me sacaran de aquella perjudicial vida de atenciones y que procuraran buscarme amigas, relaciones, trato de gentes, que fueran distrayendo mi imaginación exaltada y enferma.

No he de decir que mamá se apresuró a sacarme de paseo diariamente y a llevarme a bailes y fiestas, donde me fui creando amistades y donde pasaba, ya restablecida, deliciosos ratos.

En una de estas fiestas me fue presentado un muchacho que cautivó mi atención en seguida. Educadísimo y muy guapo, había en él cierto aire de melancolía tan especial que lo hacía doblemente interesante.

Las mujeres, cuando queremos una cosa, rara vez dejamos de conseguirla. Así, pues, al poco tiempo había preguntado diestramente a algunos de sus amigos, míos también, por Ricardo, que así se llamaba, y todos, todos coincidieron en sus apreciaciones. Era todo un caballero, correcto, amable, simpático. Hacía poco que había llegado de América, donde, según contó a uno de ellos, habían muerto sus padres, dejándole dueño de un capital suficiente para vivir con holgura.

Y él, que llevaba sangre española en sus venas, decidió venir a la patria, eligiendo para su residencia nuestra ciudad, por la dulzura de su clima. De su vida pasada nada sabían, porque jamás había él una palabra. Este misterio contribuyó más a que se me hiciera simpático aquel muchacho, y como él, a su vez, parecía encantado hablándome, pronto llegamos a vernos diariamente y a charlar como los mejores amigos.

Llegué a tomarle verdadero cariño y a no poder prescindir de verle: en una palabra, éramos novios sin decirnoslo, pero tanto él como yo comprendíamos los sentimientos de nuestras almas. Por fin, un día, dichoso para mí, me dijo:

—Querida Irene, ya sabes que no puedo pasar sin ti. Soy un hombre; nada necesito para vivir si no es tu cariño. Te quiero como sólo saben querer los que se ven solos y sin un afecto, porque mis padres han muerto hace mucho y tú eres mi única ilusión. ¿Por qué no he de hacerte mi mujer?

¿Para qué seguir? Mis padres enterados de que era bueno y más rico de lo que él decía, no pusieron el menor reparo, y a los pocos meses era yo la esposa más adorada y más mimada del mundo. Rara vez se encuentra un matrimonio tan feliz. Yo era una reina y una tirana que lo conseguía todo con sólo una sonrisa de mis labios. Nuestra vida era un paraíso, pero...

Mi marido, locamente aficionado a la numismática, compraba continuamente monedas antiguas, con las que llegó a formar una hermosa colección, que enseñaba con cierto orgullo a sus amigos. Uno de éstos, soltero y joven, que vivía frente a casa, de huésped en un hotel, se aficionó, al parecer, a coleccionar monedas, y raro era el día que dejaba de venir a discutir con Ricardo sobre el mismo tema.

Bien pronto me di cuenta de que no era la colección numismática lo que más interesaba a Carlos, el amigo de mi marido. Y un día pasé por la vergüenza y la indignación de notar que al despedirse ponía un papel en mi mano. Solamente me contuvo, para no desentramar a aquel villano, la presencia de mi marido, que con su carácter celoso sabe Dios lo que hubiera hecho. Cuando se fué, ocultando las lágrimas de rabia, quemé aquel papel infamante, y desde aquel día nunca más salió cuando él vino, con pretexto de la queca o quehacer. Plenamente convencida del poder que yo tenía sobre mi marido, poco a poco le fui distanciando del amigo tan traidor, y ya casi lo había conseguido cuando un acontecimiento inesperado me hizo caer del cielo de mi dicha al mayor de los infortunios.

Una mañana un chico dejó una carta para mí, marchándose sin esperar contestación. Era un anónimo en el que se me avisaba de la extraña conducta de mi marido, que mantenía relaciones con otra mujer.

Un puñal hiriéndome en el pecho me hubiera hecho menos daño que esta cruel revelación. En las horas que siguieron a la lectura del anónimo me di cuenta de lo mucho que quería a mi marido y me consideré la más desgraciada de las mujeres.

Debí esperar a que viniera y, cara a cara, decirle todo, darle el anónimo y pedirle explicaciones. Debí asimismo pensar que su conducta, su solicitud y su cariño eran demasiado espontáneos para ser fingidos. Pero nada de esto pensé, y mi genio se impuso, triunfando la desconfianza. Sin esperar más, abrí el cajón de su despacho y registré sus bolsillos, deseosa de encontrar una prueba de su maldad. En efecto, encontré una fotografía de mujer, pero... ¡qué desilusión! era una jovencita, casi una niña. ¿Cómo podía ser aquello? Además, parecía anticuada, con vestidos muy pasados de moda...

En estas reflexiones entró mi marido, llamándome alegremente. Al ver la fotografía en mis manos, se puso serio como no lo había visto nunca y, arrancándomela de las manos, me dijo:

—¿Quién te manda curiosar lo que no debes? No sabía yo este vicio tuyo. ¿Qué buscas? ¡Dí!

A punto estuve de confesárselo todo, pero mi orgullo herido me detuvo y salí de la habitación sin pronunciar palabra.

Bien pronto vino Ricardo a darme unas explicaciones que yo no merecía, llenándome de caricias. Pero yo, rechazándole, le pregunté:

—¿De quién era ese retrato?

Me pareció que palidecía cuando me contestó:

—Es de una hermana mía, la única que tuve, que murió muy joven en América. Nunca te lo conté porque me entristece su recuerdo.

No lo creí. Era su acento tan inseguro, que se veía claramente que era falso lo que decía.

Así, desde aquel momento no hubo hora feliz en casa. Triste y recelosa yo, preocupado él de verme en aquel estado, pasamos unos días eternos. Al poco tiempo otra carta vino a colmar mi amargura y mi desesperación. Venía firmada esta vez por Carlos, el mal amigo de mi marido. Esto me alivió algo, porque supuse que la anterior y ésta habían sido dictadas por el despecho, pero en ella me decía que fuese a un sitio determinado a las cinco de la tarde y vería con mis propios ojos mi desdicha.

Intenté no ir, pero pude más, como siempre, la desconfianza que anidaba en mi corazón. Aquella mañana, cuando vino mi marido, fingí una amabilidad y un contento que no sentía. El pobre agradeció este cambio de tal manera que se le arrasaron de lágrimas los ojos cuando, al despedirse, me dijo:


—Mujercita mía, me has vuelto a la vida viéndote contenta. Aquel malhumor tuyo fué sin duda alguna crisis nerviosa como la que padeciste de soltera. Pero, gracias a Dios, pasó, y soy feliz viéndote más animada.

En cuanto se fué, incapaz de dominarme, me puse el sombrero y salí a la calle, sin rumbo, a andar, desolada y nerviosa, para hacer tiempo. A las cinco, apostada en un patio, esperé, con mortal angustia, contando los latidos de mi corazón. No habrían pasado diez minutos cuando vi venir a lo lejos a mi marido ¡del brazo de una mujer! No pude esperar a verlos de cerca y, ahogando un grito, corrí alocada a la casa.

Yo que de por sí era propensa a los trastornos nerviosos, con aquel golpe perdí el sentido y la noción de las cosas. Debí de que-

(Continúa en la página 56).





AMOR EN TODA LA LINEA

...
*Esto no necesita
explicación, por-
que habla solo
con harta
elocuencia.*



Actualidades cinematográficas

Bessie Love ha resuelto usar este traje cómodo para el golf: parece un delicioso chico escolar.—En cambio, se presenta como campeona de cricket, con vestido largo, Carlota King, mientras Joan Crawford, se viste como Dios manda para el tennis y Bebe Daniels se prepara para un asalto de esgrima como Claudia Victrix aparece en su yate.



El próximo Concurso de Belleza que se celebrará en breve en París

El público y la Prensa de Europa han recogido con simpatía unánime el Concurso de Belleza inmediato a celebrarse en París. Su organizador — una actividad y un entusiasmo admirables — ha sido Mauricio De Waleffe, el excelente periodista. El fué quien lanzó la moda del pantalón masculino corto. Su concurso de ahora, al que se quiere dar una gran imparcialidad frente a las irregularidades que se han visto en el de Gálveston, está teniendo verdadera resonancia. Esta soberanía de la belleza es, seguramente, la única acatada sin disidencias. Ante ella no caben banderías políticas, y gentilísimas reinas efímeras, se inclinan en una reverente actitud madrigalesca...



Germana Laborde, la «señorita Francia». Una bellísima rubia, con ojos verdes. Es descendiente de españoles, y entre ella y sus compañeras las señoritas «España», «Polonia» y «Rumania», parece que estará la triunfadora definitiva a la que se dará el título de «señorita Europa»



Están ya en París todas las Reinas de belleza que van a participar en el Concurso Internacional próximo a celebrarse en aquella capital. La representante española, Pepita Samper, está recibiendo en París atenciones efusivas y cordialísimas, tanto por parte de la colonia como por parte de las autoridades y el pueblo franceses. En nuestra fotografía aparece Pepita Samper con el espléndido traje de valenciana que le fué regalado en su capital.

Ved aquí, en el centro de nuestra página, a la «señorita Rumania», representante de este país en el Concurso Internacional de Belleza próximo a celebrarse en París, bajo la organización inteligente e incansable de Mauricio De Waleffe. Se llama la «señorita Rumania» Maria Genesen, y es, con las señoritas «España», «Francia» y «Polonia», una de las candidatas con más probabilidades de triunfo.



Kimio Tanaka, artista de hoy, especie de Pola Negri japonesa.



Yakai, la trágica admirable del Japón.



Emiko Yakoumo, que hace maravillosas "geishas".



Iriyé, la bonita del cine japonés.



La misma en una película.



Natsukawa, otra japonesa bonita, que parece europea.

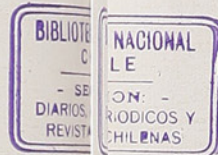


Kirishimi, la sentimental.



Tsukuha, la Bertini del Japón.

Las expresiones
de las
Artistas, Cine-
matográficas
del Japón



Ya tiene Japón su Hollywood: grandes artistas, finas "mujeres" que tienen su carácter no imitan a Europa. Los que asociamos a Sessue Hayakawa sabemos que el Japón es capaz de producir grandes artistas de la pantalla como son las de estas fotografías.



Sakurai, la japonesa más japonesa del cine.



ELLA. Siempre Greta Garbo nos sorprende con una expresión, con una sonrisa nueva. Esta foto encantadora muestra sus ojos deliciosos y soñadores...

LO QUE
DICE
UN VIEJO
ALBUM
FAMILIAR



Así se retrataban nuestros padres.



Estos novios «extranjeros» de otros tiempos parecen no haber cambiado mucho.



Nuestros abuelos pudieron ser así... jóvenes también.



Esta es una artista de 1875, que hizo furor... con su elegancia.



La bonita y ensortijada cabellera de una tía... de cualquiera.



Una elegante de hace 40 años atrás. ¿Volveremos a ver esta falda?

AIRE LIBRE..



Un salto, que tiene mucho de acrobacia y tanto de gracia elástica.



Con la pelota se vuelve a lo griego: gimnasia y ejercicio.



Un tiempo de danza clásica y de gimnasia moderna.



En la gimnasia hay todo lo difícil y elegante de este movimiento.

“PARA TODOS”
S O M B R E R O S



Dos aspectos de un modelo de sombrero «reversible», hecho en fieltro, y que puede usarse con el frente hacia adelante o hacia atrás, según puede verse en las fotografías, constituyendo, por tanto, en realidad dos sombreros en uno.



(Foto Under-
wood & Under-
wood).



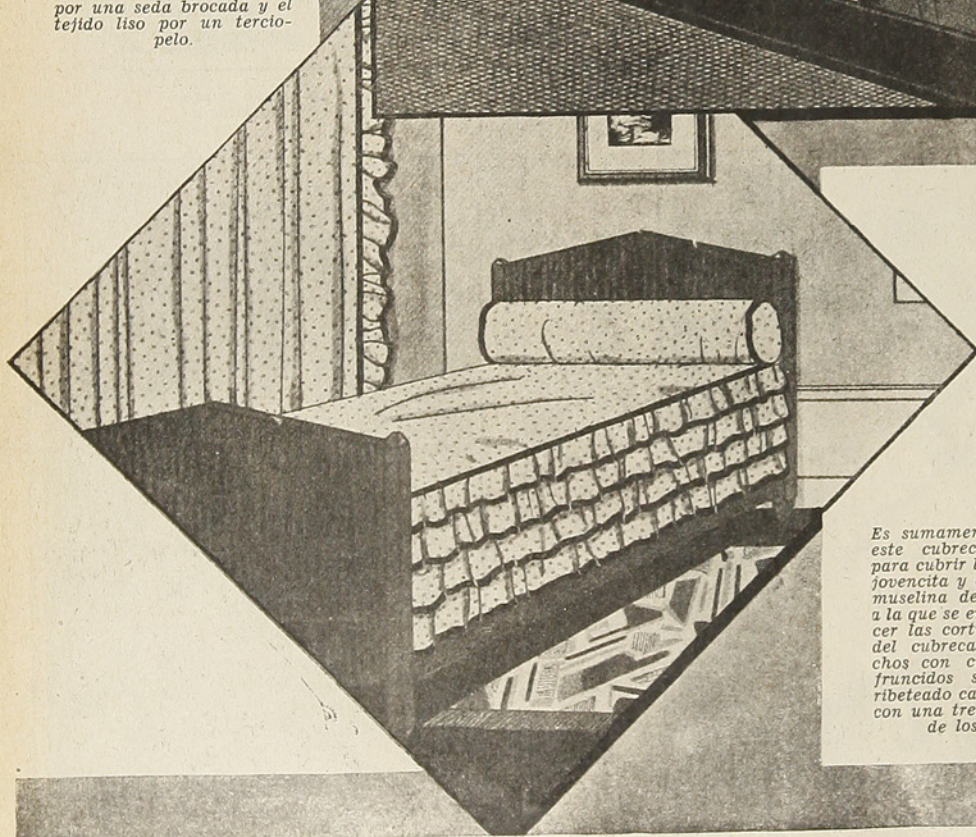
Pequeño sombrero de fieltro, uno de los últimos modelos para otoño e invierno, con el ala ligeramente levantada sobre un lado. Una banda negra de "gros", constituye todo el adorno.

Sombrero de fieltro negro, bellamente adornado con encaje del mismo color, propio para eventos deportivos.

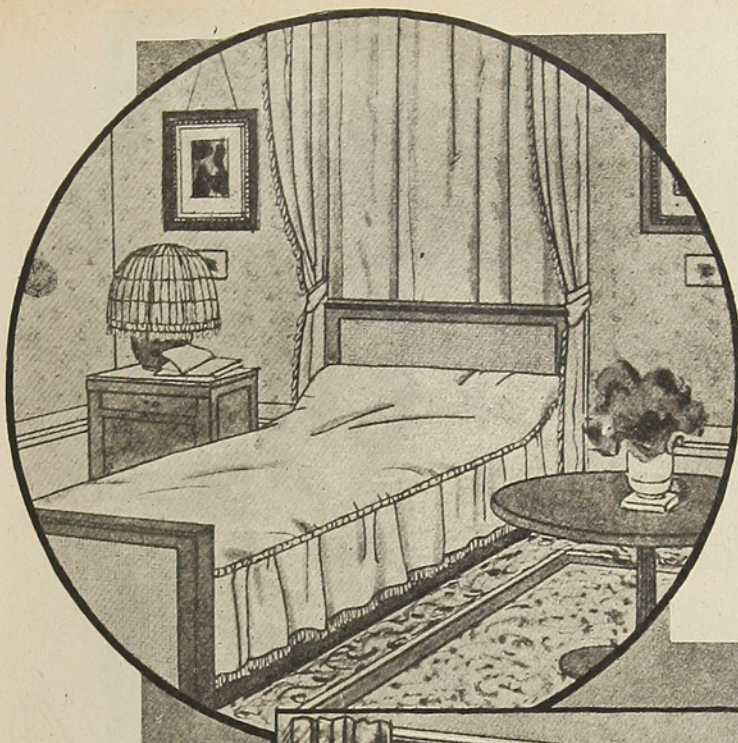
Cubrecamas y Cubredivanes

Para que una cama haga buen efecto durante el día, es indispensable que su lencería quede completamente oculta por un cubrecama que generalmente hace juego con las cortinas que adornan la ventana. Esto mismo debe aplicarse a los divanes que por las noches pueden servir de lecho. Nuestras lectoras encontrarán en estas páginas una serie de ideas de cubrecamas y cubredivanes que para ellas hemos dibujado expresamente.

A la derecha de estas líneas damos una idea para adornar un diván; colocada en la pared en que se apoya el diván se pone una tela en la misma disposición que la que cubre aquél. Según la pieza en que esté el diván el tejido elegido puede ser una cretona en el paño central y un tejido liso en los paños laterales, distimiéndose la unión de unos y otros por una trencilla de tono más obscuro, pero si fuera para una habitación muy lujosa la cretona se substituiría por una seda brocada y el tejido liso por un terciopelo.



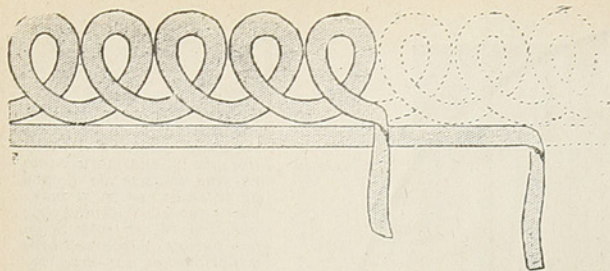
Es sumamente encantador este cubrecama dibujado para cubrir la cama de una jovencita y está hecho con muselina de lunares igual a la que se emplee para hacer las cortinas. Los lados del cubrecama están hechos con cuatro volantes fruncidos superpuestos y ribeteado cada uno de ellos con una trencilla del color de los lunares.



Es muy frecuente en ciertas instalaciones de gusto moderno colocar los divanes que sirven para cama en una especie de alcoba de tamaño exacto al mueble, pues ello permite poner sobre él un estante en que pueden colocarse libros y bibelots que dan muy lindo efecto y cubrir las paredes y parte de ellas con un tejido igual al diván, lo que da por resultado un aspecto de intimidad extraordinario. En el proyecto dibujado debajo de estas líneas se ve la disposición de estas pequeñas alcobas; en él las cortinas, los almohadones y la tela que forra el colchón y la que cubre la pared son de terciopelo con estampaciones geométricas e irregulares.

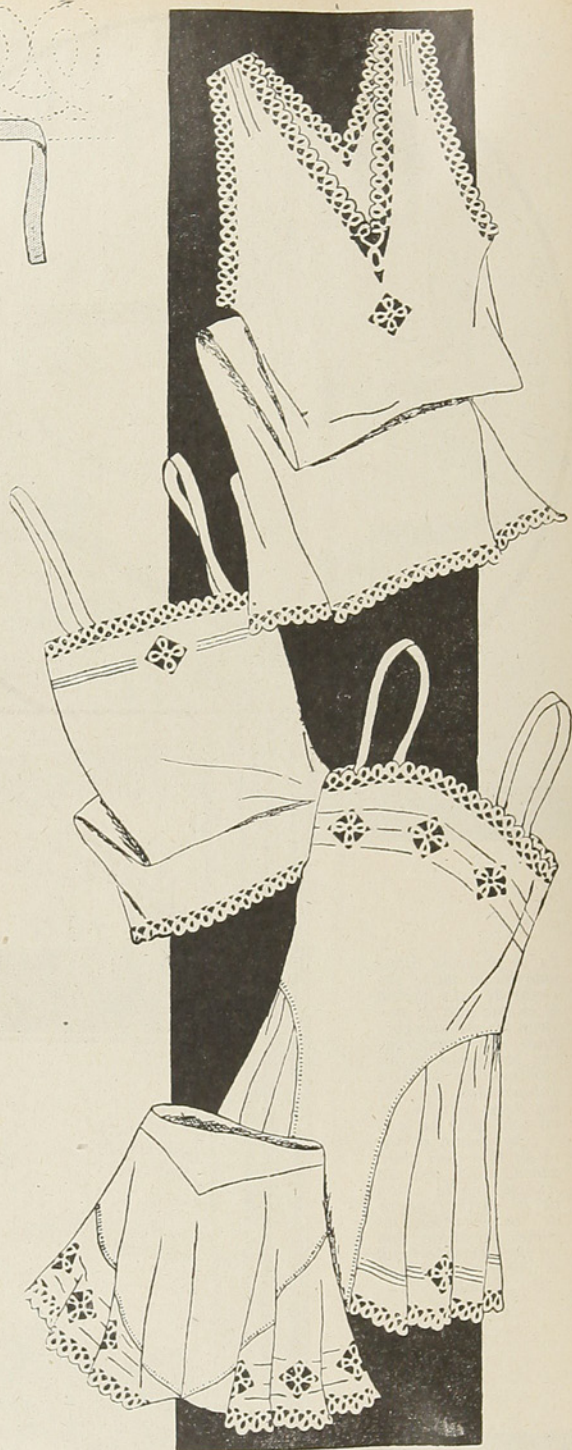
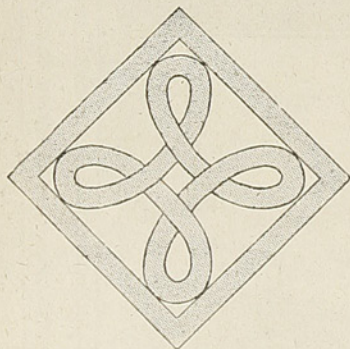
En el proyecto dibujado en la parte superior de esta página se ve que aún se emplean las grandes cortinas que enmarcaban los lechos en las habitaciones de los antepasados. La cama debe pintarse de un tono gris perla y el cubre cama se hará de faja azul claro adornándose con un fruncido en la unión de la parte superior de los volantes, los cuales terminan con un fleco de seda igual al que llevan las cortinas.



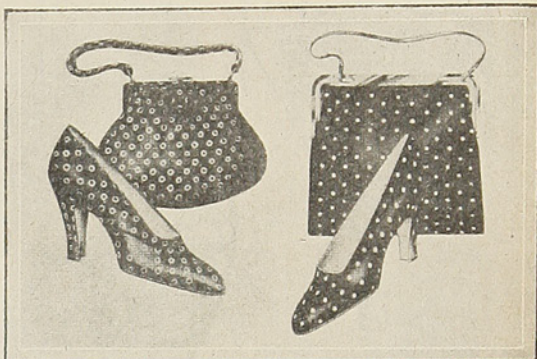


Un bordado para lencería fácil de hacer

Lo que da actualmente la nota nueva en nuestra ropa interior son los pequeños biesecitos aplicados a la prenda en su borde figurando así la puntilla y otras veces intercalados en la tela a modo de entredós o bien de aplicaciones. El juego entero de lencería que aparece en esta página, está confeccionado en fino opal color malva, y su adorno, del que también damos el detalle, está hecho con bieses pequeños del tamaño ya indicado del mismo género, pero blanco, lo que da por resultado una combinación muy bonita.



DE LA MODA



Una prueba de la importancia que tienen este año las combinaciones, nos la suministra esta fotografía. Véase qué feliz efecto se obtiene combinando el dibujo y los colores del pañuelo con los del bolso.

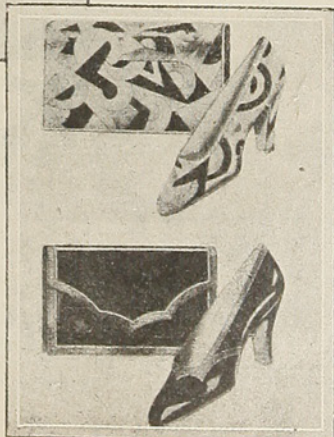
Dos originales combinaciones de zapato y bolso, en las que el «satin» es el material predominante. Esta nota elegante es de puro origen parisino.



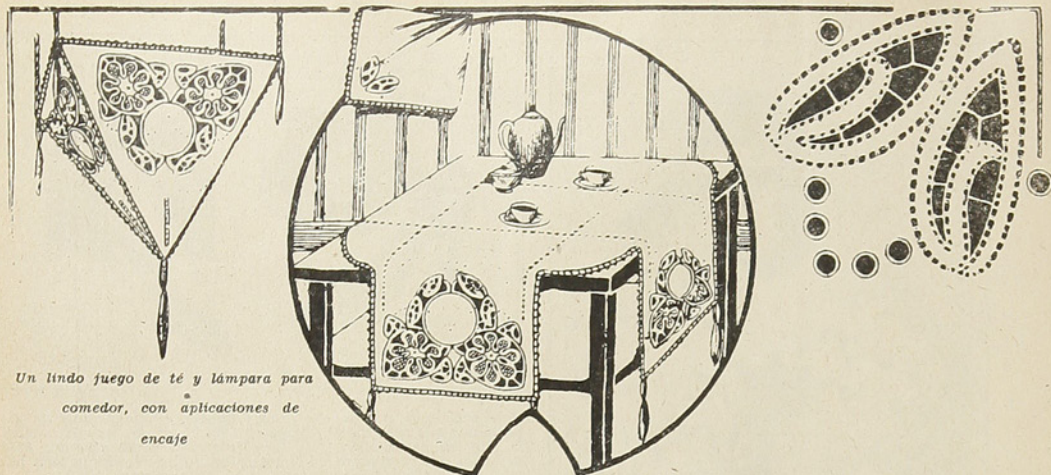
Hollywood, la Meca del Cine, le disputa a París el cetro de la moda femenina, lanzando deliciosos modelos como éste. La chaqueta, sin cuello, estilo sastre, y la falda plisada, son de «oxford» gris, a rayas. Sombrero de fieltro blanco, zapatos de «sports» en blanco y negro, cartera de los mismos colores y guantes blancos, son los elementos accesorios de este elegante traje.



Otra nota de París. Arriba: combinación de zapato y cartera en charol negro. Abajo: una combinación análoga en «satin».



Arriba: una combinación modernista, en «glaces». Abajo: una combinación en charol, ribeteado con piel de cocodrilo.



Un lindo juego de té y lámpara para
comedor, con aplicaciones de
encaje

El encaje Renacimiento en la Lencería

El encaje Renacimiento puede contarse entre aquellas labores cuya propia belleza hace que nunca pasen de moda, a pesar de su antigüedad. Tiene muchas aplicaciones en la lencería de comedor, de recámara y en la ropa íntima femenina. Manteles, carpetas, o cojines, colchas, cortinas, pañuelos, pantallas y otros mil objetos del hogar, pueden ser adornados con este encaje cuyas puntadas nunca varían habiendo un enorme número de ellas, pero cuyo estilo y dibujos, pueden variarse hasta el infinito.

Debemos advertir que las figuras todas, se hacen de puntos más o menos cerrados, con el fin de que se obtenga un feliz contraste sobre el fondo, que debe ser siempre de bridas separadas. En el comercio pueden obtenerse galones propios para esta clase de labores, pudiendo ser gruesos, calados o combinados, según sea la labor a que se destinen.

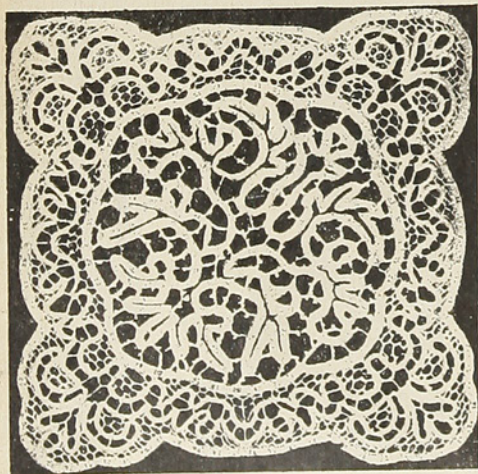
En el primer grabado de esta página ofrecemos un original servicio de té deliciosamente adornado con aplicaciones de encaje Renacimiento. En color crudo y empleando galón del mismo color, combinado con verde musgo, el resultado que se obtiene es en extremo satisfactorio. Estas aplicaciones se unen a la tela del fondo por medio de festón y se termina el adorno con ojillos bordados a la inglesa.

Al mantelito se le da la forma que presenta en el grabado, marcando con tru tru una cruz que delimita la forma redonda, de aquella que tiene sus extremos de encaje.

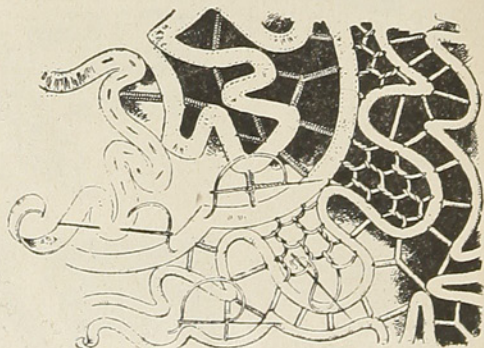
La servilleta hace juego con el mantelito acabado de escribir. El dibujo de la derecha corresponde a esta prenda, aunque también puede utilizarse para adorno de pañuelo.

La misma aplicación, pero colocada sobre tela muy transparente, constituye un precioso adorno para pantalla, como puede verse en el grabado. Nuestro modelo está formado por triángulos, luciendo en su parte superior, la bonita aplicación de encaje Renacimiento. Usese para esta clase de labores hilo mercerizado, de grueso adecuado a la tela usada.

El modelo siguiente es un delicado centro de mesa, que puede utilizarse también para centro de cojín. Es de encaje de Milán.

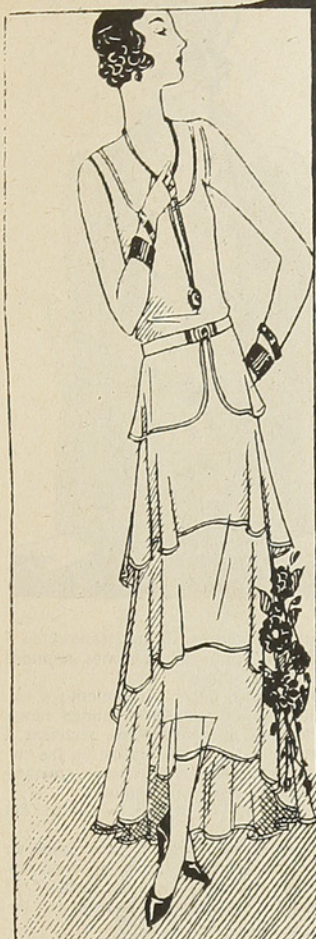


Delicado centríto de encaje de Milán



Detalle de la labor

V e s t i d o d e t a r d e

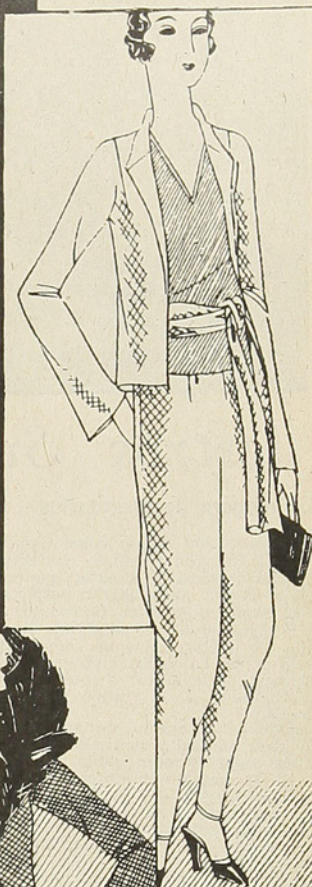


Vestido de tarde en muselina de seda lila con vuelos en forma muy caídos hacia atrás, y adornado al lado con una cascada de flores violetas, malvas y lilas.

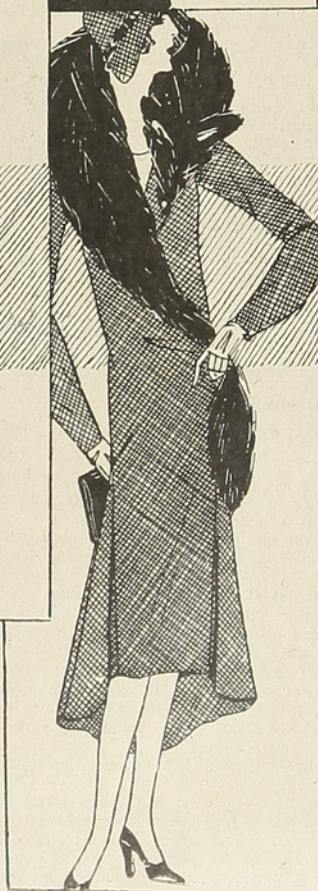
Ensemble de tarde. Sobre un vestido de tul negro, un tapado tres cuartos en terciopelo violeta obispo, adornado de zorro blanco.

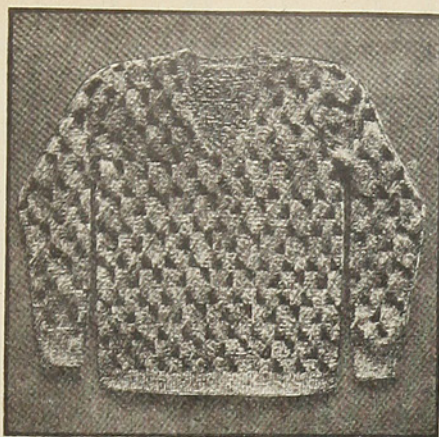


Abrigo de tarde en lana de fantasía negra, muy en forma, caído hacia atrás y adornado con un zorro gris plata.



Pyjama en crepe de China verde y azul vivo, con cintura echarpe anudada sobre el chaleco.





Nuestros Sweaters

La manera de ejecutarlos.—Los escalones

La introducción de un color vivo, varía agradablemente las armonías naranjo y beige, convertidos en clásicos para los ejemplares de sport. El sweater, que presentamos está ejecutado en tonos que armonizarán perfectamente con los de los tweeds. El esquema en color, reproducido abajo de la página, permitirá seguir el detalle del dibujo Jacquard del fondo. Cada cuadrado de dicho esquema corresponde a un punto tricot. La explicación conviene al tallo 42, cada tallo mayor o menor significa una diferencia de 16 puntos, (8 adelante y 8 espalda).

Materiales.—Cien gramos de lana de 3 hebras en tinte natural y ciento de los colores siguientes: amarillo mantequilla y tabaco, 2 palillos de 12 cm. de circunferencia.

Puntos empleados.—1.º punto de jersey, (cuerpo y mangas), 1 corrida al derecho y una al revés; 2.º punto de canotones, (extremo del sweater, puños y cuello), 1 un punto al derecho y uno al revés.

Delantero.—Se empieza de abajo. Urdir 140 puntos con lana beige, tejer 3 cm. en punto de canotones, seguidos de la parte dibujada.

Cuando el trabajo tenga 39 cm. de largo dividirlo en dos: Hecho esto, trabajad sólo un

lado, cuidando de disminuir cada dos corridas 1 punto para formar el rebaje del cuello, 3 cm. después de empezado éste rebaje, empezar el rebaje de la manga, disminuyendo al extremo opuesto del palillo 6 puntos, después uno cada corrida de las cuatro siguientes.

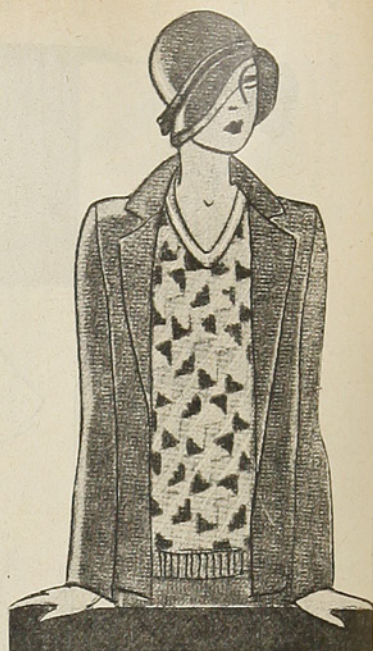
El hombro debe tener 18 cm. de alto.

Las disminuciones deben hacerse de 6 en 6.

En la misma forma proceder para la segunda mitad del delantero.

Espalda: Se empieza por abajo. Urdir 140 puntos y seguir según la misma explicación dada para el delantero, suprimiendo el cuello.

Manga.—Como las piezas anteriores, se empieza también de abajo.



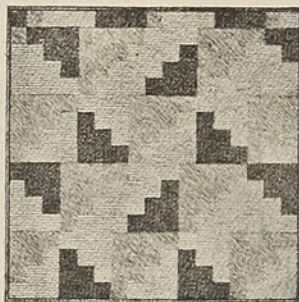
Se urden 70 puntos beige, trabajando 5 centímetros en punto de canotones, seguidos por la parte de dibujos.

Cada 7 corridas, hacer un aumento a cada lado del palillo, cuando la manga tenga una longitud de 50 centímetros, rechazar a cada lado de la aguja 10 puntos, en las corridas siguientes dos, y los veinte restantes se cierran después al medio.

Borde del cuello.—Tomar los puntos del rebaje.

Tejer 2 centímetros con la lana beige en punto canotón, tejiendo juntos en cada corrida los 2 puntos del vértice del medio.

Rechazar los puntos sobre el revés sin cerrar.



(Continuación de la página 40).

CONFIANZA, O EXPERIENCIA DE MUJER

darme inerte en un sillón y así me encontró Ricardo a su vuelta. Recuerdo después su cara de mortal angustia y las idas y venidas del médico, que consiguió al fin calmarme con bromuro.

Cuando ya aliviada, quedé sola con mi marido, éste se acercó a mí y tomándose de las manos me dijo con voz temblorosa:

—Irene, perdóname...

—¡Y me pides perdón todavía! — exclamé, desesperada.

—No por lo que te figuras, querida — me contestó, — que nada más lejos de lo cierto que eso. Te pido perdón por haberte ocultado una cosa que debiste saber. He encontrado, cuando tú estabas sin sentido, la carta que ese miserable te ha escrito y que tú debiste de olvidar en tu cuarto. Seguro que el canalla me siguió durante muchos días para asegurar bien le golpe. Ahora me explico tu desesperación y tu tristeza, que son infundadas, porque esa mujer... era mi hermana.

—¿No me decías que había muerto? ¡Mientes, mientes! — le contesté.

Mentí entonces — me dijo, — cuando encontraste la fotografía; pero Dios es testigo de que lo hice por consideración a ti, por temor a perder un poco de tu cariño, porque, en una palabra, mi hermana no ha sido digna de llevar mi honroso apellido ni llamarse hermana tuya. De joven se marchó de casa, causando a mi pobre

madre el disgusto que le produjo la muerte. Después amargó la vida a mi padre, que murió sin el consuelo de verla al menos arrepentida. Y últimamente su vida turbulenta y llena de locuras ha sido mi mayor tormento y la obsesión que ha puesto un dejo amargo en mi carácter. Ahora, arrepentida, me busco y solicito una entrevista que yo le concedí. Varios días nos hemos visto para ver si puedo conseguirle una pensión en un convento, donde quiera retirarse a purgar sus pasadas locuras. Le he hablado de ti y ella misma se considera indigna de conocerte. Este es mi pecado: el querer ocultar a tus ojos una falta que no he cometido.

Llena de alegría, le estreché en mis brazos, exclamando:

—¡Oh, querido mío!! Perdóname tú también esta funesta desconfianza que me ha cegado para no ver el cariño que me tienes. Quiero conocer a tu hermana, que desde ahora considero como mía, y te pido a la vez que perdones al infame que...

—En cuanto encontré la carta fui a buscarle — me respondió, — pero no saben nada de él desde ayer, que se marchó de la fonda. Es un cobarde que quiso destruir nuestra felicidad...

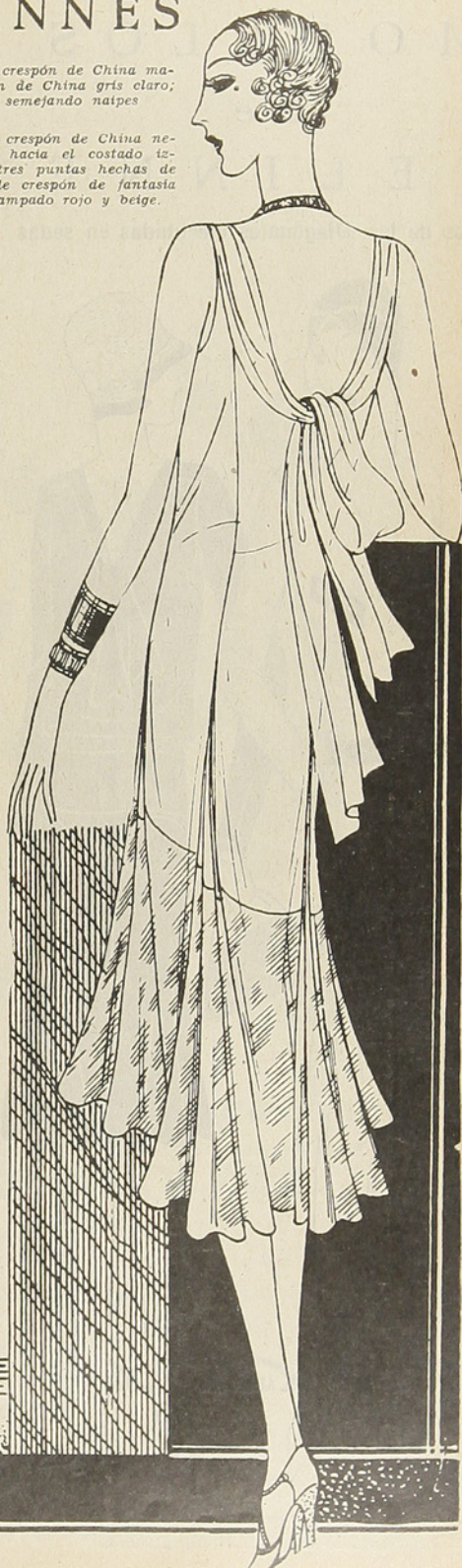
—Que será eterna, ¿verdad maridito? — le interrumpí, buena ya y loca de contento.

Han pasado muchos años desde esta crítica época de mi vida y sigo siendo plenamente feliz, porque he sabido destruir uno de los peores enemigos del matrimonio: la desconfianza.

MODELOS DE FELINNES

1. Vestido en crespón de China marino y crespón de China gris claro; bordados semejando naipes

2. Vestido en crespón de China negro, alargado hacia el costado izquierdo por tres puntas hechas de un echarpe de crespón de fantasía negro y estampado rojo y beige.

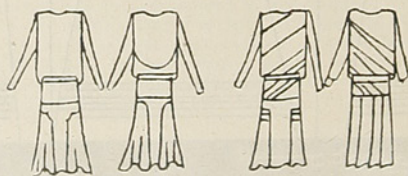


H. Ibert

3. Vestido de noche forma princesa en «georgette» rosa y tafetán del mismo tono

MODELOS de FELINNE

Efectos de las Diagonales ejecutadas en sedas



1. Vestido en crepón «Miroirs» en dos tonos de azul y blanco

2. Vestido en «Pompadour» azul y marrón

3. Vestido en crepón «Titán» blanco inicial bordado azul sobre rojo. Cinturón rojo y azul.

4. Vestido en «Popelsois» azul vivo. Diagonales amarillo, blanco y negro.

EVELINA

—¡Señorita Evelina!
Evelina Carrière volvió la cabeza y se encontró con Ramiro Vélez, que sonriente, tímido y efusivo le tendía la mano.
—¡Ramiro!

Y mientras abandonaba su manita blanca y tibia en la de Vélez, Evelina envolvía a éste en una amplia mirada de examen. Si, no cabía duda; era aquel muchacho alto y espijado, el mismo Ramiro Vélez a quien ella había tratado hasta hacía tres años con una cordial y por momentos cálida constancia; el mismo Ramiro Vélez, con quien había disputado más de un juicio sobre cuadros, libros y músicos; el mismo Ramiro Vélez que una tarde la había tenido en sus largos brazos, después de librarse ella de una muerte inminente, como resultado de una de sus alocadas imprudencias.

—Supe hace unos ocho días que había vuelto de Europa.
—Y no fué capaz de visitarme desde entonces!

Ramiro Vélez ensayó una excusa.
—Es inútil, no se esfuerce en mentir.
Ramiro sonrió. Le halagaba que Evelina comprendiese que intentaba mentir. Calculaba que así sospecharía de la existencia de otra razón. ¿Y por qué no podría suponer que esa razón era que él la amaba, que no se animaba a confesarlo, y que buscaba una coyuntura, por ejemplo, como la que se le presentaba con aquella mentira, para hacerlo?

—¿Y su hermano Carlos, y Porota?
Ramiro Vélez vio perderse el éxito de la excusa...
—Buen... bien... Sin novedades... — se limitó a contestar, con las muletillas del caso.

—¿Se recibió ya Carlos? ¿No está de novia Porota? ¿Y aquel flirt de Porota con el teniente de caballería?

Ramiro agitó sus inarmónicos brazos, molesto... ¡Que si se había recibido su hermano! ¡Que si Porota flirteaba todavía con el teniente de caballería! ¿Qué le importaba a nadie? Y si eso importaba a alguien, ¿por qué se lo preguntaban a él? ¡Vaya con la niña! ¡Como si después de tres años de ausencia no hubiese preguntas para hacer más nuevas y más interesantes! ¡Y para eso la había detenido él, con el corazón saltándose por la boca y con una nerviosidad que le había producido fiebre!

—¿Y cómo le ha ido de viaje?
Evelina Carrière, resumió en pocas palabras sus impresiones. Había estado en París, Londres, Berlín, Roma. Conciertos, comidas, una estada de ocho días en el castillo de un príncipe de buena nobleza, una velada en la casa de un poeta de moda... Un panorama opulento y variado de cosas.

En ese "por aquí" entrevió Ramiro un dejo despectivo; pero, como la pregunta le tocaba a él, la recogió con agrado. Se propuso ser más expeditivo que Evelina.

Había publicado un libro de versos que la prensa elogió unánimemente. Un crítico español de intachable autoridad le había escrito una carta felicitándole y augurándole un brillante porvenir literario; otro había descubierto en su ensayo y en su intención espiritual un acentuado parentesco con un gran lirico inglés. Estaba animadísimo. Ahora trabajaba en una novela y tenía bosquejado un estudio sobre la personalidad de Sarmiento. Trabajaba, en una palabra.

—¿Y tiene ya novia?

Ramiro volvió a agitar sus largos e inelegantes brazos, pero esta vez, no ya molesto, sino de alegría, de alegría que le apuraba el ritmo del corazón y le avivaba la mirada, de alegría duramente contenida, de alegría que pugnaba por ser canto, lucna, empuje físico, alegría de triunfo inmutamente, alegría de anhelo cumplido. Ella le había preguntado si no tenía novia. ¿Y no podría surgir de esta pregunta el diálogo que tanto esperaba? ¿No podría ser esta la coyuntura esperada? A esa pregunta él podría por ejemplo, responder: "No, no tengo novia". Ella, extrañada del tono tan contundente con que habría dado esa respuesta, le requeriría: "¿Y por qué no tiene novia?" "Porque nadie me quiere", contestaría él con un dejo de resignación. Y el diálogo vulgar, pero premeditadamente intencionado, proseguiría:

—¿Por qué no lo quiere nadie?
—Porque soy muy feo.
—Esa no es una razón importante. Luego, no hay tal cosa; usted no es feo. Y, por último, que el físico no es todo en el hombre.

—Sin embargo, es lo primero en lo que reparan las mujeres.

—Algunas mujeres.
—Todas.
—Algunas.

(Continúa en la pág. 62).



AGUA DE COLONIA

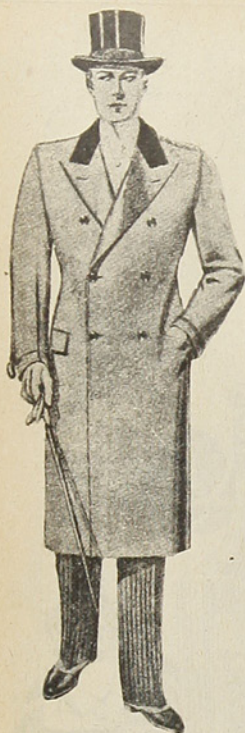
de perfume delicioso, la más apropiada para la época del verano. Usada por todas las personas de refinado gusto.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
DEL PAIS

Frasco de 1 litro	\$ 29.—
Frasco de ½ litro	\$ 15.—
Frasco de ¼ litro	\$ 7.80
Frasco de ⅓ litro	\$ 4.80

Sólo para Caballeros

Las etiquetas. Sugestiones para este invierno



*Elegante abrigo para
etiqueta, de día o de
noche*



*Smoking cruzado "de
última", usado con
"clack"*



*Modelo de jacket, para bo-
das de día, five o'clock,
gardens parties, etc.*



*Media etiqueta para fiestas
de tarde*



*Frac de paño azul con pan-
talón alto, chaleco y peche-
ra del mismo piqué*

(Continuación de la pag. 26).

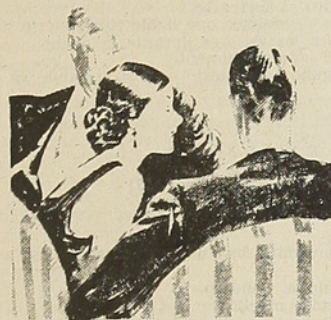
EL GORILA

retumbante". No pudo continuar... Un sollozo ahogó su voz.

—¿De modo que sois médico, Pablo? Vuestra ciencia acaba de realizar una curación maravillosa!

—¿Qué llaga he podido cicatrizar? — dijo él, con los ojos húmedos...

—¡La de mi corazón, gran amigo, y ella no se abrirá ya más, ya que os tengo a mi lado excelente y querido sabio!



Exquisita...

LIBRE DE LAS MOLESTIAS DE LA
TRANSPIRACION

Emancípese Ud. para siempre de la preocupación y el desagradado que trae consigo el sudor. Olorono es una preparación original de un médico y destinada a reprimir la transpiración. Protege continuamente.

Olorono mantiene la región axilar seca e inodora, suspendiendo el sudor sin peligro. Los médicos lo recomiendan cuando la transpiración molesta.

Hay dos clases de
Olorono Líquido:

El Olorono de Fuerza Regular, para usarse dos veces por semana y el Olorono Número 3, Moderado, que se recomienda para las pieles tiernas y que puede aplicarse con frecuencia. También hay Crema Olorono, que se vende en tubos.

Distribuidor:

GUSTAVO BOWSKI

Edificio Mutual de la Armada, 7.º piso, Of.
N.º 10, Casilla 1793, Santiago.

The ODO-RO-NO Co.,

Inc. Nueva York, E. U. A.

(Continuación de la página 27)

LA NOVELA DE AMOR DE DOS
PRÍNCIPES

concierto de elogios tan apreciables como éste:

—Nuestra Princesa, sabe usted, si no fuera lo que es, podría muy bien ganarse la vida como una cualquiera. Sabe muchas cosas, y además, toca el piano que es un primor. Podría hacerse rica dando conciertos como una profesional. Y no es nada frívola.

EN EL PALACIO DE LAEKEN

El príncipe Humberto se ha levantado. Con una delicadeza infinita ha colocado su brazo debajo del de la hija del Rey Alberto; y ambos, sonriéndose el uno al otro, han abandonado la sala para ir a proseguir el eterno dúo de amor, que ha sido el encanto de todos los enamorados desde los principios del mundo.

FRANCISCO MELGAR

(Continuación de la pag. 32)

EL BESO DE LA MUERTA

arrancar la imaginación, ni el corazón, ni los ojos; pero estas manos... ¡Herminia, trae un hacha y córtamelas a cerceñ!!

—Sosígate, Agustín, sosígate, dijo cariñosamente la hermana.

En aquel punto el loco se puso densamente pálido; sus ojos se descajaban, su cuerpo se retorció y con sus manos agarrotadas se defendía de algo invisible.

—¡La neblina, gritaba con voz que parecía un aullido, la neblina! No, Elvira, no me beses. ¡Por caridad!... Aborréceme, maldíceme, máteme, si, máteme...

Huyó desolado hasta tropezar contra las paredes, acurrucóse en un rincón y, sollozando, escondió su rostro entre las rodillas temblorosas. Todo fué en vano. Allí le buscó el beso helado, el beso amoroso de la inocente muerta. El malaventurado Agustín lanzó un grito agudísimo, luego echó hacia atrás su vencida cabeza, en la que sus finos labios palpitaban trémulos todavía y aniquilado por la lucha, se tendió como largo era en el suelo. Un ligero estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Pareció un pararrayo en trance de agonía...

Tan absorto estaba yo, que la hermana hubo de tirarme dos veces de la manga para que me alejara del ventanillo.

—La historia, me dijo, que ese infeliz le acaba de contar es verdaderamente suya. Era un abogado de mucho talento. Vivía en la casa que hay frente a la calle del Olmo, una casa toda cerrada hoy, con desconchaduras en la fachada y jaramago entre las tejas: Es una casa triste. En ella tuvo lugar la tragedia.

Salió del manicomio al campo. Respiré mejor. Creí que abandonaba un mundo de tragos y visiones.

El sol muriente quebraba sus rayos en los cristales de la ciudad fronteriza. Tres

nubecillas, como tres pinceladas largas y rosadas, cruzaban el espacio azul.

En la cercana vía férrea, sonó la trompeta de un guarda, nuncio del tren que a poco pasaba trepidando. Ido su estruendo, en el solemne silencio que le siguió, una alondra principió a cantar dulcemente despidiéndose del día... Y mi alma bebía con efusión la serenidad que surgía de la tierra, ya oscura bajo la naciente sombra...



¡Aunque dejes de comer,
no te curarás!

Frecuentemente se quiere curar la diarrea dejando de comer: pero aunque no se tomen alimentos, no se hace desaparecer esa molestia. — Al contrario, con eso se acelera la decaída de fuerzas. Te curarás tomando

las Tabletts de
Eldoformo

que hacen desaparecer enseguida las trastornos de estómago, regularizan la función de los intestinos, procuran una buena digestión y el peso normal del cuerpo se recupera en poco tiempo.



M. R. A base de taurino y levadura

(Continuación de la página 30)

LA VOZ DE LA SELVA

revólver, antes de que el otro lo tomara de los tobillos y le hiciera nuevamente perder el equilibrio, derribándolo.

Una enorme mano le sostuvo la muñeca de la mano en que tenía asida el arma, apartándola. Hizo esfuerzos por doblar la mano hacia adentro, y de nuevo comenzó la lucha por el dominio del adversario. Pero en esos momentos Barry era un hombre distinto. Presentaba la victoria, pero al mismo tiempo un extraño sentimiento de piedad ante la idea de que su libertad dependía sólo de la muerte de su contrario, a quien el destino trataba tan cruelmente.

Luego volvió la suerte a serle adversa. Un retorcimiento de muñeca, y sus dedos se aflojaron, dejando caer el revólver al suelo; el negro extendió el brazo y se apoderó del arma.

Al mismo tiempo, el esfuerzo de la concentración mental para apoderarse del revólver dió por resultado que el negro aflojara el otro brazo; Barry se desahozó de él en el momento en que el revólver le apuntaba su cuerpo y el dedo del negro apretaba el gatillo.

Echóse a un lado, atajando con ambas manos el codo del adversario, y lo dobló hacia adentro.

El eco de la detonación le aturdió por un momento; produjo un poco de humo acre, que ascendió lentamente hacia el techo. Barry dejó caer el arma, y quedó extendido en el suelo, sin nervios y sin fuerzas, con los brazos cruzados sobre sus ojos, delante de los cuales veía pasar nubes de colores.

Todo fué silencio. Su mente pareció permanecer inconsciente durante un largo rato, pero poco después su respiración hacíase normal, sus pulmones fatigados ya no luchaban

por respirar, las brumas desaparecieron de sus ojos. Dejando caer los brazos a sus costados, púsose a mirar el techo.

Después de unos minutos levantóse, recogió su revólver y se puso a contemplar el cadáver del negro con una inmensa lástima reflejada en sus pupilas. Pero a medida que miraba crecía más y más en su alma el convencimiento de que nada debía lamentar. El no había hecho el disparo, aunque el tiro fuera bondadoso, pues se había compadecido del hombre que yacía a sus pies, librándolo de una desgracia que el hacía la vida intolerable; el hombre que poseía una hermosa voz, pero que debía esconder su talento en la selva; que tenía ambiciones, pero jamás las hubiera ver realizadas.

—¡Me alegro, compañero! — dijo en voz alta, empleando el tono de voz que habría usado para hablar a un blanco. — Yo creo que ahora lo comprenderá. Al fin y al cabo es un bien.

Dióse vuelta y se dirigió a la puerta para mirar afuera; óvalos de fuego pestañeaban en el profundo firmamento. Inclino la cabeza y encaminóse hacia el borde de la selva.

Sus hombres hallábanse todavía reunidos al lado del fuego; el encargado lo miró al acercarse.

—Bwana — le dijo — creímos que había sido muerto por el espíritu que devora a los viajeros durante la noche.

Barry se hizo a un lado gentilmente.

No he visto ninguno — contestó — y si lo había, ya se ha ido.

EVELINA

(Continuación de la pág. 59)

—Todas.

—Todas no. Por lo pronto, hay una que escapa a esa generalización suya.

—Quizá, pero yo no la conozco.

—No. Usted la conoce mucho.

—¡La conozco! ¿Y esa mujer se casaría con un hombre feo?

—¡Quizá...

—¿Y esa mujer se casaría conmigo?

—No... sé...

—Y esa mujer, ¿quién es?

—No sé...

Y brotaría entonces de sus labios un solo nombre: Evelina. Evelina... Y ese nombre sería dicho en todos los tonos y sería exaltado en todas las rimas y la voz tendría inflexiones rebuscadas y el espíritu se vestiría con las galas de los momentos solemnes. Evelina, Evelina... nombre claro y cantaría como el eco de un cristal noble, nombre sereno y blando como un buen reposorio, nombre confortante como el brazo de una madre, nombre de cuatro sílabas hecho romance... Evelina, Evelina...

Y vendría después la hora de las confesiones recíprocas... Y Evelina sabría así cuánto la había amado y cuántos proyectos ricos en lirismo había construido evocándola... Y él la recordaría episodios de su amor, tristes y desalentadores, sostenidos por la esperanza otros... episodios sugeridos por una mirada sin intención, por una frase sin calor, por un ademán sin vida, o estimulados por una simple sonrisa, por un ligero apretón de manos o por un aparte mantenido con cualquier motivo. Y ella, al hablar, le diría que, asimismo, en ningún momento lo había olvidado, que los tres años de su estadía en Europa habían contribuido a ese querer: que sobre todos sus devaneos, todas sus coquetuerías y todas sus actitudes estaba él y sólo él... Y recordaría así mismo las horas que juntos habían gastado comentando un libro o rechazando un cuadro; y la hora en que por una bendita imprudencia él había podido retenerla en sus largos brazos. Y se dirían las cosas con las manos enlazadas y las bocas muy juntas. Y las palabras irían poco a poco perdiendo sus sonidos. Y las confesiones se convertirían en plegarias y las plegarias los unirían en una quietud de éxtasis...

—No, no tengo — exclamó Ramiro, casi radiante.

—¿Qué cosa? — preguntó Evelina.

Ramiro miró a la joven, quiso decir algo, encauzar el diálogo que vertiginosamente había imaginado, pero sólo consiguió balbucir unas frases apagadas e incoherentes.

—¿Pero qué es lo que no tiene? — insistió Evelina.

—Ramiro extendió la mano a la joven.

—Buenas tardes, señorita — dijo con decisión.

Evelina a su vez, entre desconcertada y burlona, le tendió la suya.

—¡Siempre el mismo distraído! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre, Dios mío!

Ramiro hizo un último saludo con el sombrero y se alejó rápidamente.

BERNARDO ESCLAR



Ud. Podrá Duplicar el Valor de Su Sonrisa

Este método nuevo produce una blancura deslumbrante a los dientes manchados y da a sus encías firmeza y salud

NO crea Ud. que sus dientes son por naturaleza manchados y opacos. Puede Ud. restaurarles su blancura maravillosa, siguiendo este procedimiento nuevo.

En la película se reproducen los microbios a millones. Y los microbios, con el sarro, son la causa fundamental de la piorrea. La película favorece a la vez las picaduras.

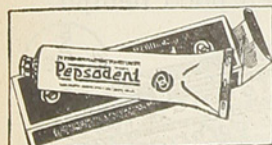
Los dentífricos comunes nunca

han podido destruir eficazmente la película. Esa es la razón por la que los dentistas recomiendan ahora un dentífrico especial para eliminar la película, llamado Pepsodent.

Quedará Ud. gratamente sorprendido al ver la forma en que los dientes se vuelven más blancos y más brillantes. Ni siquiera se imagina Ud. la blancura y belleza que puedan alcanzar sus dientes.

Sírvase aceptar un tubo de muestra

Para comprobar sus resultados, compre Ud. un tubo de Pepsodent, el dentífrico de alta calidad—de venta en todas partes. O bien, pida una muestra gratis para 10 días a: Depto. K, Droguería del Pacífico S. A. Casilla 28-V, Valparaíso.



Basado en investigación científica moderna. Recomendado por los más eminentes dentistas del mundo entero. Ud. verá y sentirá inmediatos resultados.

El Secreto de la Dicha

El-Hakem, califa de Córdoba, mandó emisarios que le juntaran los principales libros de todas las bibliotecas del mundo. Pero cuando los tuvo reunidos, comprendió que una vida de hombre no bastaba para leerlos.

Como era sensato y piadoso, entristeció con ello, porque su propósito era adquirir para él mismo y para todos la dicha que debe proporcionar la sabiduría.

Designó entonces cuarenta letrados, para que redujeran todos aquellos conocimientos a cuatro libros, resumiendo en sus páginas las cuatro ciencias fundamentales.

Mas las obras resultantes salieron tan arduas todavía, que el califa, llamando a los cuatro sabios más ilustres del imperio, que eran un teólogo, un matemático, un médico y un poeta, les ordenó reducir cada una de dichas obras a una sola página. Con lo cual quedaría formulado bajo cuádruple definición el secreto de la dicha.

Y el teólogo llegó a esta conclusión inspirada:

La dicha está en la verdad, y la verdad consiste en saber que no hay más dios que Dios y que Mahoma es su profeta.

Esta definición encendió la guerra.

Y el matemático halló este resultado irreproachable:

La dicha está en la certidumbre, que logramos establecer absoluta, demostrando la identidad de lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño, o sea la reducción a cero de todas las cantidades en incremento o decremento constante. Cero es, pues, la expresión del universo.

Esta definición engendró el pesimismo.

Y el médico formuló este dogma profesional:

La dicha está en la resignación a la ley de la naturaleza, en cuya virtud todos los hombres son enfermos, puesto que todos deben morir.

Esta definición engendró la melancolía.

Ahora bien, el poeta nada escribió en la hoja que le dieron. Hizo de ella un cartucho, puso dentro una rosa frágil, y la envió a una joven de quien estaba enamorado. Nueve meses después, la flor había fructificado en un niño hermoso, que fué, andando los tiempos, el primer bordador del tapiz. Y ésta es la primera rosa. La segunda...

LEOPOLDO LUGONES.

EL MISERERE EN SAN PEDRO

No hay pluma capaz de describir la solemnidad del Miserere. La noche avanza. La Basílica está a oscuras, sus altares desnudos. La última vela del tenebrario se ha ocultado tras del altar. Os creierais dentro de un túmulo inmenso a través de cuyas tablas entrara el resplandor lejano de lámparas funerarias. La música del Miserere no tiene instrumentación. Es un coro sublime, combinado de una manera admirable. Ya se oye como el rumor lejano de una tempestad o como la vibración del viento sobre las ruinas de los cipreses de las tumbas; ya como un lamento que se levanta del fondo de la tierra o como un plañido que envían los ángeles del cielo, todo envuelto en sollozos, en una lluvia de lágrimas.

La Basílica toda se conmueve, vibra cual si los acentos de terror salieran de cada una de sus piedras. Esta lamentación, larga, sublime, esta ola de hiel evaporada en los giros del aire, os hiere profundamente el corazón, porque es su tristeza infinita, es la voz de Roma quejándose a los cielos sobre su lecho de cenizas, como si bajo sus cilicios se retorciera agonizante. Llorar así, lamentarse como los antiguos profetas bajo los sauces del Eufrates o sobre las piedras esparcidas del templo; llorar en cadencias sublimes, conviene a una ciudad como ésta, cuyo eterno dolor no ha ofendido toda su eterna hermosura. Así es la ciudad esclava de su cántico. Roma, Roma; eres grande hasta en tu desesperación y en tu abandono.

EMILIO CASTELAR.

Los Celos

¿Hay, como lo expresa La Bruyère, dos clases de celos: injusta sospecha sin fundamento, y otros justos, fundados en la razón y en la experiencia? No; sólo hay una clase de celos. Aquellos en los que uno se imagina a la mujer que ama sonriendo a otro hombre, conquistándole... Pero eso es pura imaginación, me diréis. Si, pero, ¿acaso se sufre menos por ello?

Para el celoso todo es pretexto de celos. ¿Ella sale temprano?... Es para ir a encontrarse con otro. ¿Dice a dónde va?... Es para desviar las sospechas. ¿No dice nada?... Es porque va a hacer algo malo. ¿Está muy amable?... Tiene algo que hacerse perdonar. ¿Está de mal humor?... Ya no me quiere. Así los celos, como el amor concilian todo y encuentran alimento en todas partes.

En vano trata uno de convencer al celoso, de probarle lo infundado de sus sospechas. Su cerebro enfermo crea en aquel mismo instante cien razones nuevas para sospechar de la mujer a quien ama. Se dirá que hay casos en que los celos son justificados y otros absurdos. Pero esta distinción no tiene valor desde el punto de vista del tema. Lo único positivo en los celos es el sufrimiento que causan a los que los experimentan. Los celos pueden ser un estado crónico, con crisis más o menos violentas según las circunstancias, y se es celoso como se es artrítico, cardíaco o tuberculoso. Cuando los celos atacan a un ser sano, pueden dejarle de momento enfermo; pero gracias a su buena salud eliminará pronto ese virus peligroso.

Hay personas que sólo sienten el amor gracias a los celos, y advierten que aman en el preciso momento en que ya no son amados. Son indiferentes hasta el instante en que empiezan a sufrir. Y así sólo conocen la faz dolorosa del amor. Hasta entonces fueron exigentes, insaciables, afectando desdén a quien les adora, diciendo a cada momento que no les importa la ruptura. Un día ésta se realiza y, en el abandono el amor se despierta al fin, un amor rabioso, hecho de vanidad herida, de orgullo, de pena.

Vivían rodeados de mil cuidados, de constantes atenciones, y de pronto, se ven privados de ellas. En cambio les es infinitamente doloroso, y empiezan a sufrir más intensamente de lo que han amado. Conocen la crisis espantosa y los períodos de la insensibilidad. Antes conservaban en el amor sangre fría, razonamiento claro, la facultad de burlarse de sí mismo y de los demás. Ahora han perdido la cabeza, están ciegos, y los que no hicieron nunca una locura por amor la hacen por celos.

CLAUDIO ANET.



EL REGULADOR DE LOS INTESTINOS

"EL BIOLACTYL"

INDICADO EN LAS FERMENTACIONES GÁSTRICAS

Enteritis, Gripe, Disenteria

y

TODAS LAS INFECCIONES INTESTINALES

PARA TOMAR DESPUÉS DE LAS COMIDAS

BIOLACTYL

M. R.

Base: Fermentos lácticos orientales. Bacilos lácticos, 50 millones, p. m. m. Excipiente, 0,40 gr. para 1 comprimido.

Desde Rusia Blanca

Esas son historias para asustar a los niños — habló el mozo Ruryk, sentado con Iwan y Piotr en la izba del primero —. Bebian vodka añeja, y en el ancho cuarto, en un camastro bajo una ventana ancha de media vara y cerrada herméticamente mostraba su inflamada la pierzyna, el bermejo saco de plumas, abrigo de las camas campesinas. Un hedor exhalado de las suciedades del suelo terroso, de las maderas de la cabaña y del edredon que cobijó y que mancharon muchas generaciones, hacían ingrato el lugar donde platicaban los tres indígenas de un extremo de Rusia blanca.

— Yo he pasado cinco años de campaña — habló Ruryk — y no vi tales patrañas. Cierta vez me escondi en un agujero del bosque y caí dormido. Si allí pasé un día o diez, no lo sé. Senti hambre, y al moverme me di un golpetazo en la cabeza. Dos o tres soldados se habían refugiado allí antes que yo y murieron. Las patas de uno, tiesas hacia arriba, y con espuelas, estaban duras como piedra. ¡Qué botas tenía el camarada! ¡Y yo, descalzo! Se las saqué. La faena de mi cuchillo y de mis dientes me hizo sudar en enero. El último tirón fue el mejor, y ¡zas!, el cuerpo, movido, se sentó y abrió los ojos, pero yo se los cerré a puñetazos. No era cosa de vida aquello ni de fantasmas, sino del tirón del cuerpo. En la guerra se aprende mucho. Te matan y te mueves muerto.

— ¡Abrí los ojos el muerto! ¡Y no sería que el alma estaba todavía en el pecho? — comentó el viejo Piotr, santiguándose.

— ¡Allá del otro lado de las selvas y del río aún viven en la misma casa la mujer y los hijos del pope, que vieron lo que fue, y fue así. Desde tiempos muy antiguos se sabía que entraba de noche en las habitaciones una persona desconocida. Se la encontraba en la escalera, en la sala. Despertaban sus pasos en la noche a quienes dormían. Era una señora vestida a la antigua y andaba por los cuartos cual en su propia casa, buscando algo. Habían disputado los padres del pope actual, como sus abuelos, porque unos habían visto a la señora; otros, no; pero todos perdían el sosiego. Ha disputado después nuestro pope con su mujer y sus hijos porque si era verdad o no era verdad lo de la dama, y exorcismos y misas no aclararon nada. La señora entraba y salía, y todos en la vivienda la veían, pero cada uno en otro sitio y a otra hora. Por lo ocurrido en aquel recordado otoño de las tempestades y de las inundaciones, se hundió media casa del pope. Hubo que escavar en el fondo de los cimientos y apareció sin caja, pero entero, el cadáver de una mujer. Muy piadosamente, la enterró el pope; hubo ejercicios en las iglesias con todas las velas encendidas, y cantaron los mejores diáconos los salmos de la paz eterna. Desde entonces no se vio más a la señora. Descansó donde tenía que descansar, según estaba dispuesto por Nuestro Señor.

Se santiguó Piotr, bebió otro vaso de vodka Ruryk, e Iwan, el corpulento y grave mulik de gris melena y ojos adormecidos, dijo así, lentamente:

— Yo vi a mi madre después de muerta mejor que os veo a vosotros. Mi madrastra me quitaba el pan de la boca para dárselo a sus hijos, y me pegaba tanto, que estaba yo hecho una llaga. Al fin me echó de la izba, y yo anduve solo por las estepas, hasta que me hallé delante de un río que parecía el mar, y en él me eché de cabeza para morir. Y en aquel momento se me apareció mi madre, me tomó en brazos, besándome mucho, y me puso en la otra orilla del río, diciéndome: "Aquí vivirás entre hombres buenos". ¡Y así fue, alabado sea el Señor!

El suspiro de Iwan semejó resoplido de animal. Ruryk levantó la vista al ventanu-

co, donde jugaban las moscas y acechaban las arañas en espesas redes, que daban doble opacidad a los infectos vidrios.

Luego, con expresión de niño imbécil, dijo:

— Tú has tenido madre, y tú y muchos más. Yo he debido nacer de una perra en cualquier sitio.

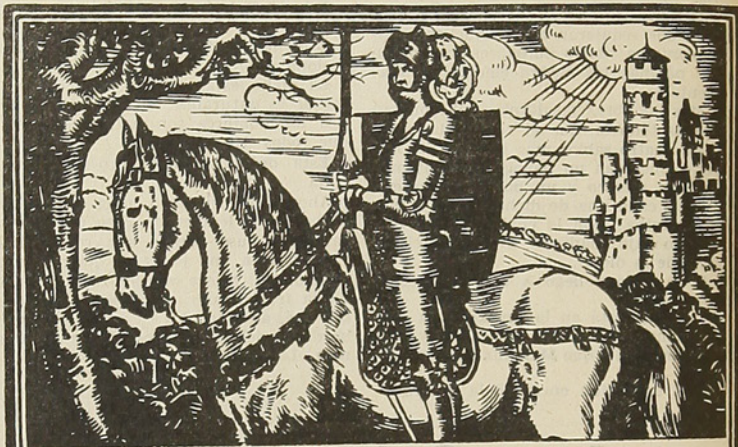
— ¡Tener madre!...

Un sopor del cansancio y del bebido alcohol inmovilizó a los tres campesinos.

Ruryk, echada la cabeza sobre los brazos, cruzados en la mesa, se quedó dormido. Piotr se despidió de Iwan y salió de la izba. Un soplo de frío glacial entró en ella, y, rompiendo la densa atmósfera del cuarto, se formaron espirales turbias, fantasmagóricas y espectrales.

Iwan fijó la vista en ellas, y en voz baja rezó la letanía de los muertos.

SOFIA CASANOVA



Armese de Vigor

EL trabajo sedentario moderno, agota más que las exigencias guerreras de antaño. Si usted es víctima de la depresión física incidente a nuestros tiempos, ármese y escúdense con el Jarabe de Fellows. Tonifique con él su sistema; ataque su mala digestión; adquiera un apetito sano; y recobre la energía necesaria para gozar de la vida y salir victorioso en ella. Incorpórese a las filas del Jarabe de Fellows, con su retaguardia de 60 años de eficacia insólita.

La potencia tonificante de las sales minerales y demás valiosos elementos científicamente combinados, hacen del Jarabe de Fellows un reconstituyente de gran alcance que se puede tomar en toda época del año.



En las Farmacias de 58 países es FELLOWS el tónico predilecto.

M. R.

JARABE DE FELLOWS

Base: Hierro, quinina, estricnina e hipofosfitos de manganeso, potasa, soda y cal.

Consultorio Sentimental

Azuena R., Correo, Talcahuano.—Desea correspondencia con el oficial de Marina J. Navarrete, cuya dirección actualmente ignora. Si recorre estas líneas, que recuerde a la chiquilla que en otro tiempo apreció.

Raquel Santibáñez S., Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con señor de 28 a 38 años, culto, de situación formada, comprensivo y cariñoso; físico varonil, ojalá duramente golpeado por la vida, para que sirva de amparo a sus reidoras 23 primavera y de su gran corazón encerrado en el estuche de una figura de mujer frágil y simpática.

René del Valle, Correo, Romana, Mineral del Teniente, Rancagua.—Joven chileno, de 25 años, que desea formar su hogar, desea correspondencia con señorita de 20 a 25, alta, simpática, si es posible, profesional. Agradecería foto y toda clase de detalles. El es simpático, trabajador y sin vicios.

Lily e Hilda Firner, Correo, Los Andes.—Dos chiquillas de 16 y 17 años, respectivamente; la primera, alta, de pelo castaño; la otra, baja, rubia. Aquella desea un muchacho no mayor de 23 años; la otra, hasta 25. Ambas son bastante simpáticas, por consiguiente, agradecerían foto.

L. U. Armengol, Correo, Potrerillos.—Joven de 24 años, desea un encantito para la creación de un nido de amor. La prefiere educada, honesta y buena dueña de casa.

Maria Adriana, Correo, Recreo.—Desea correspondencia con el joven que vivió hace algún tiempo en ésta. Trabaja actualmente en Concepción, pero su familia reside en Tomé. Su nombre es, según creo, H. Vera Saavedra.

Norma Müller, Casilla 19, Curicó.—Desea correspondencia con un marino delgado que

está en uno de los nuevos destróyers. Hace poco, estuvo en Inglaterra. Ella es porteña y cree no ser desconocida. Debe recordar haberla visto en Valparaíso, en la Plaza Victoria y en el paseo Pedro Montt, además, en el cine. Ella es porteña, actualmente se halla de paso en ésta.

Hernán Folch, Rancagua, Teniente «C».—Joven de 27 años, buena posición, descendiente de honorable familia extranjera, desea correspondencia, con fines matrimoniales, con señorita o viuda sin familia, no mayor de 25 años. No exige posición social, únicamente chiquilla sin pretensiones, cariñosa e instruida, que reúna las condiciones necesarias para formar un hogar feliz. Si alguna lectora se interesa, puede enviar foto, que será devuelta con la mayor reserva a no ser de su agrado.

Carnet 40.109, Correo, Concepción.—Joven de 24 años, desea correspondencia con señorita no menor de 20, de una cultura general, desprejuiciada, prefiere ruso-judía. En lo físico, rubia, de buena presencia, que no haga cálculos de ninguna especie sobre esta posible amistad. Debe ser de Concepción o pueblos adyacentes.

Lydia Lincoln, Correo 2, Talcahuano.—Desea correspondencia con joven de 23 a 25 años, de buena familia, que tenga una buena ocupación. Advierte que desea esto absolutamente con fines matrimoniales. Ojalá sea porteño.

A Mademoiselle Felicie Leonetti, Albitrec-Corte.—Son frère à l'honneur de l'en-veyer à travers les mers qui les separent, ses meilleurs salutations et le souhaite toute sorte de bonheur.—Angé.

C. Sanz, profesional, de 33 años, 1,75 de altura, ha tenido la fatalidad de quedar viudo con tres hijos, una mujer que tiene 8

años y dos hombres: uno de 6 y el otro de 4 años; son de ojos verdes, porque la madre los tenía de ese mismo color, era alta y educada. Yo, lo que pretendo, es encontrar una persona que reúna esas condiciones.—Agustinas 4401, Santiago.

Para A. L., Valparaíso.—Su amiga le desea en el nuevo año la realización de lo más bello y lo mejor. Le asegura que sigue siendo su recuerdo lo más tristemente grato y que anhela verlo cuanto antes. Es inútil fingir. Se trata de un amor inextinguible.—Su amiga santiaguina.

G. R. D., Correo, San Antonio.—Ruega a Esclava del Destino ponerse en comunicación directa con él, anticipando que cree reunir la mayoría de las condiciones que ambiciona.

Una chiquilla «Humilde y pobre» puede escribir a W. B. M., Correo, Providencia; tal vez puede interesarle.

T. T. R., Correo, La Mina, Potrerillos.—Desea correspondencia con chiquilla de 15 a 17 años, simpática y sericita. Prefiere de Vallenar o interior. Ojalá envíe foto.

Han transcurrido ya cerca de tres interminables meses y, a pesar de los esfuerzos que realizo por parecer alegre, ya empiezo a perder la paciencia que hasta hoy me ha acompañado. Cuando aparezcan estas líneas, ¿habrás regresado ya? Este es, por lo menos el más caro de todos los deseos de tu amiga de ayer, de hoy y de siempre.—Ya, Correo Central, Santiago.

Florence Billing, Correo, Quillpué.—Ha perdido un amigo; como se encuentra muy sola, desea hallar otro muy hombre y sincero, comprensivo, que se resigna a no conocerla nunca.

SAL DIGESTIVA
Bémecé

M. R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesita, Carbonato de Cal

ESPECIFICO DE LAS
ENFERMEDADES
del ESTOMAGO

Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez o Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidéz, etc.

DOSIS: Una cucharadita despues de cada comida
de Venta en todas las Farmacias

ENFERMEDADES DE LAS MUJERES

debidas a una mala
circulación de la sangre

VARICES, HEMORROIDES,
ENTORPECIMIENTOS, VÉRTIGOS,
CONGESTIONES, REGLAS IRREGULARES O DOLOROSAS

se combaten con los comprimidos de

TOT'HAMELIS

M. R.

El mejor remedio contra los accidentes
de la edad crítica

Seis comprimidos por día
DE VENTA EN TODAS LA FARMACIAS
CONCESIONARIO PARA CHILE
Am. FERRARIS, Casilla 29 D. Santiago
HAMAMELIS TOTAL — Citrato de Sosa.

Inés Rivarola, Correo 2, Linares.—Chiquilla de 18 años, desea correspondencia, con fines matrimoniales, con joven rubio, de ojos azules, no mayor de 25 años. Ruega enviar foto.

A. Alpes, Correo, San Javier.—Joven de 19 años, dispuesto a amar de verdad, desea correspondencia con chiquilla hasta de su misma edad, que sea amante, buena, cariñosa, muy seria e instruida. Prefiere de Linares al norte.

Deseo mantener correspondencia con el joven J. A. de «Las Salinas». Recuerde a la chiquilla de traje rojo y blanco a quien ya conoce y volvió a ver últimamente en la revista de gimnasia del Liceo de Viña. Conteste a su nombre completo, Correo 3, Valparaíso.

Eleanor B., Correo 5, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de Puerto Montt o Valdivia, de 20 a 25 años; moreno, simpático, de buen cuerpo y muy serio.

Cuatro chillanejas nada de peores y de corazones libres, buscan compañeros de 23 a 30 años, de buena familia, simpáticos y educados. Única condición: que no sean chicos ni gordos. Maud y Mirna son morenas; Lucy y Diva, rubias. Dirigirse, indicando preferencia, a Maud Diggles Silva, Correo, Chillán.

Irene Espinoza, Correo, Osorno.—Desea correspondencia con teniente de Ejército o Marina, sin vicios, fiel y cariñoso. Ella es muy amante de su hogar y desearía depositar en muy buen poder la inmensa ternura que alberga su alma.

Rosa y Violeta, Casilla 72, Osorno.—Amiguitas no mal parecidas, desean correspondencia con jóvenes serios, mayores de 30 años. Prefieren morenos, profesionales y simpáticos. Ruegan escribir por separado.

Clary M., Correo 13, Santiago.—Desea correspondencia con el joven chillanejo cuyo apellido es Andrés. Ojalá recuerde el baile de la Escuela Naval, para que, por asociación de ideas, piense en la chiquilla que él dijo tenía nombre de Emperatriz y ojos gigantes.

Gastón del Valle, Rancagua, Teniente «C».—Joven de 18 años, alto, ligeramente moreno, ojos pardos, ardientes y soñadores, desearía encontrar una nena de 15 a 17 años, simpática y educada, que le guste el cine, el baile y los bombones.

Mihayl Rancagua, Teniente, Sewel.—Joven de 22 años, físico agradable, alto de vasta cultura y enamorado de la buena música, desearía encontrar una chiquilla cariñosa y

sincera que sepa comprenderlo. Ojalá fuese morena, de ojos verdes, sociable y muy simpática.

Lucy Y. G., Correo, Viña del Mar.—Chiquilla de 19 años, pelo castaño, blanca, educada y con ansias de amar, desea correspondencia con joven que la supere en edad, de físico simpático, ojalá marino, de alma muy noble y dispuesto a corresponder con creces a quien le brindará su primer amor.

E. R., Correo, El Monte.—Desea correspondencia con un joven que conoció durante un viaje efectuado a Puente Alto, en tren de I. P. M. El se sentó a su lado y le habló mucho. Para más datos, en otra ocasión le siguió con un amigo hasta su casa, en V. Mackenna.

A. M.—Falta dirección. No se contesta por intermedio de la revista.

Gretchen, Correo, Talcahuano.—Desea un joven alto, delgado, pálido, frío, que ría irónico al confesarle el amor de que es objeto y responda con una mirada de odio al interrogarle si corresponde; que sea infeliz y, a pesar de todo, amable.

Gladys Gastón, Correo 3, Valparaíso.—Acepta gustosa correspondencia con el señor L. Klapp, y le desea feliz Pascua y Año Nuevo.

Olaf, Correo 2, Linares.—Desea correspondencia con señorita de 14 a 18 años. El tiene 18. La prefiere rubia, simpática y que sepa amar.

Clara Bow, Anita Page y Norma Shearer, calle Curicó 154, Antofagasta.—Desean correspondencia; las dos primeras, que tienen 20 años, con jóvenes de 25, morenos, simpáticos, ojos pardos, nobles y serios; la tercera, con uno de 23, rubio, de ojos verdes.

Clara Inés Palva, Pica, Cauquenes.—Para la consulta que nos hace, sírvase dirigirse a la Administración de «Zig-Zag».

Margarita Gauthier, Correo, Antofagasta.—Morena, de ojos verdes, muy simpática, de 18 años, desea correspondencia con el joven del Banco Anglo de ésta cuyo nombre es L. Arturo A.

Gabriela Genoveva García, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con el simpático chiquillo H. Banderas, que frecuenta mucho la Plaza Brasil. Le ruego dar-me su dirección para escribirle.

Rita Rey, Correo Principal, Valparaíso.—Chiquilla de 19 años, no del todo abandonada de la naturaleza, desea correspondencia con joven feo pero simpático. Buena situación económica y muy instruido.

Lucía la G. S. Correo 2, Valdivia.—Chiquilla de 18 años, morena, simpática, de silueta esbelta y elegante, que no ha amado nunca, desea correspondencia con joven de cualquier punto del país, prefiriendo a aquellos que acompañen fotografía.

M. Morandé, Correo 13, Santiago, desea correspondencia con el simpático Palma, a quien sus amigos apodan «El canario». Es de Chillán, y si alguno de sus compañeros ve estas líneas, le ruego transmitirlelas.

H. A. P. Correo 2, Presente.—Desea correspondencia, con fines serios, con señorita de 18 a 20 años, alta, esbelta, simpática, de nobles sentimientos, seria, sincera e instruida. Su edad es 22 años, alto, delgado y muy serio. Garantiza absoluta formalidad.

Lillan y Nelly, dos amiguitas, una rubia y

la otra morena, ambas muy simpáticas, desean correspondencia con jóvenes serios y desinteresados. La primera, lo desea trabajador y honrado; la segunda, moreno, alto y simpático. La edad de ambos es 19 años. Contestar a Lillan Ferrer, Correo 2, Santiago.

Clavel Blanco, Correo, Osorno.—Desearía saber si el estudiante de Medicina interno en un Hospital de Santiago, cuyo apellido empieza por R., quien la reconocerá por el pseudónimo, desea correspondencia con ella.

Niza Lafayette y Alex C., Correo 2, Temuco.—Desean correspondencia, la primera, con un joven de la Escuela Industrial de Concepción, cuyas iniciales son R. M. Ella es de regular estatura, blanca, de ojos azules. La segunda tiene 16 años, alta, de cuerpo esbelto; desea un joven de 17 a 20 años, ojalá moreno, de ojos negros.

Martha J. A., Correo 2, Santiago.—Desea correspondencia con el simpático teniente de Carabineros J. Salas R., actualmente en Puerto Montt. Seguramente no habrá olvidado a la chiquilla que lo acompañó durante los últimos días de su permanencia en ésta.

Dora Sammer y Viola Carter, Correo, Temuco.—Dos simpáticas chiquillas, desean correspondencia con jóvenes de 20 y 25 años, respectivamente. La primera lo prefiere militar y la segunda estudiante de Medicina.

Licha Araya C., Correo, Concepción, desea correspondencia con el simpático alemán, rubio, de ojos azules, Augusto Luket, O'Higgins esq. Colo-Colo.

Teddy, Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con señorita simpática, de 15 a 17 años, que sea, además, muy cariñosa y sincera. El es feo, pero muy educado y cariñoso.

María Ortúzar, Correo Central, Presente.—Desea correspondencia con J. Silva, teniente del «Lautaro».

Lucy y Stella, Casilla 115, Viña.—Rubia y morena, desean correspondencia con amigos o hermanos, de 23 a 32 años. La primera, lo desea alto, moreno, amante de los viajes. La otra, rubio, de ojos azules. Ambos han de ser cariñosos y de nobles sentimientos.

Carmela Lobos, Correo, Calera.—Sírvase dirigirse a la Administración de «Zig-Zag».

Felicia de Ríos.—No se contestan cartas privadamente. Lo haremos por medio de la revista.

Araune Larsen, Correo, Chillán.—Desea correspondencia con un joven cuyas iniciales son A. G. Trabaja en el fundo «Esperanza» en el Ramal de las Termas. Creo que me conoce, pues corresponde mis miradas.

Salvador S. M., Correo, Chillán.—Persona seria, educada, inteligente, desea contraer matrimonio con alguna lectora de «Para Todos» que posea dinero, esto, no por interés, sino para trabajar independientemente.

P. Alberto Salas, Hospital Naval, Valparaíso.—Marino de 2 años, cansado de las tempestades marinas, desea hallar en medio de la calma actual una hábil piloto que pueda gobernar el timón de su existencia y dulcifique sus horas de angustia.

Nena y Elsa, Talca.—Falta dirección. No se contesta por intermedio de la revista.

O. de la F., Correo, Talcahuano.—Rubia simpática, de 17 años, viste elegante, muy amante del cine, anhela correspondencia con joven de 18 a 25, marino o empleado.

Lupe Vélez, Correo Principal, Valparaíso.—Desea correspondencia con un Barry Norton, empleado en el Banco Español de Chile (Almendra), que estuvo bailando en la Unión de Empleados de Chile el 31 de noviembre. Estaba con dos compañeros, y creo que no le fui indiferente.

Robinson Fernández, Correo, Viña del Mar. Desearía correspondencia con una señorita a quien tuvo el honor de acompañar de «Las Salinas» hasta la Plaza Sotomayor, durante



Feliz Digestión

Compadezcamos a los dispépticos; su vida no es sino malestar, fatiga y tormento. O bien un pesado torpor los invade al levantarse de la mesa, quitándoles toda energía, o crueles dolores desgarradores le despedazan el estómago algunas horas después de haber comido. Si Ud. toma bicarbonato de sosa o magnesias, sus achaques desaparecerán un instante, pero volverán en seguida, puesto que estas substancias no son verdaderos antidisépticos. Por el contrario, las

PASTILLAS DIGESTIVAS THIERRY M. R.

le permitirán comer y digerir bien, dado que su acción es a la vez energética y duradera. Merced a las Pastillas THIERRY, no sentirá nunca más su estómago.

2 ó 3 pastillas después de las comidas, como digestivo.

1 ó 2, como calmante o digestivo en caso de dolor de estómago.

De venta en todas las farmacias.

A base de Magnesia, Potasio y Carbonato de Cal. Bicarbonato de Sosa y Bilecidos.

PASTILLAS DIGESTIVAS THIERRY

62, Avenue de Suffren, 82 - PARIS (XV)

la Colecta del mes pasado. Su nombre es Elena C.

C. D. B., Correo, Talca.—Falta dirección. No se contesta por intermedio de la revista.

Hilda Parsons L., Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con un ex alumno de la Escuela de Mecánica, que actualmente trabaja como armador en la Aviación Naval de Quintero. Su nombre es A. Muñoz L.

Flor del Campo, Correo 12, Santiago.—Sería, instruida, educada, desearía correspondencia con persona que reúna las mismas condiciones, no menor de 35 años.

Noel B. M., Casilla 1000, Valparaíso.—A nombre de varias amigas, me permito rogarle no publique en cada número de la revista su «ideal», que no consigue nunca, porque, según parece, su propósito es dedicarse a coleccionista de cartas femeninas. No se diga serio cuando en realidad no lo es.—Catty, Viña del Mar.

Iris P., Correo, Viña del Mar.—Morena, simpática, desea correspondencia con algún morenito de alma noble y corazón amante y sincero, para quien sabrá corresponder sobradamente.

L. R. M., Correo 2, Talcahuano.—18 primaveras; dije y muy educada, bastante seria, morena, de ojos verdes, desea correspondencia con joven de 20 a 24 años.

Chita E., Correo, Concepción.—Acepta correspondencia de A. Brown.

Alejandra.—Escriba nuevamente enviando dirección. No se admiten respuestas por intermedio de la revista.

Armida, Correo 4, Independencia, Santiago.—Desea correspondencia con un teniente que conoció en Tacna, quien le dió como recuerdo un botón de su guerrera. Su nombre es Humberto Medina P. Hace poco estaba en el Forestal.

Lila, Correo 3, Valparaíso.—Quisiera saber si René Gatica estaría dispuesto a ofenderle un poco de su amistad o mantener con ella grata correspondencia.

Leony J. y Franci M., Casilla 58, Traiguén.—Dos amigos, de 18 y 21 años, respectivamente, educados, simpáticos, de buena familia, desean amar y ser correspondidos por señoritas de corazón libre, bonito cuerpo, de 15 a 17 años, hermanas o amigas. Indispensable enviar foto.

H. Stanley, Correo, Concepción.—Rubio, ojos azules, educado, buena figura, 24 años, desea correspondencia con señorita de regular situación o viudita joven; prefiere morena, de lindos ojos y boca.

Thersell y Stella, Correo, Lota Alto.—La una, rubia, gentil y risueña; la otra, morena, de ojos verde mar, romántica. Ambas recién salidas del colegio, desean, durante las vacaciones, recibir amables cartas de jóvenes simpáticos y amables, que quieran dispensarles su incógnita amistad.

M. I. G., Correo, Concepción.—Desea correspondencia con un joven que vive en calle Barros Arana, entre Castellón y Freire; su nombre es Germán y su apellido principal por M.

Espera Esperanza, Correo 2, Valparaíso.—Desea ser correspondida por un médico que vive en la calle Victoria. Es rubio, blanco, pálido, algo gordo. Sus iniciales son H. R. F. El número de su auto es 1499. Le dirijo estas líneas porque reúno muchas condiciones que él sabrá apreciar.

Pelusa, Coronel.—Escriba, enviando dirección.

Ly Soto y Julia Hernández, Correo, Chillán.—Dos lindas chillanas, alegres y decididas, desean correspondencia con jóvenes de bigotitos, ojalá viudos y rubios.

O. S. M., Correo, Concepción.—Chica muy simpática, desea correspondencia con guardiamarina o civil, de cualquier punto del país. No mayor de 20 años, ni menor de 18.

E. A. Z., Potrerillos, La Mina.—Desea correspondencia con señorita de 18 a 20 años, serietica y simpática; la prefiero rubia.

Quela G. y Chita C., estudiantes, desean correspondencia con jóvenes de 18 a 20 años. La primera desea estudiante de agricultura, y la otra un estudiante como ella, muy simpático. Ojalá enviar foto.

Amparito Flores, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 20 a 25 años, alto, cariñoso. Ella tiene 18 años y aún no ha amado nunca.

Morenita Desgraciada, Correo, Linares.—Desea saber si el dueño de la Casa «La Reina» quisiera hablar con ella a la misma hora en que solían hacerlo en otro tiempo; se trata de un asunto de interés.

Margarita del Valle, Correo Principal, Concepción.—Desea correspondencia con joven de regular físico, de sentimientos nobles y muy amante. Ella es una morena muy dije y querendona. Preferiría extranjero, que no resida en Concepción. Agradecería enviar foto.

Llanquaray, Correo, Los Angeles.—Señorita en estado de tomar la vida en serio, con cierta cultura y no poco romanticismo, que habita en el campo, sin más compañía que algunos libros, desearía correspondencia con algún lector de «Para Todos», que sepa comprender la amargura de la soledad. Prefiere caballero de 35 a 45 años.

Ida y Mary Smith, Correo, Curicó.—Dos provincianas nada mal parecidas, una morena y la otra rubia, desean correspondencia con jóvenes serios, honorables, de preferencia profesionales y de buena situación.

Para Freddy, Teniente «C», Rancagua.—¡Qué equivocación más profunda he experimentado con usted! Creí hallar en usted un conjunto de espiritualidad y vasta cultura; y me he dado cuenta de mi profundo error. Luego de conocer detalles, guarda el más inexplicable silencio. No me resta sino agradecer su comportamiento y reconocer que es sólo digno de usted.—F.

Teresa Bustos, Correo, Linares.—Desea correspondencia con el simpático joven que es campeón ciclista de Concepción, cuyo nombre es Emilio. Si fuera tan amable, le agradecería escribirme cuatro letras.

A. C. S., para E. M. X., Correo, Linares.—Rubia encantadora, de lindo cuerpo, desea correspondencia con estudiante de Medicina, Leyes o Dentística, próximo a recibirse.

Kena y Kika Ugarte, Correo, Chillán.—Dos simpáticas chillanejas desean correspondencia con chiquillos altos, morenos, que sepan querer. La primera es alta, delgada, ojos negros; la otra, blanca, pálida, ojos verdes.

Arthur Eyzaguirre, Taltal.—Joven de 30 años, de muy buenos sentimientos, sencillo, trabajador, de situación holgada, desea correspondencia con señorita de 25 a 30 años, seria, franca, simpática y noble. Absoluta reserva y formalidad.

L. F. A. Correo, La Mina, Potrerillos.—Desea saber de Esterita Ravelt, que vivía en Población «La Fuente», Chillán. Ojalá recuerde al rubio que estuvo en su casa dos meses y que conoció en San Fernando.

Dalila Lila, Correo, Linares.—Desea amistad sincera con joven de 20 a 25 años, de ésta o alrededores. Es pobre; de consiguiente, pide amistad desinteresada.

Amaraga de la Vida, Correo 6, Valparaíso.—Alma sentimental, no modernista, sincera y honorable, busca amigo, ojalá extranjero, de 38 a 50 años, para que, con su correspondencia, alegre su vida de continuos sufrimientos.

Cecilia Vial, Casilla 5563, Correo 6, Santiago.—Chiquilla simpática, que no ha flirtado nunca, desea un profesor que le dedique bastantes horas durante las vacaciones, para entrenarla primero por carta. Quiere que el tal maestro sea sincero y muy serio, mayor de 23 años.

Morena de 20 años, dispuesta a amar de todo corazón, desea correspondencia con joven de 28 a 30 años, de buena familia y nobles sentimientos, además, muy cariñoso. Ojalá fuera marino.—Marina, Correo Central, Santiago.

Melida Cruz, Correo 2, Valparaíso.—Por-

teña, alegre y educada, de 20 años, desea conocer joven simpático, ojalá extranjero, mayor de 25 años.

Dinca Zullé, Correo, Antofagasta.—Desea correspondencia con el simpático rubio, de ojos azules, César Palacios, alférez de la Escuela Militar.

Limachino, Correo, Limache.—Desea ardentemente correspondencia con una señorita que conoció de vista el día 26 de diciembre en circunstancias que viajaba en un tren ordinario. Subió en El Salto y bajó en Quilpué; el único detalle por el cual podría

Si usted parece
de más edad de la que tiene es porque así lo quiere.
Bastaría una sola aplicación de la
Tintura
Francois
INSTANTANEA
M. R.
para que su cabello o bigote canosos recuperen en algunos minutos el color natural de la juventud, sea
NEGRO,
CASTAÑO OSCURO,
CASTAÑO,
Y CASTAÑO CLARO
Se vende en todas las farmacias.
Autorización Dirección General de Sanidad.—Decreto N.º 2505.



La crema VYTT es un Depilatorio Inglés único en calidad para hacer desaparecer el pelo superfluo. Sólo una delgada capa de VYTT sobre el vello y éste desaparecerá en unos pocos minutos.
VYTT se remite por correo, enviando \$ 7.50 en sellos o giro postal a L. J. Webb, Casilla, 1161, Santiago. También se vende en todas las boticas y perfumerías, a \$ 6.50.
Base: Calcium Sulphhydrate, Carbona Almidón, Perfume, Agua. M. R.
VYTT

conocerme es el hecho de haber recogido su botina, que se le cayó al bajar. Pueda que el tal detalle la haga recordar al militar que se sentó a su lado, sin lograr llamar su atención.

Viviana de Stalldiff, Correo Central, Santiago, desea correspondencia con señor de cualquier físico, de 25 a 50 años, caballero, de buena presencia y muy buena situación. Ella es modesta, honorable, morena, simpática, de 23 años, alta, buen cuerpo, educada, seria y muy sincera, carácter alegre y aficionada a la lectura, cine y deportes.

Laura Gutiérrez F., Correo, Concepción.—Señorita de 27 años, buena presencia, amante, educada, sincera y buena dueña de casa, desea encontrar soltero o viudo, de 30 a 35 años, educado, serio y de buena situación económica, para mantener correspondencia, con fines matrimoniales.

Sergio de la Cruz, San Martín 265, Linares.—No habrá entre las lectoras de este Consultorio una muchachita sencilla y buena que sepa amar apasionadamente, para adueñarse de mi corazón? La prefiero de 17 a 20 años, y debo agregar que con fines serios. Ruego enviar foto y datos personales.

Ana y Adriana Rodríguez, Correo Principal, Valparaíso.—Chiquillas de 16 y 17 primaveras, muy serias y de familia honorable, desean correspondencia con jóvenes no mayores de 21 años, que reúnan iguales condiciones.

R. Somodevilla D., Batallón de Comunicaciones, Santiago.—Joven militar desea correspondencia con jovencita de 17 a 19 años, romántica y buena, poseedora de un corazón amante. El tiene 20 años y es moreno, muy simpático.

Charito Allende, Correo, Recreo.—Desea correspondencia con cadete militar que frecuente Recreo en las vacaciones. Ella tiene 15 años y es una morochita simpática, de buen cuerpo y familia honorable.

Consuelo Salas, Correo, Recreo.—Desea correspondencia con joven santiaguino, no mayor de 17 años, de buena familia y simpático; amigo del baile y de todo cuanto invite a la felicidad, a la alegría de vivir.

Diana de los Ensueños, Hacienda Calleque, Estación Perallillo.—Preciosa chiquilla, alta, rubia, de lindos rizos, ojos azules y hermosas piernas, desea correspondencia con joven estudiante santiaguino. Indispensable enviar foto, sin cuyo requisito no se contestan cartas.

Carnet 142778, Valparaíso, Correo 6.—Me

agradaría encontrar señorita de esta o alrededores, de 23 a 25 años, de físico agradable, buen carácter y temperamento alegre. Se trata de amistad seria, con fines matrimoniales.

Betty Hansson.—Falta dirección. En lo sucesivo, no se contestará ninguna carta por intermedio de la revista; es indispensable enviar dirección.

Caperucita Roja, Correo San Javier.—Desea correspondencia con el simpático joven que vive en la Avenida Estación, cuyas iniciales son R. M. Ella no es bonita, pero, sí, poseedora de una silueta esbelta; es muy cariñosa, y por tales datos cree pueda él contestarle.

E. Sepúlveda G., Santiago.—Para todos los asuntos relacionados con la revista, debe dirigirse a la Administración de «Zig-Zag».

Nena, Correo 3, Valparaíso.—Diríjase a este mismo señor, a quien usted contesta en la carta que nos envía.

Irma Rivera S., Correo Central, Santiago.—Morena de 23 años, alta, delgada, muy seria, desea correspondencia con joven de 25 a 35 años, no importa el físico, pero que tenga alguna situación.

Raquel Prieto, Correo, Villa Alemana.—Desea conocer dueño de hacienda o fundo, trabajador y educado, de carácter afable. Ella es una simpática morocha de 17 años, bastante atractiva, amante del campo y de los paseos a caballo. Ruega enviar foto.

E. E. R. T. — R. de M. — I. C. V. y J. K. S. D., Casilla 86, Lota Bajo.—Cuatro simpáticas lottinas, desean escribirse con jóvenes mayores de 20 y menores de 50, amantes del trabajo y muy sinceros.

Floretta del Campo, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con un simpático solterón que conoció el año pasado en una de las plazas de este puerto. Trabaja en la Empresa de Agua Potable. Sus iniciales son A. G. Siempre va con un amigo que viste de negro.

Flor del Valle, Correo, Curicó.—Chiquilla de 17 años, muy dije, de buen corazón y poseedora de fortuna, desea conocer compañero que la lleve pronto al altar. Corre con todos los gastos.

Norma X. M., Correo, Curicó.—Chiquilla de 19 años, delgadita, bastante bonita y rica; prolija, sencilla y delicada, amante del hogar y de la música, sin otro deseo que encontrar un compañero serio, educado y de muy buenos sentimientos, se dirige a los lectores por si entre ellos existe el que ella

se figura encontrar. No importa mucho su físico y situación, pero, sí, lo desea muy extremadamente sincero.

A. Alvarado A., Casilla 352, Magallanes.—Joven de 26 años, empleado en el campo, desea correspondencia con alguna simpática lectora de la revista «Para Todos», que no sea mal parecida, cariñosa y muy señorita. Se ruega enviar foto.

Nena, Casilla 266, Tomé.—Ansiosa espera carta de «Dentadura Luminosa», con impresiones del viaje.

Madame Stael, Correo 3.—Falta dirección.

Mirto, Correo Coltauco.—Chiquilla rubia, alta, de 16 primaveras, desea correspondencia con chiquillo no mayor de 25 años, sincero y de nobles sentimientos.

Guido da Verona, Teniente «C», Rancagua.—Desea correspondencia con una joven de 20 a 22 años, simpática, instruida, y de buena posición social. Debe enviar foto.

Carnet 1.065.201.—Falta dirección.

G. C. Casilla 135, Puerto Varas.—Profesional de porvenir, radicado en el sur por asuntos de su profesión, desea conocer señorita no mayor de 20 años, de buena familia, si es posible extranjera, pero no rubia. Lo esencial de su aspiración es que sea muy instruida compatible con espíritu soñador y romántico.

Oly Day, Correo Central, Concepción.—Rubia, simpática, amante del baile, cine y deportes, desea correspondencia con guardiamarina de Talcahuano o Valparaíso, que reúna idénticas condiciones.

Nena Vanzetti Casilla 1883, Valparaíso.—Desea correspondencia con portero, de 20 a 30 años, de buena presencia, respetuoso, educado y de carácter alegre.

Norma, Martha, Inés y Nora, Correo 2, Valparaíso.—Cuatro pibas bastante atractivas, alumnas de un hospital de la localidad, por consiguiente serias y educadas, desean correspondencia y amistad con jóvenes de buena presencia, admiradores de todo lo bello, serios y capaces de alegrar sus corazones. Ojalá posean algún capital, en previsión de futuros acontecimientos. Los prefieren marinos.

Gracia C. C., Correo 1, Valparaíso.—Nena de 16 años, de regular estatura, algo simpática muy amable y sincera desea correspondencia con joven no menor de 18 años, que sea muy caballero y respetuoso, sobre todo de buena posición, para pensar en formar un hogar bien constituido.

Pensamiento, Correo, Talca.—El nombre que usted envía es incompleto.

Kiss of Love, Correo, Talca.—Desea saber si la simpática señorita Mercedes Bustos, que conoció en febrero del año 26, reside en Chillán. Ella debe recordar su nombre por haber enviado una carta.

Violeta Ramírez, Correo, Parral.—Desea correspondencia con un simpático viudito, empleado en el Correo de San Carlos. Su nombre es Manuel. Ella es la chiquilla de verde a quien él tanto miraba.

Julio C. de Normarchea, Correo 3, Santiago.—Un Valentino de 26 años, trabajador, inteligente, de noble origen, se ofrece como candidato a marido de señorita inteligente, simpática y que tenga dinero.

Mina Sacco, Casilla 1883, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 25 a 30 años, educado, simpático y muy respetuoso. En cuanto a mí, daré datos de mi persona tan pronto reciba una carta que me saque de las torturas de una infame y reciente traición.

Don Q., Casilla 1156, Concepción.—Desea correspondencia con la señorita que se sentó cerca de él el día lunes 16 en el T. S. M. ¿Se recordará de la flor de don Q. y la conservará Dolores?

Chabela S., Correo, Chillán.—Desea correspondencia con un chiquillo alto, de 18 años, moreno, simpático, que no sea



LA NEURINASE

M. R.

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE
contra : Insomnio, Neurastenia, Neuralgias,
Lasitud, Ideas negras, Contracciones nerviosas,
Trastornos de la edad crítica,
Palpitaciones, Convulsiones, etc.

(A base de Valeriana fresca)

RAYMOND COLLIÈRE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



Neurinase
A cada hora
del día

pretencioso, pero, sí, muy inteligente. Ella es alta, morena, de ojos negros, edad 17 años, y se sentiría feliz de llamar la atención de algún simpático lectorito.

J. O. Mac Kellar, Casilla 34, Valparaíso.—Dos jóvenes porteños amantes del cine, desearían amistad con simpáticas señoritas porteñas, ojales rubias, de ojos azules, no mayores de 18 años.

Nanita, Correo 2, Valparaíso.—Muy simpática, próxima a cumplir los 23 años, desea encontrar un hombre de 25 a 30, bueno, afectuoso, respetuoso, y que sepa endulzar la vida de esta Nanita que aún no conoce el amor.

Dolly Barros M., Correo 5, Santiago.—De 17 primaveras, blanca, pelo castaño, ojos claros, seria y sincera, aficionada a la música, desea correspondencia con algún marino, de 18 a 25 años. Su físico es cosa secundaria; eso sí, debe ser cariñoso y sincero.

Matilde Gingsins B., Victoria.—Para todo lo relacionado con suscripciones y demás, propios de la revista, debe dirigirse a la Empresa "Zig-Zag".

I. D. L. V., Oficina San Pedro, Iquique.—Joven de 24 años, aficionado a la literatura, desea correspondencia con señorita instruida, ojale de Curicó. El tiene muy buena presencia.

Fanny C.—Admira a un joven que vive en Arturo Prat. Sus iniciales son M. P. El parece no ser indiferente al tal admiración, pues corresponde sus miradas, pero, acaso no me reconocerá.

Blanca Valenzuela, Correo 7, Santiago.—Desearía correspondencia con un joven de alma noble y sencilla, cariñoso y agradable, que sepa alegrar un corazón huérfano de afectos. Su físico no me interesa; debe tener de 18 a 23 años.

X. X.—Falta dirección.

Pez Volador, «Almirante Condell», Talcahuano.—Marinero, desea correspondencia con señorita de 20 a 25 años, con fines matrimoniales; cuenta, para ello, con una posición holgada y un gran corazón.

Sylvia Dargen, Victoria, Correo.—Desearía correspondencia con el cajero de la Caja de Ahorros de ésta, recientemente venido de Curicó. Sus iniciales son E. L.

Marcela, Correo, Talca.—Desearía saber del simpático talcahuano que desempeña el cargo de Agente del Banco de Talca en San Carlos.—Su admiradora.

O. S. G., Correo 2, Valparaíso.—Desearía correspondencia con el simpático oficialito del primer Escuadrón de facción en Playa Ancha, a quien conoció en un cine de barrio en la vermouth del domingo 15, siendo acompañada por él hasta las proximidades de su casa. Sus iniciales son E. V.

Norma y Pola Gigli, de 15 y 17 años, respectivamente, desean correspondencia con jovencitos de 17 a 21 años. La primera lo prefiere rubio, y la otra moreno. Correo 2, Chillán.

Ruth G. R., Correo, Magallanes.—Pebeta de 17 años, de regular estatura, delgada, simpática, ojos soñadores, excelente dueña de casa y de cocina, desea amistad, con fines matrimoniales, con joven de 22 a 24 años, simpático, cariñoso y de buena situación. Ojale de Santiago.

Lala Rukh, Correo, Chillán.—Deseo relaciones, con fines matrimoniales, con algún gringuito de las salitreras. Lo deseo alto, feo, mayor de 30 años. Soy rubia, alta, delgada, de 23 años; soy rica y muy simpática.

Desearía que esta revista fuera portadora de la expresión sincera de mi simpatía al nunca olvidado amigo Bernardo Cameratti C., actualmente en Cauquenes.

Walter W., Casilla 2110, Santiago.—Joven extranjero, desea correspondencia con señorita de 18 a 20 años, simpática, de familia distinguida, que posea un corazón generoso y una atractiva figura. Ojale en Santiago o alrededores, para tener el placer de verla algunas veces.

Eugenia Guevara, Correo, Chillán.—18 años, alta, bonita figura, cabello rubio, ondulado, ojos grandes y expresivos, buena dueña de casa, desea correspondencia con joven de 25 a 30 años, que reúna iguales condiciones, en lo que pueda referirse a simpatía. Colmaría su ambición si fuera agricultor o doctor.

Nina Cerda, Correo Central, Temuco.—Chiquilla de regular estatura pálida, ojos claros, pelo castaño, muy distinguida, católica, desea correspondencia con joven simpático, sincero, culto, que posea una profesión, amante de la música y el cine.

E. V. B., Correo, Cauquenes.—Morena, alta, delgada, de 17 primaveras, desea correspondencia con joven amante del cine y del deporte.

Barón de la Sota, Casilla 12, Polpaico.—Desearía correspondencia con viudita o señorita de 30 a 35 años; aunque no sea bonita ni adinerada, pero, sí, que tenga nobleza de alma y corazón caritativo. Absoluta reserva.

V. C. O., Correo Central, Concepción.—Joven trigueño, de 23 años, honorable, buena presencia y situación, de carácter sencillo y amoldable, desea correspondencia con señorita honorable, educada, buena dueña de casa y comprensiva.

Gloria, Gladys y Norma, Correo, San Rafael.—15, 16, y 17 años, respectivamente, desean correspondencia con marinos de 20 a 25 años, elegantes y educados.

R. M. P., Correo Central, Talcahuano.—Interesante viuda de 30 años, de familia honorable, desea correspondencia con señor de 40 a 45 años, de buena situación económica.

Bobs y Babs, Correo, Puerto Montt.—Chiquillas de 17 años desean entregar su corazón a jóvenes de 20 a 25 que, junto con una gran simpatía, posean una buena situación social y económica como la de ellas.

E. Silva, Freire 721, Concepción.—Joven moreno, alto, simpático, buena presencia, desea correspondencia con chiquilla de 17 a 23 años, de corazón libre y cariñoso.

Lala Etquin, Casilla 299, Chillán.—Desearía correspondencia con un hombre simpático y cariñoso, de 30 años; ella tiene 22, es simpática y romántica.

L. L., Correo, Copiapó.—Desearía correspondencia con joven educado, regular estatura, físico agradable, situación holgada, amante del cine y la música.

A. F. Correo, Copiapó.—Desearía correspondencia con joven instruido, de buena situación, regular estatura, hasta de 30 años.

H. Coronel, desea saber por qué no le contesta B. Traverso, a quien escribió, sin obtener respuesta.

J. F. Santibáñez.—Falta dirección.

T. B. C. y Kiss Mé.—15 y 25 años, respectivamente, ambas morenitas, de ojos negros, buscan entre los lectores dos amigos sinceros de cualquier punto, pero prefiriendo de su pueblo. Correo 3, Valparaíso.

Adelin Andrews, Correo 5, Santiago.—Señorita instruida, desea correspondencia no sentimental con joven que sepa inglés y alemán, ojale extranjero y profesional, que haya viajado y cuya edad sea de 38 a 40 años.

Emma y Pila Argandoña, Correo, Miraflores.—Hermanas de 17 y 18 años, simpáticas, actualmente veraneando en ésta, desean correspondencia con militares o marinos.

Calavera, Casilla 1075, Concepción.—Desearía correspondencia con chica no mayor de 22 años, que sea viva y palomilla, que guste de divertirse. El es todo un caballero estilo Adolfo Menjou. Alto, delgado, rubio, ojos verdes.

Flor de Lys, Correo Central, Valdivia.—Chiquilla de 15 primaveras, simpática, que toca admirablemente el piano, desea correspondencia con estudiante de Leyes de primer año.

Flor Urzúa, Correo Central, Valdivia.—Chiquilla ilustrada, de físico regular, desea

correspondencia con estudiante o agricultor, muy cariñoso.

Sonia Morel, Correo Central, Valdivia.—Desearía correspondencia con un dentista cuyas iniciales son R. M. M., a quien cree en un tiempo no le fue indiferente; según cree, está actualmente en Santiago. Ojale recuerde a una suñena que no lo olvida.

Ruth Taylor.—Falta dirección.

Ojos Soñadores, Correo, San Javier.—Desearía correspondencia con el chiquillo que maneja el auto número 90 de esta ciudad. Su nombre es René C. A.

H. G. y M. Q., Casilla 724, Correo, Talcahuano.—Dos jóvenes marinos (no oficiales), ambos de 18 años, de físico agradable y corazón libre, desearios de amar, desearían correspondencia con palomitas hasta de 19 años que se encuentren en iguales condiciones de espíritu. Ojale enviar foto y especificar predilección.

Norman Nontana, Correo, Puente Alto.—Joven de 20 años, rubio, alto, de buena figura, desea encontrar, por intermedio de esta simpática revista, una agradable compañera sincera y amable, a quien anhela amar con locura.

G. S. P.—Correo Central Santiago.—Desearía tener noticias de su estimado amigo Pablo Willis, que anda en jira por el Sur del país. Llegue hasta él la expresión más sincera de su simpatía y un afectuoso saludo.

Greta Garbo.—Empedernida neurasténica condenada a la soledad, y la angustia de exigir demasiado a la vida tal vez por ser encantadora, desea hallar por intermedio de la Revista en que escribe estas líneas, un librador en la persona de un joven de 28 a 35 años, buenmozo, simpático, inteligente, sincero, leal y de buena situación.

Palomita Blanca.—Desearía saber del artista de la Compañía Sánchez Osorio, cuyas iniciales son A. C. Q., si él desea volver a escribirle, que dirija sus cartas al verdadero nombre que él conoce.

A. Sofrán.—Casilla 11 Iquique.—Extranjero de regular estatura, de 26 años, con buena profesión y situación, alegre y educado, desea correspondencia con señorita de buena familia y situación que piense en el porvenir. Indispensable enviar foto.

Norka Rivolki.—Correo 3 Valparaíso.—De 26 años, simpática, con mucha experiencia de la vida y algo aburrida de ella, desea correspondencia con joven de buena familia, de 30 a 40 años. No importa condiciones secundarias, sólo pide sinceridad.

Una Olvidada de los Dioses.—Correo 1 Valparaíso.—Desearía hacer saber a un señor que tiene un negocio de música en Av. Pedro Montt, que hay una chica algo interesante que se interesa por un joven alto delgado, moreno pálido, de mirada dulce, con quien quisiera mantener correspondencia.

A Héctor Prajoux, Dentista Valparaíso.—Una amiga de la infancia, que lo fue también de su madre, a quien quiso mucho, desea ardientemente conocer su dirección para escribirle y tener noticias de ustedes. Le ruego encarecidamente escribir a casilla 1835, G. S. P.

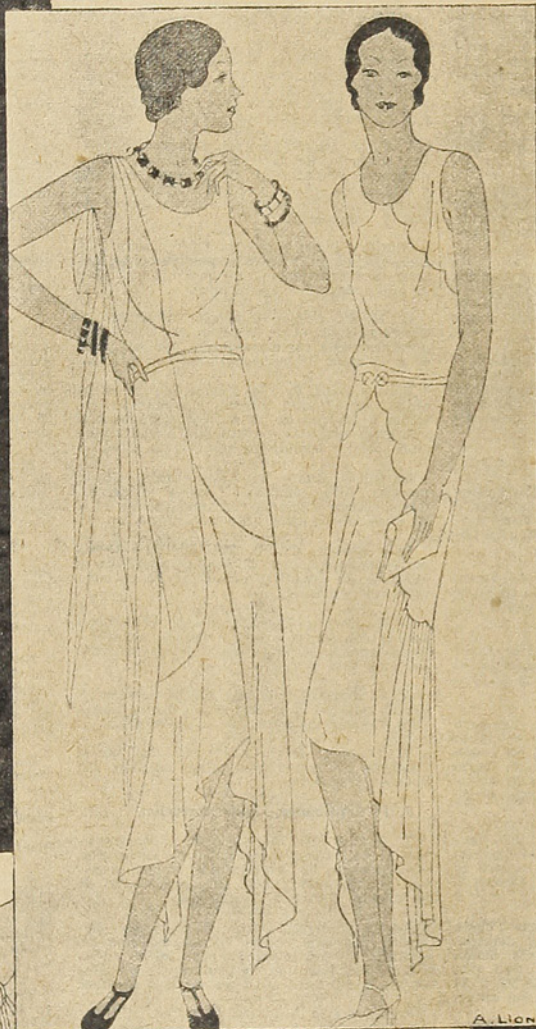
Vivo solo... Quiero motivar mi vida. Pero, el amor sólo tiene una alborada de felicidad que dura un breve tiempo y se extingue y va a caer exánime en un crepúsculo tenebroso de dudas, angustias y recelos. Entonces ¿Amistad? Es tan bella que no creo en su existencia; me parece tan irrealizable como la consecución del ideal con que deliro. ¿Habrá quién pueda demostrarme la inestabilidad de mis suposiciones, la realidad de lo que niego? Intentadlo, si os interesa. Alma huérfana de afectos. Consultorio Sentimental, o Correo Central, Santiago.

Amiga de Ayer.—Correo Central Santiago.—Saluda muy atentamente a su simpático y buen amigo Vicente Otero V. y le desea la más completa felicidad en la fecha que él espera impaciente, hacia la que se encamina con la serenidad que imprime la conciencia de haber obrado siempre con rectitud.

Vestido blanco para la noche



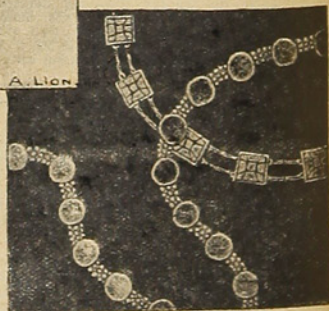
1. Crêpe Georgette. El corpiño y la parte baja de la pollera son hechos de vuelos en forma



2. Tchínacrepe. Plezas, cortes y nudo partiendo del hombro derecho. Falda irregular.

3. Crepe satin mate brillante. Falda montada sobre pliegues. Puntas simétricas a ambos lados.

ACCESORIOS. — Saco de noche en motré blanco, con pespuntos de plata. Chaqueta en crepe blanco anudada adelante. Flores y collares.



Para las señoras que juegan e invitan a jugar

Una "soirée" no suele ser completa, cuando en un rincón del salón, se baile o no se baile o en una habitación especial y tranquila, no se organizan mesas de bridge.

Es preciso ofrecer los placeres del juego a aquéllos a quienes no tienta el foxtrot ni el charleston.

Hemos dicho el bridge porque es un juego que se ha hecho clásico, un juego que apasiona a numerosas gentes, pero naturalmente que es preciso dejar que los invitados elijan el juego que más les complace, y que no podemos impedirles que jueguen póker o rocambo, si este es el juego que más les agrada.

Sin embargo, una ama de casa que sabe vivir, procura evitar los juegos de azar, a fin de evitarse el sentimiento de pensar que, bajo su techo sus amigos se arriesgan a perder sumas, aunque ellas sean mínimas. Con un poco de autoridad y mucho tacto, logra imponer el juego que a ella le parezca más divertido y menos peligroso. Cuando sus invitados estén sentados en sus mesas, es necesario que ella mire de cuando en cuando en torno suyo, para que se imponga si algún invitado se ausenta o se marcha para que ella ocupe su lugar sin interrumpir ningún partido. Debe velar también que la mejor armonía reine entre los jugadores. A veces estos se muestran irritables y nerviosos y se dejan llevar de sus impulsos hasta el extremo de cambiar palabras inconvenientes con sus adversarios, lo que entre paréntesis demuestra muy mala educación.

La dueña de casa debe reírlos dulcemente y procurar a toda costa mantener la paz, pero si se muestran recalitrantes e insisten en mostrar una fisonomía convulsionada por la cólera, por cualquier causa baladí o porque están perdiendo su juego, lo que ya es de una suma inconveniencia, el ama de casa no debe volver a invitarlos a reuniones de juego. No hay más remedio para tales gentes, ya que no es posible el convertir una sala de juego en una casa, donde no se mira sino como un placer inocente en una continuada reyerta.

El tapiz verde, símbolo del juego, debe estar tendido sobre las mesas dispuestas, sea en un rincón del salón, o como lo hemos dicho, es preferible en una habitación contigua. Naturalmente aquí no hablamos de reuniones donde sólo se juega bridge: en este género de reuniones, las mesas van colocadas forzosamente en el salón. Cada mesa debe ir cubierta del famoso tapiz verde y estar muy alumbrada en bien de los jugadores, sobre todo de los cortos de vista. Un cenicero para cada dos personas, fósforos, etc., completarán el ajuar de cada mesa de juego. Los naipes deben ser nuevos o estar por lo menos flamantes.

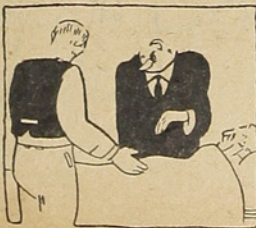
Hoy día se venden pequeñas mesas plegables y livianas que son extremadamente prácticas, porque se puede, cuando los invitados han cesado de ocuparlas, colocarlas en un rincón, donde dejarán de servir de estorbo. En los círculos y casinos y en todas partes donde se juega a las cartas con gentes que no se conocen, es costumbre imprescindible, renovar las cartas a cada partido. En una casa particular, este cuidado sería una ofensa para los invitados y muy oneroso para la dueña de casa.

Cuando llega el momento de ofrecer el té o una bebida cualquiera, no se exige a los invitados que dejen su juego para dirigirse al comedor, sino que se les consulta qué quieren beber, en frases breves y evitando distraerlos, y se les lleva lo pedido al sitio mismo en que están jugando. Estas atenciones con los invitados, parecen excesivas, pero es una manera del "savoir vivre", que requiere que nuestros invitados se muestren contentos lo más posible bajo nuestro techo. A menudo, un jugador o jugadora de bridge olvida cuidados graves y quizás penas. En la afiebrada vida de nuestros contemporáneos, una partida de cartas, lograda en casa de amigos hospitalarios y bien educados, representa un incomparable reposo.

MARGARITA MORENO.

—Siga dándole lo que le receté ayer para la calentura. Hay que evitar que llegue a los cuarenta.

—Pues usted verá lo que hace, doctor, porque los cumple pasado mañana.



Como el perfume de las flores...
Por su pureza, indicado para el cuidado del cutis.

JABON
DE
ROSS
Certificado Puro
M. R.

La moda Interesante



1. MARTIAL Y ARMAND.—Vestido de crespón de China beige guarnecido de calados y bandas plisadas.

2. DOEUILLET.—Vestido de crespón georgette. Volantes adornados a los lados.

3. SUZ TALBOT.—Vestido de muselina estampada; volantes irregulares.

4. SUZ TALBOT.—Vestido de muselina estampada de diferentes tonos. Falda plisada.

5. POIRET.—Vestido de crespón georgette. Pequeña chaqueta bordada de fantasía.

Consejos del Doctor

Los cuatro períodos de la infancia

El doctor Moriquand, profesor de clínica infantil en Lyon, en una lección que se hizo célebre, estableció una teoría bastante seductora acerca de la patología de la infancia.

Yo os la señalo, porque ella os indicará los peligros especiales que amenazan al niño según su edad, y porque al mismo tiempo, ella os señalará los puntos que hay que particularmente atender en el organismo del niño.

El niño enfermo, según esta teoría, atraviesa cuatro períodos diferentes.

1.º La edad digestiva. Prácticamente, son los primeros seis meses de la vida. El bebé, que sufre entonces un crecimiento formidable, no experimenta otra cosa fuera de necesidades alimenticias, y estas enfermedades son casi siempre de origen digestivo.

2.º La edad ósea. Comienza desde los seis meses y puede considerarse terminada a los dos años. Es el período del raquitismo.

3.º La edad infecciosa. El niño comienza a moverse por sí mismo y multiplica las posibilidades de contagio. Entonces aparecen todas las enfermedades infecciosas. La roseola, la escarlatina, la varicela, la difteria, etc. y la peor de todas, la tuberculosis. Este período es largo. Comprende casi toda la duración de la infancia. Más o menos desde los dos hasta los once años.

4.º La edad endocrina. Esta fase corresponde a la formación. Vosotras sabéis, que hay escondidas en el fondo de nuestro organismo glándulas internas, cuya secreción es necesaria al desarrollo y a la vida del cuerpo.

La menor insuficiencia de estas secreciones, a la más pequeña exageración, se señalan por trastornos, malformaciones o decadencias físicas. Se ensaya entonces de devolver a nuestros tejidos los que les falta, por lo que se llama la medicación opoterápica, es decir, se hace tomar al joven enfermo, extractos de estas glándulas.

Tales son los cuatro períodos de la vida del niño enfermo. Yo he dicho que esto es una teoría. En efecto, resulta un poco esquemática, porque prácticamente estas edades se confunden unas con las otras. La edad ósea, por ejemplo, no es sólo la edad del bebé. De 11 a 15 años, el esqueleto sufre un trabajo que le hace vulnerable a las infecciones y a las malformaciones. ¿Y está nadie seguro de que la influencia de las glándulas endocrinas no exista desde el nacimiento?

Sin embargo, repito, esta clasificación un poco arbitraria, tiene la ventaja de fijar en el espíritu los puntos amenazados en el organismo del niño, y por consecuencia, es conveniente que atraigan por este lado, vuestra vigilante atención.

DR. A. THIBAUT.

LA DISCRECION

Consejos a las Señoritas

¿Cuántas cosas contiene esta al parecer insignificante palabra!

¿Y cuánta ocasión nos da de meditar en ella en toda edad y en toda situación!

¿Cuántas veces una mamá reclama insistentemente la discreción de sus hijos, cuando ellos molestan a una persona mayor con sus terribles preguntas e inacabables charlas!

Ustedes deben saberlo, hermanitas mayores. La mejor manera de refrenar esos egoísmos incipientes, es la firmeza y la dulzura.

No dejéis de hacer notar a Juanita o a Carlos, la buena conducta de otro niño cualquiera de su edad. Este ejemplo suele valer por mil reprimendas.

Más tarde el chico del liceo o la colegiala, están dispuestos únicamente a ensordecer la casa con el relato de hasta sus más insignificantes sucesos. Los matches del uno, las toilettes o las composiciones de la otra, no tienen nunca, según ellos, testigos suficientes. A veces resulta muy difícil destruir las pretensiones. Es terrible, “me has visto eso, me has visto lo otro” cuando se tienen catorce años.

¿Y la horripilante manía de la muchachita que se sienta al piano y hace suceder los vales a los rondos sin que nadie pueda detenerla!

¡No hay nada más desagradable que esos pequeños loros que se entremeten en todo, que se inmiscuyen por todas partes. No hay tiranos más espantosos!

En cambio, qué agradables resultan los muchachos discretos y reservados, siempre dispuestos a servir a los demás, pero que saben no preguntar a izquierda y derecha, responden cuando se les pregunta y permanecen ignorados cuando nadie fija la atención sobre ellos.

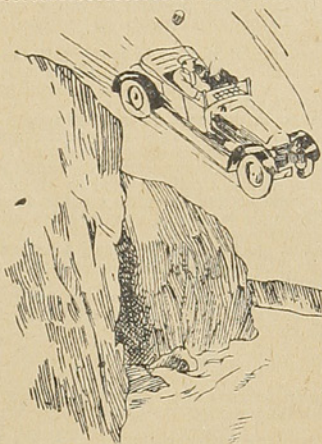
No hay que suponer que un niño discreto es un niño que se esfuerza en serlo y que por ello se perjudica algo de su naturalidad y espontaneidad.

La modestia es lo natural en la infancia y nada ganan con mostrarse audaces e insolentes.

El tupé no es propio de tan corta edad. Revela un orgullo immoderado, mientras que la discreción nace del corazón.

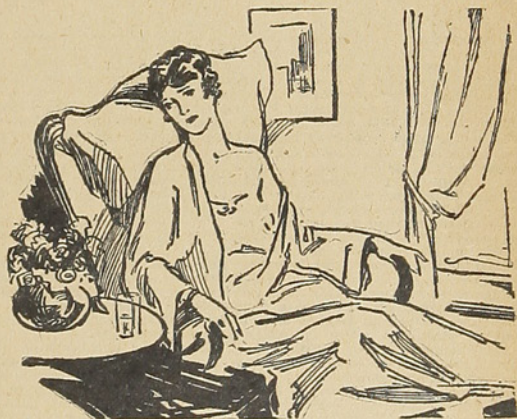
Esta cualidad sencillamente femenina, confesémoslo, se va haciendo cada vez más rara. La discreción bien comprendida, la reserva inteligente, el olvido de sí, son otras tantas flores suaves, que perfumarán vuestros diez y ocho años, señorita.

ZINE.



EL NUEVO RICO

—No importa que se haga añicos: tengo otros dos en casa.



Los Dolores Físicos Desmejoran, Afean y Envejecen

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

Quita instantáneamente los fuertes dolores del período menstrual de la mujer, que tanto la debilitan, privándola de entregarse a sus tareas domésticas y sociales. Estos sufrimientos son completamente innecesarios, porque con las tabletas de FENALGINA se quitan en seguida. Toda mujer que experimente dolores por esta causa durante el período, debe tener siempre al alcance de su mano las tabletas FENALGINA. Centenares de miles las toman cada vez que se sienten mal. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. ES INOFENSIVA.

NO ACEPTÉ SUSTITUTOS.

ELIJA QUE LE DEN

FENALGINA
(FENALGINAT)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbó-amoniada.
Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.
Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

La Gaceta de París

Revistas.—Jamás se dirá bastante de lo que el arte y las modas deben al music-hall.

En escenarios como el Casino de París, las Folies Bergères, son las inspiradoras generosas de las elegancias del día. ¿Qué de cuadros lujosos y raras suntuosidades! El traje de una vedette cuesta muchos millones y cada decoración vale una fortuna.

Es curioso el notar la oposición de estilo de los music-hall franceses y de los americanos. El fácil darse cuenta de ello después de ver la exposición privada de music-hall, organizada por Maurice Verne a propósito de su libro: "Las usinas del placer".

Los asistentes admiraron el maillot de Josefina Backer. Ya es algo... Este célebre adorno, representa un diminuto calzon de algodón amarillo, con treinta bananas de algodón cosidas en torno. El todo pesa 17 gramos 35.

Recordar en cambio la diadema de la Mistinguett en la última revista del Moulin Rouge! Esta empedrada aureola, cargaba la valiente cabeza de nuestra divette nacional, con un peso de 12 kilos 365. Ciertas colas de avestruz de Jane Marlae, sobrecargan sus civinas espaldas con un peso de 37 kilos.

Es sorprendente constatar que Francia, a pesar de su espíritu liviano y sus costumbres sutiles conserva los adornos más pesados para sus music-halls.

Pero, ¡ah, todos estos gloriosos orepeles van a entrar bien pronto en la historia! Los music-halls mueren! Los films parlantes les dan el golpe de gracia!

Ya no van quedando sino tres music-halls parisienses, el Casino, Las Folies y el Palace. Defendámosles mucho, hasta la muerte, hasta la ruina...

... **Literatura.** — ¿Quién asegura que el amor deja de ejercer sobre nosotros su irresistible seducción? Las bellas letras, fiel

¿Es posible adelgazar

sin que se debilite el organismo?
Esta pregunta de difícil solución, es la que a diario se hacen muchas personas, que por su obesidad, o sólo por un exceso de grasa en su cuerpo, encuentran a cada paso inconvenientes en el desarrollo de sus diversas actividades, que toman con frecuencia caracteres graves cuando no es combatida oportunamente.

Todos estos inconvenientes y aún peligros que lleva consigo la obesidad, sobradamente conocidos para repetirlos, son los que han hecho que se haya ensayado innumerables cantidad de remedios, pero uno a uno han sido desechados, porque la larga su uso acarrea perjuicios para la salud de las personas que se someten a estos tratamientos. Este dilema, al parecer irresoluble, es el que encara la «Delgadina» en una forma enteramente nueva: considerándolo desde su causa misma, y apreciándolo científicamente, en todo su valor.

Indudablemente que la causa de la obesidad, cuando no se trata de personas que comen verdaderamente en exceso, se debe a la alteración de las funciones de algunos de sus órganos. Pues bien, está perfectamente probado, que el órgano que regula esta función de control de secreción interna, que actúa por medio de su secreción, la tiroxina. Cuando el organismo empieza a engrasarse en exceso, es debido a que el cuerpo tiroideo no trabaja bien, o, con más frecuencia, que su trabajo no alcanza a cubrir las necesidades del organismo.

Perfectamente lógico resulta pensar ahora, que ayudando al tiroideo, ya sea con sus propios extractos, o con los principios activos de sus secreciones (combinaciones yodicas) ha de obtenerse buen resultado en el tratamiento de la obesidad, y es éste precisamente el criterio que ha inspirado a los técnicos del Laboratorio "Keka", para incluir en la fórmula de la «Delgadina», el extracto tiroideo, como un principio activo de ella. Este extracto orgánico, junto con la tintura de yodo yodurada, estimulan poderosamente la formación y la acción de la hormona tiroidea, provocando así una considerable reducción del panículo adiposo con la consiguiente ventaja para la persona sometida a este tratamiento.

Los extractos vegetales de frangula y de fucus vesiculosus son laxantes suaves que mantienen el tubo digestivo en perfectas condiciones de tolerancia para el remedio, y también estimulan la correcta eliminación por vía renal y digestiva.

Racionalmente se desprende, que para seguir un tratamiento tendiente a conseguir el adelgazamiento sin pérdida de la salud y ni siquiera el ocasionar los orgánicos más indispensables, hay que someterse simultáneamente, a un régimen alimenticio que no proporcione al organismo materiales grasos ni azúcares en grandes cantidades. Nos permitimos insinuar a las personas que usen la «Delgadina», abstenerse, para su completo éxito, en lo posible de grasas y aceites, lo mismo que de gran cantidad de hidratos de carbono (azúcar, dulces, féculas, etc., etc.), pudiendo, en cambio, ingerir verduras frescas en cualquier cantidad, y de seguro que tendrán así efectos rápidos que no acarrearán molestias ni debilitamientos de ninguna especie.

Ponemos, pues, en manos de todas las personas que deseen adelgazar, un remedio nacional de gran eficacia, de precio reducido, y que honra a la industria química nacional.

Repáre usted en que nuestra fórmula es única, ya que a su sencillez, une la eficacia de sus ingredientes.

Combata la obesidad por este método científico, sin perjudicar su salud. No se exponga usted a las muchas molestias y trastornos que acarrea el exceso de grasa en el organismo.

No lo olvide usted, «Delgadina», es preparado por especialistas.

reflejo de las costumbres, nos muestran al contrario, cómo continuamos sugestionados por la pasión.

Hojead al azar los catálogos de las librerías. Todos los títulos de los volúmenes nos enseñan la perennidad de ese sentimiento, viejo como el mundo, cruel como una fuerza de la naturaleza.

He aquí uno de Gastón Chereau: "Apprends moi à être amoureux", en que la violencia del amor y su fuerza persuasiva son estudiados con maestría excepcional.

He aquí, "La vice d'une Femme" de André David, que estudia con una sinceridad ardiente el misterio de un alma largo tiempo ahogada por un falso pudor y que se revela cruda y cruel...

Maldona, de Ives Galdón, muestra las oposiciones dolorosas y los ásperos debates de dos corazones sinceros, perdidos en un mal entendido inicial.

Se pueden encontrar sinceridades pasionales y amores irreales en la "Nueva Julia", delicioso libro de Andrés Sauvage. El amor pasa con sus deseos y sus temblores en las "Dames Piruettes" de Marc Elder, en el encantador "Soleil de Grasse" de Francis de Miomandre, en el "Tesor de la Fulgurante", que ha encontrado tan simpática acogida gracias al talento de M. Andrés Reuzy.

Y por fin, he aquí este extraño estudio "Falle Avoine", en que la señorita Andrea Sikorska expone con devoción escrupulosa el caso de una dama joven, que, según su propia confidencia "no quiere ser en el campo de las cosechas", sino la "avena seca" que se burla de la pesadez nutritiva de las espigas de trigo, arrancadas para fines utilitarios.

¡No es pues, culpa de la señorita Sikorska, si este año Francia ha producido cien millones de quintales de queso!

Un estilo alerta y preciso, y reflexiones de un acierto muy personal como este pensamiento: "Las gentes que viajan en tren son siempre feas".

Cheques. — El protocolo de los regalos de novios evoluciona extrañamente. En lugar de los potiches chinos y los trincheros de pescados o de los servicios de fumar, se ofrece simplemente a los recién casados, un cheque con un valor simpático.

Ustedes han oído hablar sin duda, del matrimonio de la señorita Patino que se casó con un grande de España.

El papá de la joven desposada le ofreció — sus medios así se lo permitían — un cheque por cinco millones.

Es un gesto encantador. Aunque sea menos encantador el hecho de exponer el famoso cheque, encuadrado como una obra de arte y custodiado por dos altos policías, el día de la ceremonia.

Pero con estas reservas, reconozcamos sin hipocresías que esta innovación es muy agradable.

Así no recibiremos más — yo hablo para los candidatos eventuales — esos tinteros que una insignie falta de carácter nos condena a soportar toda nuestra vida sobre la mesa de nuestro escritorio, esos corta papeles moderno estilo, esos terribles regalos especiales que degradan nuestro gusto.

Con un cheque a lo menos se puede elegir. Queda la famosa objeción: "¡Y los cheques sin fondo!". ¿No nos arriesgamos a ser indignamente robados y engañados?

Reflexionemos un poco. Entre el joven esposo que asegura sin garantías una felicidad eterna, y el bienhechor que da un cheque sobre un banco de provincias, ¿cuál es el que debería inspirar más desconfianza?

P. T.

EL CULTIVO DE LAS FLORES

En los tiempos en que no existían rápidos medios de transporte y no se podían llevar a las regiones frías las flores de los países cálidos, en los tiempos en que se ignoraba el arte de cultivar las plantas en estufa había que conformarse con las flores cultivadas en la comarca donde se vivía. Y la elección no era muy variada.

Muchas de las flores que ahora figuran en los mercados y se cuentan entre las más comunes eran completamente desconocidas de nuestros abuelos.

No hay sino pensar, por ejemplo, que en los comienzos del siglo XVIII no se cultivaba en los jardines reales de Francia más que una docena de variedades de rosas. Hoy día hay unas siete mil.

Buen número de flores exóticas no eran conocidas aún en Occidente. La camelia no fué traída de China hasta el final del siglo XVIII. Se vió por primera vez en París el año 1799.

COCINA PRACTICA

Costillas de cordero en pasta frita: Se raspan los huesos de cada costilla, se aplastan ligeramente y se doran en una sartén con dos cucharadas de manteca, una media libra de jamón picado, una cebolla picada, sal, pimienta y nuez moscada. Estando doradas las costillas de los dos lados, se las pone en un plato. Aparte se prepara una pasta para freír, y al momento de servir las costillas se las va mojando de a una a la vez en esta pasta y friendo en abundante aceite bien caliente o grasa de cerdo. Se sirven con perejil frito u otra guarnición, arroz, pure, etc., etc.

Arroz a la Toulouse: Se cuece en el caldo una libra de arroz blanco, se pone en un molde bien untado con manteca, se cuece en el horno unos cuantos minutos.

Al momento de servir se vuelca en una fuente redonda. El molde tiene que tener la forma de una corona y debe ser alto con un cilindro ancho.

Una vez puesto el arroz en la fuente, en su centro se coloca un guiso de aves a la Toulouse y se sirve.

Pescado guisado a la americana: Se limpia el pescado, se lava y se corta en pedazos. Luego se cortan cebollas, tomates, un diente de ajo, perejil; se les agrega una hoja de laurel tomillo, oregano, cuatro granitos de comino, un clavo de olor, un poquito de pimienta, nuez moscada, y se dora todo en una sartén en aceite. A eso se añaden dos puñados de camarones pelados, dos cucharones de caldo, un poquito de vino blanco, y los pedazos de pescado. Se tapa, se deja cocer durante veinte minutos.

Se espesa la salsa con media cucharada de harina disuelta en un poquito de caldo frío, se le agregan champiñones y azafrán y se deja hervir por cinco minutos más. Se sirve caliente.

Perdices medradas: Se limpian las perdices, se adoban con sal, pimienta y nuez moscada. Se mechan las pechugas con tiritas de tocino, jamón, zanahorias y se cuecen en la cacerola durante una hora sin quemar. Se puede poner la cacerola en el horno y taparla, cuidando las perdices y rociándolas con vino blanco y su propio jugo. Se sirven con salsa portuguesa en el centro de la fuente. La salsa se prepara de la siguiente manera:

Se pone en la cacerola una cucharada de harina dorándola junto con cuatro vasos de caldo.

Cuando hierve se agrega una copa de vino blanco, una cucharada de hongos bien lavados, o champiñones, cuatro trufas picadas, un poquito de nuez moscada y se deja cocer despacio durante media hora. Se cuela y se reduce a la consistencia de una crema no muy espesa.

Queso de crema con nata: Elijase un queso de crema, como el "Gervais" o "petit suisses" o cualquier otro parecido. Si está demasiado espeso, mézclese con nata fresca. Puede comerse sólo o rociado con almíbar de frambuesas o con una mermelada de naranja o fresa.

Caldo de pescado: Se limpia bien un pescado de 3/4 de kilo, se raspa la car-

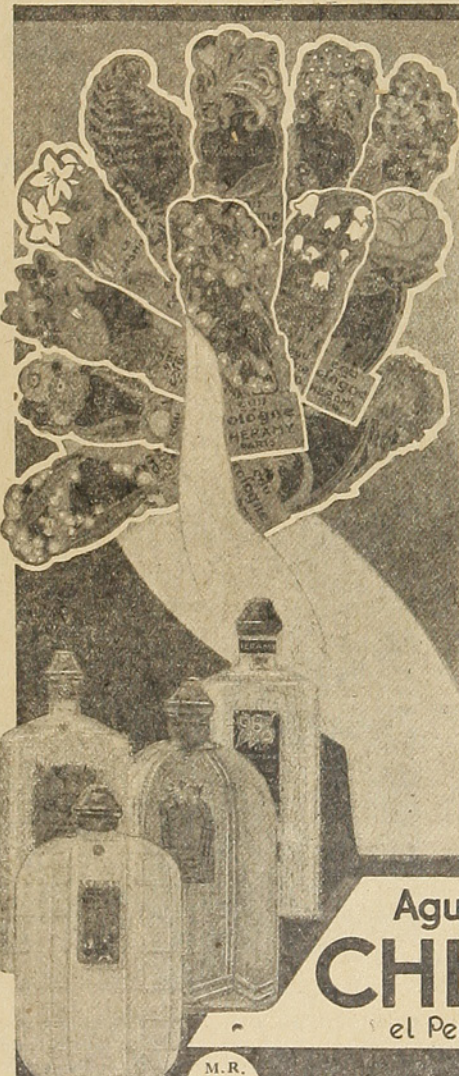
ne del lomo y se pone a un lado. Lo demás se pone a cocer en dos litros de agua fría; se le agrega perejil, apio, dos cebollitas, tres gramos de pimienta y sal y se deja consumir hasta que quede 1 1/4 litro. Luego se pasa el caldo por el tamiz. En una cacerola se tuestan dos cucharadas de harina con dos cucharadas de manteca, agregando dos de crema y se revuelve zanahoria.

Entre tanto, se preparan albóndigas con la carne que se puso aparte. Se pica fina la carne, se muele con 20 gramos de pan rayado, un huevo, una cucharadita de crema, un poquito de pimienta y de cebolla cocida. Se forman las albondi-

gas, que se cuecen con el caldo. Esta sopa se sirve en la sopera con un poco de perejil picado.

Lomo a la jardinera: Es necesario escoger un buen lomo: se mezcla con tocino y se sazona con sal y pimienta; se cubre con manteca y se pone al horno bien caliente, por veinte minutos. Aparte, se cuecen zanahorias y se saltan en manteca. Al servir el lomo, se le pone en la fuente con su jugo y se adorna con la zanahorias.

Variad los perfumes de vuestras Aguas de Colonia



¿Por qué siempre emplear un Agua de Colonia al mismo perfume?

CHERMAMY os ofrece la posibilidad de variar aquellos gozos delicados que proporcionan los Perfumes sin que por eso dejéis de quedar fiel al mismo producto por su absoluta perfección.

A las cualidades excepcionales de las AGUAS DE COLONIA CHERMAMY, - fineza, frescura, virtudes estimulantes, - se les viene a agregar en efecto al atractivo cautivante de sus perfumes encantadores: "JOLI SOIR" (Hermosa Tarde) - "OFFRANDE" (Ofrenda) - "CAPPI" - "FAUSTA" - "ROSA" - "JAZMÍN"...

Al comprar un AGUA DE COLONIA CHERMAMY, no sólo compráis un Agua de Colonia incomparable para el tocador y el baño, sino también un verdadero perfume de nota elegante y joven.

Aguas de Colonia
CHERMAMY
el Perfumista Parisiense

M.R.

Caldo de pescado: Se limpia bien un pescado de 3/4 de kilo, se raspa la car-

R. COLLIERE Representante, Casilla 2285 - Las Rosas 1352 - SANTIAGO de CHILE

En la Gran costura

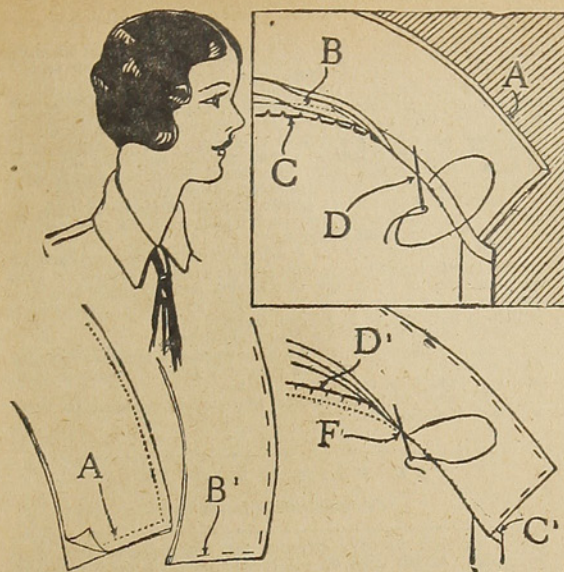


1.—PHILAPPE ET GASTON.— Vestido en georgette plátano, nervaduras adelantando la forma princesa. Falda en forma. Abrigo en teretopelo de lana del tono. Adorno de castor.

2.— Georgette negro. Cuello formando panneauz adelante, libre en la espalda. Nervaduras y falda en forma. Bordados en blanco en el cuello y mangas.

3.— PREMÉT.— Satin mate viejo rosa obscuro. Corte sobre un hombro con panneau libre en la espalda. Vuelos lisos y cortes en la pollera.

4.— Falla marrón estampada en beige, respunteado en relieve en el género, plisados. Cruzados en la falda y el corsage dan efecto de boleros.



Modo de terminar cuellos

Una de las partes más importantes al hacer una blusa o un traje sastre, es la unión del cuello. En esta lección vamos a tratar el modo de terminar el cuello volteado que se ajuste bien al cuerpo. En una próxima lección discutiremos otra clase de cuellos.

Un cuello vuelto puede hacerse sencillo con el borde picado o vivado como se muestra en A. Si el cuello es de una sola pieza debe terminarse el borde primero. Al añadir el cuello al borde del vestido se hilvana con la costura hacia adentro. Al mismo tiempo con esta costura, se cose una tira de sesgo angosto como se muestra aquí en B. Se pican los bordes de la costura como en C. Se voltean los bordes del vivo y éste se cose en su puesto por sobre la costura del cuello como en D.

Si se quiere hacer un cuello en doble o forrado, se colocan los dos pedazos del cuello cara a cara, y se pespuntan los bordes de afuera como se ve aquí en A. Dejando el borde inferior del cuello sin cerrar. Se voltean por el derecho y se hilvanan los bordes como en B. Si el cierre del frente del vestido es más ancho que el largo del cuello, entonces se le pone un vivo muy angosto a la parte sobrante como se muestra en C. En seguida se pespunta la porción de adentro del cuello al vestido con la costura para afuera. Se pica esta costura como se muestra aquí en D y luego se cose la otra parte del cuello por sobre el borde picado.

EL SILENCIO

Entró rápidamente en el salón, todavía estremeida de alegría. Llevaba un elegante sombrerito, y entre los pliegues de la amplia capa de seda negra parecía quedar un poco de jovial algaraz de la calle.

Estoy rendida — exclamó jadeando, y se paró ante un gran espejo para remediar el desorden de su cabellera. Las carreras por las tiendas... el tránsito detenido... la gente aplazada en las aceras.

Hablaba en tono alegre animado, con una sonrisa un tanto esforzada que descubría sus bellos labios purpúreos.

—Ni un solo traje interesante... Y si encuentras una TOILETTE decente, te piden por ella una barbaridad...

Ninguna voz respondía a la suya. Sin embargo, ella veía reflejarse en el espejo la figura de su marido, hundido en el sillón, con un diario doblado sobre las rodillas.

Por un instante una expresión inquieta ofuscó el rostro. Un temor súbito relampagueó en su mirada.

¿Por qué no me dices nada?... No he tardado mucho... Son apenas las siete... Hubo una interrupción de tránsito en la esquina de Chateaudun, y...

Se interrumpió alelada por ese persistente silencio, en el cual sus palabras se hundían con un sonido falso. La sombra invadía el salón, se condensaba en los rincones, circuía las cosas circunstantes.

—Julio...

Dióse vuelta de golpe para mirar al marido, súbitamente retrocedió ante la faz severa e inmóvil.

—¿Por qué no me dices nada?... ¿Estás enojado?... Habla, por Dios... Me atemorizas...

Se turbó, pues le parecía que aquella mirada fija le escudriñaba el alma.

—¿No me crees?... ¿Confías que no me crees?... Te juro que he dicho la verdad... Mira, he encontrado a...

¡Oh! Ese rostro, esos ojos implacables... Sin duda debía saber. Quizá la había seguido... O una carta anónima...

(Continúa en la pag. 79)

SIETE DIAS DE BUENA DIGESTION CADA SEMANA

¿Cuántas personas hay, aún entre las que comen moderadamente, que pueden vanagloriarse diciendo "Jamás sufro de mala digestión"? A veces basta tan sólo comer algo a que no se está acostumbrado para sufrir de calambres o ardores después de las comidas, y frecuentemente estas molestias provienen de un exceso de acidez. A fin de evitar las complicaciones más graves, desde el principio resultará fácil y hasta prudente corregir estas molestias inmediatamente tomando la Magnesia Bisurada, la cual es reconocida como soberana entre los antiácidos. Media cucharadita de las de café en un poco de agua neutraliza casi instantáneamente el efecto perjudicial de la acidez, y su empleo al sentir la menor molestia puede evitar infinitos sufrimientos. La Magnesia Bisurada (M. R.) se halla de venta en todas las farmacias.

Base: Magnesia y Bismuto

GYRALDOSE

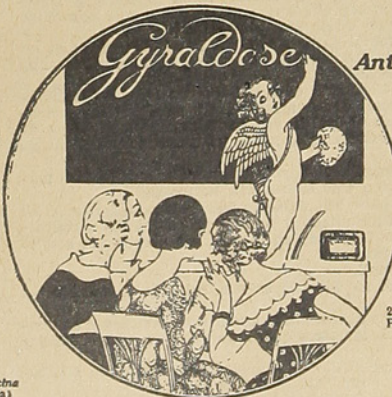
M. R.

para la higiene íntima de la mujer

La GYRALDOSE

se presenta en forma de polvo o de comprimidos. Es un producto antiséptico, no es tóxico ni caustico, descongestiona y desinfecta, es microbicida, compuesto a base de polyan, de ácido tímico, de benzimidoleno y de alúmina sulfada. Lo emplea mañana y tarde toda mujer zelosa de su higiene.

Comunicación a la Academia de Medicina (14 de Octubre de 1913)



Antiséptico y Perfumado

Establecimientos CHATELAIN
Procesadores de los Institutos de París
2 bis, Rue de Valenciennes
París, y todas las farmacias

Agentes:
ARDITI & CORY
643 Moneda
SANTIAGO

La GYRALDOSE da belleza y cohesión

Base: Acido Tímico y Polyan.

EL TRIUNFO DEL AMOR

(Continuación de la página 1).

me verás derramar lágrimas de alegría. ¡Hemos de volver a contemplar las hermosas palmeras!... Nuevamente oiremos al muezlin gritar desde lo alto de los minaretes! ¡Qué dicha, qué explosión de alegría!

Al decir esto, besaba con toda el alma las mejillas ocre sombrío, marchitas y rugosas de la pobre mujer, que sufría también la nostalgia del cielo azul ardiente.

La tía de Aicha, no quiso someterse tan pronto a la prescripción del viejo médico. Le pareció poco prudente. ¿No era preciso que la joven viviera la vida de su familia? ¿Qué parentesco la unía a Marruecos, en suma? Ninguno; el tiempo y otro médico calmarían, ciertamente, esta obstinación de niña mimada.

Otro médico, fué pues, llamado junto a la triste enferma. Este era joven. Tan pronto vio a la hermosa niña tan triste, tan pálida, tan bella entre sus pieles blancas, se emocionó como a la vista de un hermoso pájaro encerrado en una estrecha jaula de oro.

—¿Qué mal os angustia? — la interrogó dulcemente.
—Todo mi mal reside en el alma... — respondió ella — si insisten en conservarme aquí, moriré de nostalgia... No es enfermedad física, para la cual se ha hecho su ciencia. Ud. como todos, no han de poder nada. Al decir esto, dos lágrimas temblaban al borde de sus finas y largas pestañas.

Movido de una inspiración genial, el joven médico se aproximó al piano y se puso a ejecutar con una maestría y emoción delicadísima, un Nocturno de Chopin, cuyas notas quejumbrosas y veladas, armonizaban exactamente con el estado del alma de Aicha.

Esta se había erguido lentamente sobre sus cojines, y, las manos juntas, escuchaba arrobada esta música encantadora.

Cuando se hubo extinguido la última nota bajo los ágiles dedos del joven, éste se volvió hacia su enferma:

—¿Y bien?... — Interrogó con una mirada en que podía leerse la convicción de haber distraído su sufrimiento.

—¡Oh, gracias! ¡Es mi primera alegría verdadera, desde mi entrada en París!

—Volveré, dijo él, simplemente. Y se alejó sin dejar receta.

—Es un loco — afirmó la tía de Aicha.

—Es un verdadero médico de almas, pensó la niña.

De este modo, volvió sucesivamente, dos, tres, diez veces. Desde que entraba a la alcoba, Aicha sentía afluir la sangre más rápidamente, más feliz, en sus venas.

—Esto va mejor, según veo, decía él; vuestro semblante se despeja, vuestra frente está menos sombría... ¿Continuamos nuestro tratamiento musical?

—Oh, sí, doctor, ¡es toda la alegría de mi vida! El se sentaba al piano, y siempre con emoción de artista, interpretaba a Chopin, Beethoven, Bach, los más tiernos, los más dolorosos, los más místicos.

El alma de Aicha se transportaba con el arte.

Escuchándolo, contemplaba su silueta fina, tal vez demasiado fina, y le parecía tan hermoso, de una hermosura noble, distanciada de la estética común... A menudo para concentrarse, al ejecutar los pasajes más intensos, tornaba los ojos y echaba hacia atrás su cabeza de largos y sedosos cabellos oscuros. Ella adoraba este gesto. Gustaba contemplar sus pupilas entornadas, fijas sobre pensamientos que presentaban tan altos... y se dedicaba a admirar al joven médico, a soñar en él, con un entusiasmo tierno nacido de las apasionadas armonías.

Y cada día sentía renacer en ella la vida, porque había ahora un atractivo, un deseo realizable, la espera de una alegría entre sus días... además, la existencia de un ser como el cual comulgaba desde lo más profundo de su alma.

Una mañana, el médico fué introducido cerca de Aicha, y la encontró ya levantada, sentada al piano, cantando esta cosa admirable que es "La Procesión" de César Franck.

Se detuvo en el umbral para escucharla, haciéndole señas de no interrumpirle. Sus ojos la admiraban también y la envolvían en una mirada de ternura y encanto.

—¡Es muy bello! — exclamó, cuando hubo concluido. — Me complace en alto grado pensar que la música tenga para Ud. un atractivo tan poderoso, gracias al cual la veo ya fuera de aquel peligro de prolongada e infinita tristeza. ¿No sueña ya con aquel obsesivo viaje a Marruecos?

—Ya no sueño, respondió ella. ¡He comprendido que pueden realizarse aquí mismo horas tan felices, tan hermosas!

—Es lo que deseo para Ud. desde lo más íntimo, señorita... Mi misión junto a Ud., ha terminado, y con su aprobación voy a retirarme, muy feliz de haber triunfado en la tarea de devolver la alegría de vivir a su alma angustiada.

Aicha se sintió desfallecer.

—Pero, dijo ella, si me falta la música, mi vida se enriquecerá de nuevo.

—¡Oh! Ud. es fuerte ahora, podrá asistir a los conciertos en donde oírán a los verdaderos maestros que, harán con su arte, conservar su alegría de hoy.

—¡Realmente, lo cree Ud.? ¿La música en medio de la soledad, bastan acaso para llenar una vida de veinte años?

—A fe mía, no lo creo, respondió él vacilante.

—Entonces por qué, ¿no piensa Ud. volver? ¿Es acaso sólo médico? Me lo figuraba también Apóstol... Sólo Ud. sabe tocar con el fervor que ha obrado el milagro de conquistarme, de arrebatarme a las garras en que el hastío me tenía aprisionada, en esta cárcel de

cielo cenciente, para entregarme a los brazos de la más dulce esperanza!

—¡Dios mío! Si mi música ha obrado tal milagro, es sin duda, porque me transportaba un encanto profundo más allá de mí mismo. Pero, ¿cómo prolongar tan felices instantes?...

Se me ha llamado para procurarme la salud... Mi tarea, pues, está cumplida. Mi deber es retirarme... Sin embargo, creadme que el resultado feliz a que me ha sido dado llegar, se debe a que he puesto en juego todo mi corazón... y aún... me he cogido en mi propio juego, pues, si bien es verdad que Ud. está fuera del alcance de la maligna enfermedad, ¡acaso sea yo quien, sin estas horas de música, haya perdido todo el atractivo de su vida!

—¿Será posible, doctor? ¿Acaso ama Ud. estas horas, tanto como yo? — preguntó Aicha, los ojos brillante, los labios trémulos.

El médico respondió lentamente:

—Estas horas constituyen lo más bello que yo haya realizado, encierran lo más dulce que yo haya sentido desde que estoy en el mundo, pues hasta el día en que os encontré, estuve siempre solo en el dominio de las armonías de los queridos maestros... ¡También he sentido la nostalgia de la soledad, creedlo!

Aicha tendió hacia él dos manos anhelantes:

—Ah, querido doctor. No nos abandonemos a nuestra triste soledad; la música en ella no basta para vivir feliz... Cuando se es joven, aún falta algo, según creo... falta...

—El amor, mi bella princesa! Murmuró él, besando las lindas manos de la dulce niña.

G. S.

EL PRIMO LUCIANO

(Continuación de la página 3)

por ti muchas veces y siempre me respondieron con frases equivocadas. Al fin cesé de interrogar para no oírte insultado por personas inferiores a ti; y aún cuando no preguntaba, todos los días, casi todas las horas tu recuerdo venía a visitarme. ¡Oh, primo Luciano, en el fondo borroso de mi infancia, tu figura triste y bondadosa es un alto relieve! ¿Cuál era tu historia? ¿Qué vientos adversos te arrastraron? Mi espíritu filosófico te maldice, porque con aquella aritmética de pocas hojas sembraste en mí la maldad sientiendo de la Ciencia, y con aquellos cuentos y con aquel vals, los gérmenes de la Poesía. Tú me enseñaste a gozar la tristeza; tú fuiste el primero que detuvo la risa en mis labios. Al recordarte, primo Luciano, siento que lo escaso bueno salvado en la batalla de la vida, sube de mi pecho hasta mi garganta queriendo ser un sollozo. Y por esto, por evitar que después de haberme causado tanto daño, solloce por tí, mi corazón me da fuerzas para maldecirte de prisa, muy de prisa, no dando lugar a que entre una y otra maldición brote el sollozo: ¡Maldito seas, primo Luciano, por no haberme dejado en la ignorancia! Maldito seas; por haberme hablado con tu voz de ternura, en vez de hablarme con la voz áspera de la vida! ¡Maldito seas porque turbaste la quietud de mi hogar! ¡Maldito seas por aquel vals, por aquellas consejas y por aquellas lágrimas! ¡Maldito seas, adorado primo Luciano!

A. HERNANDEZ - CATA.

COMO DEBERIAMOS VESTIR LOS HOMBRES

(Continuación de la página 15)

estropeado moralmente como el cuello.

Si el cuello actual fuera reemplazado por un cuello flojo, cosido a la camisa y abierto en forma de V (como el que se ha hecho popular para ciertas ocasiones), tendríamos libertad de movimiento, alivio de la irritación (física y mental) y hasta oportunidad de dar salida al aire caliente y húmedo del cuerpo.

Si al mismo tiempo, las mangas de la camisa o blusa fueran cortas, por el codo, nos sentiríamos mucho mejor en tiempo de calor.

Los físicos nos dicen que el aire caliente tiene tendencia a subir por que lo empuja el aire frío que lo rodea. El aire relativamente frío que rodea los tobillos se calienta al contacto de nuestras piernas y procura subir.

Si pudiera abrirse paso hacia arriba sin obstáculos bañaría a nuestro cuerpo en una corriente constantemente renovada de ventilación. Pero, desde luego, allí está diabólicamente la faja para impedirlo. También el aire caliente que rodea nuestro abdomen y pecho se elevaría y sería reemplazado por otro, pero la faja no deja que el aire más fresco suba y aunque lo hiciera, el cuello apretado no lo dejaría salir.

Por tanto, deshagámonos de la faja como del cuello y el saco.

¿Qué usaremos entonces para sostenernos los pantalones? Quizás el nuevo indumento comprenda unos pantalones que no necesiten sostenerse como hasta aquí, sino que se ajusten a la cintura como la falda de la mujer.

Lo cual me trae al análisis final de la situación. Supongamos que procedemos a corregir los monstruosos defectos que existen en la ropa de los hombres, especialmente en la que usamos en verano y en la etiqueta, ¿qué nos queda? La ropa veraniega de la mujer y su ropa de vestir. O algo muy parecido.

(Continuación de la pág. 77)

EL SILENCIO

Era precisamente así que ella se había imaginado la escena el día en que su marido se enterase de todo.

El no tenía ya la edad de los excesos, de las cóleras brutales, de los gestos descompuestos y desconsiderados. Nada más que un dolor profundo, un abatimiento mortal.

El hombre parecía súbitamente envejecido veinte años. No era más que un pobre viejo ahora que la ilusión ya no lo animaba.

—Julio... Dime qué te han referido... Dime todo lo que sabes... Pero habla, te lo suplico. No permanezcas así, inmóvil como un muerto, con los ojos fijos...

Y no osaba acercarse. Caminaba concitadamente por el salón con la garganta cerrada.

—Sabía que esto debía suceder... Es la fatalidad — balbuceó de rodillas ante un diván, hundiendo la cara entre los almohadones.

Las lágrimas no querían brotar. Un sollozo le ataba la garganta. Se sentía morir.

—Perdóname, Julio... Sé bien que soy culpable... que es horrible lo que he hecho... Tú sufres... lo veo... Pero no es culpa mía... He buscado luchar con todas mis fuerzas... No debiste casarte conmigo... Yo creí que era amor lo que era sólo afección. Quizá, fué el deseo del lujo que me prometías... Desde el primer año, a nuestro regreso de Italia, lo conocí... Una lágrima asomó por fin a sus ojos, descendió lentamente por el rostro, mientras un sollozo convulsivo le agitaba el pecho.

—Perdóname... Dime que me perdonas... Yo lo amé en seguida, pero no quise... Tenía miedo que tú sufieras... Un mes, dos meses, resistí, y luego un día... Yo te quería mucho, no como a un marido, como a un amante... Quería que tú fueras feliz, pero no tenía el coraje de sacrificarme... Esperaba que tú no lo supieras nunca... Te mimaba... hacía de todo para contentarte, para hacerte la vida agradable... ¿Recuerdas?... Tú me encontraste más gentil, más buena... Eran frases interrumpidas por los sollozos, frases que ahora brotaban libres, impetuosamente, en el afán de desnudar el alma.

De pronto de un salto estuvo de pie, con la fisonomía alterada por una expresión de terror.

Tú no dirás nada a Luciano, tú no le harás ese mal ¿verdad? El pobre es inocente... Te ama, cree que eres su padre... ¿Sería una cosa horrenda si supiese!... ¡Dime!... ¿Quedará Luciano como nuestro hijo?... Tú debes promérmelo... Haz de mí lo que quieras, pero ten piedad de él... Márame si quieres, pero que él ignore siempre todo.

Miró al marido entre un velo de lágrimas.

No había pestañado, pero su frente se había doblado. Parecía que los hombros se hubiesen encorvado, incapaces de sostener el horrendo dolor.

—¡Julio!... Dime algo... No me hagas morir así... Pronuncia una sola palabra, aunque sea una maldición... Temo verte así... Quizá tú ignorabas... Y he sido yo con mi miedo insensato que te he revelado todo...

Ella no entendía ya nada. Se retorcia desesperadamente las manos, impotente de coordinar sus ideas. Un peso enorme le oprimía el pecho. Temía que de un momento a otro entrara un sirviente...

Exhausta al fin, herida en todo su ser, se precipitó a los pies del marido, aferrándose a su brazo.

—Mi pobre Julio!...

Pero de un salto paróse corriendo a la llave de la luz. Un golpe seco, y una claridad centelleante iluminó la escena.

Ante sí vió una cosa horrenda; su marido, abandonado sobre el brazo del sillón, inmóvil para siempre, muerto...

—¡Pronto!... ¡Un doctor!... ¡Un doctor!...

La servidumbre corrió alarmada. Ella había quedado petrificada, al lado de la puerta. No osaba dar un paso... no osaba mirar... Tenía miedo...

Pasaron algunos momentos, eternos. Un viejo señor — el médico — había llegado por fin, y se inclinaba sobre el cuerpo abandonado.

Un ataque al corazón... La muerte debe haberse producido hace dos o tres horas...

Ella lanzó un grito de liberación. No lo había matado ella, entonces.

El había muerto sin saber nada, quizá balbuceando en la agonía su nombre adorado.

GEORGES SIM.



ANTES

DESPUES

Rodillo para el semblante.

\$ 20.-

UNA SILUETA FINA ES ELEGANTE

EL AUTO-MASAJE CON EL

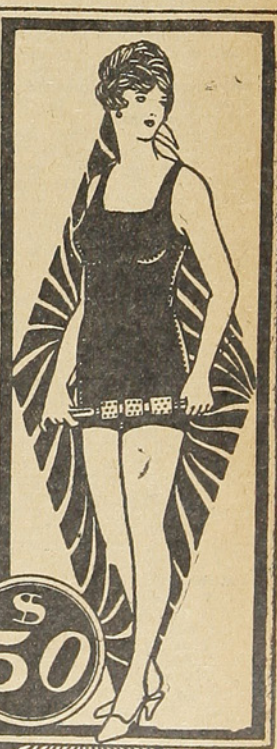
HEWA SAUG-ROLLER

Elimina Obesidad, Diabetes, Reumatismo, Gota y Arterioesclerosis.

FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA DE JULIO HEERWAGEN

SANTO DOMINGO, N.º 2048

CASILLA 3665 — TELEF. 88915



\$ 50

\$ 50

(Continuación de la pág. 8)

UN BELLO CUENTO CHILENO: LA SEÑORA

de algunas personas extremadamente ancianas, en su hundi-
da boca, en su fina nariz aguilena, en sus grandes ojos cla-
ros, vagaba una expresión de dulce tranquilidad. Parecía
sonreír a cierto alegre pensamiento interior, mientras servía
trabajosamente la sopa con sus largas manos temblorosas,
donde resaltaban las venas y los nervios.

Se detuvo un instante, contemplándome curiosamente,
como si buscara un tema de conversación, y, por fin, me dijo
con una vocecita cascada:

—El señor, si no he oído mal, se llama (aquí dijo mi nom-
bre) y debe ser pariente de los señores... (nombró a unos
tíos abuelos míos, enterrados antes de mi nacimiento).

Al escuchar mi respuesta afirmativa, continuó con gran
animación:

—Yo les conocí mucho cuando eran solteros... venían
siempre a casa de mi marido. Entonces recibíamos mucha
gente. Qué alegres eran! Daniel ¿te acuerdas del baile que
dió el gobernador? Pero, es verdad, tú no estabas con nos-
otros todavía. Bailamos hasta el amanecer, y en el corredor
quemaban voladores. Recuerdo que a mi me hicieron bailar
cueca. Pero entonces los jóvenes eran muy corteses... Sus
tíos, siempre que venían a vernos, nos traían grandes re-
galos...

Mientras la señora hablaba así, don Daniel la contem-
plaba con aire cohibido y obsecuente, echándose en silencio
los bocados y sirviéndose, a cada instante grandes vasos de
vino. La única pupila que podía mover estaba inquieta, hú-
meda y brillante, y parecía decirme:—Escúchela con atención
que vale la pena.

Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con
alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de mi-
ramientos, dirigiéndome signos de inteligencia, como indi-
cándome que esa conversación sólo nosotros podíamos com-
prenderla.

De repente me dijo:

—¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno
se fue en Santiago, y que ha tenido muchos hijos.

—Han muerto todos, señora, hace muchos años!

Al escuchar estas palabras, me contempló estupefacta,
suspiró hondamente, se puso la palma de la mano en la bar-
ba, inclinó su cabeza blanca y pareció abismarse en sus re-
flexiones.

A medida que la comida llegaba a su fin, hacíase más no-
table el contraste que formaban los modales finos, insinuan-
tes, casi aristocráticos de esa viejecita, con los desmañados y
selváticos de mi huésped. Observé que el rostro de éste es-
taba encendido por las frecuentes libaciones y hablando de
diferentes tópicos.

Por fin, la anciana se levantó de su asiento y me tendió
su fría y descarnada mano, diciéndome:

—Usted se queda esta noche. Voy a arreglar algo allá
adentro... En seguida volviéndose hacia mi huésped e inclinán-
dose a su oído, le dijo en voz baja:

—No bebas mucho. Cuidado con las enfermedades...

Cuando ella salió, el tosco y moreno semblante de don
Daniel parecía iluminarse con una sonrisa, sus pupilas se ve-
laban dulcemente y sus gruesos labios temblaban como si de-
seara decirme algo.

Comprendí que el vino principiaba a hacer su efecto. Al
fin, rompí el silencio, diciéndole:

—¿La señora no es su madre?

—No.

—¿Su parentela tal vez? Y perdone...

Don Daniel aproximó en silencio una botella, llenó hasta
los bordes los vasos, bebió el suyo de un sorbo, y limpiándose
los labios, contestó:

—No, señor, la persona que usted ha visto no es mi ma-
dre, ni mi parentela, es la señora, la señora de esta casa—
concluyó con un acento en que vibraba cierto orgullo indefi-
nible, dando un ligero golpe sobre la mesa.

Después se pasó la mano por la cabeza como indeciso, y
mirándome fijamente, con aire resuelto, siguió diciendo:

—Como usted lo ha de saber al fin, si es que ya no lo
sabe, voy a contarle lo que hay en esto. Y para principiar le
diré que yo aquí donde usted me ve, no he conocido padre ni
madre; soy de esos que nacen en cualquiera parte, sin saber
cómo. Hasta la edad de siete años lo he pasado por ahí, como
los perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me
llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndole a ella y a
sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla en
la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la
escuela, porque era una señora como ahora no las hay. Des-
pués yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que me vino a
mano: se necesitaba un albañil, allí estaba yo; se necesita-
ba un herrero, pues a buscarlo; y así fui formando mi capi-
talito. Eso sí, no me he casado nunca, porque las mujeres...
en fin, no hablémos de ellas. Pasaron los años y los años; y yo
siempre iba a ver a mi señora, llevándole cualquier regalito.
Al fin su marido murió y sus hijos se casaron. El caballero
había sido gastador, como caballero que era, y no dejó casi
nada. Después los pleitos, los tinterillos y todo lo demás que
usted sabe, fueron llevándose lo poco que quedaba, y aquí

tiene usted a mi señora, sin tener un mal pan que llevarse a
la boca. Yo, que estaba arrendando entonces este fundo, que
después fué mío, sabiendo que ella estaba en casa de una
amiga, digamos como de limosna, me fui allá, me presenté y
le dije:—Señora, me permito que usted ande sufriendo. Ven-
gase a su casa, a la casa de su chino, que ahí nada le faltará.
Usted será la señora, como siempre lo ha sido. No me des-
precie. Y ella se levantó, la pobre vieja y vino y me abrazó
llorando, y aquí tengo a mi viejecita hasta que se muera; ella
es mi madre, todo lo que tengo en el mundo... Y si yo tra-
bajo y tengo algo, es para dárselo a ella!

Al terminar este relato, don Daniel inclinó su gruesa ca-
beza gris y se cubrió la frente con las manos.

Después se levantó bruscamente, me dirigió una mirada
torva y murmuró entre dientes:

—Usted estará cansado y ya es hora de dormir.

Y en silencio fué a indicarme la pieza que se me había
preparado.

Al día siguiente desperté temprano. En el corredor oía
ruido de espuelas. Me vestí con presteza y salí de mi habi-
tación. Allí estaba don Daniel paseándose.

Tomamos el desayuno, hablando de cosas indiferentes.
Por fin, me despedí y monté a caballo.

Alegremente cantaban los pájaros. El fresco aire de la
mañana parecía infundirme una vida, una fuerza extraña.

Y pensaba vagamente en que tal vez esa alegría, que
sentía desbordar en mí con los primeros rayos del sol, la de-
bía a haber estrechado la mano de ese hombre de cuya casa
partía.

(Continuación de la página 7).

LAS ESTRELLAS EN VIAJE DE PLACER

Con la alegría que es de suponer, la hermanita dió principio
a los preparativos para el inesperado y magnífico viaje, pero, pru-
dentemente como una genuina americana, su primer cuidado fué vi-
sitar el Bazar indicado por el anuncio para hacer su presupuesto. ¿Qué
descuento el suyo! Con la frialdad correspondiente a la importan-
cia de la cuenta, tuvieron la amabilidad de indicarle que las dispo-
nibilidades de miss Mary Duncan en aquel establecimiento se eleva-
ban a... ¡seis dólares!

LA INDIFFERENTE

Contrariamente a lo que podría hacer suponer la calidad de sus
éxitos cinematográficos, Greta Garbo, esa púrpura llamada Suecia
que abrasa sin arder, es una mujer práctica que acepta el "vampirismo"
únicamente como un negocio altamente productivo; pero lo
acepta dentro del estudio y mientras dura su trabajo frente a la cá-
mara. Nada más. ¿Vivir en pose perpetua, ofreciéndose al público
ávido de California y a la curiosidad insaciable de los periodistas como
un bicho raro digno de ser expuesto en una vitrina de museo?
¡Ah! no; de ninguna manera. Ella cumple con su obligación de su-
bir al galán de turno bajo la luz cascadora de los
sun-lights; pero, apenas apagados los arcos, se despoja de las
suntuosas vestiduras creadas expreso para su esbelta y singularísima
figura, limpia el maquillaje de su rostro y corre a gozar un largo pa-
seo por la playa, confortablemente vestida con un sencillísimo traje
de sport, completado por fieltro caído sobre los ojos y unos zapatos
sin tacón.

Su retraimiento, su indiferencia a cuánto significa exhibición—
desesperación y tormento de su manager— se patentizó definitiva-
mente con ocasión de su viaje a Suecia. Al salir de América, los
agentes del estudio habían aprovechado la coyuntura para hacer
una *réclame* desafortunada, y la rubia "vampiro" no pudo, en modo
alguno, substraerse a la curiosidad apasionada de sus innumerables ad-
miradores. Se resistió, pues, a sufrir las molestias inherentes a la po-
pularidad, prometiéndose, en su fuero interno, que no sucedería lo
mismo al regreso.

Efectivamente, apenas llegada a su tierra natal, se encerró en el
estrecho círculo familiar y nadie volvió a tener noticias de Greta
Garbo hasta que apareció nuevamente en su casa de Hollywood. La
incomparable, la seductora máxima, la devoradora de corazones, ha-
bía atravesado el Atlántico mezclada con los pasajeros de un barco
lujoso, de esos que se ven en un gran hotel de la Quinta Avenida y reali-
zando excursiones numerosas, bajo un nombre supuesto, sin que nadie
descubriera su verdadera personalidad. Abandonada su ficticia edu-
cación escénica, Greta Garbo era, simplemente, una elegante y discre-
ta viajera sin ninguna atracción extraordinaria para sus compañeros.
LA PRESUNTUOSA.

He aquí una experiencia que jamás se le ocurriría probar a la
altiva princesa Midvanti. Sufriría demasiado la ambiciosa polaca si
alguna vez el público dejara de interesarse por sus gestos y palabras.
Por eso toma sus medidas para mantener siempre despierta la curio-
sidad internacional.

Los viajes de Pola Negri, anunciados previa y profusamente por
las modernas trompetas de la Prensa, tienen siempre algo de cortejo
príncipesco—solemne, ceremonioso—preparado por las clases de
etiqueta y embarazado de una colposa impedimenta. No se concibe
a la más famosa "estrella" europea sin un par de secretarías, un mar-
yardomo, cuatro doncellas, un marido obediente y una nube de fotó-
grafos. Para llegar hasta ella es preciso pedir audiencia, como si
se tratara de una persona real e incluso—para que no falte ninguna
ilusión—una de sus secretarías informa al visitante del tiempo que
podrá dedicarle la señora princesa y del programa a que se debe asis-
tir. Y, cosa verdaderamente curiosa, esa ambiciosa mujer, que lu-
chó desde niña, encarnizadamente, por alcanzar la gloria y la fortu-
na, que, lograda ambas, trata de vivir siempre con el fausto y la
distinción de una verdadera y auténtica princesa, triunfa más fácil-
mente en la pantalla interpretando las humildes y doloridas mujeres
del pueblo. Ahí están, como prueba, Las eternas pasiones, La hora
secreta, Lirio entre el polvo y, sobre todo, Hotel Imperial.
Pola Negri, esa verdadera y casi real princesa de Midvanti, será
preciso modificar ligeramente el adagio en cuestión: "Dime cómo via-
jas y te diré cómo quieres ser".

AMPARO VERARDINI

El precio de las cosas

Por ELINOR GLYN

(CONTINUACION)

Estaban frente a frente los dos, pálidos, ceñudos, pero Denzil contemplaba a Juan con una emoción nueva que brillaba en sus ojos.

—Bien—dijo tendiendo su mano.—Se apreciar en lo que vale la inmensa confianza que en mí depositas y te doy la palabra de honor de un Ardayre de que nunca abusaré ni sacaré de esto ventajas posteriores. Mi regimiento marchará pronto, supongo, con las mismas probabilidades que tú de que me maten.

Se estrecharon la mano en silencio.

—No hay tiempo que perder.

Juan llenó dos copas de coñac y brindaron en silencio. Más de pronto recordó Denzil, como extraña coincidencia, que aquel era su tercer brindis por lo mismo.

Amarilis llegó de Ardayre la tarde del siguiente día, cuando ya Juan había sido declarado por la junta de médicos apto para el servicio militar. Fue a la estación a recibirla y se mostró muy solícito sobre su bienestar, muy contento de verla, y hasta la cedió en sus brazos mientras el coche corría hacia Brook Street. ¿Qué le gustaría hacer a su mujercita? Ir a un teatro, no, desde luego; pero, si lo prefería, podían comer en un restaurante, y así se evitaban las molestias de preparar comida en casa. Amarilis, que respondía inmediatamente al menor avance, se encendió de dulzura. ¡Qué desgraciada se sintió sin él! ¡Y como la inquietaba y trastornaba la idea de la guerra y de su posible intervención en ella! Toda la noche, sola en Ardayre, se la pasó cavilando en lo mismo. Era tan horrible, que aun no llegaba a comprenderlo ni casi lo creía. Y ahora que estaba junto a él, en el coche, viéndose vuelta a su vida ordinaria, parecía disiparse aquel pensamiento monstruoso. No quería pensar más, en toda la noche; procuraría sentirse dichosa y ahuyentar los recuerdos. Nadie sabía lo que pasaba ni si las fuerzas expedicionarias habían llegado a Francia. De nuevo le preguntó Juan qué le gustaría hacer.

No deseaba salir. Si la cocinera y Murcheson pudiesen encontrar algo en la tienda, preferiría comer con él en casa, y luego le tocaría al piano cosas bonitas. Juan se mostró complacido.

Cuando bajó al comedor estaba radiante, con su nueva y encantadora bata; sus zarcos ojos tenían un brillo de reto picaresco y su hermosa carne palpitaba de frescura y tentación. Ningún hombre hubiera deseado más delicia de una mujer propia.

Le acudió a Juan esta idea, y mientras comían se expansionó y se lo dijo. No era un galanteador experto; las mujeres tuvieron poca importancia en su vida, demasiado trabajosa, y ciega. Juan pronunció algunas frases chabacanas, aunque amables, y cuando fueron a la biblioteca, la enlazó por el talle y la estrechó contra su cuerpo.

—Me gusta sentirme muy junta a ti, Juan—susurró ella.—Me gusta tu talla y tu postura, me gustan tus vestidos, tan bien cortados—y levantando su adorable naricilla,—y me gusta con delirio el olor de ese perfume que te pones en los cabellos. ¡Ah! ¡No sé...; sólo deseo estar en tus brazos!

Juan la besó.

—He de regalarte un frasco de esta loción... dicen que obra maravillas en el pelo. Está hecha según fórmula de una antigua ama de llaves de la familia de mi madre, y yo he conservado la receta; hay clavo de especia y otras hierbas aromáticas.

—Si es lo que yo huelo, es divino. ¿Por qué producirán los olores tal efecto en nosotros? ¿Tú lo sabes? Quizás yo sea una mujer muy sensual. Me hacen buena o mala según sean. Hay olores que me embriagan de delicia. Y éste es uno. Cuando me acerco a ti, me hace entrar el deseo de que me tomes en tus brazos y me beses, Juan.

Juan sintió retorcerse de dolor toda su vida. ¡Qué crueles, qué amargamente sarcásticas eran con él las cosas!

—En nadie más que en ti he percibido esta fragancia—continuó restregando en los hombros del marido su tersa mejilla, de un modo tentador.—¡Por ella conocería en cualquier parte a mi querido Juan!

Este se volvió, so pretexto de encender un cigarrillo, porque sentía que las lágrimas inundaban sus ojos.

Entró Murcheson con el café, poniendo fin a las ternezas femeninas, y en seguida rogó Juan a su esposa que tocara el piano, sentándose él en una butaca, satisfecho de librarse de tantas pruebas de amor, que le hacían sudar de angustia.

Desde allí estuvo contemplando su fino perfil, recordado sobre el cortinaje de seda verde. ¡Ah! ¡Si dentro de un año estuviera él con vida y pudiese contemplarla como ahora, pero con un niño en brazos! ¿Qué sentiría? ¿No se calmarían las fieras protestas de su alma con la certeza de tener un Ardayre por heredero?

—¡Dios mío!—rogó,—librame de toda emoción... premia este sacrificio... haz que la familia se perpetúe...

—¿No tendrás que ir a la guerra, verdad que no, Juan?—preguntó Amarilis cuando dejó el piano.—Antes de Año Nuevo todo habrá terminado, y, de todos modos, los paisanos solo son para la defensa interior, ¿verdad que sí?—y cogiendo un taburete se sentó cerca reclinando la cabeza sobre su brazo.

Juan le alisó los cabellos.

—Temo que durará mucho tiempo, Amarilis. Y creo que nos mandarán sin tardanza al frente. Supongo que no quedarás detenerte, querida mía.

Amarilis le miró fijamente.

—¿Que es lo que nos invita, Juan, a entregar nuestros seres más queridos, en los grandes acontecimientos, aunque hayan de matarlos? Cuando la patria está en peligro, aun en las almas más frías, como la mía, se hace una luz intensa, se siente una exaltación, una pena, una gloria, un dolor; todo, menos deseo de retroceder. ¿Es eso patriotismo, Juan?

—Tú lo dices, querida.

—Pero en esta guerra es algo más, porque no vamos a luchar por Inglaterra, sino por el derecho y la justicia. Yo creo que esta prueba por que hemos de pasar es un holocausto del alma que se ha librado, por fin, de las cadenas de la carne. Todos hemos dormido durante muchos años.

—Es un brusco despertar.

Guardaron silencio, entre ambos hundidos en inusitados pensamientos.

Entre los dos se estableció un vínculo de proximidad, de compenetración insolita y peligrosamente dulce.

Amarilis sentía este enlace de las almas como un deleite que se le transfundía en la sangre y la estremecía de gozo sensual al contacto del hombre.

Juan quería evitar un compromiso.

—He de pasar esta noche—pensaba,—pero no podré si me vence la pena de saber a lo que acabo de renunciar. Debo mostrarme fuerte.

Seguía alisándole los cabellos. Ella temblaba bajo su caricia, y jugueteantemente se volvió y le mordió un dedo, lo que arrancó en ella una breve risa.

—Ni yo misma sé lo que siento, Juan—pronunció marrullera, con los ojos como dos ascuas.—Yo misma no sé...

—Yo te lo enseñaré!—y con súbita decisión, se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

Luego le dijo que fuera a acostarse.

—Debes de estar cansada del viaje, Amarilis. Anda obedece como una niña.

Hizo un mohín de protesta. Vibraba toda, poseída de una emoción nueva. Quería permanecer allí para hacerle amar. Quería... no sabía qué, pero sentía que todo su ser se le estaba derritiendo en un fuego abrazador.

—¿Ya he de acostarme? Sólo son las diez.

—Tengo un montón de correspondencia que contestar esta noche, Amarilis. Vete a dormir; a eso de las doce iré y te despertaré.—Y la miró con promesa de amante. Ella suspiró.

—¡Ah! ¡Si me acompañases ahora!

La besó, casi con rudeza, y la llevó a la puerta, donde la estuvo contemplando con los ojos encendidos, hasta que desapareció en la revuelta de la escalera.

Luego se volvió y tocó el timbre.

—Me acostaré tarde, Murcheson; no te esperes. Ya apagaré yo las luces. Buenas noches.

—Perfectamente, sir Juan.

Y el criado se alejó.

Pero Juan Ardayre no escribió ninguna carta de negocio; sentado en su sillón de cuero, empezaron a temblarle los labios, rompió en sollozos y, encorvándose, ocultó el rostro entre las manos.

Poco antes de las doce salió al vestíbulo y apagó las luces. Todo quedó en tinieblas, únicamente rasgadas por el haz de una linterna eléctrica que él llevaba. Escuchó... reinaba un silencio de tumba.

De puntillas fue subiéndola hasta llegar a su cuarto ropero, de donde salió con el frasco que contenía la loción aromática de clavel de especia.

—¡Suerte que se le ocurrió hablar!—pensó.—¡Qué sensibiles son las mujeres! Yo nunca hubiera caído en esto.

Si... ahora se oía un ruido...

Habían dado las doce. Amarilis durmió profundamente, soñando con Juan.

—¡Oh, amado mío!—murmuró soñolienta, pero desvelada a medias por unos brazos robustos que estrechaban su tibio cuerpo.—¡Oh! No sabes cómo me embriaga este olor de tus cabellos. ¡Oh...! ¡Te amo, Juan...!

CAPÍTULO IX

Amarilis despertó por la mañana con la cabeza en el pecho de Juan, quien aún la ceñía en sus brazos; se incorporó

de codos en la almohada y observando la inmensa tristeza que se pintaba en el rostro del durmiente, lo besó con ternura sin despertarlo. El esposo suspiró hondamente.

¿Por qué aquella tristeza, si eran tan dichosos? Si aún se estremecía ella, pensando en las dulces frases que oyó la víspera y... en lo que después sucedió! ¿Por qué cuando la vida se convertía en un paraíso...? Pero, ¡ah!, motivos tenía Juan para suspirar si debía abandonarla. Como una ducha fría, cayó en la ardiente esposa el recuerdo. ¡Debían separarse! La guerra tendía sus alas fatídicas y su sombra ominosa se proyectaba sobre el sueño de Juan, haciéndole suspirar.

¿Qué ironía! tener que perderlo ahora... que... Despertó Juan sobresaltado y, viéndose bajo aquellos ojos que lo contemplaban con una luz nueva de amorosa molición, comprendió que empezaba el calvario de su vida.

Durante el desayuno se mostró Amarillis radiante de una alegría tierna y gentil que trataba de infundir en el hombre, con la mirada, mientras le importunaba con gracioso donaire por el silencio que mantuvo aquella noche. «¡Qué tonto era! ¿Por qué no hablaba? Pero no se enfadó, no. ¡Fue aquello tan sublime...!» Y empezó a prodigarle caricias a que antes no se atrevía por timidez. Y cada frase de afecto se clavaba como un dardo en el corazón de Juan.

¿No podía estar cerca de él, mientras durase la instrucción?

Negó él. Debía volver al refugio de Ardayre. Ya se veían durante los permisos que le concediesen.

—¡Ay, Juan! No dejes de pedirlos.

Poco después de marchar el marido al cuartel, cantaba Amarillis deshaciendo un ramo de rosas tardías que él le envió. No quiso confiar a los criados la agradable tarea de ponerlas en agua. ¿Era la inminente separación lo que convertía a Juan en un amante y le inspiraba aquellas finezas? Le vino a la memoria la conversación en la biblioteca y revivió el gozo de aquel beso inesperado que le dio como explicación de sus emociones de mujer.

¡Y qué agradables eran las lecciones de la vida y del amor! «¡Dulzura!» (1). Aún le parecía estar oyendo la palabra. Nunca la llamó así antes, porque Juan no tenía más vocablos amorosos que «amada», «querida»... y aquella noche—¡todavía era una delicia recordarlo!—no más le oyó repetir, como un suave arrullo: «dulzura... dulzura».

Juan volvió a la hora de almuerzo, pero se dejaron caer allí dos miembros de la familia de la Paule y, todo fue hablar de la guerra, de las dificultades para realizar dinero en los bancos, de la temible subida de las subsistencias y de futuros acontecimientos.

Pero Amarillis, como bajo el influjo de un bebedizo, distraída, sin dar importancia a nada, hablaba y se movía cual si continuase soñando.

El mundo, la vida, la muerte y el amor eran un misterio que se le empezaba a descubrir, acercándola a Juan.

Transcurrieron días pacíficos.

En el campamento, Juan daba gracias a Dios, porque las muchas y pesadas horas de instrucción apenas le dejaban holgura para pensar en Amarillis y en la tragedia de su vida. En Ardayre, Amarillis halló distracción en las labores y juntas sanitarias a que espontáneamente se entregaron las damas inglesas, ya antes de que la cruel necesidad las organizase para un trabajo suficiente. Durante el mes de agosto escribió a Juan diariamente, soliviantándole con sus alusiones amorosas.

Llegaron noticias de Mons, del Marne y del Aisne, horrendas y gloriosas; un silencio de duelo cayó sobre la tierra, y Amarillis perdió como todos, por algún tiempo, el interés por las cosas personales.

Un primo suyo y varios amigos y contortulos quedaron muertos en aquellos hechos y ya se sabía que los voluntarios de North Somerset saldrían pronto para las avanzadas, accediéndose al deseo que manifestaron en seguida. Amarillis estaba afligidísima, pero a medida que avanzaba septiembre se le abría, rasgando las tinieblas de la general tristeza, un nuevo horizonte en el que lucía la tierna claridad del alma anunciadora de un día de... gloria y regocijo para Juan.

Y el día que le anunciaron con certeza la posibilidad de una futura plenitud, Amarillis sintióse exaltada a una celestial bienaventuranza, y cuando el doctor Geddis desapareció por la avenida del Norte, la venturosa mujer se echó encima una capa de Juan y salió al parque, descubierta, dados al viento los rizos castaños de su peinado, con un aire de proeza en su paso y un brillo sobrenatural en sus ojos.

En medio de la senda que bordeaba el lago se volvió a mirar la noble mansión, cuyos cristales reflejaban el cansado sol de septiembre, como encendidos candelabros de un altar glorioso.

Y toda su vida se elevó arebatada en acción de gracias al Señor, mientras su alma entonaba un gozoso *Magnificat*.

¡Ella también aportaba su sangre al rancio y esplendoroso abolengo de aquella casa! ¡También ella sería madre de los Ardayre!

¡Y ahora, a escribir a Juan!

¡Qué placer tan nuevo! ¿Qué diría, qué sentiría su queri-

do Juan? Sus cartas eran llanas y breves, pero respondían a su modo de ser, y ya se las perdonaba. ¿Qué eran las palabras para la alegría celestial que llenaba su alma?

¡Tener un hijo! ¡Un hijo suyo... y de Juan!

¿Qué cosa tan admirable! ¿Qué cosa tan divina!

Sus pies chiquitines apenas pisaban el musgo...; deseaba brincar y cantar.

¡El próximo mayo! ¡El próximo mayo! Una flor primaveral, una tierna vida que cuidar cuando la guerra, ¡claro!, ya habría cesado y todo el mundo se sentiría dichoso y rejuvenecido.

Se encaminó a la vieja capilla y la abrió con la llave que le entregara su esposo en la primera visita.

Entraba el sol por una vidriera lateral y ponía en las gradas del altar la alfombra de su oro.

Amarillis avanzó para detenerse entre las dos tumbas endoseladas que se alzaban ante cada crucero, con estatuas vacantes de la XVI centuria, y arrodillándose luego bajo el haz de luz ante la verja de hierro forjado.

Nadie elevó a Dios una plegaria más pura y más ferviente.

Al volver a casa, se encaminó directamente al cuarto de cedro y se dispuso a escribir a Juan.

Empezó dos o tres cartas y las rasgó. ¡Cuán difícil era expresar tan suprema felicidad!

Por fin llenó tres carillas y cuando las volvió a leer no le satisfizo lo escrito. No expresaba todo lo que quería decir a Juan.

¿Pero cómo encerrar en una carta la inefable alegría de su alma?

Ansiaba decirle cómo adoraría a su hijo, cómo rogaria que fuese un niño y cómo recordaría siempre las palabras de amor que le oyó la última noche que estuvieron juntos, infundiendo en el tierno ser que tomaba forma en sus entrañas todo el gozo que ellas le daban, para que fuese fuerte y hermoso y viniera al mundo como fruto de bendición y de cariño.

Algo de esto logró por fin escribir, y acababa así:

«No es admirable y celestial y misteriosa, Juan, esta prueba manifiesta de nuestro amor? Antes de dormirme repito como una letanía amorosa el tierno nombre que me diste, y desearía cantarlo. ¡Ya no me llamaré desde hoy Amarillis, sino tu verdadera

DULZURA».

Juan recibió esta carta en el campamento, con el correo de la tarde. Solo, en su tienda, la leyó y releó. Luego permaneció rígido, como petrificado.

Su emoción escapaba al análisis en un mar revuelto de pena y gratitud, bajo el cual palpitaba poderoso el volcán de los celos.

«¡Dulzura!», profirió como un anatema. «Y debo llamarla así: ¡Dulzura! ¡Dios mío, es demasiado!—y crispó los puños.

Por el mismo correo le llegó una carta de Denzil anunciándole que su regimiento de husares, número 110, partiría en breve; de modo que pronto se encontrarían en Francia.

Juan contestó a su mujer sin tardanza, aunque notaba que la misma fuerza de sus sentimientos le entorpecía las ideas, y cuando, firmaba la carta, la repasó, vió que no tenía vida ni calor.

«¡Pobrecita mía!» suspiró. «¡Cómo la va a desencantar esto! ¡Qué horrible, qué insostenible ironía tienen las cosas!»

Y se obligó a añadir una posdata, quebrantando su costumbre. «¡No olvides nunca que te amo, Amarillis... Dulzura mía!»

Luego fué a su coronel y le pidió dos días de permiso, y cuando le fueron concedidos para el domingo y el lunes siguiente, telegrafió a su mujer, citándola en Brook Street.

«He de verla... no puedo soportar esto», se dijo.

Aquella noche escribió a Denzil.

«Mi mujer está en estado... Si ha de ser un hijo, poco importa que nos maten a los dos, puesto que la familia queda salvada por la descendencia».

Procuró poner cordialidad en la carta. No podía negar que Denzil se conducía con delicadeza, sin aludir nunca a su entrevista, ni cuando volvieron a verse, ni en las muchas cartas que le escribió después.

Denzil se comportaba como si entre ellos no existiese el menor secreto. Durante aquel tiempo anduvo ocupadísimo, concentrando todas sus potencias en los apremiantes preparativos de guerra, y sólo alguna noche, poco antes de dormirse, dejaba vagar su imaginación por las místicas regiones de «aquel» eterno momento de dulzura. Entonces se estremecía de suave delectación, hasta que por el imperio de su voluntad apartaba aquellos pensamientos para fiarse en otros asuntos; porque no atravesaban días propicios a regodeos y lentas complacencias.

El domingo de la llegada de Juan, estaba en Londres, para asuntos de administración, invitado a comer en el Carlton con Verischenko que llegó también aquel día con una misión de gran importancia.

Al entrar en el hall, un caballero detuvo al ruso para hablarle, y Denzil quedó sorprendido ante la desanimación que se notaba en los pocos grupos de comensales. En aquellos días de otoño ya se conocían las espantosas huellas de la guerra

(1) Sweetheart. Permitásenos traducir *dulzura*, que no nos atreveríamos a poner *dulcinea*, aunque es el vocablo más apropiado en labios de Juan.

en un lugar tan festivo. La gente parecía avergonzada de mostrarse; ni una sonrisa se dibujaba en los semblantes. Hizo ademán de saludo a sus amigos y sus ojos se pararon en una muchacha de exquisita belleza, sentada en un sillón de espera. Vestía sencillo traje negro, pero en la cintura llevaba prendida sin ostentación la flor bermeja del clavel.

—¡Qué preciosidad de mujer!—pensó. Y al volverse Verischenco, después de despedir al conocido, le dijo:—Esteban, si quieres ver un tipo perfecto de mujer inglesa, mira a ese sillón de enfrente, donde solía estar la música. ¿Quién será?

—¡Qué suerte!—gritó Verischenco—¡Si es tu prima Amarilis Ardayre! ¡Ven, hombre!

Inmediatamente le era presentada la muchacha, quien acogió a su primo con la efusiva cordialidad propia de su parentesco.

Pero Verischenco a cuyos ojos nada escapaba, notó que Denzil palidecía bajo su tez curtiada. Amarilis se mostró encantada de ver al amigo ruso. Juan estaba telefoneando. Si venían a comer solos; pero, desde luego, a Juan le gustaría que ocupasen todos una mesa. ¡Muy acertado, Verischenco al proponerle! Allí venía Juan.

La sangre afluyó a rostro de Denzil, que sólo había pronunciado unas torpes frases de cumplido. Por fortuna, Juan decidiera aquella situación embarazosa, que ni provocó, ni deseó él.

Al salir del teléfono, Juan miró a los tres, y tuvo tiempo de apercibirse, comprendiendo que se trataba de un encuentro completamente *imprévu*, para saludar con aplomo y aceptar satisfecho la idea del ruso. Pero antes de entrar en el restaurante y mientras hablaban de arreglar una mesa Enrique Boleksi y su marido, que vivían en el hotel, se juntaron al grupo. Enriqueta se mostró arrebatada de alegría.

—¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Quién iba a pensar! ¿Estaban solos? ¿No esperaban a nadie? ¿Por qué no comían con ella?

Se dirigía a Juan, pero sus ojos aceptaban con visible satisfacción las miradas de Denzil. Y allí estaba Verischenco. Nada más agradable para ella que deslumbar a los hombres. Para Juan fué un alivio su llegada, que alfojaría la inaguantable tensión que entre él y su primo había forzosamente de establecerse, y se apresuró a insinuar que por su parte podían aceptar la invitación de Enriqueta. También a Verischenco le convenía por sus razones, y Denzil nada hubiese podido acoger con más agrado que la idea de aumentar un número demasiado íntimo.

Nunca imaginó que la vista de Amarilis lo emocionase tan profundamente, hasta hacerle sufrir, si bien contribuía a esto lo violento de la situación. A no ser por Juan, aquella misma tortura se le hubiera trocado en voluptuoso motivo; pero ante él estaba Juan, que sufría sin lenitivo; Juan, que adivinaba los sentimientos que Amarilis podía despertarle; y esto le quitaba toda tranquilidad y sosiego.

Todos pasaron a la mesa de Boleksi, la primera a mano derecha, y Enriqueta sentó a Juan y a Denzil a su lado y puso a Amarilis entre su marido y Verischenco, de modo que aquella se vio frente a su primo.

Enriqueta no carecía de inspiración para presidir una mesa y aquella noche se proponía echar el resto. Con la entrada de Inglaterra en la lucha, la vida había dado un giro fastidioso, echando a perder todas sus excursiones campestres y reduciendo a una insignificancia el placer y la ventaja que se proponía sacar en aquella tierra de promisión.

El mismo Estanislao se había vuelto algo huraño, amenazándola con volver inmediatamente a Polonia, donde lo llamaba su deber; pero ella le quitó la idea a fuerza de lágrimas y de escándalos. Entonces él propuso París, pero Enriqueta sabía por Hans que París no era un sitio agradable ni del todo seguro, y que en todo caso, teniendo los franceses que luchar a vida o muerte, poca atención le prestarían; de modo que, mal por mal, prefería quedarse en Inglaterra.

Hans, además, le ordenaba permanecer en Londres, y como había expirado el plazo por el que alquilaban la casa de Grosvenor Square, se trasladaron al hotel Carlton.

La desgracia de la guerra, el holocausto de todo lo noble y todo lo bello dejábala fría. Ciertamente era una lástima que aquellos jóvenes gallardos con quienes bailaba antes fueran conducidos al sacrificio; pero nada se sacaba llorando, más valía buscar otros que los substituyesen. Le era indiferente que ganase una nación u otra; la molestaba tener que recoger informes para su primer marido, pero como él la amenazaba con terribles represalias y en el fondo no dudaba sobre quién saldría victorioso, juzgó prudente seguir prestando sus servicios y mantenerse en buenos términos con el Poder a quien estaba destinado el triunfo.

Fernando Ardayre le fué de gran ayuda todo aquel verano. Pasó de Constantinopla a la cursal de Holanda y acababa de volver entonces a Inglaterra. Digamos que los dos tenían una entrevista para después, mientras Estanislao permaneciese en el Club de St. James.

Enriqueta carecía de imaginación para dejarse inflamar por las horribles descripciones de lo que ocurría. ¡Horrores! No sabía verlos: la guerra, para ella, era una molestia... pero no algo horrible y espantoso. Un contratiempo que duraba ya demasiado. Estaba cansada de tanto simular simpatía e

interés, de tanto reprimir su vivacidad, y como remedio, mostraba gran entusiasmo por cualquier trabajo agradable en que distraer la pesada monotonía de aquellos días. Si no hubiese tenido más que dudas sobre la acogida que tendría en América, aun presentándose como la mujer de un magnate polaco, allí se hubiera trasladado para escapar de aquella situación que empezaba a serle insostenible. La gente estaba demasiado atareada y oprimida para hacerle gran caso, y la dejaban que rumiase sola. Así es que la llegada de Verischenco, que siempre le hacía estremecer de gozo, y de otra posible conquista en Denzil, fué para ella un acontecimiento. Amarilis y Juan no le gustaban, pero los tenía que tragar como un ingrediente necesario.

Denzil ejercía sobre ella un poderoso atractivo. poseía una *insouciance*, un *débonnaire sans gêne*, que acrecentaba el encanto de sus miradas; estaba adornado de todos los atractivos que faltaban a Juan.

También lo notó Amarilis, a pesar suyo, antes de los postres, aunque Denzil evitó con ella toda conversación, fuera de lo que exigía la más estricta cortesía. Se dedicó por entero a Enriqueta, con gran contento por parte de ella, y Amarilis y Verischenco hablaron solos, dejando a Juan para Estanislao. Pero la rara semejanza de los primos atrajo las miradas de Amarilis sobre Denzil, y se sintió inquieta del atractivo e interés que éste despertaba en ella.

Tenía la voz quizás más fuerte que Juan, pero ¡qué graciosamente le caía el bronce de sus cabellos por las sienes y con cuánta elegancia y bizarría llevaba su uniforme!

Denzil había apreciado el valor de la señora Boleksi e, insatisfecho, empezó a distraerse dejando retozar por el cuerpo de Amarilis una mirada en que lucía un fuego caprichoso, que más de una vez se encontró con la de ella. Verischenco los sorprendía desde el escondrijo de su aparente indiferencia, adivinando en ella un vivo deseo de hablar con el gallardo mozo.

Amarilis era objeto de cuidadosa observación por parte del ruso. Le intrigaba la expresión singular de sus ojos, con sombras amoratadas bajo los párpados, y sus facciones, más afinadas en su palidez. ¿Acaso la tristeza de la guerra la abatía? No era eso sólo, porque sus ojos miraban serenos y hasta dichosos.

—Si no fuera porque nada puede ser más inverosímil, diría que va a tener un hijo. ¿Qué misterio es éste?

Estaba intrigadísimo. Le interesaba observar, singularmente, la impresión que Denzil producía en ella. Y cuando terminaba la comida, hubiera afirmado que le era ya más simpático.

«Empieza el primer capítulo de una novela que forzosamente ha de llegar al final», se dijo. «El caso es que no miente a Denzil. Pero ¿a qué atribuir la palidez de éste cuando oyó que era su prima...? Esta circunstancia permanece envuelta en un misterio». ¿Y hasta qué punto afectará a la señora de mi alma?

Durante la comida era imposible guiar la conversación al terreno de la intimidad, y se habló de cosas ordinarias, de la guerra y de sus horrores. Rusia seguía avanzando, pero Verischenco no se mostraba muy optimista; en su país ocurrían cosas que podían detener el avance.

Estanislao Boleksi estaba abatidísimo. Su compañero de mesa parecía un poste, y la actitud despreciativa que Verischenco observaba con él le hería en lo más hondo. Fué un tiempo para Verischenco, jefe y guía, y ahora, después de aquella violenta escena en el fumadero de Ardayre, escena que le había perdonado sin enojos, se veía expulsado de la estima de su amigo, como persona vil que no merece ni la molestia de una reprimenda. La comida fué para él una de las más duras pruebas de su vida.

Juan distaba también mucho de la satisfacción. Anheló ver a su mujer, y en su presencia y en su cariño y en sus insinuaciones no hallaba más que un refinado tormento. El cielo había escuchado su ruego, más le repugnaba naturalmente todo fingimiento, y cada ternura de Amarilis levantaba en su pecho un oleaje de indefinibles celos. Se mostró muy contento de verla, pero lo trababan más que nunca su torpe frialdad y su lardo engorgamiento. Comprendía el desencanto de Amarilis y que probablemente se le habría enfriado aquel exaltado sentimiento de que le hablaba en la carta, antes de expresarlo en palabras.

Pero todas aquellas penas no rompían la corteza de su natural reserva.

Para colmo de males, tropezaban fatalmente con Denzil, a pesar de su gran interés en que Amarilis no lo conociese, por entonces, y él mismo se lo puso delante al empeñarse en comer fuera de casa porque la criada estaba con un hermano herido.

Amarilis consintió, suspirando, después de protestar débilmente, que podrían comer algo frío; pero ya en el coche que los conducía al Carlton, se manifestó muy cariñosa, arrimándose y quitándose la flor de clavel, para que la oliese el marido.

—Es la última que quedaba en el invernáculo. Todas se me han ido marchitando encima; todas me las he puesto como una evocación de mi amado y de aquella noche de gloria.

Juan odió aquel aroma que desde entonces se le había de hacer insoportable.

Se daba clara cuenta de que su primo era lo bastante guapo y varonil para satisfacer a la dama más exigente y de que sus maneras sueltas y corteses le ofrecían grandes ventajas; y al ver que Amarilis lo contemplaba con ingenio interés, un sentimiento rayano en la desesperación inundó su alma.

Siempre luchó contra las asperezas de la vida y estaba acostumbrado a las espinas de su senda, pero aquella que acababa de herirle se le hacía insoportable; porque amaba a su mujer y anhelaba con ella una felicidad que harto sabía era imposible.

Enriqueta era la única que se sentía completamente feliz. Considerando la conquista de Denzil como algo realizado, pensaba dejárselo a su prima, para caer sobre Verischenszko, que era por entonces el objeto de sus ardientes deseos. Su cara hosca y dura y sus extraños ojos de calmuco, la entusiasaban, la enardecían.

—¿Por qué no estás en el hotel, querido bruto?—le murmuró al salir del restaurante.—Si estuvieses...

—Ya estoy—dijo Verischenszko. Y dejándola un momento fué a telefonar a su inteligente ayuda de cámara, encargándole que arreglase en el Ritz la cuenta y el traslado.

«Esta mujer requiere una estrecha vigilancia. No puedo perder tiempo», se dijo.

Luego volvió al hall, donde los amigos tomaban el café.

CAPITULO X

Al pasar por el vestíbulo de casa de su madre, adonde fué con Verischenszko, desde el Carlton, para charlar y fumar a solas en su habitación. Denzil recogió las cartas que le habían sido remitidas desde su destacamento.

Era aquella una casita vieja, cuyo piso bajo tenía a su entera disposición en sus visitas a Londres. Su madre se hallaba en Bath tomando las aguas.

La carta de Juan estaba encima de las otras y Verischenszko observó el interés que se pintó en el rostro de Denzil.

—No hagas caso de mí, chico—advirtió—y lee tus cartas. —Y pasaron al despacho.

—Permítame no más que lea ésta, que es de Juan Ardayre, a quien acabamos de despedir—y Denzil la abrió con aparente indiferencia. No sé qué puede escribirme, porque nada me ha dicho durante la comida.

Leyó la breve epístola y no pudo refrenar una exclamación: «¡Dios mío!» Y se mordió los labios. Estaba visiblemente agitado, y Verischenszko lo contempló con mirada sombría. Si le pasaba algo a Juan, también atañía a la mujer, y por tanto era de gran interés para él mismo.

—¿No son malas nuevas?—preguntó.

Denzil permanecía con la vista fija en el fuego y una expresión admirativa, casi de éxtasis, en su rostro.

—No... magnífico...—En su vida experimentó una emoción más extraña. Su serena y fácil fluidez le abandonaba, y Verischenszko, contemplándolo, empezó a asociar ideas en su mente.

—Dime: ¿qué piensas de tu prima, lady Ardayre?—preguntó como si tal cosa.

—¿Amarilis?—inquirió Denzil, como arrancado de un sueño.—¡Oh! Sí, ya lo creo; es una mujer adorable. ¿No te parece, Esteban?

Verischenszko ensombreció más su mirada.

—Ya te dije que la adoro... pero en mi alma. Si así no fuese, ejercería un poderoso atractivo sobre la carne. ¿No lo has notado?

—Sí.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué...?

—¿Anhela comprender la vida y camina a tientas. ¿Por qué no te encargas de guiarla, Denzil?

—Eso es cosa del marido.

—No en este caso: Yo considero que es cosa tuya. No hay otro más indicado. Juan es un buen compañero, pero nada puede hacer en este asunto. No sé por qué perdiste el tiempo con Enriqueta, cuando es tan corto.

—No tuve ocasión.

—Pero ¿y luego en el hall?

Es evidente que el nombre de Amarilis producía en Denzil una emoción inexplicable.

—No hiciste el menor esfuerzo. ¿Por qué, Denzil?

Denzil encendió un cigarrillo.

—Me atraía demasiado. Ya sabes que no la había visto nunca.

—¿Y es ese un motivo para permanecer mudo y tieso como un poste?

Denzil sonrió. ¿Qué diría Esteban si lo supiera todo?

—Estáis hecho uno para otro. ¡En tu lugar, yo no perdería un segundo!

—¿Hombre...! Pareces olvidar que la muchacha tiene a su marido!

—No, señor! Preclaramente lo digo porque tiene ese marido... Y no me hagas hablar más, que bastante inteligente eres para comprender.

—Así, ¿tú piensas que está bien que la mujer tenga un

amante?—Y Denzil siguió con una sonrisa el humo de su cigarro, que subía en espirales.—Es curioso que los hombres más honrados tengamos tan poca conciencia en tales casos.

El ruso limpió de ceniza su habano y dijo reflexivamente: «Este mundo sería insoportable para las mujeres, si la tuvieramos! Sea cual fuere el aspecto moral del asunto, surgen circunstancias que lo alteran y entonces echamos mano a nuestro ridículo sistema del marbete que tan buenas acciones malogra. A una cosa le ponemos el parche en que se lee: «Des-honestos», y nos quedamos tan tranquilos... ¡Bah! Lo será a veces y no para todos; no es tan fácil dar reglas.

Denzil se acomodó en su asiento, preparándose a escuchar algo sabroso e interesante.

—La idea general es que un hombre no ha de enamorarse a la mujer del prójimo. Profesamos esta idea como un credo, la defiende la ley y hay castigos para quienes dejan de respetarla. Si obrásemos en consecuencia, como cuando se trata de un robo de dinero, conduciéndonos como se conducen las personas decentes en asuntos de negocios, todo iría bien; mas, por desgracia, es raro que ocurra esto cuando obra en nosotros ese fuerte instinto que es el fundamento y eje de todos los actos y que se mueve ciego y sordo a toda consideración honrada; ese inconsciente deseo de reproducir la especie, que escapa a toda responsabilidad moral y no puede ser medido, juzgado y ponderado desde el mismo punto de vista que los otros. No hay ley que pueda modificar la naturaleza humana, ni contener a un hombre impulsado por una fuerza natural, a no ser que uno mismo descubra la verdad analizando sus actos e implante el dominio de su inteligencia. Lo mejor sería resistir el primer momento de atracción que la mujer del prójimo ejerza sobre uno; pero son muy pocos los hombres que esto hacen. Muchos rechazan, procuran rechazar la tentación por motivos de conveniencia y por miedo a los resultados. Para salvar la conciencia, la mayor parte de los hombres adaptan una actitud activa, y con la careta de la virtud, empiezan a predicar y a escribir enormidades contra los pecados, mientras su conducta coincide con lo que fustigan. Esa hipocresía me repugna. Nadie se atreve a mirar un asunto a cara descubierta y desnudándose de todo sofisma. Pocos comprenden que a una mujer hay que disputársela en riña, según nuestro instinto prehistórico, y si no la podemos obtener en noble lucha, apelamos a toda clase de estratagemas por conquistarla. Y el hombre que la conquista ha de saber defenderla. Si yo tuviese mujer, ya me cuidaría de que no deseara a otro hombre... mas si la aburriese con mi frialdad o mi falta de amor, ¿qué derecho tendría a esperar que otro no me la quitase, sabiendo como sé que eso es un instinto tan natural como el tomar alimento? Probablemente ni tú ni yo nos dejaríamos tentar, aunque fuésemos pobres, por una bolsa de oro descuidada en una mesa, pero ya nos sería difícil si estuviésemos hambrientos: de manera que si una mujer sucumbe a una pasión nueva, al marido hay que culpar y no a ella.

Denzil asintió.

—También los celos son un instinto natural—dijo,—y aunque ningún provecho saque el hombre de mantener a la mujer a quien no ama, sigue haciendo locuras a impulso de ese instinto.

—¡Claro! Cuando se ataca al sentimiento de la propiedad personal, queda herido el amor propio y debilitado el poder analítico de causas y efectos. Pero la actitud del hombre que olvida a su mujer y espera que ella se le mantenga fiel es lo más ridículo e insensato; es como el que cegado por la niebla del ambiente, no puede ver claro.

La voz áspera de Verischenszko sonaba afilada y contundente.

Denzil sonrió.

—Otro de tus castillos de viento a que acometer.

—Siempre estoy luchando contra la rutina y la hipocresía. Hemos de ir rectos al significado de las cosas, y cuando el formalismo que las envuelve conviene a su esencia, debemos respetarlo; pero si es algo sobrenatural y artificial, hay que arancarlo para estudiar en sí misma la cosa.

—Supongo que el noventa por ciento de las veces el hombre se casa porque no puede lograr a la mujer de otro modo, y cuando satisface su pasión entra en la indiferencia, aún cree que la mujer ha de mantenerle el cariño. Tienes razón, Esteban: eso carece de lógica.

—Que la aten o la pongan en una faula, si quieren fidelidad a la fuerza; pero esperarla, delando a la mujer en libertad y despreciada, es ser tan asno como imaginar que un amigo no se conducirá con ella del mismo modo que ellos están dispuestos a conducirse con la mujer de otro. Nunca he notado que los hombres se abstengan de asediar a una mujer hermosa, sea casada o soltera.

—Lo cual quiere decir que me consideras en perfecta libertad para enamorarse a Amarilis Ardayre.

—En absoluto.

Denzil tiró al fuego la colilla de su cigarro y se levantó.

—Por esta vez, Esteban te equivocas en tus deducciones. Hay una razón que me lo veda por completo... En ninguna circunstancia podré insinuar el menor avance hacia Amarilis, mientras viva Juan. Lo hago cuestión de honor por mi parte.

Verischenszko veíase a punto de resolver el misterioso problema que adivinó en todo aquello, pero escapaba a su vista penetrante un término de la operación, ofuscado como lo

traía el hecho incontestable de que Denzil y Amarilis se acababan de conocer.

—Siendo así, es una verdadera lástima—dijo después de reflexionar un poco.—En tiempos normales, podríamos confiarlo todo a la suerte; pero si matan a Juan, será muy lamentable que Fernando quede como sucesor de Ardayre. Ese bellaco no se alistaría... Ya tendrá bien guardado su pellejo, mientras vosotros arriesgáis la vida.

Denzil se apartó a un armario so pretexto de abrir otra caja de cigarros.

—Precisamente me escribe Juan que espera un heredero... así es que no hay motivos para alarmarse—dijo con voz llena de extraña emoción.—A mí me alegra de veras la noticia, porque, verdaderamente, detesto a Fernando.

Verischnzko se movió en su asiento presa de rara agitación.

—Se me ocurrió eso cuando vi esta noche a miladi Amarilis... mas como pensé que era del todo imposible, deseché la idea. ¿No será un milagro de la guerra?—sonrió inquisitivo.

—Por lo visto... Denzil se restituyó a su asiento con la caja de cigarros abierta.

—Comprendo, Denzil, que hay en esto un secreto, que ni puedes revelarme, ni puedo perderte que me expliques, pero acaso en lo futuro pueda ayudarte en algo. Poseo un curioso informe, que me reservo, referente a Fernando Ardayre y a sus manejos. Puedes contar siempre conmigo.

Y el ruso se levantó, agitado por el tropel de pensamientos que se movían en su cerebro.

—Denzil, amo a esa mujer, y estoy completamente decidido a no amarla más que en espíritu. Ansío verla dichosa y protegida. Tiene un alma exquisita que con gusto dejaría en tus manos porque tú eres el único hombre digno de ella.

Denzil guardó silencio. Nunca vio a Esteban tan excitado ni se halló él en una situación tan violenta.

Pon fin preguntó:

—¿Piensas que Fernando no dejará pasar el hecho sin protesta?

—Es posible.

—¿Pero qué podría alegar? Un hijo acallará los viejos rumores.

—Ante la ley...

—En todos los órdenes—interrumpió Denzil enrojeciendo.

—¿Conoces a Lemon Bridges?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Es un cirujano de talento y dicen que también un perfecto caballero. Si le sorprende el acontecimiento, probablemente se callará.

Esteban observaba con minuciosa atención al amigo, mientras decía aquello en un tono displicente, como un tópico del que echa mano por contestar algo, y vio cruzar por los ojos del joven un relámpago de ansiedad.

—Yo no veo que nadie pueda decir nada—y encendió un puro.—Juan está encantado.

—Yo también, y tú, como lo estará lady Amarilis. Hagamos votos por la felicidad de todos y no nos inquietemos por contratiempos que quizás no se presenten nunca. ¿Cuándo se espera?

—A principios de mayo próximo—contestó Denzil sin vacilar, enrojeciendo aún más al recordar de pronto que Juan nada decía de la fecha en su carta.

El tema resultaba demasiado embarazoso y preguntó para esquivarlo:

—¿Qué hace ahora tu amiga, la señora Boleski, Esteban?

—Recibe noticias de Alemania que procuraré me comuniqué, y recelo que trasmite a Alemania todas las que puede pillar aquí; pero no estoy seguro. Cuando lo esté, no tendré piedad. Esa mujer traicionaria a cualquier país para proporcionarse un momento de placer o por cualquier bicocha. Aún no he descubierto quién es el hombre con quien balló en Ardayre. Ya creo que te lo dije. Tenía entonces que atender a tantas cosas, que me fué imposible seguir la pista.

—Es bellísima físicamente y dice cosas tan claras y sencillas, que resulta una buena compañera de mesa; pero, ¡Dios mío! pasar toda la vida al lado de una mujer así!—exclamó Denzil sonriendo.

—Son muy raras las mujeres con quienes sea posible pasar en paz toda la vida porque tanto en el hombre como en la mujer cambian las necesidades. El lazo matrimonial es una cadena odiosa si los consortes no la saben mirar con sentido común; pero creo que tan faltos de lógica están ellos como ellas, y que se dejan llevar de una vanidad increíble. Si surgen tantos obstáculos se debe al excesivo sentimiento que ponemos en un acto tan sencillo y natural, y por eso son los hombres tan injustos con las mujeres. Todos piensan, por ejemplo, que la mujer no debe engañar al amante, y ella, que lo sabe, procura aparecer como su fiel querida y en secreto acepta a otro para su placer y diversión. Un hombre consideraría esto, y con motivo, una traición deshonrosa, porque heriría su vanidad y humillaría su prestigio personal; pero lo ilógico del caso está en que él no dudaría en hacer lo propio, sin considerarlo una traición, porque el Creador le ha dotado, felizmente, con una piel de hipopótamo que le libra de los agujeros de la conciencia en cuanto encamina sus actos al otro sexo.

Denzil soltó la risa.

—Eres tremendo con los hombres, Esteban; si bien tienes razón.

—Sólo la costumbre y el convencionalismo nos hacen creer que somos dioses. ¿Quién sabe dónde hubiera llegado la mujer si hubiese podido determinar siempre sus actos? Todo lleva su membrete, todo ostenta un nombre y un marchamo. Las mujeres son «debiles», «caprichosas», «informales» y los hombres, «valerosos», «fuertes», «dignos de confianza». ¡Cuernos, lo son en su mayoría! En muchos casos las mujeres son admirables por lo animosas. ¡No hay más que ver la alegría con que nos soportan! Piensa en sus dolores de parto. Tú quizás no lo sepas, porque para los hombres eso no tiene importancia, pero yo he visto morir a mi hermana, después de dos horas de sufrimiento.

Denzil movió un brazo de manera brusca y volcó su vaso de limonada, que había en la mesita de al lado.

Verischnzko lo vio, más siguió sin tomar aliento:

—Aun en las mejores condiciones es un peligro de muerte para ellas, y a veces estas sublimes. Amarilis lo estará. Espero que Juan sabrá cuidarla.

Por el rostro de Denzil pasó una nube de preocupación, y el ruso, que le observaba, se confesó que no había otro más digno de hacer pareja con Amarilis. Estaba por completo libre de celos. Confiaba que su intuición iba a revelarles algún plan que pudiera ser útil a Amarilis y a la seguridad de la familia.

—He de marcharme, amigo—dijo mirando el reloj.—Tengo un *rendez vous* con Enriqueta. He de representar el papel de un apasionado; aun no puedo retorcerle el cuello.

Denzil se quedó solo, fija la mirada en el fuego.

¿Qué Juan sabía cuidarla? Pero es que Juan ha de ir al frente, y él también, y entrambos podían caer. Y entonces, ¿qué?

—Esteban sabe, estoy seguro—pensó,—y es tan fiel como una espada. El la protegerá si no volviéramos.

Y evocó la imagen de su prima, sentada frente a él, dirigiéndole miradas con aquellos dulces ojos que le revelaban inocentemente toda la verdad, por ella aún no sabida. ¡Oh, dicha inefable de tenerla en sus brazos murmurándole palabras encendidas de amor, volver a sentir su adorable cabecita recostada contra el pecho! Le latía el pulso como si fuera a estallar, el corazón se le desbocaba.

¡Amarilis... Dulzura!—suspiró y le sorprendió el tono de su voz.

Se paseó por la habitación, retorciéndose las manos. La familia tendría sucesor, pero dos de sus miembros estaban condenados al sacrificio.

¿Qué era lo más insoportable: su amarga desesperanza de las mieles gustadas o la forzosa abstinencia de Juan?

En todo el mundo se hallaría un caso ni más raro ni más cruel.

Ya había divagado sentidamente sobre aquello, antes de conocer a Amarilis. Recordaba el mito de Eros y Psiquis; su emoción se parecía mucho a la de Psiquis antes de encender la lámpara y veían sus ojos lo que habían estrechado sus brazos, la realidad superaba al sueño y la pasión aumentaba al ciento por uno. ¡Aquello era demasiado!

Se olvidó de la guerra, de la calamidad de los tiempos; se olvidó de todo menos de sus ansias por Amarilis.

—¡Es mía, mía—gritó furiosamente;—no de Juan!

Y entonces le acudió a la memoria su promesa, hecha antes de poner manos a la obra.

¡No aprovecharse de la situación... en adelante!

¿Y a quién se parecería el hijo? Sería un Ardayre perfecto, naturalmente. Dirían que lo habían plasmado en los viejos moldes isabelinos de aquel Denzil cuyo cuadro colgaba en la galería de Ardayre y que, según le dijo su padre, era su propio retrato.

Hubiérale hecho reír el sarcasmo que se ocultaba en esto, si su creciente pasión no hubiese ofuscado su criterio.

Volvía a sentarse pensando detenidamente en la paternidad. Para un hombre poco significativa, por regla general. A él se le antojaban necios romanticismos, esas ocultas agitaciones espirituales que contaban los libros. Le parecían muy bien en un hombre que tuviese serios motivos para desear un hijo, pero en otro caso eran una tontería.

Sin embargo, se sorprendía temblando de emoción, ansioso de hablar de esto con Amarilis y saber lo que ella pensaba. Recordó las discusiones sostenidas con Verischnzko acerca de la teoría de la reencarnación de las almas en la tierra hasta que alcanzan cierto grado de perfección, y le preocupó el alma que animaría aquel tierno ser: su hijo y el de ella.

De súbito le pareció que se habían desvanecido las paredes de la habitación y que se hallaba ante la inmensidad del espacio, frente a la eternidad y comprendiendo por vez primera lo admirable de las cosas...

Entre tanto ya estaba Verischnzko de regreso en el Carlton, encaminándose quedamente a las habitaciones de los Boleski. La puerta de la antecámara daba al ángulo del pasillo y aún estaba el ruso a bastante distancia cuando vio salir a un hombre que se deslizaba por la opuesta dirección con mucha

cautela. Mas fueron vanas sus precauciones, porque Veriszenko habia ya reconocido a Fernando Ardayre.

El ruso se detuvo. Oyó que una puerta se cerraba, y aún esperó algún tiempo antes de entrar en el cuarto de Enrique, para no infundir sospechas de su encuentro con la anterior visita.

—¡Hola, querido bruto! ¿Ya estás aquí?—le saludó, levantándose regocijada para echarse en sus brazos.—He mandado a Estanislao al casino de St. James a divertirse, y hace una hora que te estoy aguardando sola. Empezaba a temer que no vendrías.

Veriszenko la miró con su sonrisa cínica y bonachona apenas velada por la bata sutil que llevaba y luego la dejó para levantar un pañuelo que habia sobre la mesa.

—¡Tienes, Enrique!—advirtió displicente, oliendo con disgusto.—¿Desde cuándo usa Estanislao un perfume tan oriental?

La misma inocencia se pintó en los abiertos ojos, color de avellana, de la señora Boleski.

Sospecho que Estanislao tiene una querida, Esteban. Hace algún tiempo que percibo en sus prendas ese olor. Ya sabes que no usaba ninguno antes.

El pañuelo está marcado con las iniciales «F. A.». Las planchadoras del hotel deben de confundirlos. Seamos tolerantes con un marido que se distrae, pero digamos que su enamorada no tiene mucho gusto en sus perfumes—y Veriszenko arrojó la batista al fuego, que humeó y echó llamas.

—Tengo muchas noticias que comunicarte, mi querido bruto; pero... ¡aún no! ¿Has venido a Inglaterra a ver a ese pedito de pan con mantequilla, o...?

Veriszenko, en uno de sus arranques salvajes que tanto amaba ella, la estrujó entre sus brazos.

CAPITULO XI

El martes de aquella semana quiso la pícara casualidad reunir en uno de los torbellinos de esta vida, que con tanta frecuencia alteran el curso de los acontecimientos, a Denzil y Amarilis, y lo hizo de la manera más sencilla.

Amarilis, de regreso a Ardayre, después de despedir a Juan la noche anterior, estaba sola en su compartimiento del expreso que esperaba la hora de partida. Sentíase desgraciadísima por la tremenda desilusión. Juan se le habia mantenido en una reserva densa e impenetrable, que todas las exaltadas emociones que ella quiso expresarle se le enfriaron en sus adentros.

Era de suponer que Juan estaba satisfecho ante la perspectiva de un hijo, ya que no era otro el deseo de su corazón, pero al hablar de aquello parecía entorpecerse la lengua y ella misma acabó por callar lo que sentía.

¿Cuidado que era zoquete aquel hombre!

¿Qué significaba todo aquello?

Amarilis no pudo más y con el alma herida y un temblor en los labios se le quejó:

—¡Ay, Juan! ¿Qué cambiado estás! No eres el mismo que me llamaba «Dulzura» y me estrechaba en sus brazos. ¿Te he disgustado en algo, querido? ¿No te alegras de que vaya a tener un hijo?

El la besó, asegurándole que estaba contento, lleno de gozo. Y con los ojos lastimantes se confesó estúpido y lerdo, rogándole que no tomase a mal lo que sólo era propio de su carácter.

—¡Ay!—suspiró ella sin decir más.

Y ahora, sola en el tren, asomada a la ventanilla, la asaltaban estos recuerdos.

Si. Su alegría se convirtió en fruto del Mar Muerto (1). ¡Cuán otros eran los exaltados pensamientos que la conmovían de dicha cuando iba al encuentro del esposo! Con qué ternura, con qué arroboamiento le iría diciendo, la cabeza descansada en su pecho varonil, lo maravilloso de una vida que estaba plasmando en sus entrañas por obra de su amor! ¡Como se estremecería también Juan ante el glorioso misterio realizado en ella por él!

Y ahora todo era gris, opaco, frío.

Lágrimas de fuego quemaban sus ojos y las rechazó y quiso atribuir sus negros pensamientos al loco romanticismo que de nuevo influía en ella. ¿Qué más podía exigir a un hombre que sintiese orgulloso ante la posibilidad de un heredero? Pero no sentimentalismo. Si fuese una niña, acaso Juan manifestase indiferencia.

Una oleada de lágrimas inundó su vista y cayó en la flor de clavelo prendida en su seno, una flor del ramo que Juan encargó para ella y que iba cuidadosamente guardado en una caja de cartón, en la red del vagón.

Por fortuna estaba sola y el tren a punto de partir. ¡Qué alivio experimentaría al alejarse de Londres!

Su pensamiento volvió a Veriszenko: él le dijo que las circunstancias lo atraerían con frecuencia a Inglaterra durante aquellos meses.

Lo volvería a ver. ¿Qué le aconsejaría en aquel momento? Dominar la emoción y poner a prueba el sentido común, seguramente.

Le acudió a la imaginación la comida del Carlton y la persona de Denzil, ¡tan parecido y tan diferente de Juan!

(1) Muy hermoso a la vista y hueco por dentro.

¿También Denzil se mostraría frío con su mujer? ¿Era aquel carácter propio de los Ardayre?

Cuando el tren empezaba a marchar, hizo irrupción en el compartimiento un militar que, distraído, estuvo en riesgo de caer tropezando en las rodillas de la mujer, mientras se volvía a recoger la maleta que le entraba un mozo, el cual cerró la puerta con un breve «¡Servidor de usted, sir!» Amarilis se quedó pasmada al reconocer a Denzil Ardayre.

—¿Cómo estás? ¿Caramba! ¡Cuánto lo siento!—y le tendió la mano. Por poco se me escapaba el tren y con la prisa me he metido aquí sin pedir permiso. Voy a Bath a despedirme de mi madre. Perdona si te he asustado—y la miraba, lleno de temor.

Amarilis rió, nerviosa y aturdida.

Has entrado realmente sin mirar a dónde, con la prisa y como el tren no para hasta Westbury, habremos de aguantarnos mutuamente hasta entonces. ¿Lo sientes?

—Muchísimo... ¡La verdad es que estoy encantado!

La casualidad le deparaba aquellas dos horas que no había él preparado ni soñado; su conciencia estaba tranquila, y no pudo evitar que la alegría se le desbordase. ¡Dos horas con ella... y a solas!

Hay ojos azules que fulguran siempre con un centelleo diabólico, aunque estén serios, y así eran los de Denzil. Pocas mujeres hubiesen resistido a su encanto; pero no era conquistador. La vida, con sus múltiples exigencias, el estudio, el trabajo y la casa le dejaban mucho tiempo para el amor, de cuyas escasas aventuras salía siempre indemne, sin llegar a sentir más que una transitoria emoción que en nada podía compararse con la que ahora experimentaba sentado frente a Amarilis, en la que veía realizado su sueño amoroso.

Ella lo examinaba mientras hablaba: de asuntos ordinarios, de la guerra, de su próxima marcha. Sentíase empujada hacia él por una fuerza extraña y aliviada de su reciente opresión. Le complació misteriosamente observar cómo el sol, rasgando una nube, bañaba el immaculado peinado del joven de un bronce nuevo, cuyas líneas sabía ella apreciar con sus conocimientos de escultora aficionada.

Denzil le pareció un dechado de perfecciones físicas, pero aún más que nada le gustaba su vivacidad. En él presentábase cumplido cuando su fantasía habia ido atribuyendo a Juan durante su ausencia. Denzil hablaba sin dar a sus palabras otro significado que el justo, sus miradas eran ardientes; y la atmósfera se calentaba cuando son fuertes las emociones, pero insignificantes que parecían las palabras. Amarilis sentíase objeto de un profundo interés.

—Parece que conoces mucho a mi amigo Veriszenko—dijo ella.—¿Verdad que es un hombre fascinador? A su lado siempre me siento con aliento para acometer grandes empresas.

—Esteban es admirable. Fuimos compañeros en Oxford. Sabe de todo: música, pintura; está dotado de un criterio aplastante y nunca hace un papel ridículo. Si no le hubiesen expulsado, Dios sabe los títulos que poseería.

Amarilis deseó enterarse de esto y la divirtió mucho la historia de la calaverada que escandalizó a los seducidos caballeros de la Universidad.

Se habia calmado la excitación de la joven y Denzil no era ningún colegial para entregarse aturdidamente a la emoción que experimentaba. Hablaron, pues, como buenos amigos, de cosas interesantes; pero en una pausa, que aprovechó Amarilis para asomarse por la ventanilla, Denzil hubo de reforzar el freno para no dejarse vencer por un sentimiento embriagador.

De pronto Amarilis se tornó intensamente pálida y sus lindos párpados aletearon en un desfallecimiento; por primera vez en la vida se sintió desmayada.

Denzil acudió ansioso, viendo que inclinaba la cabeza contra el respaldo.

—¡Pobrecita mía! ¿Qué puedo hacer por ti?—exclamó sin percatarse de la espontaneidad amorosa de la frase, que cayó dentro del desvanecimiento de Amarilis como un chorro fresco en la aridez de su alma sedienta.

Denzil levantó el brazo tapizado, para aprovechar dos asientos, y tomándola en brazos, como a una niña, la echó horizontalmente. Luego sacó una botella de un maletín y vertió entre aquellos labios de cera un poco de coñac, con el que restregó después sus muñecas, murmurando no sabía él qué frases de lástima, al verla tan frágil y abandonada, en aquella indisposición que merecía toda su solicitud.

—Y pensar que le sucede esto porque... ¡Y sin poder borrarla y animarla, diciéndole que la adoro y la comprendo...

Amarilis se incorporó, abriendo los ojos. No habia acabado de desmayarse, mas por un momento todo se le obscureció sin que pudiera asegurar lo que habia sucedido: si soñó que Denzil le dijo una frase amorosa o si era verdad. Sonrió débilmente.

—Me ha pasado una cosa rara—explicó.—¡Si seré boba! Nunca me habia desmayado. ¡Es tan tonto!—y se sonrojó pensando en la causa.

—Voy a abrir la ventanilla—dijo él, observando su rubor y volviéndose a bajar el cristal.—No debes sentarte de espaldas a la máquina. Cambiemos el puesto.

Y uniendo los hechos a las palabras la ayudó a ponerse en pie y la dejó sentada en el sitio que él ocupara. Luego se

sentó frente a ella y la estuvo contemplando con ansiedad. —Siempre me siento como iba, para evitar el humo; pero eso debió ser. No creas que sea una tonta..., nunca me había pasado una cosa tan estúpida.

—No hables, pobrecita mía; cierra los ojos y no hables. Obedeció. Pudo él contemplar a su sabor aquel rostro hermoso, en el blanco de cuyas mejillas resaltaban las lunas pestanas. Le pareció una niña un poco sentimental, y todas las fibras de su ser vibraron con el deseo de protegerla. Jamás sintió tan hondamente como entonces, con resultar las cosas tan complicadas. Se forzó en recordar que no viajaba con «su» mujer, a quien tenía que cuidar con solicitud y cariño como a futura madre de su hijo, sino con la mujer de Juan, a quien él apenas conocía, y que no debía manifestar más interés que el que hubiera puesto cualquier Ardayre en la mujer del cabeza de familia.

Le hubiera hecho reír aquella ironía de la situación, pero estaba demasiado conmovido.

¿Cómo hubiese gozado Verischenko analizando la naturaleza de los sentimientos de entrambos!

Amarilis veía en Denzil la realidad de lo que soñaba de Juan y le gustaba tenerlo cerca; Denzil, amandola enormemente, debía mantener a raya toda emoción y recordar su promesa. Se fué, pues, calmando la agitación en los dos y sus almas se mecieron en la dulzura de una conversación amistosa sobre sus gustos y opiniones, que coincidían en muchas cosas, los dos eran bastante leídos para discutir acerca de sus autores favoritos.

Antes de llegar a Westbury se había establecido entre ambos una honda simpatía y una comprensión mutua, sin que Denzil pecase un momento de deslealtad.

Volvió el tema de Oxford y de la influencia que ejercía sobre los jóvenes, y esto llevó a mentar a Verischenko y las ilusiones que con Denzil compartía.

—¿Irás al Parlamento cuando se acabe la guerra?—preguntó ella.—Entonces podrás realizar tus ilusiones.

—Eso es lo que pienso. La guerra aún durará bastante, pero enseñará a los hombres algo, y después Inglaterra será muy diferente, y acaso los jóvenes que hayan luchado tengan ocasión de hacer grandes cosas.

—Y debes de tener ya tus ideas favoritas, ¿Verdad?

—Así lo creo. Lo más urgente será dar al pueblo mejor habitación. Al problema de las viviendas voy a dedicar todas mis energías, persuadido como estoy de que el olvido del mismo origina casi todos los males. Todo hombre que trabaja ha de tener derecho a una buena casa. Dos son los problemas que me apasionan: éste y la eliminación de los eriales y del capital improductivo. Acaso me consideres muy duro; pero es lamentable que en todos los problemas encaminados a beneficiar a los trabajadores se inmiscuyan asquerosos sentimentalismos. Opino como Verischenko, que siempre predica la necesidad de que en todo prevalezca el sentido común. Es imposible pensar bien si antes no se elimina de una cuestión el convencionalismo, la religión y la sensibilidad.

Amarilis reflexionó un momento, abriendo mucho sus ojos soñadores y con la cabeza un poco inclinada hacia atrás. Denzil vio la fuerza de su espíritu revelada en las líneas de su blanca garganta y en la curva de su mentón. Y le sorprendió que la mujer adornada de esos rasgos de energía siempre fuese la esposa de otro. Nunca los había observado en las muchachas libres. ¿O era que el matrimonio desarrollaba aquellos signos?

—Yo también deseo hacer algo más que camisas y calcetines—dijo ella, rompiendo el silencio en que ambos se hundieron. Y otra vez enrojeció de súbito al pensar que durante algún tiempo estaría incapacitada para toda labor ruda, y después la guerra ya habría terminado.

Lo mismo pensó Denzil, pero sin hacerse ilusiones sobre la pronta terminación de la guerra. ¡Oh! ¿Qué interés pondría en la esperanza de un hijo si fuese ella su mujer! ¿Qué dulce ternura desplegaría con ella durante aquellos meses! ¿Cómo hablarían los dos de sus deseos y del misterio y de la dicha que ofrece la evolución de la vida! Y he aquí que arrebolada su cara alguno de aquellos pensamientos y no les era dado cruzar una palabra. Los celos se agitaron en su alma al empuje de sus deseos. ¿Cuántas cosas anhelaba preguntarle! Mas ella sólo a Juan confesaría las emociones derivadas de su estado. ¿Qué haría, sola, durante el invierno? Lástima que no conociese a su madre, la señora más bondadosa y tierna de este mundo. Y lo dijo:

—Me gustaría que conocieses a mi madre. Estará todavía un mes en Bath. Es casi una inválida, con reuma en el tobillo desde hace cinco años. Creo que os llevaríais muy bien.

—Tendría un verdadero gozo, y no estamos tan lejos... Yo iré a verla, si le adviertes para que no la sorprenda que el mejor día se le acerca una desconocida.

—Estará encantada—y pensó que él también se sentiría más feliz sabiéndolas amigas.

—¿Es muy apreciable para ti? Algunas madres lo son—y suspiró, pensando en la impresión de vacío que le causaba la suya, siempre alejada de su vida y aún más desde que puso todo su afecto en la familia del padrastro.

—La quiero mucho, es una de mis mejores amistades—contestó Denzil.—Siempre hemos sido inseparables, porque yo no tengo hermanos. ¡Hasta temo que malcrió!

—Debias de ser un chiquitín encantador!—sonrió Amarilis.—¿Qué cosa tan divina ha de ser tener un hijo! No es raro que una los mime.

Denzil se oprimió las manos para contener su emoción. Estaba tan adorable al decir aquello, con una visión íntima de su esperanza brillándole los ojos, que parecía imposible seguir hablando con ella como una prima a quien hallamos casualmente y nada más.

—Tener hijos ha de ser una gran responsabilidad—dijo, observandola.—¿No te parece?

Y otra vez le florecieron las mejillas al contestar solemnemente:

—Sí.

Y prosiguió en seguida:

—Hay que estudiar el carácter enderezándolo, como un jardinero a sus plantas, hasta que llegan a un completo desarrollo. Pero qué cosas tan chuscamente serias estamos diciendo—y tuvo una risita nerviosa.—Parecemos dos abuelos filósofos.

—Es un asunto muy serio y pocas veces se presenta oportunidad de hablar con quien lo entienda.

—¿Con quien lo entienda! ¡Ay!—suspiró.—Qué perfecta sería la vida si... y se cayó de repente, porque las palabras que subían a sus labios eran una alusión a Juan.

Denzil se inclinó a ella vivamente.

—¿Qué ibas a decir...?

Ella se turbó de intensa dulzura, viéndose llena de la mirada azul del joven, que volvió, dominado, a su disposición y cambio de tema:

—Nunca he estado en Ardayre y me gustaría ver los retratos de nuestros comunes antepasados. Decía mi padre que hay un Denzil de los tiempos isabelinos que se me parece mucho. Yo creo que todos hemos sido marcados con el mismo sello.

—¿Ya lo he visto!—exclamó Amarilis.—Está al final de la galería y lleva vestido de raso blanco y abombado, con una gorguera. Si; has de venir a verlo. Los ojos son exactamente los tuyos.

—Creo que toda la familia se parece. Nuestra estirpe ha dado pruebas de tenacidad.

—Ven con Juan a pasar las Navidades, si los dos tenéis licencia. Yo ya seré amiga de tu madre y entre todos la persuadiremos de que venga también.

Denzil contestó agradecido, pensando que Juan no refrenaría la invitación. ¿Acaso él lo haría si estuviese en su lugar? Y si la situación era difícil para él, mucho más lo era para Juan.

El tren se paró en Westbury.

CAPITULO XII

Denzil salió a buscar los periódicos que por falta de tiempo no pudo recoger en la estación de partida, cuidando antes de gratificar a un mozo, para que guiase a otro compartimiento a un anciano que revelaba deseos de entrar en el ocupado por Amarilis. Y al reanudar la marcha, los dos seguían solos.

Ella, recobrada casi por completo, de modo que hubiese parecido la misma de siempre sin aquella sombra amoratada que hundía sus párpados, ojeaba las ilustraciones, mientras él, deseando meditar un rato en la necesidad de rechazar toda tentación y mostrarse digno de su fortaleza, se recogía tras la mampara del *Times*.

No olvidaba la verdad de Verischenko al afirmar que las leyes no tienen poder contra un impulso natural, si el raciocinio no impone el dominio del espíritu. Recordaba haber cedido a la tentación de otras mujeres, sin pararse a reflexionar un momento; mas ahora estaba comprometido su honor y esto le bastaba para abstenerse de todo acto vil que pudiera afear su alma. Pensó luego en las complacencias de que tanto hablaba el amigo, y con las que podía regalarse mientras pudiera ejercer dominio sobre ellas.

Harto se complació durante aquellas dos horas de viaje, poniéndose muchas veces en peligro de derrota; ya era tiempo de poner freno, no sólo a toda palabra amistosa y a todo regodeo, sino a todo sentimiento amoroso.

Se impuso la lectura de las noticias de la guerra procurando apreciar la amarga realidad bajo la fraseología oficial de los *communiqués*. Lentamente se fué calmando, y así se sobresaltó cuando Amarilis, que lo observaba recelosa de que el diario le interesase, le rogó con timidez:

—¿Quieres subir un poco el cristal? Parece que empieza a refrescar.

Y notó la expresión abstraída que se pintaba en los labios tensos y en los ojos del hombre.

Luego Denzil se puso a hablar serenamente de la guerra, con deliberado propósito de encastillarse en aquel tema, hasta que ella dejó caer la cabeza contra el ángulo del respaldo y cerró los ojos.

—Voy a dormir un poco—dijo.

También ella se había percatado del peligro. No en vano Denzil se interesaba enormemente y era el polo opuesto de Juan.

Permanecieron algún tiempo en silencio. Y fué él quien habló cuando ya llegaban a Frome, porque había estado reflexionando lo que haría: ¿Dejarla allí para tomar el tren de

Bath, o acompañarla hasta Bridgeborough donde alquilaría un automóvil?

Esta le parecía la solución más caballerosa y que mejor se armonizaba con sus deseos, estando aún ella tan pálida; pero...

—Ya llegamos a Frome—dijo.

Miró la joven en derredor con inquietud. Ahora le daba miedo viajar sola y pensaba en su doncella, que quedó en Londres con un día de permiso.

—¿Cambias aquí de tren?—preguntó con voz insegura.

El se decidió. No podía mostrarse inhumano, cuando su deber corría a parejas con su deseo.

—Sí, pero te acompañaré y no te dejaré hasta que te vea sentada en tu coche. Mal iría que no encontrase luego un «auto» de alquiler con que seguir mi viaje hasta Bath.

Respiró ella con alivio o le pareció al menos que se mitigaban los latidos de su corazón.

—Eres muy amable. Seré tonta y todo lo que quieras, pero no me gustaba quedarme sola. Y en cuanto al «auto» de alquiler no pienses hallarlo. En Bridgeborough no hay más que carromatos y no llegarás nunca. Más te vale venir conmigo a Ardayre, que toca la carretera de Bath, y después de merendar, en una hora te plantas allí con mi «Rolls-Royce».

Era refinadísima la tentación y tenía que arrostrarla como si la emoción que sugería no obrase en su voluntad de acoger la idea con la misma alegre inocencia que hubiese manifestado en el caso de serle Amarillis indiferente como mujer.

Se le ofrecía ocasión de ejercer dominio sobre sus sentimientos... y daría testimonio de su fortaleza conduciéndose como en circunstancias ordinarias.

—¡Perfectamente! Así podré ver la heredad.

Pero cuando estuvo en el cupé de Amarillis, sintiéndola muy junta, todos los diablos del infierno se lanzaron al asalto de su voluntad, y Denzil tuvo que debatirse como una fiera, apelando a todas las energías y a todas las potencias y sentidos para librarse del formidable impulso de estrecharla en sus brazos. Buscó distracción mirando al parque, donde entraron poco después de dejar la estación, escudriñando entre la arboleda el edificio cuya vista anhelaba como un escudo defensor contra aquel deseo irrefrenable de abrazar que se burlaba de todas las grandezas y de todas las historias.

Amarillis se dio clara cuenta de la agitación del primo, porque su corazón marchaba también a rienda suelta y se le atropellaban las palabras al hablar de Ardayre. Los dos respiraron con alivio al llegar al portal.

Los recibió en el vestíbulo un rústico olor de troncos crepitantes en la chimenea y el mayordomo, que no pudo ocultar la sorpresa que le produjo el gran parecido de Denzil con su amo.

—Fílsen, es el capitán Ardayre—dijo Amarillis,—primo de sir Juan.

Luego dió la orden de que preparasen el automóvil para llevar a Denzil a Bath.

Pasaron por el vestíbulo interior al salón verde, con su aire de casa rica dentro de su grandeza y majestad.

No había aquí retratos, si bien podían admirarse algunas obras de la escuela holandesa. Se adelantaron los perros al encuentro de su ama, que los presentó al desconocido.

Este se imaginaba el cuadro delicioso que ofrecía ella jugando con los nobles animales sobre la alfombra.

—Vamos en seguida a merendar y antes de marcharte veremos los cuadros.

Procuraron departir de cosas sin interés y cuando les anunciaron que la mesa estaba preparada y fueron a sentarse, Amarillis sintióse invadida de un jovial alborozo, que a duras penas podía reducir al nivel de las conveniencias de señora castellana. Con sus mejillas arreboladas y sus ojos chispeantes, era el trasunto mismo de la tentación.

Denzil pasaba por uno de los trances más apurados de su vida y se mantenía hosco y esquivo contra su deseo. Si no fuese por ella, hubiese manifestado un entusiasmo propio de la primera visita hecha a la propiedad de sus mayores; pero nada le interesaba en aquel momento sino ella y había de optar entre confesarse rendidamente enamorado o huir de allí lo antes posible.

—¿Vas a permanecer aquí todo el invierno—le preguntó al levantarse de la mesa—o irás a Londres? ¿Qué sola te sentirías en esta soledad!

—Me gusta el campo y he de ir cobrando amor a todo esto, siguiendo el deseo de Juan. Esta casa vale para él más que todo lo del mundo. Por lo menos me estará hasta después de Navidad. Ven, quiero llevarte a la iglesia, donde verás dos tumbas de abuelos nuestros. Daremos una vuelta y luego tomaremos café en el cuarto de cedro.

Accedió Denzil, encantado de visitar la iglesia, que ella abrió, guiándolo ante las tumbas de los yacientes caballeros, cuya historia le fué contando bajo un rayo de sol que santificaba su hermosa cabellera.

—Vete a saber qué vida llevarían estos hombres y si eran capaces de poner freno a sus deseos, como nosotros. Las acciones del más joven revelan poco dominio sobre sí mismo. Estaban lo acusaría de haber sido esclavo de sus complacencias—dijo Denzil.

—Verischnoz es admirable, siempre nos anima a ser

esforzados—suspiró Amarillis.—Pero no creo que seamos muchos los que pensamos tan sólo en reprimir los deseos.

—Para lograr mantenerlos a raya, siempre hemos de mostrar fortaleza, aunque a veces basta el honor para contener a uno; la debilidad es lastimosa.

—¿Y en qué consiste el honor?—preguntó ella con mirada ardiente.—¿En ser fiel al cumplimiento de las leyes o a ciertas normas de caballería, o en someternos al dictado de nuestra conciencia?

Denzil se apoyó en una de las tumbas y mirando a la mujer dentro de los ojos contestó, luego de pensarlo.

—El honor consiste en no hacer traición a la confianza que han puesto en él los hombres o las circunstancias.

—Es, sencillamente, lealtad. El hombre que roba una suma a un amigo no se deshonra precisamente por cometer la traición, que es otra falta, sino porque injuria la confianza que ha puesto en él su amigo.

—Entonces la deshonra es una traición.

—Ciertamente.

—¿Por qué este caballero—preguntó ella con la mano en el rostro de la escultura—diría que mataba a quien le robó la mujer, para vengar «su honor», el de él?

—Eso no era más que una fórmula de conveniencia para justificar sus sentimientos con alguna idea civilizada, y un hermoso pretexto para llevar a cabo una venganza personal, enseñando al propio tiempo al pueblo que no se podía robar nada impunemente. Pero si analizamos ese aspecto de honor, casi no hallaremos otra cosa que vanidad. La deshonra está en la mujer, si engañó al marido, y en el otro, si era amigo de éste; porque de otra manera, cometió un robo y no un acto deshonroso.

—¿Pues qué hemos de hacer cuando nos sentimos tentados poderosamente?

—A veces lo mejor es huir—y diciendo esto, dió media vuelta y se encaminó a la puerta.

Ella le siguió sorprendida de haber provocado aquella conversación.

Cuando llegaron a la salita de cedro, ya les esperaba el café.

Por momentos aumentaba la tirantez entre ambos, porque se adivinaban mutuamente la causa del desasosiego que informaba su conducta. Quiso Amarillis mostrarle el panorama que se divisaba desde la ventana, y el artesonado y la vieja chimenea del cuarto.

—Aquí paso el rato casi siempre con Juan—dijo.—Es mi estancia predilecta.

—Marco digno de ti.

Encendieron cigarrillos.

Denzil ansiaba decirle todo lo que aquella mansión le sugería, pero se calló pensando que lo mejor era acabar de una vez y marcharse. Pasaron a la galería de retratos y ante el Denzil de los tiempos isabelinos se detuvieron un momento. La semejanza del retrato con quien lo estaba contemplando era prodigiosa, especialmente en la viva expresión de los ojos.

—¿Qué dichosos seríamos si Juan supiera mirar como estos dos!—pensaba Amarillis.

—Espero que este retrato se reproducirá en nuestro hijo—pensaba a su vez Denzil, anticipándose la satisfacción que había de causarle ver su viva imagen en el hijo de Amarillis.

—Es rara—observó ella—la perfecta semejanza que existe entre ti y ese Denzil cuyo parecido con Juan sólo me lo recuerda en los rasgos comunes a toda la familia. Para este cuadro hubieras podido servir de modelo.

Se volvió a mirarla, incapaz de ocultar la emoción que asomaba a sus ojos. ¡Dios santo! Eso mismo estaba él pensando respecto a su hijo, que tanto había de parecersele. ¿Qué recuerdos traería a la madre su semejanza?

Amarillis estaba turbada por sentimientos que no podía definir, que la acosaban, poniéndola en trance de preguntar al joven qué era aquello que así la sofocaba. Pasaron luego al retrato de lady Amarillis, cuyos rizos castaños inspiraban sonetos en su tiempo. Era gentil y primorosa en su ahuacada basquiña, pero no tenía semejanza con la actual dueña de Ardayre.

Denzil la examinó en silencio y dijo pensativamente:

—¿Es una dulzura, pero no como tú!

Y pronunció la palabra «dulzura» con tan tierno acento, que Amarillis se estremeció, recordándolo como algo asociado a su gozo de una noche. «¡Dulzura!» Palabra que Juan nunca había pronunciado antes ni después, a no ser que la dijese al escribirle en contestación a su grito exuberante, a su alborozado *Magnificat*. ¿Qué eco era aquel que sonaba en sus oídos? ¿Qué parecía la voz de Denzil con la de Juan, sólo un poco más recia la de aquél! ¿Por qué, por qué se le habría ocurrido usar este vocablo: «Dulzura»?

No llegó a coordinar sus pensamientos. Pasaron aceleradamente, alumbrándole un recelo y volviendo a dejarla en las tinieblas antes de poder concretarlo.

Denzil la vio pálida, agitada y temblorosa, con un mirar vago y perturbado.

—Déjame ya esto, porque no puedes negar que te cansas. Además, debo marcharme.

No trató ella de oponerse.

—Comprendo que no puedes perder tiempo si has de llegar antes de que se haga de noche.

(Continuará).

La gente chic fuma
PICCARDO



BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
- SECCION -
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

CINZANO

VERMOUTH
M.R.,

